

Publicación Trimestral

Año II

abril-junio 1969

INVARIANCE

LA REVOLUCIÓN COMUNISTA: TESIS DE TRABAJO

Traducción: Federico Corriente

Biblioteca Cuadernos de Negación
bibliotecacuadernosdenegacion.blogspot.com

«Salvatori se considera más voluntarista. Es cierto que nosotros nunca lo hemos sido. La voluntad no puede hacer revoluciones, ni el partido puede crearlas. Puede favorecerlas, y debe hacerlo, mediante su actividad consciente, oponiéndose a tiempo a los falsos rumbos hacia los que el oportunismo arrastra a la generosa masa de los proletarios desviando sus fuerzas. El partido ha dejado escapar el recurso que ofrecía la historia, precisamente por una deplorable falta de madurez teórica marxista. Este recurso consistía en cerrar el paso a la maniobra del enemigo, que sabía que, al canalizar el torrente de los proletarios hacia las urnas, se conjuraría el impacto de la inundación revolucionaria. Si el proletariado, liberándose de las ilusiones democráticas, hubiese quemado detrás de sí la nave parlamentaria, la lucha habría acabado de forma muy distinta. El partido revolucionario tenía el deber de emprender esta grandiosa empresa arrojándose sobre el otro. Pero el partido no era revolucionario.»

HISTORIA DE LA IZQUIERDA COMUNISTA (p. 175)

INVARIANCIA

de la teoría del proletariado

- Defendida en el seno de la Liga de los Comunistas (Manifiesto del Partido Comunista 1848); en la AIT (obra del Consejo General de Londres dirigido por Marx); tras la Comuna; en la IIª Internacional; contra la degeneración y el fracaso de ésta (Izquierda socialista en Alemania, bolcheviques, Izquierda socialista en Italia - Fracción Abstencionista).

- Que triunfó en Rusia en 1917 e internacionalmente: Moscú 1919: fundación de la IIIª Internacional: Livorno 1921: ruptura con la democracia.

- Defendida por la Izquierda Comunista contra la degeneración de Moscú, contra la Unión Sagrada en el seno de la Resistencia al fascismo.

- Que debe ser restaurada, así como el Partido Comunista —órgano de la clase proletaria— al margen de todo democratismo, carrerismo, individualismo, contra el inmediatismo y contra toda duda revisionista sobre la doctrina.

El objetivo de «Invariance» es la reconstitución del Partido Comunista.

«La revolución no sólo es necesaria porque la clase *dominante* no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase que *derriba* salir del cieno en que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases.»

Marx, *La ideología alemana*

«Quizá la victoria de la revolución no sea posible más que una vez llevada a término la contrarrevolución.»

Marx, *Discurso en el proceso de Colonia (febrero de 1849)*

LA REVOLUCIÓN COMUNISTA: TESIS DE TRABAJO

PLAN

1. *Breve historia del movimiento de la clase proletaria en el área euro-norteamericana desde sus orígenes hasta la actualidad.*

1.1. El ciclo histórico desde los orígenes hasta la III^a Internacional.

1.2. Las lecciones de la historia del ciclo proletario.

1.3. El movimiento proletario desde 1928 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial.

1.4. El movimiento proletario después de la Segunda Guerra Mundial.

2. *Revoluciones anticoloniales: la formación de la clase proletaria en las zonas en las que predominaba el modo de producción asiático.*

2.1. Las luchas contra las antiguas metrópolis coloniales.

2.2. Las luchas contra el imperialismo estadounidense.

2.3. Situación actual del movimiento: ¿en qué medida ha sido producida la clase proletaria?

3. *La cuestión rusa.*

3.1. Comportamiento de la izquierda comunista de Italia ante esta cuestión.

3.2. Comportamiento de otros movimientos.

3.3. Factores esenciales puestos en evidencia por el fenómeno revolucionario en el área eslava.

4. *El desarrollo del capitalismo.*

4.1. Características generales del capitalismo.

4.2. La contradicción fundamental del capital: valorización-desvalorización.

4.3. Desarrollo del capital y crisis.

4.4. Rejuvenecimiento del capital.

4.5. La negación del capital es el proletariado.

5. *La mistificación democrática.*

5.1. El fenómeno histórico general.

5.2. Varios esquemas que explican la relación entre individuo y sociedad.

5.3. Mistificación democrática y proletariado.

5.3.1. Surgimiento del proletariado y antidemocratismo: Babeuf y el movimiento obrero inglés en sus orígenes.

5.3.2. La derrota del movimiento: el proletariado toma la palabra a la burguesía y pretende realizar la democracia.

5.3.3. En el plano doctrinal, de 1837 a 1844, paso de la democracia al comunismo.

5.3.4. 1848: doble revolución, utilización de la democracia fuera de la clase; relaciones con los campesinos y los movimientos nacionales.

- 5.3.5. Ruptura con la democracia 1851-1852 (Marx y Engels).
- 5.3.6. 1864-1871: la democracia en el interior de la clase.
- 5.3.7. 1871: la revolución comunista en el período de dominación formal del capital.
- 5.3.8. Retorno a la utilización de la democracia fuera de la clase: el parlamentarismo.
Incomprensión de la escisión que estaba produciéndose al final del siglo. Integración de la socialdemocracia en la democracia.
- 5.3.9. El partido obrero socialdemócrata de Rusia = AIT del área eslava
- 5.3.10. 1917-1919: la superación de la democracia.
Rusia: el transcurso de la revolución.
Alemania: el rechazo de las izquierdas a la democracia.
Italia: la fracción abstencionista.
- 5.3.11. Reflujo del movimiento proletario: frente único = volver a utilizar la democracia dentro y fuera de la clase (gobierno obrero y campesino).
- 5.3.12. Intento de superación real de la democracia en 1951 y su quiebra en 1966.
- 5.3.13. Relaciones del joven proletariado de los países que han alcanzado recientemente la independencia y la democracia.
- 5.3.14. Afirmación de la necesidad de ir más allá de la democracia: el movimiento proletario (negro) de Estados Unidos
- 5.3.15. Afirmación inconsciente durante los acontecimientos de mayo-junio de 1968.
- 5.3.16. La *Gemeinwesen*, negación positiva de la democracia.
- 5.4. El fascismo.
 - 5.4.1. Orígenes.
 - 5.4.2. Doctrina.
 - 5.4.3. Victoria y desarrollo del fascismo tras la Segunda Guerra Mundial.
 - 5.4.4. Fascismo, Estado y capital.
 - 5.4.5. Fascismo y reformismo.
 - 5.4.6. Fascismo, Estado y libre empresa.
 - 5.4.7. Fascismo y bonapartismo.
 - 5.4.8. Fascismo y estalinismo.
 - 5.4.9. Fascismo = socialdemocracia; relaciones entre fascismo y *Gemeinwesen* material.
- 6. *Defensa de la doctrina comunista.*
 - 6.1. Revisionismo, enriquecimiento y esclerosis de la doctrina.
 - 6.2. Cuestiones teóricas «más o menos abandonadas».
 - 6.2.1. La periodización de la sociedad humana.
 - 6.2.2. La cuestión filosófica.
 - 6.2.3. La cuestión del individuo.
 - 6.2.4. Ciencia, arte y religión.
 - 6.2.5. La cuestión militar.

7. *La sociedad comunista.*

8. *La revolución comunista.*

8.1. Necesidad de la previsión.

8.2. El ciclo de la revolución comunista: revolución y dominación real del capital.

8.3. La revolución futura: esquema estratégico mundial.

8.4. Las relaciones de clase en la próxima revolución.

8.5. La reunificación de la clase, y la formación del partido-*Gemeinwesen* (comunidad).

9. *Bibliografía.*ⁱ

ⁱ Estas tesis habían de ser ilustradas mediante textos de diferentes corrientes del movimiento obrero, lo que se llevó a cabo en los números 7 y 8 de la serie I de la revista *Invariance*, y después en el número 5 de la serie II en lo que respecta a la izquierda germano-holandesa, y en el número 6 de la misma serie en lo que concierne a la izquierda rusa. A principios de los años noventa, François Bochet publicó numerosos textos en números especiales de *Invariance*, y luego continuó haciéndolo en el marco de su revista *(Dis)continuité*. También llevó a cabo un proyecto importante: el de publicar textos anticapitalistas procedentes de la derecha o de la extrema derecha especialmente. Es muy importante percibir cómo reacciona la especie a su domesticación; de ahí que sea importante tener en cuenta, además de esas posiciones de derecha, las de los espiritistas, ocultistas y esotéricos, particularmente en lo que se refiere al movimiento del capital (*nota de 2009*).

Sobre «La revolución comunista: tesis de trabajo» 1969

«La revolución comunista: tesis de trabajo» es un texto que se publicó sólo en parte (*cfr. Invariance*, serie I, nº 6, reeditado en 1990, así como el nº 5-6 de la serie III, [pp. 67-69] donde se encontraba el plan de la totalidad, al final del artículo «Perspectives»). El plan original incluía capítulos que no se encuentran en el plan conservado. Se trata de «Las clases y el Estado» y «Crítica de la economía política». Su redacción apenas fue esbozada. No tiene mucho interés reproducir el texto, tanto más cuanto que hemos tratado estas cuestiones en artículos posteriores a 1969. Por lo demás, tendremos que volver a hacerlo en el capítulo sobre el capital de «Émergence de Homo Gemeinwesen».

En lo que respecta al plan definitivo, aparte de los cuatro primeros capítulos, totalmente redactados y publicados, sólo el capítulo 5 fue ampliamente desarrollado. Recordemos que el subcapítulo 5.1. «El fenómeno histórico general», completamente elaborado, se publicó. Por otra parte, el apartado 5.2. «Diversos esquemas que explican la relación entre los individuos y el Estado» en realidad está incompleto, ya que debía contener un comentario más detallado de los esquemas que, cabe recordar, son de Bordiga. El capítulo 6, «Defensa de la doctrina comunista», fue esbozado, y varios subcapítulos incluso habían sido desarrollados en buena medida, en particular el 6.2.3., «La cuestión del individuo», que dio lugar a un dossier importante que, por desgracia, se perdió. Por último, en lo que respecta al capítulo 8, «La revolución comunista», sólo habían comenzado a redactarse los subcapítulos 8.1. y 8.2., «Necesidad de la previsión», y 8.5. «La reunificación de la clase y la formación del partido-*Gemeinwesen* (comunidad)». No reproduzco nada porque los elementos esenciales que contienen han sido expuestos en varios números de *Invariance*. Por lo demás, o esas cuestiones ya no son importantes en la actualidad o se reanudarán a un nivel más elaborado ulteriormente. En lo que concierne al capítulo 5, en cambio, los distintos textos tienen cierta importancia; de ahí que los publique, al igual que fragmentos de una carta en la que se exponía un plan diferente y en la que se trataron ciertos aspectos de la cuestión que no se reanudaron a posteriori. Por último, publico unos trabajos preparatorios que consisten en comentarios sobre las obras de juventud de Karl Marx.

Está claro que, en lo que se refiere a los textos, «La revolución comunista: tesis de trabajo» tal y como se publicó —además de aquellos que no se publicaron y que en su mayoría se encuentran en forma de borrador—, éstos presentan debilidades e insuficiencias en relación con nuestra representación actual, pero son importantes para mostrar que, en concreto, hace mucho tiempo que abordamos la mistificación democrática. Además, podemos reivindicar su contenido general, ya sea como tal o como momento correcto de una comprensión más exhaustiva del fenómeno democrático. Por último, el lector podrá comprobar que el número de temas tratados es muy amplio, lo que da fe de la ampliación del campo teórico que ello implicaba, pero también de la dificultad de llevar su estudio a término. Esa fue una de las causas de su aban-

dono a partir del momento en que a raíz de nuestra afirmación acerca del fin del movimiento proletario y la fuga del capital (*cf.* Advertencia de 1972 al principio del texto siguiente), se impusieron otros temas. Cabe precisar que la primera causa que retrasó en un principio, y después contribuyó al abandono de la redacción del resto de las tesis, fue el hecho de que nos diéramos cuenta de la falta de rigor de la terminología utilizada (por ejemplo, el uso de la palabra doctrina en lugar de teoría). En consecuencia, antes de continuar con la redacción de las tesis, quisimos revisar lo publicado. A este respecto, remitimos al lector a la carta sobre los *rackets* publicada bajo el título: «Sobre la organización», *Invariance*, serie II, n° 2.

Con el texto «La revolución comunista: tesis de trabajo» queríamos mostrar la importancia del fenómeno teórico. De hecho, en el curso de los acontecimientos de mayo-junio habíamos constatado una inmensa delicuescencia, con un delirio de verborrea que irradiaba en todas direcciones y, en consecuencia, quisimos crear un polo potente, capaz de soportar los flujos divergentes que se manifiestan en el momento de la erupción revolucionaria. Nos parecía la única manera de hacer triunfar la perspectiva revolucionaria sin reprimir nada. En nuestra opinión, los hombres y las mujeres no pueden llegar de un día para otro a una visión correcta del devenir: tienen que hacer una inmensa excreción de todo lo que la sociedad clasista y posclasista les ha inyectado en el cuerpo. Así pues, una vez más, era necesario producir, por así decirlo, el órgano de un organismo futuro, la especie humana unificada, lo que implicaba ser receptivo a todo para poder integrar. Por eso este texto, considerado en su totalidad, prefigura en cierta medida a « Émergence de Homo Gemeinwesen ».

Esta preocupación teórica estuvo acompañada de la inquietud por encontrar un medio de intervención que supusiera una apertura al mundo sin caer en el proselitismo y la propaganda, cuando no en el delirio publicitario situacionista y, sobre todo, perisitacionista. En ese sentido, este texto está en completa continuidad, en lo que a esa inquietud se refiere, con el que escribí en 1963, cuando era miembro del Partido Comunista Internacional, « Pourquoi programme communiste ? »¹. Cabe señalar que en ambos casos no hablaba en nombre de una organización existente, sino en nombre de una corriente tendente a la formación de un partido comunista mundial.

Por último, en el caso de los textos antes mencionados, existía el deseo de mostrar la originalidad y la especificidad de la izquierda comunista italiana (al igual que en «Origen y función de la forma-partido», de 1961) y, especialmente, la contribución de A. Bordiga, para, a partir de ahí, sobre todo con «La revolución comunista: tesis de trabajo», mostrar cómo estaba surgiendo una nueva fase, y delimitar, en consecuencia, las nuevas tareas que se imponían.

En lo que concierne a la cuestión de la interrupción de la redacción de este último texto, hubo tres momentos de bloqueo. En primer lugar, a finales de 1969, la reflexión que condujo a la puesta a punto de la carta sobre los *rackets* sacó a la luz al mismo tiempo que el texto contenía inexactitudes, sobre todo relacionadas con la terminología, como antes he indicado. Por tanto, me puse a redactarlo de otra forma,

¹ <https://revueinvariance.pagesperso-orange.fr/pourquoi.html> [N. del t.]

expurgando todos los términos que me parecían inadecuados, a la vez que intentaba redactar los siguientes capítulos de las tesis. Además, estuve muy ocupado con estudios sobre el devenir del capital. Después, en el período de 1972-1973, bajo el impulso decisivo de varios camaradas, que después se alejaron, me vi llevado a cuestionar la teoría del proletariado y, por tanto, a revisar todo lo relativo a la teoría del valor y del capital en Karl Marx. Se puede encontrar un eco bastante fiel de los problemas planteados en su momento en el texto: « Thèses provisoires 1973 » que expresa mi punto de vista, en *Invariance*, serie III, nº 4. Para hallar otro eco, se puede leer: « Texte de présentation des lettres, H. y C. Bastelica » (cartas de enero de 1970 a octubre de 1971) en *Invariance*, serie III, nº 1. Finalmente, el último momento fue el de 1974: la reflexión sobre todo el futuro de la revolución comunista y de la especie me llevó a afirmar: es necesario abandonar este mundo (*cfr.* « Ce monde qu'il faut quitter² », en *Invariance*, serie II, nº 5).

Otra razón particular para la publicación actual de los textos preparatorios (apuntes sobre las obras de juventud de Karl Marx) es que tienen por objeto una crítica de *Socialisme ou Barbarie*, agrupación considerada desde el principio como representante de toda una corriente cuyos componentes se encontraban tanto en la derecha como en la izquierda, muy particularmente en lo que se refiere a la burocratización, no sólo en la URSS sino en el mundo entero. Esta teorización de la burocratización mundial fue el punto de partida de la teoría de C. Castoriadis sobre el totalitarismo soviético, la estratocracia, etc., cuya inmensa inanidad ha quedado demostrada por los acontecimientos de los últimos tres años. La crítica que se hizo de este movimiento fue la de todo inmediateísmo y, por tanto, la de la incapacidad teórica de todos los intelectuales que quisieron proponer otra vía, pero que al final, como ha quedado claro hoy en día, no hicieron más que reforzar la propaganda estadounidense contra la Unión Soviética e inhibir cualquier intento de comprender el proceso real de reabsorción de la inmensa ola revolucionaria de comienzos de este siglo.

Por último, señalemos que consideramos estos textos como materiales de trabajo para una investigación más profunda realizada en función de la constatación de que el ciclo del movimiento proletario ha terminado, que el movimiento mediador ha sido abolido a través del triunfo total del capital. Retomaremos todas estas cuestiones desde esta perspectiva en el capítulo «El Capital» de nuestro estudio « Émergence de Homo Gemeinwesen », que no sólo consistirá en exponer el devenir del capital sino en destacar la posible salida de su mundo, así como en el capítulo relativo a las reacciones contra él.

En cuanto a las insuficiencias de los textos que publicamos, cabe señalar la ausencia de un estudio concreto del fenómeno histórico total. Ciertamente, esto se abordó e incluso constituía el subcapítulo 5.1. del plan de 1969, pero se limitó a un terreno puramente teórico y carece de un enfoque fenomenológico para todo el período anterior a la aparición del proletariado. Esto se debe a que quisimos centrarnos sobre todo en el impacto del fenómeno democrático sobre el proletariado. Además, nos fal-

² «Es necesario salir de este mundo» (<https://anarquiaycomunismo.noblogs.org/post/2017/11/17/es-necesario-salir-de-este-mundo-jacques-camatte-1974/>)

taban documentos históricos para demostrar nuestra tesis, cuyos fundamentos se encuentran en las obras de Karl Marx y de Amadeo Bordiga. Las investigaciones posteriores, especialmente en relación con la redacción de « Émergence de Homo Gemeinwesen », nos aportaron lo que nos faltaba y nos llevaron a tener que considerar el devenir de la mistificación democrática al mismo tiempo que el del mito de Occidente. Así pues, nos veremos abocados a exponer todo esto más adelante, acudiendo, como ya hemos anunciado en el nº 8 de la Serie IV de *Invariance*, a la obra de A. M. Badi'.

Si consideramos ahora la mistificación democrática en relación con el movimiento proletario, lo que falta es poner de relieve la insuficiente separación, en el plano teórico, de este último con respecto a la burguesía, en lo que concierne al feudalismo. Podemos estar de acuerdo con Karl Marx y varios revolucionarios en que era necesario derribar al feudalismo como fenómeno estatal opresivo, pero formar un bloque con la burguesía en el plano teórico para condenarlo como fenómeno oscurantista, antiprogresista, etc., fue un error muy grave. Ciertamente hay en la obra de Karl Marx observaciones que ponen de relieve un «distanciamiento» respecto de la burguesía en lo que concierne al feudalismo y otros modos de producción anteriores al capitalismo, pero son insuficientes o no fueron publicadas en vida de éste.

Está claro que la capacidad de resistencia, mayor de la prevista, del feudalismo y por tanto su mantenimiento en Europa Central y Rusia, indujeron a Marx a formar un bloque no sólo práctico sino teórico con la burguesía. Sin embargo, esta misma capacidad del feudalismo para resistir de forma duradera es la que tendría que haberle constreñido (así como a otros revolucionarios) a investigar las razones profundas de esta persistencia y, por tanto, a darse cuenta de que el análisis teórico que se había hecho de este modo de producción y, sobre todo, de las formaciones sociales vinculadas a él, era demasiado superficial. Debemos extraer una profunda lección de este hecho porque, con todo, puede constatarse que los revolucionarios del siglo xx repitieron el error de Marx con respecto al capitalismo en relación con el feudalismo. El no advenimiento de la crisis catastrófica o su dilución debería haberlos determinado años antes a realizar una investigación teórica de vastísima amplitud, pero se contentaron, en su gran mayoría, con repetir las letanías sobre el imperialismo como etapa suprema del capitalismo. Por eso, a principios de los años sesenta, nos vimos abocados a volver a examinar toda la obra económica de Karl Marx para comprender mejor el devenir del capital. Los resultados del estudio fueron recogidos en « Capital et Gemeinwesen » (en un principio, de forma menos completa, en el nº 2 de la serie I de *Invariance*) y en el capítulo 4, “El desarrollo del capitalismo”, de «La revolución comunista: tesis de trabajo».

Una delimitación más clara con respecto a la burguesía en relación con el feudalismo habría implicado una investigación más profunda sobre la cuestión de la comunidad y el Estado, sobre la de la relación con la naturaleza y sobre la validez del progreso. Ahora bien, si tanto en la obra de Karl Marx como en la de sucesores suyos

como Rosa Luxemburgo tenemos algunos elementos de aproximación, nunca hubo un enfoque global.

Podría decirse que nunca se ha demostrado de manera exhaustiva, radical e impactante que la mistificación democrática implicase por su mera manifestación la existencia de un proceso de conocimiento totalmente determinado por el movimiento del valor y, en consecuencia, por el del capital; que, por tanto, el movimiento proletario, en la medida en que tenía por programa la realización de otro modo de producción, el comunismo, la negación total del capitalismo, debía rechazar de antemano todo el proceso de conocimiento. El propio A. Bordiga, partidario acérrimo del abismo que debía existir entre la burguesía y el proletariado, defensor profético del cisma fundamental con la democracia, apenas rozó la cuestión en el transcurso de ciertas reuniones del Partido Comunista Internacional a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta.

Otra carencia concierne al movimiento nazi. En aquel entonces no teníamos conocimiento de la «revolución conservadora» de principios de este siglo, así que no pudimos sacar a la luz de ninguna manera el vasto sincretismo en que consistió este movimiento en el plano de la representación; sincretismo entre las corrientes anticapitalistas tanto de derecha como de izquierda y el movimiento del capital. Está claro que volveremos sobre todo ello más adelante. Sin embargo, hemos de añadir algunas consideraciones para señalar la importancia de lo que se omitió. En efecto, no se puede entender todo el movimiento anticapitalista desarrollado desde un polo de derecha sin tener en cuenta la importancia del Romanticismo y la lucha contra la Aufklärung (a este respecto la obra de Herder es muy importante), la de Goethe, que fue retomada por Steiner, fundador de la antroposofía, que se engañó a sí mismo acerca de la realidad del nazismo y, por extensión, la obra de Jakob Böhme y del maestro Eckhart, etc. Por último, cabe señalar la comparación histórica que se puede hacer entre la lucha de los alemanes (con Lutero) contra Roma en la época del surgimiento del capital, y la de sus descendientes contra Estados Unidos durante este siglo. Y esto cabe relacionarlo con la voluntad de los alemanes de encontrar una tercera vía y de rechazar el devenir occidental, es decir, según la época, el de Inglaterra y Francia, y luego el de Estados Unidos. A este respecto, conviene recordar la observación de Dostoievski según la cual Alemania es la nación que protesta, recogida por Thomas Mann en sus «Consideraciones de un apolítico».

Por último, hay que recordar que el nazismo planteó problemas fundamentales que en la actualidad han adquirido gran envergadura: la destrucción de la naturaleza (el régimen nazi promulgó leyes «ecológicas» antes de que existiera el término), la degeneración de la especie (que ya habían señalado Chamberlain, Gobineau y Nietzsche). Hay que tener en cuenta que, también en este caso, el nazismo recuperó fenómenos anteriores a él, como el de los Wandervogel, un movimiento de retorno a la naturaleza que prefiguraba lo que se desarrolló en 1936 en Francia.

No hay que escamotear el hecho de que el nazismo sólo pudo triunfar eliminando tanto a los elementos de izquierda como a los de derecha, especialmente a los parti-

darios de la revolución conservadora, y que se impuso finalmente como un movimiento de conservación del capitalismo. Adolf Hitler contemporizó con Gran Bretaña. Evitó destruir su poder en 1940, durante la batalla de Dunkerque, como Amadeo Bordiga afirmó tiempo después y como subrayó repetidamente en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

En cuanto al fascismo italiano, quizás tengamos la oportunidad de poner de relieve su posteridad en los años sesenta y setenta en el movimiento de exaltación del proletariado, del poder obrero, como se manifestó por ejemplo en la obra de Mario Tronti (*Cfr. Ouvriers et capital*, Ed. Bourgois³).

No nos ocupamos del petainismo cuando abordamos el devenir hacia la dominación real del capital sobre la sociedad en Francia. Esto se debió, en particular, a que no disponíamos de documentos serios, que no fueran superficiales, sobre este movimiento. Quisimos profundizar en el estudio de la posición de defensa de la naturaleza mediatizada por la de los campesinos, tal y como aparece, por ejemplo, en la obra de Giono. En este movimiento social hay una ambigüedad mistificada sobre la que volveremos más adelante. Cabe señalar que existe una cierta convergencia entre una voluntad de huida inmediata para escapar del devenir del capital que se expresó en el petainismo y el movimiento de rebelión de 1936, que preconizaba una vuelta a la naturaleza (*cfr.* el movimiento de los albergues juveniles, el auge del camping, el movimiento naturista, etc.).

Quisimos mostrar que Estados Unidos también experimentó un fenómeno comparable al fascismo en sentido amplio. Habría que destacar hasta qué punto se manifiesta en ese país una distorsión entre la afirmación teórico-representativa de una sociedad liberal y la realización real de ésta, en la que la intervención del Estado es efectiva. Cabe decir que en Estados Unidos existe un *Status otiosus*. Está oculto, velado, negado incluso, pero sigue estando terriblemente presente tanto a nivel federal total como a nivel de cada estado particular o en diversos organismos en los que se ha difuminado, como han demostrado de sobra todos los acontecimientos del siglo XX.

El estudio de la mistificación democrática en relación con la afirmación de la dominación real del capital sobre la sociedad concierne sobre todo a Occidente. Debería completarse con el estudio de los movimientos que en otros ámbitos (China, India, Japón, África negra, mundo islámico, etc.) iban a permitir que se realizase la misma dominación. Ahora bien, como hemos afirmado repetidamente, el capital sólo puede establecerse en estos ámbitos diferentes cuando se ha realizado como comunidad, pues no han experimentado el desarrollo de un fenómeno democrático. Además, se ha demostrado que para obtener este resultado es necesaria la intervención del capital occidental. Es obvio que la cuestión de la mistificación democrática debía de reaparecer durante la investigación del acceso del capital a la dominación real en todas esas zonas. Por eso hemos citado repetidamente la frase de Aimé Césaire: «Lo que [el

³ Ed. cast: *Obreros y capital*, trads. Oscar Chávez Hernández, David Gámez Hernández y Carlos Prieto del Campo, Akal, Madrid 2001. [N. del t.]

burgués humanista del siglo XX, n.d.r.] no perdona a Hitler no es el crimen en sí, el crimen contra el hombre, no es la humillación del hombre en sí, sino el crimen contra el hombre blanco, la humillación del hombre blanco, y el haber aplicado a Europa procedimientos colonialistas contra los que se alzaban hasta ahora sólo los árabes de Argelia, los culíes de la India y los negros de África.» (*Discurso sobre el colonialismo*). Ahora bien, eso no basta para comprender la totalidad del fenómeno de la realización del despotismo del capital en estas áreas. Volveremos sobre ello en el capítulo sobre el capital de « Émergence de Homo Gemeinwesen ».

En ese mismo capítulo también volveremos sobre el momento del desarrollo del capital a principios de este siglo para poner de relieve todos los obstáculos, procedentes de diversos ámbitos de la sociedad, que se opusieron a su devenir, y que condujeron a la teoría de la decadencia del modo de producción capitalista con su corolario acerca del bloqueo del desarrollo de las fuerzas productivas. Esta especie de detención del desarrollo, más o menos considerado como un fenómeno de envejecimiento que reflejaba una pérdida de potencialidades, se encuentra en Amadeo Bordiga, en la medida en que teorizó, hacia finales de los años cincuenta, un rejuvenecimiento del capital, tesis que nosotros retomamos, pero a la que renunciamos cuando expusimos cómo se realizaba la dominación real del capital sobre la sociedad. Por tanto, destacamos los bloqueos y los obstáculos al devenir del capital, a su constitución en comunidad material, y después en comunidad total. Ahora bien, estos procedían tanto de la clase proletaria como de otras clases, incluso de la burguesía, lo que confirma que el capital tuvo que imponerse a expensas de las distintas clases, presagiando el establecimiento de una comunidad-sociedad sin capitalistas ni proletarios y, en el límite, sin hombres ni mujeres.

Un obstáculo importante residió en el movimiento artístico y literario. Así, en Francia, en el siglo XIX la mayor parte de éste fue antiburgués. A principios del siglo XX, en Alemania, era violentamente anticapitalista. De manera que el hecho de que en la actualidad este movimiento haya aceptado el mundo del capital supone tanto su fin como la victoria total del capital en todos los ámbitos de la vida de la especie.

Para concluir, una última observación relativa a una insuficiencia teórica de los textos presentados a continuación y contenida en el propio plan de estudio. Está ligada a la ausencia de una investigación lo más profunda posible del fenómeno del derecho y la inadecuación de la relación entre democracia y propiedad. Tendríamos que haber subrayado que rechazar la mistificación democrática suponía ir más allá del debate sobre la propiedad tal y como lo abordaron todas las corrientes que trataron de oponerse al capitalismo y que, por tanto, plantearon la exigencia del comunismo como solución para el devenir humano. Tendríamos que haber demostrado que la afirmación del comunismo como triunfo de la propiedad común sobre la propiedad privada equivalía a permanecer en el seno de la separación que había fundado originalmente las dos formas y, por tanto, a mantener la separación entre el exterior y el interior. Ahora bien, esto condujo inevitablemente a no rechazar el proceso de conocimiento establecido, a una práctica inmediatista en la medida en que se tendía a

exaltar cualquier fenómeno que tendiera a abolir lo privado, lo que contribuyó, de hecho, a aumentar la desposesión de hombres y mujeres.

Sólo la realización de la comunidad que participa en el devenir del cosmos permite dejar de lado todos los temas relativos a la propiedad, ya sea privada o común, así como los relativos a la oposición entre individualidad y sociedad o totalidad, en los que se ha empantanado el movimiento que tiende a oponerse al devenir capitalista, a la realización de la domesticación.

En conclusión, hay que señalar que los estudios realizados para escribir « Émergence de Homo Gemeinwesen » nos llevaron a considerar el fenómeno democrático como una producción en serie de la unidad superior, estando al mismo tiempo en contra de la misma. Sin embargo, ésta necesita una unidad dada como referente y referencial. Por eso, en el transcurso de los tiempos, constatamos varios intentos de alcanzar una unidad superior a partir del fenómeno democrático, que nos dará la galería de los grandes líderes, de los hombres providenciales, etc., de los *battilocchi* de los que habló sarcásticamente A. Bordiga.

Por último, intentaremos mostrar de forma más explícita que en nuestros planteamientos anteriores que tanto el fenómeno de la democraciaⁱⁱ como el del fascismo corresponden totalmente al pasado.

CAMATTE Jacques
Agosto de 1991

ⁱⁱ En la formación de la democracia y la mistificación hay que tener en cuenta procesos de migración y de nomadismo. Cuando los pueblos se desplazan en carros (base de la formación de la propiedad privada) la *Gemeinwesen* deja de tener una base inmediata y el «vínculo» entre ella y sus distintos miembros tiende a desvanecerse. Surge, pues, un elemento para que se opere su abstracción y, posteriormente, la posibilidad de su acaparamiento.

Esto deberá ser expuesto y desarrollado ulteriormente. (Nota de septiembre de 2009)

TESIS INTRODUCTORIAS

«La *Historia* no hace nada, “no posee *ninguna* inmensa riqueza”, “no libra *ninguna* clase de luchas”. El que hace todo esto, el que posee y lucha, es más bien *el hombre*, el hombre real, viviente; no es, digamos, la “Historia” quien utiliza al hombre como medio para laborar por sus fines —como si se tratara de una persona aparte—, pues la Historia *no es sino* la actividad del hombre que persigue sus objetivos.»

MARX, *La Sagrada Familia*

1. En este número sólo se encontrarán afirmaciones y ninguna demostración. Ésta se acometerá en los siguientes números de *Invariance*. Por eso hemos utilizado la palabra tesis. Estas tesis son una toma de posición respecto de la doctrina considerada invariante y respecto a la realidad social en devenir que no entra en contradicción con la primera. Suponen, al mismo tiempo, una delimitación con respecto a todas las corrientes que reivindican un marxismo cualquiera.

2. Este conjunto de tesis no es una simple respuesta a una situación contingente, la actual, en la que el programa ha sido falsificado o recauchutado, porque responder simplemente a la actualidad sigue siendo estar en el terreno del adversario; es inmediatez. Hay que integrar la respuesta en el cuerpo doctrinal.

3. Cualquier estudio fundamental debe fijar sus límites en el tiempo. Los de esta obra son: surgimiento de la doctrina proletaria (1848), y perspectiva de la futura revolución en los años 1975-1980. El razonamiento dialéctico se realiza dentro de estos límites. Sin embargo, hay dominios en los que se rebasan dichos límites: estudio de las sociedades precapitalistas y descripción de la sociedad comunista.

4. Todo trabajo de restauración doctrinal, de mantenimiento de la tradición programática de la clase, de desciframiento del devenir de ésta y, por tanto, del de la sociedad humana, implica, no una pura y simple reafirmación de un cuerpo de doctrina, sino, ante todo y en función de ésta, ser capaz de integrar el resultado alcanzado por el pensamiento práctico de la clase unificada en su partido en el momento de su última gran fase revolucionaria.

5. Dado que el período de 1917-1928 no pudo efectuar la restauración integral de la doctrina, y que el esfuerzo de discontinuidad revolucionaria a la que estaba ligada fue reabsorbido por el democratismo ambiente, es necesario regresar al punto más alto del potencial teórico-práctico de la clase: 1848.

6. La historia presenta una serie de discontinuidades debidas a la intervención de las clases. Son ellas las que cortan los nudos gordianos y resuelven los enigmas. Las continuidades intermedias no son más que la circulación de un contenido que se afirma en el momento de las erupciones sociales.

7. El trabajo teórico pretende, pues, comprender de forma total la base sobre la que se ha manifestado la clase como tal y, por tanto, la base sobre la que se manifestará mañana. A través de este trabajo, el partido formal, y después el puñado de ele-

mentos que haya permanecido fiel a la línea de clase, puede ser el vínculo entre las diferentes épocas y participar en el partido histórico: la verdadera *Gemeinwesen* del proletariado.

8. Comprender a qué nivel de conciencia se manifestará el proletariado en la próxima revolución ya supone vincularse materialmente a la futura revolución. Esto implica luchar contra los obstáculos actuales a su manifestación, individualizar el devenir inicial de las falsas direcciones que mañana intentarán desviar el torrente revolucionario.

9. En los períodos de contrarrevolución total, como en los de ruptura de la fase de ésta, sólo el pensamiento reflexivo, con el programa de la clase obrera como base mediadora, permite entroncar con la verdadera acción del pasado y captar la del futuro. Por ello, porque no se limita a ser un elemento del contenido que se agota entre dos fases revolucionarias, supone una superación real en potencia. Este pensamiento no es «una pasión de la cabeza» sino «la cabeza de la pasión». Su objeto es la lucha contra todas las influencias de la sociedad capitalista. Su objetivo es la descripción de la futura discontinuidad efectiva (la revolución), la de la sociedad comunista que la sucede, y poner en evidencia la forma en que el movimiento real prepara esta discontinuidad (revolución).

10. La reflexión puede concebir, comprender y explicar las discontinuidades, pero no puede crearlas; sólo la actividad de la clase puede hacerlo. No obstante, ésta sólo puede realizar esas rupturas si se constituye en clase y, por tanto, en partido. Se convierte entonces en un ser dotado de un pensamiento colectivo y de un programa.

11. El programa no es nuestra propiedad privada. Hemos de transmitirlo intacto a las próximas generaciones, y creemos, con razón (a escala mundial), que para acceder a su comprensión no tienen necesidad estricta de nuestra mediación. Lo lograrán en gran medida por sus propios medios. Nuestra firme adhesión a la línea histórica permitirá, en el momento en que la sociedad se vea revolucionada, acelerar el proceso de integración programática. La reorganización del partido es tarea de millones y millones de personas.

1. BREVE HISTORIA DEL MOVIMIENTO DE LA CLASE PROLETARIA EN EL ÁREA EURO-NORTEAMERICANA DESDE SUS ORÍGENES HASTA LA ACTUALIDAD

«No nos quejamos de los acontecimientos históricos; al contrario, intentamos comprender sus causas y, por tanto, sus consecuencias, que están lejos de agotarse.»

MARX

1.1. El ciclo histórico desde los orígenes a la IIIª Internacional

1.1.1. Desde la destrucción de la antigua comunidad humana del comunismo primitivo, distintos movimientos intentaron reconstituirla. Esto sucedió tanto en la sociedad esclavista antigua como en la Edad Media. Este movimiento de rebelión contra la sociedad de clases de la época era reaccionario, en definitiva, porque se oponía a la evolución histórica. El peso del pasado era demasiado poderoso. El comunismo primitivo era mito y poesía social, y nada más. Sin embargo, con el desarrollo de la sociedad feudal y el ascenso de la burguesía, surgieron nuevas bases para una sociedad diferente e incluso, a partir de ellas, el comunismo pudo vislumbrarse como algo más que un simple retorno al pasado.

1.1.2. En algunos sectores, las luchas adquirieron un carácter netamente revolucionario. Así sucedió con la revuelta de los Ciompi en Italia en 1378. Engels explica por qué la mayoría de los movimientos de la época, como el de John Ball (1381, en Inglaterra) o el de los husitas del siglo xv, tuvieron un aspecto religioso.

«Es evidente que todo ataque general contra el feudalismo debía primeramente dirigirse contra la Iglesia, y que todas las doctrinas revolucionarias, sociales y políticas debían ser en primer lugar herejías teológicas. Para poder tocar el orden social existente había que despojarle de su aureola.» (*La guerra de los campesinos en Alemania*, p. 23)

Al final de la Edad Media, con la disolución de la sociedad feudal, los plebeyos constituían *«la única clase que entonces se hallaba enteramente al margen de la sociedad existente. Se hallaban fuera de la comunidad feudal y de la comunidad burguesa. No tenían privilegios ni bienes; no tenían ni siquiera la propiedad gravada con cargas abrumadoras, de los campesinos y pequeños burgueses. Estaban desposeídos y sin derechos; en su vida normal ni siquiera entraban en contacto con las instituciones de un Estado que ignoraba hasta su existencia. Eran un símbolo vi-*

viente de la disolución de la sociedad feudal y corporativa y al mismo tiempo los primeros precursores de la moderna sociedad burguesa.»

«Así se explica que ya entonces la fracción plebeya no pudiera contentarse con combatir tan sólo al feudalismo y a la burguesía privilegiada de los gremios, sino que hubo de ir —por lo menos en su imaginación— más allá de la propia sociedad burguesa apenas naciente y por qué esta fracción desposeída tuvo que renegar de ideas y conceptos que son comunes a todas las sociedades basadas en el antagonismo de clases. Las fantasías quiliásticas del cristianismo primitivo ofrecían el punto de referencia oportuno. Pero la superación, no sólo del presente, sino también del porvenir, no podía ser más que forzada e imaginaria; al primer intento de realización tenía que volver a encerrarse en los estrechos límites que permitían las circunstancias de entonces. El ataque contra la propiedad privada, la reivindicación de la comunidad de bienes, no podían dar más resultado que una simple organización de la caridad; la confusa igualdad cristiana podía a lo sumo traducirse por la burguesa igualdad ante la ley; la supresión de toda autoridad por fin se transforma en el establecimiento de gobiernos republicanos elegidos por el pueblo. La anticipación del comunismo en la imaginación condujo, en realidad, a una anticipación de la nueva sociedad burguesa.» (*Op. cit.*, p. 74)

Ese fue el caso del movimiento de Thomas Münzer, auténtico precursor del comunismo. La contrarrevolución triunfante en el continente en 1555 (paz de Augsburgo) dio lugar a una terrible fase de regresión en el ámbito germánico y la Guerra de los Treinta Años acentuó aún más ese fenómeno. De esta época data la balcanización de Europa, que supuso un enorme freno al desarrollo revolucionario.

1.1.3. Casi un siglo después, en Inglaterra se reanudó el movimiento. También allí, durante la revolución burguesa, se hizo sentir el movimiento proletario: los niveladores y los *ranter*s. Fueron derrotados a su vez. Sin embargo, gracias a ellos las ideas burguesas de voluntad general, acuerdo del pueblo, separación de poderes, etc., pudieron impregnar todo el siglo XVIII. Los grandes filósofos no hicieron más que redescubrirlas y darles una cierta forma. Fueron ellos quienes impulsaron al máximo la revolución, y la República sólo pudo desarrollarse tras su derrota. Todas las repúblicas francesas surgieron del mismo modo: aparecieron tras la derrota proletaria.

1.1.4. A finales del siglo XVIII, la disolución de la comunidad agraria, al igual que la de la comunidad feudal, había llegado a tal punto que una gran cantidad de hombres carecía ya de verdaderos vínculos sociales. En otras palabras, se planteó la cuestión de volver a formar una comunidad. La burguesía ofreció su solución, institucional y democrática; el proletariado, con Babeuf, formuló la suya: el comunismo. De ser una clase movilizadora tendía a convertirse en una clase movilizadora.

De este modo, el proletariado manifestó su verdadero ser: restaurar el antiguo ser comunitario pero dotado de todas las aportaciones de las sociedades de clase. Y la sed de poder que ya se había manifestado durante la guerra de los campesinos se afirmó con mayor amplitud durante la revolución inglesa de 1640 a 1650. El proletariado es la clase que tiene sed de poder porque: «¡Quien tiene la fuerza tiene la ra-

zón!» «¡Quien tiene el hierro tiene el pan!» Por medio de su dictadura, habría sido posible dirigir a las masas puestas en movimiento por la revolución burguesa (rasgo compartido con la revolución comunista) y facilitar así el desarrollo de las nuevas fuerzas productivas: aceleración del desarrollo económico, base para una revolución comunista.

La revolución pudo triunfar gracias a la intervención de los proletarios (terrorismo). A la visión menchevique (¿ya entonces?) que pretende establecer etapas y que se preocupa siempre de fijar niveles a la revolución, responde como Marat, proclamando la revolución permanente:

«Cuando, más tarde, leí el libro de *Bougeart* sobre *Marat*, vi que nosotros habíamos imitado inconscientemente, en más de un aspecto, el gran ejemplo del verdadero “Ami del pueblo” (no del falseado por los monárquicos), y que todo ese griterío furioso y todo ese falseamiento de la historia que ha desfigurado por completo, a lo largo de casi un siglo, la verdadera imagen de Marat, se debe exclusivamente a que Marat desenmascaró sin piedad a los ídolos del momento (Lafayette, Bailly y otros), denunciándolos como traidores consumados de la revolución, y a que Marat, al igual que nosotros, no consideraba que la revolución había terminado, sino que se había declarado permanente.» (Engels)

1.1.5. Fue durante la revolución francesa cuando mejor se efectuó, por primera vez, la ruptura entre el movimiento burgués y el proletario, pues en el transcurso de ésta se manifestó el primer partido comunista efectivo (Marx). De ahí también los dos caracteres opuestos: la revolución burguesa es una revolución social con alma política; la revolución proletaria, una revolución política con alma social. A partir de este momento la revolución extrae su poesía del porvenir y no del pasado (Marx). Por último, para triunfar realmente, la revolución tiene que ser radical. Hasta el momento, el proletariado ha hecho la revolución para la burguesía.

1.1.6. La contrarrevolución contra el proletariado data de 1795, la contrarrevolución contra la burguesía de 1815. La primera bloqueó el movimiento político del proletariado, el movimiento hacia su constitución en clase y, por tanto, en partido; la segunda tendió a frenar el propio movimiento de su génesis. De hecho, en el continente este movimiento se ralentizó, pero en Inglaterra el desarrollo del capitalismo lo engendra, por el contrario, sobre bases más fuertes (especialmente después de 1829). Lo mismo ocurrirá a un ritmo más lento en el continente tras la crisis de 1827.

«La gran industria concentra en un mismo sitio a una masa de personas que no se conocen entre sí. La competencia divide sus intereses. Pero la defensa del salario, este interés a todos ellos frente a su patrono, los una en una idea común de resistencia: *la coalición*. Por lo tanto, la coalición persigue siempre una doble finalidad: acabar con la competencia entre los obreros para poder hacer una competencia general a los capitalistas. Si el primer fin de la resistencia se reducía a la defensa del salario, después, a medida que los capitalistas se asocian a su vez movidos por la idea de la represión, y las coaliciones, en un principio aisladas, forman grupos, la defensa por los obreros de sus asociaciones frente al capital, siempre unido, acaba siendo para ellos más necesario que la defensa del salario. Hasta tal punto esto es cierto que los economistas ingleses no salían de su asombro al ver que los

obreros sacrificaban una buena parte del salario en favor de asociaciones que, a juicio de estos economistas, se habían fundado exclusivamente para luchar en pro del salario. En esta lucha —verdadera guerra civil— se van uniendo y desarrollando todos los elementos para la batalla futura. Al llegar a este punto, la coalición toma carácter político.

«Las condiciones económicas transformaron primero a la masa de la población del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así, pues, esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para sí. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política.» (*Miseria de la filosofía*, p. 120)

1.1.7. Así pues, en el transcurso de su lucha, el proletariado engendra su programa. La acción precede a la conciencia. En los tres países más desarrollados de la época —Inglaterra, Francia y Alemania— el proletariado, a través de la confrontación en uno de los tres planos —económico, político o filosófico— había afirmado el comunismo.

La obra de Marx y Engels es unificadora. Vincularon entre sí los diversos aspectos del comunismo (Marx y Engels hablan del partido comunista ya desde 1843) y lo dotaron de un profundo fundamento teórico: el materialismo histórico. Esto ocurrió en Alemania a raíz de la doble revolución, que impuso el empleo de todos los logros de las últimas revoluciones y de las lecciones de la contrarrevolución.

1.1.8. Esta contribución internacional a la formación de la teoría reaparece en la organización de un movimiento de lucha. La Sociedad de las Estaciones, la Liga de los Justos y la Liga de los Comunistas reunían a obreros de todas las nacionalidades. Marx y Engels escribieron para esta última el manifiesto del Partido Comunista, cuyo lema es: *¡Proletarios de todos los países, uníos!*

En 1848, en Francia, el proletariado se manifestó solo, oponiéndose a la burguesía. Fue derrotado.

En Alemania, debido al retraso de la revolución y al carácter cobarde y débil de la burguesía, sólo una revolución radical y no progresiva (como en Francia) podía resolver la cuestión social. Fue derrotado, pero en todos los casos, la revolución benefició a la burguesía.

En la siguiente fase, el desarrollo de las fuerzas productivas reproducirá al proletariado sobre una base aún más amplia, y su movimiento de unificación será más potente. En 1864, la fundación de la AIT declara: *«la emancipación de los trabajadores será obra de los propios trabajadores»*; afirma, en definitiva, la necesidad del partido político, así como que la clase sólo existe cuando se constituye en clase y, por tanto, en partido (como ya proclamó el Manifiesto). La Comuna de París fue derrotada tras haber ejercido la dictadura del proletariado durante más de dos meses. El ciclo del proletariado en el mundo occidental está completamente terminado. A partir de ahora, en este ámbito sólo se plantea la revolución pura y la Comuna de París fue, en sí misma, un luminoso ejemplo de ello.

En 1889, el proletariado logra afianzar de nuevo su unidad a escala internacional, pero de forma menos global que en 1864, y esta vez el movimiento llegó a zonas aún

más vastas, reflejando así tanto la extensión del modo de producción capitalista como la de la teoría del proletariado.

1.1.9. Ahora bien, en el seno de varios partidos occidentales se había individualizado una izquierda; la de los tribunistas holandeses que, por desgracia, no estuvieron exentos de una debilidad anarquista en su teorización del partido; en Alemania se constituyó gracias a Rosa Luxemburgo, Franz Mehring, etc., pero también había grupos cuyas posiciones diferían significativamente y que se manifestaron durante la revolución de 1918. Esa izquierda tuvo el mérito de defender la visión catastrofista de Marx y de rechazar el reformismo, subrayar la importancia de las huelgas y, por tanto, la actividad «de las masas», sin la cual no es posible revolución alguna, así como, por último, el de haber denunciado el colonialismo y haber comprendido que, si el proletariado no era capaz de oponerse a las empresas coloniales, tampoco podría oponerse a la guerra imperialista.

En Italia, a partir de 1906, el movimiento de la izquierda se individualizó y defendió las mismas posiciones que la Izquierda alemana, pero además luchó contra la democracia y, en particular, contra el parlamentarismo y la política de frente único, que en aquel entonces en Italia se llamaba «blocardismo» (en esto estaba próxima a la izquierda holandesa). Tomó violentamente posición contra la cultura (que es siempre burguesa), pero puso en primer plano la intransigencia del pensamiento, la primacía de la teoría. Si el partido socialista no cayó en la unión sagrada, fue debido a la acción de la izquierda (la fracción abstencionista).

Al margen de estas corrientes, en Europa Occidental no se produjo ninguna reacción significativa contra la degeneración del movimiento socialista: la guerra, por otra parte, interrumpió en todas partes el movimiento de radicalización. Sin embargo, en Alemania (1916) y en Italia a partir de 1914, hubo una respuesta seria del proletariado.

1.1.10. Por desgracia, esta Internacional, creada demasiado pronto, se hundió rápidamente en la democracia y el reformismo. Su paso a la unión sagrada en 1914, su traición efectiva, tenía raíces profundas. En los países latinos se produjo una vigorosa respuesta contra esta evolución oportunista de los partidos socialistas por parte del sindicalismo revolucionario.

Debido a sus posiciones «anarquizantes», los sindicalistas revolucionarios no lograron superar la debilidad del movimiento obrero. Favorecieron la escisión en su seno. Así, en 1906, la Carta de Amiens teorizó la independencia del sindicato con respecto al partido, lo que supuso la pérdida definitiva de la unidad obrera. Aquello también iba a producirse fuera de Francia.

A esta escisión en el seno de la clase le correspondió una división en el plano teórico. Bernstein opuso el fin al movimiento y afirmó la primacía del segundo sobre el primero. El movimiento obrero todavía padece a cuenta de esta división.

1.1.11. La IIIª Internacional se fundó en Moscú en 1919, tras la revolución rusa, como había predicho Engels. «Sin embargo, los acontecimientos están madurando en Rusia, donde la vanguardia de la revolución entrará en combate. En nuestra opinión, es esto, y su inevitable repercusión en Alemania, lo que hay que esperar, y entonces llegará el momento de una grandiosa manifestación y de la instalación de una internacional formal y oficial, que, sencillamente, ya no podrá ser una asociación de propaganda, sino sólo una asociación con vistas a la acción.»

1.1.12. La fundación de la IIIª Internacional marca una verdadera discontinuidad. La labor de los revolucionarios consistía en hacerla cada vez más efectiva. Para ello hubiera sido necesaria una crítica materialista de la bancarrota de todos los partidos de la Segunda Internacional, una crítica de sus principios. En Rusia, se produjo en los hechos y también (en parte) en la doctrina (*El Estado y la revolución*). En Occidente el movimiento no llegó a romper definitivamente con la democracia y no pudo dirigir con determinación la lucha contra el capital.

1.1.13. En Alemania, el movimiento proletario sufrió una grave derrota en el momento en que iniciaba su vasto movimiento de reunificación sobre bases de clase, rompiendo con la democracia. El vínculo con la revolución rusa no pudo producirse.

En Italia, el poder del partido socialista, aprovechando el prestigio que le había conferido su no participación en la guerra, logró desviar al proletariado hacia las elecciones en lugar de dedicarse a la preparación revolucionaria. La ruptura con la derecha y con la democracia, deseada esencialmente por la fracción abstencionista, llegó demasiado tarde, tras la gran ola revolucionaria de 1919 (Livorno 1921).

Así, tras estas dos derrotas y tras las de Hungría y Finlandia, así como la ausencia de movimientos serios en Francia e Inglaterra, la revolución rusa quedó aislada.

1.1.14. Esta derrota del movimiento obrero de Europa Occidental tuvo su repercusión en Rusia: la NEP. Por otra parte, una vez pasado el punto culminante de la ola revolucionaria de 1919, habría sido necesario preparar a los partidos para la siguiente fase revolucionaria. Esto es lo que pretendía la Fracción Comunista de Italia al exigir condiciones draconianas para la admisión de los partidos en la Internacional (en particular, hizo aprobar los puntos 16 y 19). Por desgracia, inmediatamente después de esta promulgación de condiciones se impuso la táctica del frente único, primero mediante la fusión del joven Partido Comunista Alemán con los independientes de izquierda (Halle 1920), luego con el intento de hacer lo mismo entre el Partido Comunista de Italia y la izquierda del Partido Socialista (los *terzinternazionalisti*), y después con la teoría oficial del frente único, que desembocó finalmente en la consigna del gobierno obrero y campesino.

Estos errores debilitaron, en lugar de fortalecer, al comunismo mundial, que fue derrotado de nuevo en Alemania en 1923, tras la victoria del fascismo en Italia en 1922. La Internacional se convirtió entonces plenamente en un fenómeno ruso. Todo

el movimiento mundial se agotó defendiendo una conquista sin lograr superar su propia situación.

1.1.15. Tras la derrota del movimiento espartaquista y en relación con la generalización errónea del modelo de la revolución rusa en Occidente, salió a la luz una viva oposición en Alemania a partir de 1919, con la formación de un nuevo partido en 1920: el Partido Comunista Obrero de Alemania. Puso de relieve (junto con los tribunistas holandeses, que también habían pasado a la oposición) las circunstancias diferentes de la situación del movimiento obrero en Alemania. Esto podría caracterizarse en la actualidad diciendo que en este país se estaba produciendo el paso de la dominación formal del capital a la dominación real, obviamente a escala de la sociedad en conjunto. Aquel movimiento estuvo lastrado por toda clase de errores, tanto sobre la cuestión nacional como sobre las luchas económicas inmediatas, el partido, etc... A su vez, fue incapaz de aportar su ayuda a la revolución rusa y no comprendió toda la importancia de ésta debido a su prolongación en el ámbito asiático.

1.1.16. La polémica y luego la ruptura con el KAPD (fundador en 1922 de una IVª Internacional con los tribunistas, las izquierdas búlgaras, etc...) no hizo sino reflejar la falta de confluencia de los dos fenómenos revolucionarios: el de la zona eslava, plenamente triunfante, pero cuyo triunfo no podía ser definitivo más que con la victoria de la revolución en Occidente, y el de Europa occidental, cuyo impulso acababa de ser quebrado en 1919, y que no lograría reanudar realmente la ofensiva.

La derrota de 1923 fue rematada por el estancamiento de la lucha del proletariado inglés (a causa del comité anglo-ruso) en 1926, estancamiento ya preparado por la funesta entrada del Partido Comunista en el Partido Laborista so pretexto de radicalizarlo. En esas mismas fechas, la teoría del socialismo en un solo país triunfó dentro del partido comunista de la Unión Soviética. Ya no podía tratarse de la revolución comunista en Occidente.

1.1.17. Ante este retroceso de la revolución, el partido ruso tendió cada vez más a buscar apoyo en las revoluciones anticoloniales de Asia. No hizo sino acentuar la posición defendida en Bakú: «Y por eso, cuando los capitalistas dicen que una nueva horda de hunos amenaza a Europa, les contestamos: ¡Viva el Oriente Rojo, que junto con los trabajadores de Europa creará la nueva civilización bajo la bandera del comunismo!»

A falta de la ayuda de los obreros occidentales, se generalizó a escala mundial (Bujarin) la teoría de la alianza proletariado-campesinado (dentro de Rusia), lo que condujo a la infecta alianza con partidos contrarrevolucionarios como el Kuomintang. El centro revolucionario se había desplazado hacia el Este. Pero al hacer tal cosa, la lucha por la doble revolución se replegó a la lucha por la revolución burguesa, lo que se reveló objetivamente en la masacre de trabajadores en Cantón y Shanghai (1927). El transcrecimiento de la revolución china había sido destruido.

En lo sucesivo, ya nada impedía el triunfo de la teoría del socialismo en un país (1928) en el seno de la IC. Aquello supuso la derrota total del comunismo en Occidente, y marcó al mismo tiempo el inicio de una inmensa oleada revolucionaria burguesa en Asia y en África, frenada varias veces, si bien finalmente victoriosa (1962), pero que había sido decapitada para siempre de su transcrecimiento comunista.

1.2. **Lecciones de la historia del movimiento proletario**

«Estas causas (del fracaso, N. de la R.) no hay que buscarlas en simples elementos accidentales: esfuerzos, talentos, errores, fracasos, traiciones de los dirigentes, sino en la situación general y en las condiciones de existencia de cada nación interesada en la agitación revolucionaria.»

Marx y Engels

El estudio de la historia del movimiento obrero aporta una serie de enseñanzas esenciales para la comprensión de la lucha del proletariado por el comunismo.

1.2.1. «Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político, vuelve sin cesar a ser socavada por la competencia entre los propios obreros. Pero resurge, y siempre más fuerte, más firme, más potente.» (*Manifiesto comunista*)

Esto se constató en la Liga de los Comunistas, y luego en la AIT, en la que el Consejo General de Londres correspondía al partido, después en la IIª Internacional, en la que el partido tenía una mayor extensión, y por último en la IIIª que, a partir de 1922, se proclamó partido comunista mundial.

1.2.2. Las fases de revolución son fases de unificación de la clase; las fases de contrarrevolución son fases de fragmentación. Esto se traduce básicamente en la separación de la clase de su programa histórico. En el plano teórico, sucede otro tanto: separación del fin y del movimiento, tendencia a ver contradicciones en el sistema teórico, a oponer entre sí a determinados miembros de la escuela marxista de forma abstracta, sin ser conscientes de las diferentes circunstancias históricas en las que se realizaron sus afirmaciones. Entonces, triunfa el modo de pensar mediante categorías fijas (incluso cuando se pretende ser defensor de la dialéctica) y ya no se es capaz de integrar ningún fenómeno en el cuerpo integral de la doctrina; pérdida de un sentido fundamental: el de las generalizaciones (Trotsky). En cambio, en las fases de resurgimiento y de lucha revolucionaria, todos los esfuerzos teóricos convergen, tanto en el seno de la clase (la superación de la democracia en 1919) como entre los teóricos de la misma (Lenin y Trotsky en 1917, por ejemplo). Ambos fenómenos están absolutamente vinculados.

1.2.3. La unificación se produjo de forma espontánea en 1864, cuando la AIT unió indisolublemente las luchas políticas y económicas. La IIª Internacional actuó de la misma forma en sus inicios, sólo que el movimiento afectó a masas más pequeñas, ya que sólo reagrupaba a los elementos socialistas y marxistas: límites del movimiento espontáneo. La IIIª Internacional, que tenía que superar un estado de fragmentación de la clase nunca alcanzado con anterioridad, no pudo lograr realmente la misma unificación que la AIT.

1.2.4. Al agrupar al conjunto de la clase obrera, la AIT no experimentó el problema del vínculo del partido con la clase. Éste era interno y se manifestó organizativamente a través de la polémica sobre el centralismo y el federalismo. En cambio, para la IIª Internacional, que sólo agrupaba a una parte de la clase, la cuestión de su vínculo con la totalidad de ésta se volvió esencial. De ahí que el sufragio universal y la propaganda electoral se consideraran como modos de vincularse a la clase y medios de unificación de ésta. Para la IIIª, el reagrupamiento de la clase concernía a unos efectivos aún más limitados: incluso hizo falta purificar los partidos (21 condiciones) para darles vigor revolucionario. En una primera etapa —la revolucionaria— se produjo un doble movimiento de depuración de los partidos y de unificación de grandes masas en torno a ellos. Con la interrupción de la ola revolucionaria se produjo una segunda fase en la que se planteó la cuestión de un vínculo más intenso con las masas, la necesidad de encontrar una manera de agruparlas más ampliamente (cuando, debido al estancamiento revolucionario, estaban bajo la influencia de los partidos socialdemócratas): el expediente táctico.

En el seno de las tres internacionales, el falso planteamiento del problema del vínculo del partido con la clase o del modo de organización de ésta (lo que remite a lo anterior) condujo a una sola e idéntica desviación: creer que la revolución es una cuestión de forma de organización.

1.2.5. En el transcurso de la vida de la clase y, por tanto, del partido, tres desviaciones fueron el pasivo nacional en los tres países más avanzados. 1º Una desviación económica, el oportunismo en Inglaterra: dado el desarrollo económico se podía pensar que las principales contradicciones que afectan al sistema económico capitalista irían desvaneciéndose. En consecuencia, la clase obrera no debía preocuparse tanto por el objetivo final como por la mejora de sus condiciones de vida cotidianas; al hacer eso, desempeñaría al mismo tiempo el papel de higienista del capital, ya que con su lucha tendería a eliminar las excrecencias nocivas del sistema. 2º El posibilismo en Francia: la ilusión de conquistar el Estado desde dentro (que también se manifestó en Alemania con el lassalleísmo). Postulaba que es necesario hacer posible el programa máximo (la revolución socialista) haciéndolo compatible con la lucha dentro de los límites de la sociedad burguesa: formulación de un programa mínimo. Los logros de este programa podían, a su vez, mediante la emulación, atraer a otras masas al movimiento. Mediante una progresión gradual se llegaría hasta la conquista

del poder, que en este caso sería poco menos que una renuncia al poder por parte de la clase dominante. 3° El revisionismo en Alemania, donde nació la teoría, implicaba una modificación de la propia doctrina. La realidad histórica ya no es esencialmente la misma, hay que tener en cuenta las novedades y, en particular, la catástrofe del sistema capitalista no es inevitable; en consecuencia, lo importante aquí, una vez más, es la lucha diaria: el fin no es nada, el movimiento lo es todo.

Ulteriormente, los tres tipos de desviación se sumaron en diferentes puntos del globo, para constituir finalmente una misma patología del movimiento obrero tras la degeneración de la Internacional Comunista: el inmediateísmo. Sólo se tiene en cuenta lo inmediato o no se ve más que eso. Así pues, ya no hay una enfermedad nacional sino universal.

1.2.6. Cada derrota se pagó con dos manifestaciones erróneas: una anarquista y otra voluntarista. Después de la Primera Internacional, la teoría de Bakunin releva a la de Proudhon, mientras que el blanquismo es la enfermedad de la voluntad de la época. Tras la Comuna, los blanquistas reprocharon a Marx haber trasladado la sede de la AIT a Nueva York. Pensaban que aún era posible una acción revolucionaria mientras existiera una organización tan prestigiosa como la AIT. Simplemente estaban invirtiendo los factores.

En la época del estancamiento socialdemócrata de la IIª Internacional, se produjo de nuevo una reacción similar con el anarcosindicalismo: una forma típicamente anarquista (por ejemplo, Pelloutier) y una forma más voluntarista (de tipo blanquista): Sorel y sus adeptos.

Con la degeneración de IIIª Internacional vuelve a manifestarse el anarquismo. Esta vez se trata de la negación de la importancia del partido. Evidentemente, en este anarquismo hay distintos matices, porque el rechazo del partido es más o menos completo. No obstante, cabe decir que esta oscilación anarquista se hizo sentir claramente entre los tribunistas, el KAPD y los ordinovistas italianos. Por otro lado, la corriente anarquista tradicional se nutre y se refuerza ante estas oscilaciones.

La deformación voluntarista nos la proporcionan los trotskistas. A semejanza de los blanquistas, éstos son incapaces de entender lo que es un período de retroceso. De ahí que creyeran que podían volver a formar una Internacional. Creían, y siguen creyendo que en Rusia basta con completar la revolución, con hacer una revolución política, porque ¡¡la burocracia se ha apoderado del comunismo!! Cometan el mismo error que los proletarios franceses que creían rematar la revolución francesa y que en realidad luchaban por un mundo nuevo. La diferencia reside en que el proletariado francés se movía en la órbita de la revolución, y los trotskistas en la de la contrarrevolución. La amnistía de los blanquistas los convirtió finalmente en socialistas reformistas que se hundieron en la unión sagrada; la suerte de los trotskistas reside en la no rehabilitación de Trotsky.

1.2.7. Cada internacional murió resolviendo la cuestión que la socavaba.

— Centralismo o federalismo en el seno de la AIT, que se resolvió con el triunfo de la teoría del partido en el congreso de La Haya de 1872.

— Revolución gradual o catástrofe del capitalismo en el seno de la IIª Internacional; la posición de la izquierda (bolcheviques, espartaquistas y abstencionistas) demostró ser profundamente correcta en 1914. En el plano doctrinal, esto representa una de las mayores victorias de nuestra doctrina. Se trata de la última verificación experimental necesaria de la teoría proletaria.

— La cuestión de la táctica en el seno de la IC. En 1922, las tesis de Roma dieron una solución definitiva. Dichas tesis eran las del Partido Comunista de Italia, pero fueron presentadas al mismo tiempo como proyectos para la IC. No fueron aceptadas, pero todo el desarrollo posterior del movimiento obrero confirmó su exactitud.

1.2.8. En el plano puramente teórico, la Iª Internacional se enfrentó al siguiente problema: ¿quién crea la riqueza? *El Capital*, de Marx, no sólo responde a la pregunta, sino que también expone el programa de la clase proletaria. El proletariado crea el plusvalor que permite la valorización del capital; la misión histórica del proletariado es la destrucción del capital y la instauración de la sociedad comunista. El movimiento práctico inmediato fue la lucha por la reducción de la jornada laboral a diez horas. Ese movimiento unificó a la clase y demostró la exactitud de la teoría.

La IIª Internacional no se preocupó por la crisis económica, es decir, por el curso y el modo de desarrollo del capitalismo. ¿Podía éste último evitar las crisis? ¿Se produciría una evolución gradual que permitiera efectuar una transición pacífica al socialismo? Esta fue, pues, la cuestión decisiva para la vida de la IIª Internacional. No es casualidad que Bernstein negase las crisis. La izquierda marxista afirmaba lo contrario y tenía razón.

Una vez resueltos los dos primeros problemas, la IIIª Internacional se planteó entonces la cuestión de saber exactamente cuáles eran las causas de la puesta en movimiento de las masas y cómo podría acelerarse este movimiento (vínculo con la táctica). La respuesta la dieron las tesis de Roma y diversos trabajos que analizaban las relaciones del partido con la clase.

1.2.9. Los problemas fueron, en cada ocasión, «problemas de actualidad» sugeridos por una situación histórica determinada. Cabe decir que, en la mayoría los casos, el error consiste no tanto en dar una respuesta equivocada, como en no integrarla en el cuerpo total de la doctrina. Uno se deja atrapar entonces por el nudo corredizo de la actualidad. La respuesta debe darse en función del objetivo y no sólo en función de un momento determinado de la lucha. Así pues, no basta con decir que la crisis es inevitable, sino que hay que explicar la repercusión de esa crisis sobre las masas (lo que depende del contexto histórico); esto conduce a analizar qué es una situación de regresión o por el contrario revolucionaria, etc... etc... Hoy en día la cuestión es el antagonismo entre capitalismo y proletariado, pero no hay que quedarse en el terreno de dicho antagonismo, sino comprender el desenlace, el triunfo del comunismo; de lo

contrario, no se sale del marco de una simple protesta que los fascistas de izquierda pueden darse el lujo de teorizar, porque es un dato en bruto, real, que no se puede escamotear.

1.2.10. La unidad del proletariado es un factor fundamental para que la lucha contra el capital tenga alguna posibilidad de éxito. Todos los revolucionarios defendieron firmemente esta unidad; por eso, a muchos de ellos les resultó difícil escindirse después de 1914, y también se debe a eso que la derecha pudiera obrar tan fácilmente contra ella. A esto se añadía una explicación a la que se ha recurrido demasiado a menudo: los dirigentes han traicionado, pero las masas (pues la escisión del movimiento se presenta a todos los niveles) son potencialmente revolucionarias (Rosa Luxemburgo se dio cuenta de lo especioso de semejante argumento). Por tanto, se pretendió tratar de arrancar a las masas de las garras de los dirigentes sin escindir el partido (luego se creó, además, la teoría de la unidad por la base para eliminarlos). Ahora bien, la unidad del proletariado sólo es válida si es expresión de su ser. «Sabido es que el mero hecho de la unificación satisface de por sí a los obreros, pero se equivoca quien piense que este éxito efímero no ha costado demasiado caro.» (Marx, *Crítica del programa de Gotha*)

1.2.11. La Iª Internacional tuvo que afirmar una teoría en la práctica: disolver las sectas y superar la estrechez nacional. La IIIª Internacional, que comenzó donde terminó la Iª, la revolución, tuvo que practicar una teoría y sobre todo precisar la formación de la clase en partido. No pudo sino esbozar su tarea. Ahora bien, negar la ruptura, aunque fuese muy breve, equivale a negar la intervención consciente del proletariado en el proceso social y a escamotear la cuestión esencial y fundamental, a saber, que fue la intervención del proletariado la que precipitó la transformación del capitalismo de su fase de dominación formal a la de la dominación real y la que permitió su penetración en la inmensa Asia, y después en África, destruyendo así el freno al desarrollo de estas sociedades. Para los inmediatistas que escamotean las discontinuidades, esto es cosa de poca monta. Su impaciencia, alimentada por el ansia, aspira a la solución inmediata y no sienten sino desprecio por esos proletarios cuya acción ha tenido como resultado el reforzamiento de su enemigo. Sin embargo, esa es la tarea necesaria de la revolución proletaria antes de poder destruir al capital.

1.2.12. El movimiento futuro no pasará por la etapa de la formación de una internacional. Las bases internacionales del movimiento existen en todas partes. La transformación del proletariado de clase para el capital en sujeto histórico se realizará mediante la formación del partido comunista a escala mundial. El ser de la clase, que se expresa al máximo cuando ésta se constituye en partido, excluye la existencia de diferentes teorías y almas diferentes. El ser no puede existir más que si es unitario. Esta unidad esencial es la que ha adquirido potencialmente en el transcurso de cien años

de lucha eliminando todas las taras y aberraciones teóricas que le ha legado la vieja sociedad.

1.3. **El movimiento proletario de 1933 a la Segunda Guerra Mundial**

1.3.1. Es el producto de la derrota de 1928. Se pasó de la fase de lucha a escala internacional a la de la lucha a escala nacional. Lo mismo sucedió después de 1871. El movimiento socialista se desarrolló en cada país de manera aislada antes de recobrar una dimensión internacional unificada. La diferencia, tras la derrota de 1928, es que el desarrollo de las luchas en los distintos países fue, en realidad, la culminación de la contrarrevolución que destruyó en ellos a las fuerzas proletarias.

1.3.2. En la Unión Soviética, los mejores elementos de la clase obrera murieron en el transcurso de la guerra civil, y los demás se disolvieron en aquel enorme país. Mediante la industrialización que siguió a 1928 se formó un nuevo proletariado. El estalinismo impide que refuerce a los restos de la oposición de izquierda que, en muchos aspectos, por lo demás, (sobre todo en lo que se refiere a las cuestiones internas) no se distingue de la dirección estalinista. Esta última, al presentar la industrialización como la construcción del socialismo, logrará vincular al proletariado a esta tarea de edificación capitalista (que es lo que es en realidad) renovando la alianza proletariado-capital del siglo XIX en Inglaterra, que tuvo lugar precisamente tras una derrota de este último (fracaso del movimiento cartista). En Rusia, el movimiento proletario ha completado un ciclo histórico; comienza un ciclo nuevo.

1.3.3. En Rusia, la derrota del proletariado supuso el triunfo del estalinismo; en Europa Occidental supuso el triunfo del fascismo o de su doble, el frente popular, lo que será tratado en las tesis sobre el fascismo (5.4.)⁴. En Inglaterra, sin embargo, el triunfo del capital fue tal que ni siquiera fue necesario un gobierno laborista. Los laboristas no entraron en el gobierno (de coalición, presidido por Churchill) hasta 1941.

1.3.4. En Estados Unidos, la situación se presenta de forma distinta. Aquí lo que se obstaculizó fue la constitución de la clase. Ésta se había desarrollado, como en Inglaterra (1.1.6.) en el siglo XIX, gracias a las luchas económicas, a lo largo de toda la segunda mitad del siglo pasado. Al principio, el movimiento socialista no era más que un apéndice del europeo (predominio de los alemanes). El partido socialista fundado en 1901 (el segundo; el primero, el «Socialist Labor Party», surgió después de 1870) influyó ante todo entre los inmigrantes. Sin embargo, a medida que estos elementos fueron absorbidos por la enorme nación (tenían sobre todo la posibilidad de convertirse en granjeros en el oeste) perdieron el contacto con el movimiento socialista.

⁴ Dichas tesis abarcan finalmente las comprendidas entre los puntos 5.3.3.8. y 5.3.3.11., y que Camatte publicó en 1972 (hasta el punto 5.3.4.) [N. del t.]

No obstante, el movimiento de unificación de la clase se realizó a través de los sindicatos. Después de los «Knights of Labor», la AFL (American Federation of Labor), se produjo la formación de los IWW (Industrial Workers of the World): «Los males económicos universales que afligen a la clase obrera sólo pueden ser erradicados por un movimiento obrero universal.» (*Manifiesto* de 1905).

Sin embargo, esta organización no pudo arraigar con fuerza, aunque no fuera sino porque, debido al estado inconcluso de la nación norteamericana, la formación de la clase no se había completado aún.

La guerra de 1914 frenó el desarrollo del movimiento obrero, pero al mismo tiempo reforzó al capitalismo estadounidense, que intensificó su dominio sobre la sociedad norteamericana y produjo un proletariado aún más numeroso.

Durante la guerra, un ala izquierda internacionalista se separó del Partido Socialista y formó el Partido Comunista Estadounidense en 1919. Ese mismo año, a iniciativa de John Reed, se formó el «partido comunista obrero», y en 1920 ambos se fusionaron para formar el Partido Comunista de Estados Unidos. Este partido reconocía la importancia de los IWW en el movimiento de unificación de la clase obrera, pero afirmaba que era necesario ir más allá de las vías pacíficas:

«Los IWW vuelven a su antiguo plan de organizar a todos los trabajadores por grupo industrial y por propaganda para el desarrollo pacífico de nuevas asociaciones, única forma de llevar a cabo la revolución. El Partido Comunista reconoce a los IWW como un movimiento revolucionario dentro del proletariado industrial, pero critica sus premisas teóricas y sus presupuestos tácticos. Los IWW rechazan la necesidad de la acción política revolucionaria para la conquista del poder y para la consecuente institución de la dictadura, después de la cual y sólo gracias a su trabajo se podrá crear la organización industrial y social deseada por las ligas de trabajadores industriales. Los IWW consideran que sus planes teóricos constituyen su propia contribución al movimiento. En realidad, la importancia de su movimiento radica en que es la expresión del desarrollo de la capa inferior del proletariado.» (L.C. Fraina, Secretario Internacional del PC de Estados Unidos, *Il soviet*, 06. 06. 1920)

Vemos, pues, la importante repercusión de la revolución rusa. Al movimiento de formación de la clase sobre las propias bases de la sociedad estadounidense (gran desarrollo de los sindicatos) se unió la conmoción externa. Los años que siguieron fueron años de reflujó, como en todo el mundo, con la diferencia de que en Estados Unidos el capitalismo se desarrolló en extensión en aquel vasto país y en intensidad mediante la modernización y racionalización del sistema económico. De tal manera que entre 1920 y 1928 se produce un desarrollo considerable del capitalismo estadounidense y, en el momento en que estalla la crisis, en 1929, se puede considerar que la nación norteamericana finalmente ha sido constituida de costa a costa. La crisis de 1929 no es sólo la crisis clásica descrita por Marx, sino la de la nación llegada a su madurez; es también el producto de la estructuración de ésta. La nación se había desarrollado de forma anárquica, de acuerdo con el liberalismo más clásico y desenfrenado. Ahora requería una cierta intervención del Estado, una cierta regulación. En

una palabra, Estados Unidos había quemado etapas. Ya se encontraba en el punto en el que se pasa a escala social de la dominación formal a la dominación real del capital.

Al debilitar al capital estadounidense, la crisis de 1929 facilitó el movimiento de unificación de la clase obrera. El sindicalismo se reanudó a una escala aún mayor. Pero ya no pudo encontrarse, como en 1919, con un movimiento revolucionario a escala mundial. Este había sido liquidado y los revolucionarios habían sido confinados en los distintos países, donde libraron las últimas batallas. En el momento en que el movimiento huelguístico de los obreros norteamericanos llegó casi a su apogeo, en 1935, la Internacional, abiertamente contrarrevolucionaria desde hacía ya siete años, rechazó definitivamente el programa revolucionario!

El proletariado, debilitado por el desempleo, recibió ayuda en forma de contingentes de nuevos proletarios: los hombres expropiados del campo. De hecho, hasta entonces la agricultura se había desarrollado de forma extensiva y no estaba dominada por las leyes del capital. Ahora que se había hecho realidad el mercado interior, las leyes del capital iban a poder manifestarse realmente. La crisis facilitó esta toma de posesión capitalista. Las tierras que no eran capaces de producir el beneficio social promedio, y por tanto una renta diferencial mínima, fueron eliminadas. La superficie de las tierras cultivadas se redujo. Desde entonces, esta superficie va aumentando o disminuyendo en función de la demanda, en relación con el mercado mundial. Cuando hay demanda, se cultivan tierras que antes no producían ingresos, pero en cuanto la producción vuelve a alcanzar un determinado nivel y la demanda disminuye, los precios bajan y la tierra deja de ser rentable. La superficie cultivada se reduce de nuevo (esto ilustra magníficamente la exposición teórica de Marx sobre la renta de la tierra en el Libro IV).

El proletariado se organizó cada vez más y en 1935 apareció un nuevo sindicato, el CIO (Congress of Industrial Organizations). El Estado capitalista se dio perfecta cuenta de la imposibilidad de detener el fenómeno. Cualquier intento de enfrentamiento frontal habría dado lugar a una gran radicalización. En un primer momento, aceptó e incluso apoyó al sindicato (fue en el momento de la ocupación de las fábricas, y en ese caso valía más presionar a los industriales para que reconocieran al sindicato); en un segundo momento, trató de apoyarse en él para llevar a cabo la obra de racionalización (New Deal, por ejemplo) y asegurar la supervivencia del capital. La maniobra de la burguesía inglesa del siglo XIX se repetía, y con el mismo éxito.

El movimiento proletario había sido desviado. La clase no se constituyó en clase ni, por tanto, en partido, pero tenía una fuerza considerable, lo que explica la dificultad de la entrada en guerra de los Estados Unidos (lo que no excluye otras causas que entran de lleno en la esfera interna de los intereses capitalistas: dejar que Europa se agote, por ejemplo). La guerra fue necesaria para destruir el movimiento proletario. Esta fue la obra de los estalinistas que, a partir de 1941, pidieron a los trabajadores que abandonasen las conquistas obtenidas en la fase anterior para hacer un esfuerzo

productivo por la defensa de la patria y para apoyar a la URSS (lo que no impidió que en 1942 se produjeran de nuevo grandes huelgas).

Ahora el movimiento ha sido destruido como resultado de la acción conjugada del reformismo clásico, de la integración de la clase en la sociedad, y del estalinismo, que en este aspecto —defensa de la patria— no es más que un sucedáneo infame de la socialdemocracia.

1.3.5. En relación con esta fragmentación mundial de la clase, existe una profunda división doctrinal. Atañe fundamentalmente a la cuestión de la relación del partido con la clase.

Los trotskistas, agrupados primero en la oposición bolchevique-leninista, y luego en la liga, consideran que es posible formar una cuarta internacional. Están obsesionados por la cuestión de la conquista de las masas. Para lograrlo, en Francia entraron primero en el SFIO y luego en el PSOP (Partido Socialista Obrero y Campesino); en España, participaron en la formación del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), y luego se separaron de él, mientras que en Estados Unidos y en México se infiltraron en los partidos comunistas oficiales (práctica que repitieron en otros lugares). Sin embargo, en 1936 las condiciones les parecieron favorables y en el I^{er} número especial de IV^a Internacional (Resoluciones de la Conferencia para la IV^a Internacional) examinaron el nuevo auge revolucionario y las tareas de la IV^a Internacional. Sin embargo, no fue hasta 1939 cuando ésta vio la luz. Este «pequeño» error de previsión no les impidió proclamar más tarde nuevos auges revolucionarios, y por tanto la necesidad de actuar, etc... Son fieles a sí mismos: tienen una revolución que terminar; una simple conmoción podría ponerlo todo en marcha de nuevo.

1.3.6. Las posiciones del KAPD, de los comunistas de consejos, de los tribunistas, continúan siendo defendidas. Sus posiciones negadoras del partido no hacen más que ponerlos en evidencia. El triunfo del fascismo en Alemania provocó la dispersión de estos elementos: algunos se marcharon a Australia (Pannekoek, por ejemplo) y siguieron defendiendo la necesidad de los consejos obreros; otros fueron a Estados Unidos, donde sostuvieron posiciones similares en revistas como “International Council Correspondence” y “Living Marxism”.

Los luxemburguistas están en cierto modo emparentados con estas corrientes por su crítica a la falta de democracia dentro del partido ruso y por el hecho de que hacen derivar la derrota de defectos intrínsecos del partido bolchevique.

1.3.7. En definitiva, el devenir de la clase que se erige en partido ya no se concibe como una totalidad, sino que se capta de forma unilateral. Estamos en una fase de interpretación de la derrota que muchas corrientes no quieren reconocer realmente.

En cuanto a la actitud hacia los sindicatos, pueden identificarse las siguientes posiciones principales:

a) Negativa total a trabajar en ellos: el KAPD. El origen de la posición de este partido debe ser tomado en consideración, en el sentido de que, en 1920, gran número de proletarios abandonaron los sindicatos y trataron de crear organizaciones más revolucionarias (consejos de empresa).

b) Hay que luchar por un sindicato revolucionario. Se reanuda la antigua posición de la IIIª Internacional sin destacar que ésta creó una internacional sindical roja y que por ello tuvo que aceptar la escisión del movimiento obrero: posición trotskista.

c) Los sindicatos deben ser independientes de los partidos. Se reafirma pura y simplemente la Carta de Amiens: posición de los anarcosindicalistas.

d) El sindicato es un organismo que no es susceptible de tener únicamente una posición reformista burguesa. Por tanto, no es imposible que el liderazgo sindical pueda ser conquistado. Sin embargo, se trata de una perspectiva muy lejana. Por el momento, sólo podemos hacer allí una limitada labor de proselitismo: posición de la izquierda comunista italiana.

1.3.8. La única posición que defendió con la mayor coherencia, aunque con muchas debilidades, la teoría del proletariado y, sobre todo, afrontó correctamente la cuestión de la formación de un nuevo partido, fue la de la izquierda comunista italiana.

Tras el Congreso de Lyon de 1926, la Izquierda perdió definitivamente la dirección y su poderosa influencia sobre el PCI. En 1927, varios camaradas fundaron en Pantin la fracción de la Izquierda Comunista dentro del PCI y publicaron un periódico, *Prometeo*. Entraron en constante conflicto con los trotskistas, mientras que elementos derivados del KAPD y de los tribunistas les reprocharon no ir tan lejos como ellos en la crítica a la revolución rusa, es decir, no llegar a afirmar que la contrarrevolución fue obra de Lenin, etc.

La izquierda subrayó la imposibilidad de crear un partido. «En lugar de un análisis riguroso de la situación para ver si se dan las condiciones para fundar los nuevos órganos, se determina a priori la necesidad de crear la nueva internacional. De la fórmula: la revolución es imposible sin un partido comunista, se saca la conclusión simplista de que es necesario construir ya el nuevo partido.» (*Bilan*, nº 1, 1933)

En 1935, se constituye la fracción independiente. Durante la guerra civil española, en un primer tiempo destacó el aspecto altamente revolucionario del movimiento, y luego denunció la guerra imperialista en la que se había transformado la lucha.

La izquierda mantiene firmemente su antidemocratismo y su rechazo a la lucha por la defensa nacional bajo cualquier pretexto de que se trate, especialmente en nombre de la defensa de la URSS, mientras que muchos trotskistas se unieron a la resistencia.

En *Prometeo* y en *Bilan* existen sin duda debilidades derivadas de no individualizar de forma clara y neta la fase de retroceso y el estudio del desarrollo del capital a escala mundial, pero esta fracción tuvo el mérito de defender correctamente los prin-

cipios fundamentales del comunismo, lo que le impidió caer en la trampa democrática o en la de la creación del partido.

La fuerza de este movimiento está en haber comprendido que era preciso batirse en retirada.

1.3.9. La guerra de 1939-1945 fue el triunfo total de la socialdemocracia tal como ésta se expresó en 1914: triunfo de la democracia, de la nación, del evolucionismo, etc. Una vez cumplida su labor represiva (como hizo en 1919 la socialdemocracia alemana), el estalinismo volvió plenamente a las consignas de la socialdemocracia; en este sentido es la verdad de ésta. En 1914, una de las consignas que permitió arrastrar a los proletarios a la lucha imperialista fue la proclamación de la defensa de Francia, tierra de las libertades y de la revolución, y se recordaba: «Todo hombre tiene dos patrias, la suya y luego Francia»; en 1940 la URSS sustituyó a Francia: «Todo hombre tiene dos patrias, la URSS y luego la suya». El resultado fue el mismo: la derrota del proletariado.

Al aceptar luchar por la democracia, el proletariado dio vida de nuevo al capital (éste iba a demostrarlo poderosamente en los años de posguerra).

«Horriblemente, una vez más, la boca joven y generosa del proletariado, poderosa y vital, se aplicó contra la boca podrida y asquerosa del capitalismo y le proporcionó, en estrecha unión inhumana, una nueva fuente de vida.»

1.4. El movimiento proletario después de la Segunda Guerra Mundial

1.4.1. La guerra mundial tuvo un carácter netamente antiproletario. Por supuesto, la propaganda oficial de todos los bandos trató de ocultarlo al máximo. Sin embargo, hay algunos hechos que no fue posible escamotear:

- a) La represión contra la población civil alemana.
- b) la represión del gueto de Varsovia (1944).
- c) la división de Alemania en dos para evitar un levantamiento proletario comparable al de 1919.
- d) la clase capitalista norteamericana pudo destruir la fuerza de los sindicatos gracias a la guerra.

Por otra parte, en esta guerra se manifestó claramente la dominación del capital sobre la sociedad. Le fue necesaria para eliminar todo tipo de mercancías que obstaculizaban su proceso de valorización, pero también para eliminar a su enemigo: el hombre. De ahí no sólo las masacres que implica toda guerra, sino la destrucción científica y racional de etnias enteras, de judíos y gitanos, porque para el capital estos seres humanos se habían vuelto superfluos.

1.4.2. 1945 marcó la derrota completa e irremediable, durante un cierto lapso de tiempo, del proletariado. En algunos países, sin embargo, el proletariado intentó aprovechar el debilitamiento de la clase capitalista para pasar a la ofensiva contra el capital. En efecto, muchos militantes obreros creyeron que al final de la guerra podrían llevar a cabo realmente esta ofensiva. Sin esta perspectiva, es evidente que no habría sido posible movilizarlos para la lucha contra el fascismo alemán. Esto parecía aún más plausible, cuanto que se hacía referencia a la revolución rusa, que había triunfado en el marco de la Primera Guerra Mundial.

Sin embargo, en todas partes, apenas terminada la guerra, los partidos estalinistas procedieron a desarmar a las diversas milicias populares y proclamaron que la tarea esencial era la reconstrucción de la nación. Justificaron esta posición en nombre de unas condiciones objetivas desfavorables a cualquier intento de toma del poder, que supuestamente habría provocado la intervención de Estados Unidos. Se trataba de un argumento falaz, porque el mundo capitalista estaba debilitado y habían comenzado a desencadenarse las revoluciones anticoloniales. La intervención de los estalinistas tuvo dos resultados: volver a encerrar a los proletarios en las empresas-cárceles y frenar la revolución colonial, que en consecuencia encontró frente a sí a Estados capitalistas que se reafirmaron rápidamente.

Si en 1914 fue posible hablar de traición, hacerlo acerca de los acontecimientos de 1940 o de 1945 es una farsa siniestra, porque supone enmascarar completamente el hecho de que todos los partidos comunistas eran abiertamente (por su propio programa) partidos al servicio del capital. Reprocharles una traición sería rehacerles una virginidad y hacer reformismo ante la podredumbre.

1.4.3. Sin embargo, las difíciles condiciones de vida de la clase obrera, ligadas al desastre de la guerra y a la enorme presión del capital, que se reconstruía a lomos de la clase obrera, ocasionaron grandes huelgas en Francia (1947) con formación limitada pero sintomática de comités de lucha, en Italia y en Grecia, donde el movimiento armado fue destruido por los capitalistas occidentales con el consentimiento de los rusos; también hubo huelgas en Inglaterra, pero el Plan Marshall, al proporcionar ayuda para la reconstrucción de Europa (una forma de colonizarla por parte de Estados Unidos), favoreció una mejoría económica que contuvo el malestar social.

La mayor parte de los movimientos que se desarrollaron hasta el período de la coexistencia pacífica fueron desviados hacia la lucha contra el «imperialismo norteamericano» y, por tanto, hacia el apoyo a la URSS, es decir, que la clase obrera fue utilizada como instrumento en la famosa Guerra Fría.

Sin embargo, algunas huelgas siguieron teniendo un marcado carácter de clase, como la huelga general de 1953 en Francia, al igual que las de 1956, menos extensas, vinculadas a la lucha contra la guerra de Argelia (el movimiento de los llamados a filas).

En 1960, la gran huelga de los mineros en Bélgica estuvo ligada a la transformación estructural del capitalismo. El proletariado volvió a entroncar con una base de clase, pero en una etapa bastante inferior: la reivindicación del derecho al trabajo.

En 1963, el mismo movimiento, con menor amplitud, afectó a la cuenca hullera del norte de Francia, y posteriormente a Decazeville. En ningún caso pudo observarse síntoma de recuperación alguno. Ni siquiera se trató de combates de retaguardia. Esas revueltas fueron rápidamente desviadas por el conjunto de los partidos de izquierda y los sindicatos.

Más o menos al mismo tiempo, movimientos similares afectaron a Italia (primero en 1960 y luego, sobre todo, en 1962) debido a la brusca puesta en marcha de la industria italiana. Los nuevos proletarios, sobre todo los del sur, se rebelaron contra el despotismo fabril. También allí los distintos partidos de izquierda apagaron la chispa. Con algunas diferencias, lo mismo ocurrió en España durante la gran huelga de Asturias. En Japón, en esa misma época, se asistió al comienzo de un vasto movimiento de lucha obrera. Todos estos movimientos estaban ligados a la crisis capitalista que empezaba a manifestarse pero que fue superada, sobre todo, a raíz de la intervención estadounidense en Vietnam (1964).

El proletariado estaba bien confinado y vigilado por sus partidos y sindicatos.

1.4.4. La Unión Soviética pudo disfrutar de una cierta paz social (al menos por lo que dejaba entrever el telón de la mentira) ya que las dificultades económicas las sufrían principalmente los países satélites, terriblemente explotados. Eso fue lo que determinó la gran explosión proletaria de Berlín Oriental.

«Los movimientos obreros que han tenido lugar durante el último mes en Alemania Oriental, que no se limitan a un solo día en Berlín, y que no se limitan sólo a esa ciudad, sino que se extienden con vigor espontáneo a todos los centros proletarios, repitiéndose de diversas maneras, no han sido extinguidos ni por la más dura represión, ni por las promesas y concesiones efectivas y los retrocesos reales del *poder dador de trabajo* —llámesele ejército ruso de ocupación, república obrera democrática o Estado capitalista y patronal— tienen un alcance que ciertamente va más allá de los límites del episodio.

«Sin embargo, sólo con extrema reserva se puede descubrir ahí el inicio de un “nuevo curso”. En caso de hacerlo, hay que reaccionar, al mismo tiempo, contra la moda corrupta del mundo burgués decadente que corre a cada instante tras lo sensacional y lo imprevisto (...).

«Sin embargo, no es fácil ni siquiera para aquellos grupos de proletarios que tienen, por así decirlo, fisiológicamente heredada la posibilidad de recorrer el camino que va desde los actos inmediatos y contingentes de la lucha económica hasta las exigencias sociales y revolucionarias de superación de la zona minada en la que puede producirse una reanudación de la acción, incluso brillante, para llegar a aquella en la que se crea un tejido organizativo y donde se reencuentra la doctrina política, condiciones sin las cuales queda bloqueado el único camino que puede transformar la lucha en victoria. (...)

«Para todos nosotros, a ambos lados, el problema del mundo actual es el de la organización de Europa. Esta depende del problema de la unidad alemana. (...)

«El problema de la unidad alemana se proyecta y se vuelve incandescente en el fuego del Berlín dividido, donde cada uno de los dos grupos imperialistas quisiera ver un mecanismo estatal único que controlara toda Alemania y la constelación europea, y que estuviera controlado por él.

«El único camino revolucionario es que este gran proletariado logre, en el transcurso de las etapas de este dramático proceso, sustraerse a las vicisitudes de un “movimiento pendular” entre los dos polos de atracción de Oriente y Occidente, y que describa su propia trayectoria autónoma. No como cuando acató la guerra de los Hohenzollern o sufrió la de los nazis, sino como cuando, a finales de 1918, tras haber expulsado a su monarquía, intentó agarrar por el cuello a la República de Weimar vendida a los vencedores, y se le escapó por poco la situación que sin duda habría derrocado la de hoy: ¡dictadura obrera en Berlín! La acción crítica con respecto al socialismo nacional por parte de los bolcheviques y los espartaquistas había contribuido a este resultado.» (*Duro y largo el camino, grande y lejano el objetivo*. Il programma comunista, n° 14, 1953)

Así, el viejo frente de clase, el frente decisivo en el que se había desarrollado la lucha entre la burguesía y el proletariado a escala mundial, los países situados entre Rusia y Alemania (excluida esta última), reaparecía como la condición de la victoria del proletariado. Se manifestó por última vez en 1944 en la época de la Comuna de Varsovia, aplastada por los alemanes con el asentimiento de los rusos.

1.4.5. Este frente de clase volvió a moverse en 1956, en Polonia (junio).

«Era inevitable, aunque doloroso, que la explosión proletaria de Poznan se viera atrapada bajo el fuego concentrado del imperialismo occidental y oriental, y que su carácter netamente obrero se viera desnaturalizado. (...)

«Los trabajadores de Poznan se rebelaron contra las condiciones de sobreexplotación que en cualquier período de acumulación desenfrenada prevalecen bajo todos los meridianos y paralelos, a derecha e izquierda, a este y a oeste. No sabemos si, más allá de las reivindicaciones económicas, han dado a su agitación un contenido programático revolucionario. El gran peligro es que la revolución obrera polaca se deje encauzar por la vía (ciertamente ausente en el origen del movimiento) de la democracia, los derechos humanos y la independencia nacional, en lugar de tomar el camino directo de la lucha revolucionaria y la formación del partido de clase. Este último camino, en la situación internacional actual, es largo y doloroso. La meta está lejos, como lo indicamos en relación con la revuelta de Berlín, en muchos aspectos similar. Saludemos a los proletarios caídos, víctimas del poder unitario del capital, y esperemos que de su primera revuelta titánica surja un movimiento que no se deje alterar por los campos magnéticos de Oriente y Occidente, que avance sin vacilar hacia el norte revolucionario, y sólo hacia este punto cardinal.» (*Il programma comunista*, n° 15, 1956)

1.4.6. Después sucedió en Hungría.

«La apreciación marxista de lo que está ocurriendo en estos trágicos días no puede reducirse a una “toma de posición” entre las dos fuerzas armadas que se enfrentan. No puede reducirse a una opción que haya de pronunciarse indiscutiblemente a favor de los rebeldes frente a las fuerzas del orden húngaras y rusas que, en una lucha sin cuartel en la que en ambos bandos se utiliza sin reservas el método del terror, intentan aplastarlos. Desear a los rebeldes un difícil y sangriento éxito final no es suficiente para impulsar la solidaridad en-

tusiasta hasta el punto de glorificar el movimiento como un retorno total a la vía revolucionaria comunista, como una conmoción total contra la ola del oportunismo, la traición personificada por el estalinismo, así como por el antiestalinismo del vigésimo congreso.

«Tenemos el deber de ir más allá y decir que semejante conmoción sigue siendo, de alguna manera, el final de la terrible crisis que está sacudiendo a todas esas inestables “democracias populares” de la lejana Europa. La revolución no vive de ilusiones ni de extremismos sentimentales y vacíos.

«No estamos ante el retorno de un movimiento autónomo de la clase obrera, sino ante un movimiento interclasista de obreros y de clases semiburguesas, que no sale de la fórmula hipócrita tras la que se alinean los saboteadores del comunismo revolucionario de la Internacional de Lenin; esto no se puede negar. Hay que mirar a la verdad de cara, pero con una fuerza dialéctica capaz de comprender y aceptar el hecho histórico de que sólo así puede producirse la reanudación revolucionaria: por el momento es una vuelta atrás, a una etapa de lucha que parecía ya superada hace más de treinta años y que, de hecho, hace florecer de nuevo los esquemas y alineamientos de 1848. Pero no puede haber duda alguna cuando se trata de elegir entre la adopción de estos esquemas en el sentido de una maniobra politiquera y parlamentaria corruptora y su reaparición en el campo de la lucha heroica y valiente con las armas en la mano. (...).

«El movimiento húngaro, por muy admirable que sea, no es nuestro movimiento. No abre nuevas eras, tal como las que esperamos.» (*Il programma comunista*, nº 22, 1956)

1.4.7. En Estados Unidos, la historia del movimiento obrero de posguerra se divide en dos períodos. El primero está estrechamente relacionado con el que hemos mencionado antes. En primer lugar, las grandes huelgas de 1945-1946 de la General Motors, de los trabajadores del ferrocarril y de las minas de carbón. Esta vez, sin embargo, la clase capitalista se había reforzado, y no contemporizó como antes de 1939, sino que, por el contrario, pasó al ataque: la Ley Taft-Hartley (23.04.47).

La lucha contra el sindicato se verá reforzada por la lucha contra el «comunismo», es decir, contra la URSS. La identificación de estos dos términos fue la maniobra más notable para destruir al movimiento obrero. Todo el movimiento estalinista internacional es responsable de ello, en el sentido de que en un primer tiempo se presentó a Estados Unidos como el salvador del proletariado y luego, en 1946, se denunció su naturaleza imperialista. Fue tachado de enemigo número uno. La Guerra Fría no fue más que la prolongación de la guerra contra el proletariado (1939-1945). Permitted eliminar los últimos vínculos que quedaban con el período revolucionario de 1917-1928, y rematar así de forma absoluta la victoria del capital sobre el proletariado. Donde mejor se percibe todo esto es en los Estados Unidos. La unión de la AFL-CIO en 1955 marca, de hecho, la integración del sindicato, que apoyará abiertamente las empresas más «imperialistas» del Estado norteamericano.

Terminaba así una gran fase de la vida del proletariado en Estados Unidos, la del proletariado blanco, que tan magníficamente había comenzado a mediados del siglo XIX (los mártires de Chicago y las grandes luchas por la reducción de la jornada laboral a ocho horas) y que terminó con la integración de ese mismo proletariado en el capitalismo desarrollado.

El segundo período tiene dos causas fundamentales: el desarrollo de la automatización y la industrialización del sur de Estados Unidos. Una gran parte del proleta-

riado fue expulsada de las fábricas, mientras que, por otra parte, una parte creciente de la comunidad negra del sur fue proletarizada y reforzó a la del norte.

Además de estas causas económicas, hay que añadir otra —política— decisiva para la puesta en movimiento de la comunidad negra: la independencia de un gran número de países del África negra a partir de 1960. Esta independencia era la prueba de la no inferioridad de los negros. A partir de entonces, el movimiento cobró un impulso considerable: los disturbios de Birmingham en 1963. El asesinato de Malcolm X frenó el movimiento, pero se formaron diversos grupos, desde los de autodefensa hasta los movimientos estudiantiles.

Se ha producido una unificación que ha dado lugar al Black Power, en el que coexisten cierto número de posiciones. Sin embargo, surge una que, si bien de forma contradictoria, está relacionada con la posición marxista proletaria clásica: la reivindicación de una sociedad sin clases.

El movimiento del proletariado negro afirma el futuro del movimiento obrero, no tanto por las posiciones teóricas que defiende, sino por la praxis ligada a su situación.

Al ser expulsado de las fábricas, no se plantea la cuestión de su ocupación. Considera que la automatización es un fenómeno positivo irreversible y que ha de llegar a destruir finalmente el trabajo (nosotros diríamos, más exactamente, el trabajo que produce plusvalor para el capital).

Plantea la cuestión del poder y de la destrucción del Estado establecido porque toda reforma es imposible.

En una palabra, nos muestra en qué se convierte el ser humano cuando el sistema capitalista llega a su plena madurez. El capital lo niega, lo expulsa de la esfera productiva; debe destruirlo porque es su enemigo mortal. La humanidad sólo puede salvarse rebelándose contra este monstruo automatizado.

En Estados Unidos el factor racial existe y vela el factor de clase. El primero fue esencial para la puesta en movimiento de la comunidad negra; fue revolucionario. Eso explica, por lo demás, el hecho de que a veces se utilice el término colonización para indicar la situación de los negros en Estados Unidos. Si el factor de clase es fundamental, el factor racial no deja de tener una gran importancia, aunque sólo sea para enmascarar el primero y facilitar la exclusión de toda una comunidad humana de la sociedad vigente. Los proletarios y estudiantes negros (al menos la mayoría) han tomado conciencia de todo esto. Es completamente lógico que desconfíen de los proletarios blancos que se han beneficiado de su explotación, al igual que los proletarios europeos se beneficiaron de la de sus hermanos negros de África, los árabes o los amarillos.

La crisis, al convertir a los proletarios blancos en unos sin reservas, permitirá establecer el vínculo con los proletarios negros y superar así, en la lucha contra el capital, el factor racial. Transformará en negros a la mayoría de los proletarios, e incluso a elementos de las nuevas clases medias.

1.4.8. A principios de la década de 1960 se produjo un resurgimiento de la agitación obrera en todo el mundo. Se detuvo (1.4.3.) en cuanto se superó totalmente la crisis inicial (a partir de 1964 se produjo un «boom» en Estados Unidos). Pero la pequeña recesión de 1967, asociada a la crisis monetaria, a la revuelta del proletariado negro estadounidense, a las consecuencias de la guerra de Vietnam, a la guerrilla latinoamericana y, sobre todo, al vasto movimiento de insurrección de las nuevas clases medias a escala mundial, encontraron un terreno favorable en la sociedad francesa a raíz de las contradicciones internas del capitalismo francés: el movimiento de mayo-junio de 1968.

Sin embargo, este movimiento también fue un movimiento de las clases medias y no un movimiento proletario. Su manifestación supuso la ruptura de la fase de contrarrevolución y la aparición de la revolución. Fue el primer acto de un drama cuyo paroxismo tendrá lugar durante los años 1975-1980.

1.4.9. Al igual que en el período de preguerra, la fragmentación de la lucha de clases a escala mundial se corresponde con la fragmentación del cuerpo doctrinal, que alcanza un grado aún mayor. Se trata de la fase grupuscular. La mayoría de estos grupos sólo tiene interés en la medida en que defienden, aunque sea de forma muy fragmentaria, la doctrina comunista, en la medida en que reivindican la revolución. De hecho, salvo la izquierda comunista italiana, todos ellos están absolutamente dominados por el peso del pasado y son absolutamente incapaces de mostrar lo que será la revolución futura. Así, los tribunistas holandeses, los hombres del KAPD y sus sucesores, lucharon contra la degeneración de la IC. Afirmaron constantemente el carácter internacional de la revolución antes y después de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, al rechazar toda la concepción marxista del partido, defienden una posición unilateral e inmediateista. Así, por ejemplo:

«Ningún partido, ninguna autoridad puede realizar la emancipación; sólo la masa de la clase obrera puede hacerlo. Para ello se necesita un mayor conocimiento y una conciencia más madura por parte de los trabajadores, que viene dada por la experiencia práctica de las masas. La tarea del movimiento Spartacus consiste sólo en ayudar y aclarar, en dar consejos y orientación.» Esto es lo que afirmaba el grupo holandés Spartacus.⁵ Añadió que tras la destrucción del régimen capitalista «las diferentes tendencias y orientaciones de la democracia obrera discutirán en congresos elegidos democráticamente todas las cuestiones y tomarán decisiones en función de su fuerza relativa. La minoría aceptará la dominación de la mayoría, pero conservando plena libertad de crítica.»

Spartacus sustituye al partido por los Consejos Obreros, que: a) son elegidos directamente por los trabajadores en los lugares de trabajo; b) son controlados y revocables en cualquier momento por las masas que los eligen; c) incluyen a todos los trabajadores sin distinción de edad, sexo, credo o afiliación política y sean o no miembros de organizaciones sindicales; d) tienen objetivos que van más allá de los de la

⁵ *Communistenbond Spartacus (Unión Comunista Espartaco)*. Grupo fundado en 1942. En 1947 se produjo una escisión de la que surgió el grupo «Daad en Gedachte», que todavía existe. [N. del t.]

organización sindical; e) no fragmentan a los trabajadores por diferentes categorías profesionales, sino que los unen en una nueva organización de masas; f) no tolerarán jamás una burocracia en la que los delegados dejen de ser trabajadores y reciban por el desempeño de sus funciones más que el salario normal de un trabajador» (Programa del Grupo Spartacus, 1941-1942.)

Este programa fue recogido por las revistas australianas “Southern Socialist International Digest” y luego “Southern Advocate for Workers Councils” inmediatamente después de la guerra. Pero, de hecho, se encuentra en gran cantidad de revistas de todo el mundo. En Francia, revistas no proletarias como Socialisme ou Barbarie o Internationale Situationniste (Cfr. 1.4.11.) retomaron este tema insistiendo en la cuestión de la democracia directa.

La reivindicación de los Consejos Obreros es, en realidad, la reivindicación de la unidad perdida del proletariado, ya que la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos. Sin embargo, esta unidad es concebida en su inmediatez y nunca como unificación, como proceso que supone una base mediadora (el programa o la misión de la clase). Por eso no es posible explicar la producción de la conciencia a través de la mediación de la clase convertida en sujeto histórico.

1.4.10. El movimiento trotskista, a través de múltiples escisiones y algunas reunificaciones, sigue existiendo e incluso vuelve a desarrollarse en la actualidad. El rasgo característico de este movimiento es una fachada teórica tras la que se oculta la reiteración machacona de viejas fórmulas. Los trotskistas efectúan este enorme refrito incluso cuando pretenden innovar o enriquecer. Esto se debe a su incapacidad para comprender la inmensidad de la derrota proletaria; de ahí su labor de Sísifo: reconstruir y recomponer los pedazos. Aprovechan cada conmoción de la sociedad, que bautizan como auge revolucionario, y luego se encuentran desamparados porque no ha sucedido nada y, muy al contrario, se produce la desbandada. Así sucedió durante la Resistencia, la agitación de posguerra, el asunto de Yugoslavia, la gran oleada de la revolución anticolonial (algunos de ellos teorizaron un desplazamiento del centro revolucionario a los países que llaman del Tercer Mundo), etc. El movimiento de mayo les ha permitido experimentar este desarrollo que hemos señalado. Sin embargo, su vínculo con la clase proletaria ha ido disminuyendo, como, por lo demás, el de todos los grupúsculos; si ahora son más numerosos, es porque se han reconstituido incorporando a un gran número de miembros de las nuevas clases medias. De ahí el inmenso populismo de la mayoría de ellos. En este terreno, desde mayo-junio de 1968 sólo han sufrido la competencia de los pro-chinos. Este populismo atestigua ampliamente su separación con respecto a la clase obrera.

1.4.11. Los distintos grupos trotskistas tienen en común la reivindicación más o menos integral del *Programa de Transición* redactado por Trotsky «y adoptado en 1938 junto con los Estatutos de la IVª Internacional por la conferencia fundadora de la nueva Internacional revolucionaria.»

Todos los zigzags prácticos y las divagaciones teóricas de los trotskistas están incluidas en este texto. Por tanto, es obvio que todos están vinculados a ellas. Hemos dicho que el trotskismo era una enfermedad de la voluntad (1.2.6.). Tres afirmaciones del programa de transición bastan para demostrarlo:

«La crisis histórica de la humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria.» Basta, pues, con reconstituir esta dirección, con formar cuadros (aquí Trotsky es coherente consigo mismo, pues esto ya lo dijo en *Lecciones de Octubre*, en 1923).

El «antiguo programa mínimo» es constantemente superado por el *programa de transición*, cuya tarea consiste en la movilización sistemática de las masas para la revolución proletaria. No se plantea la cuestión de saber si las masas son, en algunos casos, imposibles de movilizar. Lo que se plantea es que siempre pueden serlo. «Proponemos la exigencia de una escala móvil, del control obrero incluso antes de que el gobierno obrero y campesino tome el poder. Aunque estas reivindicaciones no puedan ser satisfechas, no importa, lo que cuenta es que movilicen.»

«Todas estas objeciones demuestran que estos escépticos no son aptos para crear una nueva internacional. En general, no son aptos para nada.»

«La IVª Internacional ha surgido ya de grandes acontecimientos: las mayores derrotas del proletariado y la traición de la vieja dirección. La lucha de clases no tolera interrupciones. La IIIª Internacional, después de la IIª, está muerta para la revolución. ¡Viva la IVª Internacional!»

Evidentemente, esa es la originalidad de esta internacional: ¡no vive más que de las derrotas! Siempre está vituperando contra la degeneración y la traición cuando ya no hay nada de eso. ¡¡Todo lo cual es muy coherente en términos de que «la lucha de clases no tolera ninguna interrupción», de la «revolución permanente» y de que es necesario completar la revolución del 1917, acaparada por la burocracia!!

Las derrotas acarrearán rupturas en las continuidades y sólo en determinados momentos estalla la lucha de clases permanente en movimientos revolucionarios de gran amplitud, iniciando así un nuevo ciclo revolucionario. Al no querer comprender que el marxismo es una teoría de la contrarrevolución, y que hay que individualizar los ciclos de la revolución y la contrarrevolución, Trotsky siempre estuvo retrasado con respecto a la apreciación de los movimientos. Los trotskistas, por su parte, están totalmente fuera de la realidad.

1.4.12. Esta mala salida histórica se la deben a su maestro, que en el famoso programa en cuestión escribió: «las fuerzas productivas de la humanidad han dejado de crecer». Por desgracia para ellos, esto no es cierto. Si así fuera, el capitalismo habría agotado todas sus posibilidades, ya que su misión consiste en aumentar las fuerzas productivas, en exaltar la producción. Sin embargo, sobre todo a partir de 1956, hemos asistido a una explosión productiva, y precisamente este rejuvenecimiento fue la causa de la interrupción de la reanudación del movimiento proletario que empezaba a manifestarse y a emerger (1960).

No se puede reprochar a los trotskistas no haber hecho nada ni no haber llevado a cabo ninguna acción revolucionaria de envergadura. Se les puede reprochar haber creído que era posible. Debido a ello, llegaron incluso a echar a perder las pocas oportunidades de reanudación.

De hecho, los distintos movimientos trotskistas actuales se debaten entre varias corrientes ideológicas: el leninismo (no confundir con las posiciones de Lenin) y su sucedáneo, el estalinismo: teorización de la vanguardia revolucionaria, exaltación de los cuadros, necesidad de alianzas, consignas transitorias como la del gobierno obrero y campesino, teorización de la ganancia máxima y del capitalismo monopolista (dos eslóganes estalinistas), necesidad de una fase de transición tras la destrucción del capitalismo en la que habrá que aumentar la producción y en la que la ley del valor será necesaria, etc.... una variedad de anarquismo que reivindica la autogestión incluso antes de la toma del poder. También aquí, por una ironía del destino, son tributarios de Trotsky: «Basado en sus experiencias de control, el proletariado se prepara para dirigir directamente la industria nacionalizada cuando llegue la hora.» En 1938 no se trataba de la autogestión, sino del control obrero antes de la toma del poder, pero ese fue el primer paso hacia la ideología gestionaria.

El trotskismo es la interpretación de lo inmediato con ayuda de viejas fórmulas extraídas del arsenal de la III^a Internacional, sobre todo de su mala época (a partir del III^{er} congreso) con la que el movimiento proletario aún no ha roto positivamente. De ahí su persistencia y, a veces, su prosperidad.

1.4.13. El grupo vinculado a *Socialisme ou Barbarie* se afirmó al comienzo como una crítica del movimiento trotskista y como superación del movimiento obrero tradicional. En realidad, se convirtió en el intérprete del vacío teórico producido a escala mundial por la derrota del proletariado. Por otra parte, su tentativa de superar el marxismo siempre lo presentó tal como acababa de ser distorsionado por el prisma estalinista (así, *Socialisme ou Barbarie* presentaba siempre el socialismo clásico como la reivindicación de la planificación y la nacionalización). Por eso siempre prefirió ignorar la obra teórica de la izquierda comunista italiana y disertar ociosamente a partir de todas las deformaciones del marxismo.

1.4.14. *Socialisme ou Barbarie* se presenta ante todo como una disolución del trotskismo que lleva a éste a su límite extremo. La burocracia no sólo se ha apoderado del Estado, sino también de la economía, ya que la burocracia es una nueva clase; por tanto, en Rusia será necesaria una revolución antiburocrática. Tal fue el gran descubrimiento que requería la publicación de un nuevo manifiesto, que fue un verdadero «détournement» *avant la lettre*, y que condujo a *Socialisme ou Barbarie* a afirmar: «Creemos que representamos la continuación viva del marxismo en el marco de la sociedad contemporánea.»

1.4.15. Sin embargo, los barbaristas recayeron en el mismo trotskismo que creían haber superado al considerar la situación inmediata y las perspectivas. Para ellos, en oposición a los elementos de la izquierda italiana, para los que la situación de posguerra era de retroceso, existía una posibilidad revolucionaria y ésta estaba ligada a la inminente tercera guerra mundial. Esta posibilidad quedaba atestiguada, decían, por la deserción de los partidos estalinistas por parte de los trabajadores.

En esta perspectiva, era preciso luchar a fondo contra el estalinismo, fenómeno original ligado a la contrarrevolución burocrática y no una mera reedición del reformismo en el seno del movimiento obrero (lo que no les impidió caracterizar al estalinismo como un «momento de la conciencia proletaria»!) Así, al igual que los trotskistas, se vieron llevados a situar la cuestión rusa en el centro de sus preocupaciones.

1.4.16. El pronóstico no se cumplió y, en lugar de la guerra, se produjo la coexistencia pacífica: *Socialisme ou Barbarie* pasó entonces de la disolución del trotskismo a la del movimiento de los consejos. La nueva fase (que comenzó hacia 1957) se inició con una revisión del marxismo, esta vez declarada. A la burocratización generalizada de la sociedad se le opuso la exigencia de la gestión obrera, que se vio situada en el centro del contenido del socialismo. Hermoso descubrimiento, a decir verdad, ya que, para el movimiento comunista, ¡el socialismo es la destrucción del proletariado! De hecho, toda la teoría del proletariado fue mistificada y transformada en una filosofía de la explotación. *Socialisme ou Barbarie* llevó al absurdo la posición de las diferentes corrientes que reivindicaban los consejos obreros. Sin embargo, en 1957 seguía sin poder cortar el cordón umbilical que le unía al trotskismo y al estalinismo, dado que seguía considerando que el socialismo se construía: «no podemos esperar, no se puede resistir más que construyendo el socialismo».

1.4.17. De la filosofía pasamos a la justificación: «El proletariado no podía eliminar el reformismo y el burocratismo antes de haberlos vivido, es decir, antes de haberlos producido como realidades sociales. Ahora, la gestión obrera, la superación de los valores capitalistas de producción y consumo como fin en sí mismo, se presentan ante el proletariado como la única salida.» (nº 35). De ahí que el programa socialista sea «un programa de humanización del trabajo y de la sociedad»; se redescubren las viejas consignas de los socialistas reformistas de antes de 1914, que veían en el socialismo el fin de la explotación humana, una humanización. ¡Toda una hazaña!

A partir de ese momento se rechazó definitivamente el pequeño ímpetu proletario y comunista y comienza la larga errancia, llena de elucubraciones, en las que *Socialisme ou Barbarie* sólo se desarrolló como parásito de todas las teorías burguesas surgidas como superación del marxismo. Sólo en esto fue fiel a su tradición, pues originalmente su posición era más existencial que marxista.

1.4.18. En 1964, admitieron la derrota proclamando que el movimiento obrero es un cadáver, que el movimiento proletario se encuentra todavía en su fase teológica y afirmando que la revolución es un accidente:

«Tarde o temprano, aprovechando uno de esos “accidentes” inevitables en el sistema actual, las masas entrarán de nuevo en acción para modificar sus condiciones de existencia.» (n° 35)

El marxismo fue reexaminado después de un estudio de Hegel pasando por Lukács y de nuevo surge el descubrimiento: el marxismo es en realidad una teoría burguesa, Marx no tuvo en cuenta la lucha de clases, Marx no entendió la dialéctica, etc... A *Socialisme ou Barbarie* le sucedió la misma desventura que a Proudhon: una indigestión hegeliana. Ambos quisieron ser una síntesis, pero sólo fueron un error compuesto.

1.4.19. El intento de repensar el movimiento revolucionario considerado como una totalidad no fue más que un medio para vaciar de todo contenido las teorías de este movimiento: el trotskismo, o el comunismo de los consejos, y el intento de redefinir «el contenido del socialismo» condujo en realidad a una enorme componenda idéntica a la operada por Hegel. Éste no quería que hubiera ninguna separación entre la vida civil y la vida política. Debido a ello, y dado que no pudo plantear, como hizo Marx, la formación de una *Gemeinwesen* distinta, acabó por reintroducir la necesidad de los estamentos:

«La cumbre de la identidad hegeliana fue, como él mismo confiesa, la *Edad Media*. En ella los *estamentos de la sociedad burguesa* eran idénticos con los *estamentos en sentido político*. [...]

«Hegel quiere el sistema estamental medieval, pero en el sentido moderno del Poder Legislativo, y que el moderno Poder Legislativo, pero en el cuerpo del sistema estamental medieval. Es un sincretismo de lo peor.»

Ese mismo sincretismo horrible fue el que teorizó *Socialisme ou Barbarie* cuando basó el socialismo sobre la empresa capitalista.

1.4.20. *Socialisme ou Barbarie* no fue un accidente. Expresó claramente una posición difusa a escala mundial: la interpretación de la ausencia del proletariado y el ascenso de las nuevas clases medias (Cfr. sobre todo a partir del n° 35).

Socialisme ou Barbarie cumplió su misión de superar las sectas ya que desembocó en lo inmediatamente presente, rompiendo cualquier lazo con el pasado y convirtiéndose en la expresión del fenómeno autonomizado del capital, de su mistificación: la ocultación total del proceso de producción inmediato por la circulación del capital; de ahí el escamoteo del proletariado. Así pues, terminó por donde empezó la *Internacional Situacionista*, una ideología más elaborada y más adecuada a la existencia

de las nuevas clases medias. Realmente reveló lo que contenía desde sus orígenes: que no tenía ninguna relación con la teoría del proletariado.

1.5. **La izquierda comunista de Italia tras la guerra**

1.5.1. El Partido Comunista Internacionalista de Italia fue fundado en 1943 por militantes de la izquierda que, desde el final de la guerra, estaban en contacto con elementos franceses y belgas.

Este movimiento nació lastrado por una serie de errores relacionados con la idea de que podía y debía repetirse lo que había ocurrido en el transcurso de la primera posguerra. Existía la creencia en el advenimiento de una fase revolucionaria como la de 1917 y, por tanto, en la posibilidad de una intervención proletaria. Además, se personalizó la contrarrevolución en la Rusia soviética, que supuestamente estaría experimentando una nueva fase: el capitalismo de Estado, considerado como una etapa intermedia, particular, entre el capitalismo y el comunismo.

Así pues, existía una fuerte corriente que no había roto los lazos con la III^a Internacional y sus polémicas; permanecía sobre su terreno y, por tanto, manifestaba una desviación de tipo trotskista, hasta tal punto que en una plataforma de 1944 podía leerse lo siguiente:

«Nuestro partido, que no subestima la influencia de los demás partidos de tradición obrera y la importancia de dicha influencia sobre las masas, defiende el “frente único”, la manifestación orgánica de la unidad obrera por encima de los partidos, etc.»

1.5.2. No obstante, existía al mismo tiempo otra corriente que había aprendido realmente las lecciones de los acontecimientos que se habían producido desde 1928, para la que la constitución del partido era prematura, pero para la que también era necesario conservar las pocas energías proletarias a fin de que no se convirtieran en pasto del inmediatismo. Esta corriente aceptó el partido un poco como Engels reconoció la fundación de la II^a Internacional.

1.5.3. Las posiciones «inmediatas» de esta corriente pueden resumirse como sigue:

- El fascismo ha ganado la guerra.
- No habrá una tercera guerra mundial inminente.
- La URSS es pacifista y los Estados Unidos son belicistas.
- El movimiento proletario debe acabar con todas las escorias del pasado; debe acabar con la democracia.

Lucha contra el nuevo revisionismo que siembra la duda: el proletariado ya no podría cumplir solo su misión histórica (última manifestación del pasivo de la teoría del frente único, y luego de los frentes populares).

Estas posiciones fueron defendidas en la crónica «Sul filo del tempo» de *Battaglia comunista*, luego en *Il programma comunista* y en la mayor parte de los artículos de la revista *Prometeo* (hasta 1952).

1.5.4. La oposición entre las dos corrientes estaba destinada a intensificarse. El escollo eran Rusia y la cuestión sindical (más precisamente el vínculo del partido con la clase, y las posibilidades de intervención de éste en la situación inmediata). La primera corriente, influenciada por la ideología ambiente y en particular por *Socialisme ou Barbarie*, teorizaba cada vez más que en Rusia había nuevos fenómenos que requerían una revisión de la teoría. Por otra parte, el prurito de la agitación empujaba a cuestionar el antidemocratismo del movimiento (la democracia podría utilizarse con fines de agitación). Así, los errores de 1945 quedaron revelados en su plenitud, a través de una manifestación que había sido solicitada desde el exterior. En una palabra, la ausencia de reanudación impidió una soldadura con superación real. Se hizo necesaria una separación.

1.5.5. En 1951 se produjo una depuración, en el sentido de que se eliminaron los residuos de la historia anterior y el movimiento adquirió un aspecto más puro y más genuinamente comunista. Se trató de la ruptura efectiva y eficaz con la democracia, tal y como se había proclamado en 1921 en Livorno (y en *El principio democrático*), pero que no había podido llevarse a cabo debido a la propia IC. El principio vital del partido ya no será el centralismo democrático, sino el centralismo orgánico. Las tesis de 1945 fueron retomadas y precisadas:

- Las lecciones de la contrarrevolución; Rusia no es el centro de las preocupaciones, ni es tampoco el centro de la contrarrevolución.
- El estalinismo no hace más que realizar el contenido de la socialdemocracia.
- Condena del activismo y explicación de la inversión de la praxis.
- Apreciación de las revoluciones anticoloniales como fenómenos positivos, aun cuando no sean proletarias y conduzcan al triunfo de revoluciones burguesas.
- Lucha contra el revisionismo y la duda; refutación de que pueda haber una nueva clase (primero en Rusia, luego en el mundo): la burocracia; denuncia del peligro representado por ciertos grupos que asumen las posiciones de *Socialisme ou Barbarie*, no de cara al presente inmediato, sino de cara al futuro, porque defienden posiciones que tienden, en definitiva, a negar la importancia de la intervención del partido político de clase en el desarrollo de la revolución.

1.5.6. Así, este pequeño grupo logrará resistir gracias a un intenso esfuerzo teórico y creando una especie de cordón sanitario a su alrededor. De este modo, preparará el camino para la transmisión de la experiencia revolucionaria a las generaciones

más jóvenes y contribuirá a la formación de un verdadero partido de clase a escala mundial. Hasta cierto punto, él mismo podía ser un partido porque expresaba la situación en la que se encontraba la clase obrera: derrota en el plano político, pero victoria total en el plano programático. Su forma reducida en el plano organizativo, pero extraordinariamente poderosa en el plano teórico, le fue impuesta por las circunstancias mismas de la lucha de clases, totalmente opuestas al desarrollo extensivo del movimiento.

Este grupo vivió sabiendo muy bien que la revolución estaba lejos.

1.5.7. Tras el XX Congreso del PCR, durante el 40º aniversario de la Revolución de Octubre, se indicaron las perspectivas de la futura revolución (*cf.* 2.1.). Esto tuvo un aspecto negativo, en definitiva, en el sentido de que algunos elementos, en lugar de intentar comprender y estudiar cómo se podía verificar la previsión en la realidad, optaron por una vía más rápida y más lastrada por la impaciencia. Se polarizaron en torno a Rusia y buscaron la admisión fatal: el reconocimiento del capitalismo en Rusia por parte de sus propios dirigentes. En el plano práctico, considerando que a partir del momento en que se resolviera el enigma ruso todo estaba hecho (prueba de su incompreensión del devenir del gran campo de luchas de la posguerra y de su incapacidad para integrar un fenómeno en el cuerpo doctrinal), proclamaron que la doctrina había sido restaurada, que el esfuerzo teórico estaba terminado, y que era necesario pasar a la práctica. Ahora bien, en abstracto puede concebirse que se haya realizado la restauración para un grupo determinado de hombres. Pero, ¿significa eso que es posible reanudar una actividad efectiva en el exterior? Eso es puro esquematismo, metafísica. La posibilidad de intervención no depende únicamente de una restauración teórica, sino también, fundamentalmente, de profundas convulsiones que trastornen toda la sociedad. De ahí que quepa preguntarse hasta qué punto ese movimiento en su conjunto podría haber integrado una «teoría restaurada» cuando no sabía que las condiciones para la intervención del movimiento dependen de factores ajenos a su voluntad.

De hecho, la obra de restauración no estaba más que en sus inicios y fue abandonada bastante rápidamente.

1.5.8. Un elemento esencial en la descomposición del movimiento fue la debilidad crítica. En el texto de 1957 se afirmaba: «En los veinte años que nos quedan por sufrir, la producción industrial y el comercio mundiales experimentarán una crisis de la magnitud de la crisis estadounidense de 1929-1932, pero de la que el capitalismo ruso no se libraré esta vez.»

Ocho años después de esa predicción, más o menos la mitad de la distancia histórica de la gran crisis que podría llevar a la Tercera Guerra Mundial, no hubo ninguna manifestación de esta crisis de entreguerras que hubiera permitido la formación de los núcleos del partido de clase. Ahora bien, salvo raras excepciones, no se abordó la no verificación de esta predicción. Se actuó como si no hubiera pasado nada, como si

la crisis simplemente se hubiera aplazado. Sin embargo, era posible que, a fuerza de aplazarse, finalmente se hubiera superado. De hecho, hubo una cierta ruptura en el pronóstico. Habría sido preciso afrontarla, en lugar de hablar cada dos por tres de la crisis del capital, de su agonía, etc.: las clásicas letanías del trotskismo.

Ahora bien, cuando un movimiento se ha vuelto incapaz de percibir las discontinuidades, es porque ha abandonado la doctrina integral, y su degeneración es inevitable. Eso fue lo que sucedió.

1.5.9. La realidad es tozuda y los deseos de esos elementos no se hicieron realidad. Asimismo, se encerraron en su esquema y finalmente volvieron a los defectos anteriores, denunciando a la URSS como el centro de la contrarrevolución, e incluso haciéndolo extensiva esa denuncia a los diferentes países que se habían emancipado de las metrópolis coloniales y que se llamaban socialistas.

Para estos elementos, parecían existir potencialidades revolucionarias que no se utilizaban, que no sabíamos explotar. En definitiva, si el partido no tenía más influencia, era simplemente porque estaba mal organizado. De ahí la vuelta a Lenin. De hecho, en 1903, Lenin había propagado la formación de un órgano central y la creación de un partido más centralizado y estructurado (en ese momento existían multitud de círculos, y era necesario unificar las unidades existentes). Por tanto, había que hacer como Lenin —exportar la teoría—, y para ello había que encontrar otro modo de organización. En particular, había que reconsiderar el partido como un instrumento que podía utilizar la democracia.

Por lo tanto, se hizo referencia a Lenin, al igual en 1945 se recordó que éste, junto con el partido bolchevique, había sido capaz de transformar la guerra imperialista en guerra civil. Habría que haber hecho otro tanto. Aquello también fue una vuelta a la mistificación democrática. La ideología burguesa reaparecía con fuerza en el seno del movimiento porque la teoría instrumentalista no es más que una variante del utilitarismo del siglo XVIII. La diferencia es que expresa que lo esencial ya no es el hombre, sino el instrumento, la máquina.

Por lo demás, plantear las preguntas desde el punto de vista organizativo es seguir siendo víctima de la ideología imperante, el fascismo, que no ve más que cuestiones organizativas, nunca teóricas.

1.5.10. En el fondo, al principio, se pretendía forzar la realización del pronóstico: «Lo grave es cuando se pone un límite a la historia para confirmar las predicciones de la doctrina: el oportunismo nunca ha tenido otro origen y nunca ha llevado a cabo sus campañas de sofisticación sobre otra base, de las que la del socialismo en Rusia fue la más perniciosa.» (*Diálogo con los muertos*, p. 132).

En 1962, el Partido Comunista Internacionalista creyó posible, tras la agitación iniciada en 1960 e intensificada ese mismo año, crear un organismo sindical: *Spartaco*. Aquellos movimientos eran sólo síntomas, pero no la crisis. No importaba, porque se esperaba que llegara.

Ahora bien, cuando uno empieza a dejar de comportarse de forma materialista, de forma no voluntarista, el error es inevitable. La publicación de esta revista fue la primera derrota teórica, porque supuso el abandono de la exigencia de vincular dentro de un todo indisoluble la acción inmediata (sindical u otra, según las organizaciones: comité de fábrica, comité de empresa, etc.) y la lucha mediata, «política»; supuso reconocer la división de la clase, aceptarla y teorizarla. Todo ello porque con esta revista se esperaba ser más permeable a la clase. Habría sido necesario mantener la posición que afirmaba que el pequeño partido —prefiguración del de mañana— debía dirigir todas las luchas y que su órgano de prensa debía ser unitario.

En 1963, se fue un poco más lejos publicando en Francia « *Le prolétaire* ». El movimiento abandonó sus posiciones originales y se puso al nivel del movimiento trotskista, con el que competía. De ahí los diversos artículos o reuniones públicas proclamando la muerte del trotskismo o hablando de su autopsia, cuando su propia existencia era la mejor prueba del vigor de éste.

Todo ello demostró también la insuficiencia de la tesis de la izquierda sobre el sindicato (1.3.7.d), a partir del momento en que no se precisó claramente la evolución de éste, su integración en el Estado y el comportamiento de los proletarios en relación con él: la deserción.

1.5.11. Esta desviación no hizo más que acentuarse. Entre 1964 y 1966 tuvo lugar la arremetida del fetichismo democrático (incluso se quiso estructurar el movimiento creando «líderes») y de la duda revisionista, que se expresó ante todo en el abandono de la perspectiva esbozada en 1957. No fue de una manera clara y precisa, sino mediante la afirmación de nuevas perspectivas sin tratar de vincularlas con la antigua para confirmarla o rechazarla. Se convirtió a China en un nuevo foco revolucionario y después se proclamó a la India como el polvorín de Asia; se consideró que en Europa se había hecho realidad el mercado común y que se había superado la etapa de las naciones, se cuestionó la importancia de las revoluciones anticoloniales, se les negó toda relevancia revolucionaria (¿es una revolución la revolución argelina?) mientras que en los años anteriores se había saludado la inmensa ola revolucionaria (aunque fuera burguesa) de los países de Asia y África y se había estigmatizado a una Europa hundida en la estupidez democrática. Incluso se descubrieron perlas como ésta: «El imperio estadounidense es inmenso, pero aún más vulnerable que los antiguos imperios coloniales que sobrevivieron hasta la Segunda Guerra Mundial. Se apoya únicamente en el poder del capital y en la fuerza viva de las armas, a la que se reduce su política colonial e internacional.» (*Programme communiste*, nº 36), por no hablar de la de la protoburguesía o de la renta usurera capitalista.

A pesar de todo, se produjeron reacciones importantes; las notas para las tesis, las tesis de Nápoles, y las de Milán recordaron cómo había vivido el partido desde 1951, y cómo se había manifestado en realidad el centralismo orgánico. Por desgracia, la corriente era demasiado fuerte y lo arrastró todo a su paso.

La aceptación de las tesis fue sólo formal porque, en la vida y en la práctica del movimiento, el mecanismo ni siquiera estaba a la altura del tan denostado centralismo democrático; era el de un movimiento en descomposición.

1.5.12. El débil partido formal de 1951 —débil numéricamente, pero fuerte en el plano programático— también sucumbió a la embestida revisionista. Quizás nunca antes, durante un período tan largo, había tenido un partido formal una expresión tan poderosa. Nunca antes se había manifestado semejante resistencia a la contrarrevolución. Desgraciadamente, también él sucumbió al resolver la cuestión que lo había minado desde el principio y que parecía haber superado: ¿Cuál debe ser el modo de vida del partido? Respuesta: que la agrupación que defiende el programa y, por tanto, las líneas teóricas fundamentales y la perspectiva de la acción futura del partido, en su amplia aceptación histórica, trate de un amplio movimiento o de la reunión de unos pocos individuos, tenga una misma forma de vida: el centralismo orgánico; destierro absoluto, por tanto, de toda reverencia ignominiosa a la mistificación democrática. En otras palabras, no debe haber ninguna distorsión entre programa y táctica, adquisición de la izquierda durante la primera posguerra; igualmente, no debe haber ninguna distorsión entre programa y principio organizativo: adquisición definitiva de la segunda posguerra.

1.5.13. Esta derrota se debió al abandono de las condiciones de 1951, que expresaban los límites dentro de los cuales la agrupación podía ser un partido que expresara un determinado momento de la vida de la clase. No puede considerarse un partido y no podrá seguir siéndolo —es decir, no habrá ruptura entre la organización actual y la que dirigirá la revolución de mañana— salvo si el partido es débil numéricamente y no agrupa más que a los elementos que estén totalmente convencidos de la validez de la doctrina, no sólo en lo tocante a todo el arco histórico pasado, sino sobre todo en lo tocante al que viene. Perdurará en la medida en que sea capaz de luchar contra el revisionismo. Éste no nace tras una derrota sangrienta del proletariado sino en pleno período de expansión de éste (en el momento de la derogación de las leyes antisocialistas, por ejemplo), también en pleno período de reforzamiento del capitalismo, por lo que el objetivo parece alejarse pese a que la capacidad de intervención en la sociedad se vuelve cada vez más grande. De ahí la idea de encontrar un camino más corto (de cortocircuitar la historia): el fin no es nada, el movimiento lo es todo. La duda revisionista denunciada en 1945 acabó triunfando en 1966. Su modo de afirmarse puede resumirse en la frase «la previsión no es nada, la organización lo es todo». Se cometió el mismo error que en 1925, durante la época de la bolchevización.

1.5.14. Este revisionismo fue engendrado, pues, por el considerable reforzamiento del capital durante el período de posguerra, por su rejuvenecimiento. Por otra parte, las clases medias, producto del capital, penetraron en el partido y propiciaron el triunfo de una posición híbrida. Esa posición híbrida se manifestó sobre todo en rela-

ción con su organización. Eso era inevitable, pues si ya no se investigaba en los hechos materiales la causa de la ausencia de vínculos entre este partido y la clase, sólo quedaba atacar los principios del movimiento.

La contrarrevolución triunfó totalmente. Se puso en cuestión el ser del partido, dado que hubo una negación del centralismo orgánico. Las fuerzas de tensión fueron tales que lograron desintegrar el último núcleo que se mantenía sobre las bases del programa.

1.5.15. Es preciso constatar el fracaso y sacar todas las consecuencias. El intento de formar un partido eficiente, apto para relacionarse con la clase, ha fracasado. Dos acontecimientos podrían haberlo favorecido: 1º) La revolución anticolonial, al provocar una cierta radicalización en las metrópolis capitalistas. El fenómeno se produjo, pero tuvo una envergadura demasiado escasa; por otra parte, el partido abandonó demasiado rápidamente la interpretación correcta de estas revoluciones, lo que dificultó su vinculación con ellas; 2º) Una crisis económica del tipo de la de 1929. Se contaba con ella para mediados de la década de 1960-1970. Pero, de hecho, esta crisis fue superada por el capital. Estos dos movimientos explican el estancamiento del movimiento y su voluntarismo, que tendía a superar cambiando su ser para hacerlo compatible con la situación.

Fue preciso batirse en retirada, como en 1852, cuando se disolvió la Liga de los Comunistas, como en 1872 cuando la AIT se trasladó a Nueva York, como en 1906 tras la derrota de la primera revolución rusa, o como a partir de 1928, cuando ciertos elementos de la izquierda pensaron que todo había terminado y que era necesario aguardar otra fase revolucionaria. Batirse en retirada significa volver a las posiciones fundamentales —las de 1951, 1945 y más allá de la revolución rusa— hasta llegar a los fundamentos del comunismo afirmados en la obra de Marx y Engels.

1.5.16. También hay que extraer las lecciones de este fracaso. No procede sólo del fortalecimiento del capital y de la acción de las nuevas clases medias, sino de la propia ambigüedad del movimiento: pretendía ser partido a la vez que decía que el verdadero partido sólo sería posible mañana. Deriva del hecho de proclamar correctamente el futuro sin ser capaz de romper realmente con el pasado, de no ser una verdadera superación. Había que criticar claramente a la IIIª Internacional como fenómeno global. Ahora bien, reprochar —con razón— a la IC que la adopción de una mala táctica no sólo era algo nefasto en términos de acción inmediata, sino que ponía en cuestión el ser del partido, implicaba que la IC era la realización correcta de este ser. No fue así.

Son muchos los hechos que podrían justificar que esa crítica no se hiciera en la época de la lucha abierta, que duró hasta 1928, pero no ocurre lo mismo años después, cuando ya había terminado todo. La no ruptura con la ideología leninista, con la concepción leninista de la táctica y la organización, inevitablemente estaba destinada a tener efectos nefastos.

En una palabra, el movimiento anticipó demasiado y no logró distanciarse del pasado. No pudo ser reconocido como un movimiento del futuro. Fue devorado por el pasado.

1.5.17. «El partido destruido pieza a pieza en treinta años, no se recompone gota a gota como un cóctel, según el arte burgués de drogarse. Debe situarse al final de una línea única y sin ruptura de continuidad, que no se caracteriza por el pensamiento de un hombre o de un grupo de hombres presentes “en el mercado”, sino por la historia coherente de una sucesión de generaciones. Por encima de todo, no puede surgir de esa nostalgia ilusoria del éxito que, lejos de basarse en la certeza doctrinal inquebrantable de la realidad del curso revolucionario (que poseemos desde hace un siglo), se apoya despreciablemente en la explotación subjetiva de los tanteos y los tropiezos ajenos: ¡esa sería una manera muy mezquina, estúpida e ilusoria de lograr un inmenso resultado histórico!» (Prólogo del *Diálogo con los muertos*, p. 6).

La ruptura de la continuidad organizativa impone un estudio teórico más exhaustivo, una rectitud aún mayor y un arraigo más profundo en el pasado, una integración de todas las corrientes que, incluso parcialmente, defienden la teoría del proletariado.

Sin embargo, esta ruptura debe permitir al mismo tiempo romper realmente con la IIIª Internacional, porque es imposible que el partido del mañana pueda formarse siquiera sólo sobre la base de las tesis de los dos primeros congresos (los que mejor representan la posición revolucionaria integral).

1.5.18. El partido no podrá reformarse sino mediante la soldadura de dos movimientos: el del retorno a la totalidad de la teoría del proletariado y el de la unificación de la clase. Desde 1914, el movimiento proletario anda en busca de la unidad perdida. Algunos creen que volverán a encontrarla conquistando los sindicatos, otros teorizando un sistema de consejos de empresa que escamotee el partido-dirección-autoridad, etc... No obstante, la exigencia de reafirmar la doctrina como una totalidad (cuando quieren hacerse recortes y separaciones por todos lados) sólo se manifestó realmente en el partido comunista internacionalista, y luego internacional. Este movimiento también fracasó. En consecuencia, hay que reemprender la obra unificadora, siempre en sintonía, al mismo tiempo, con el movimiento real.

1.5.19. Con mayor razón, no se crea un partido a una gran distancia histórica de la oleada revolucionaria. Se formará a partir del movimiento de unificación de la clase. Su existencia formal en la actualidad es un estorbo, aunque sólo sea porque tras un cierto tiempo, debido incluso al marasmo político, tiende a tomarse a sí mismo por un *deus ex machina* y a creer que todo tiene que pasar por él, a creer que tiene que dirigirlo todo, y ello en el preciso momento en que es menos reconocido por el movimiento real. Por el contrario, hay que mostrar cómo la triple exigencia de unifi-

cación, de reapropiación de la totalidad de la doctrina y de formación de la *Gemeinwesen* implica obligatoriamente la formación del partido.

1.5.20. La contribución de la izquierda comunista italiana proporciona un elemento fundamental para la reapropiación de la totalidad doctrinal. No obstante, pueden ser necesarios muchos elementos paralelos: los tribunistas, el KAPD, diversos movimientos que reivindican los consejos, Lukács, etc... El trabajo de unificación supone rechazar los anatemas.

Ahora bien, esa unificación implica al mismo tiempo una delimitación muy clara; de lo contrario sería la unificación de cualquier cosa. Reunificar no es abjurar de los cismas (con la democracia bajo todas sus formas, con el movimiento anarquista). Por el contrario, gracias a unas delimitaciones rigurosas, el movimiento de unificación puede conducir realmente a la formación de un ser unitario: la clase como clase y, por tanto, constituida en partido.

1.5.21. Tras la Segunda Guerra Mundial, el rejuvenecimiento del capital y el bloqueo de la mayoría de las revoluciones coloniales en el estadio de las revoluciones desde arriba favorecieron la destrucción del movimiento revolucionario. No queda nada organizado ni estructurado. Tal es el triunfo de la contrarrevolución. Ha llegado hasta el fin. Pero la revolución reaparece, emerge.

1.5.22. El movimiento proletario negro en Estados Unidos, la ruptura de mayo-junio, la reaparición de las distintas posiciones afirmadas durante la revolución rusa, la reivindicación de los consejos obreros e incluso la manifestación del comunismo grosero al que se reduce la teoría difundida por la *Internacional situacionista*: todo ello muestra que una nueva fase está en marcha. Añadamos a esto la persistencia del frente de clase en Europa Central, las profundas transformaciones que se están produciendo en China, la guerrilla endémica en Latinoamérica, el despertar de África, y comprenderemos, como decía Engels (1.1.11.), que están madurando los acontecimientos que preparan la reunificación de la clase y la reformación del partido.

Hemos afirmado a menudo que el mundo entero (especialmente la zona euro-norteamericana) padece por el retraso de la revolución comunista. El triunfo de la revolución rusa como revolución exclusivamente burguesa ha asiaticado a Europa, la ha fosilizado dentro de su capital. La revolución comunista es posible desde 1848, y es absolutamente necesaria desde 1914. En la actualidad tenemos una situación sublimada, es decir, que la sociedad debería haberse vuelto comunista desde hace mucho tiempo. El «punto de transformación» se rebasó hace tiempo. Al igual que el agua puede ser llevada a una temperatura inferior a 0° sin que se convierta en hielo (se sublima), basta entonces con un cristal de hielo para que todo se solidifique. Mañana la crisis hará patente la sublimación de esta sociedad. Los pocos grupos revolucionarios que se hayan mantenido firmes sobre las posiciones de clase, vinculados a

la tradición histórica, y los que hayan surgido sobre la base misma de la lucha social serán otros tantos cristales que provocarán la erección de la clase en partido.ⁱⁱⁱⁱⁱⁱ

iii Situé a ambos lados del Atlántico el estudio del devenir de la clase obrera. Sin embargo, y sobre todo para el periodo inicial de su formación (finales del siglo XVIII-principios del XIX) no aporté datos importantes para apoyar mi perspectiva, porque no disponía de ellos. Desde entonces, varias obras han llenado en buena medida este vacío. Por ejemplo, *The London Hanged*, de Peter Linebaugh, *La hidra de las mil cabezas: la historia oculta del Atlántico revolucionario*, de Peter Linebaugh y Markus Rediker, Amsterdam Publishing, París 2008 (no se indica el título original del libro). Sin duda se trata de una «versión» amplificada de *La hidra de las mil cabezas: marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico* [ed. Cast. Ed. Crítica, Barcelona 2005], de los mismos autores en una colección de Rosa Sakolsky y James Koehline, *Gone to Croatan*, Autonomedia/AK Press, 1993. Los títulos de los dos libros se complementan: el segundo explica mejor lo que los autores quieren exponer y, sobre todo, apunta a la clase obrera atlántica. Así, en la introducción de este segundo texto, los autores nos hablan de una conspiración fomentada en Nueva York durante el invierno particularmente crudo de 1740-1741, cuyos «conspiradores incluían a irlandeses, ingleses, españoles, franceses, holandeses, que hablaban gaélico, inglés, español, francés, holandés, latín, griego y, por supuesto, varias lenguas africanas y amerindias. Se trataba de una mezcla de esclavos, sobre todo, y de trabajadores asalariados, sobre todo soldados, marineros y jornaleros.» (p. 129) De hecho, se trató en realidad, como todos los movimientos tratados en ambos libros, de un levantamiento de todos los oprimidos de la época en el que lo que iba a convertirse en la clase obrera era sólo una componente. Este dato está igualmente bien expuesto en *The Making of the English Working Class*, Ed. Penguin Books, de E. P. Thompson [ed. Cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, trad. Elena Grau, Capitán Swing, Madrid 2012].

Estas obras nos dan una idea de la formación de la clase obrera, del proletariado, pero no explican cómo se constituyó la relación social que funda el capital: el salariado. El salario es una forma de pago que concierne a la utilización de hombres y de mujeres que, debido al contenido de la transacción realizada, se distingue de otras formas de pago como la soldada, los emolumentos, los honorarios, etc., que postulan otras relaciones sociales y, por tanto, otros tipos sociales: soldados, empleados domésticos, etc.

Dado que lo que se paga es la actividad de los hombres y de las mujeres, y que esta actividad puede operar en áreas inmensas, es obvio que, a medio plazo, todo se verá *afectado* por el valor convertido en capital, lo que se describe de forma incorrecta y grosera como «mercantilización».

Esta nota no puede ser el lugar en el que poder tratar la cuestión del origen de la relación de capital y, por tanto, del trabajo asalariado. Sólo quiero subrayar que esta relación surgió al mismo tiempo que persistían otras formas de explotación, como la esclavitud, en una época en la que todavía predominaban la propiedad de la tierra y el valor en su determinación de moneda universal, al igual que la antropomorfosis del trabajo se manifestó a través de la importancia de los artesanos, los artistas y el nacimiento del ingeniero.

El contenido de estos libros permite abordar otras cuestiones sobre las que habrá que volver más adelante, pero que sólo mencionaré.

1° La importancia de la revolución inglesa de los años cuarenta del siglo XVII, a menudo ocultada, sobre todo en Francia. A este respecto, tengo en cuenta *The World Turned Upside Down*, de Christopher Hill [ed. Cast.: *Mundo trastornado: ideario popular extremista en revolución inglesa*, Siglo XXI, Madrid 2015], que aseguró la publicación de las obras de G. Winstanley: *The Law of Freedom and Other Writings*, y el libro publicado en la colección Archives Julliard: *Les niveleurs, Cromwell et la République*, presentado por Olivier Lutaud.

2º La importancia de las sectas protestantes que remiten al cristianismo primitivo y su dimensión de rechazo del movimiento de valor. Sería conveniente hacer la conexión con la dinámica expuesta por M. Weber sobre el tema de la importancia del protestantismo en el surgimiento del capitalismo.

3º La revolución industrial y el ascenso del capital y el triunfo del trabajo asalariado en la fábrica, así como la sustitución del artesano por el obrero. Hay que tener en cuenta que en realidad no fue una revolución, sino una evolución bastante larga.

4º Importancia de los piratas en la revolución norteamericana, indicada en *La hidra de las mil cabezas*. Es interesante completar esta aproximación a la piratería con la que plantea Gilles Lapouge en: *Les pirates: forbans, filibustiers, boucaniers et autres gueux de la mer* [ed. Cast.: *Los piratas*, Estela, Barcelona 1971], en la que destaca su deseo de abandonar este mundo.

5º La aparición de los conceptos de raza (racismo) y nación (nacionalismo) en relación con los de progreso y jerarquía, así como con el movimiento del valor en su dinámica horizontal y vertical.

6º La originalidad del movimiento radical (revolucionario) de los Estados Unidos Esto queda de relieve en *La hidra de mil cabezas*, pero también en un artículo de Loren Goldner: *La fusión afro-indiano-anabaptista. Les sources du radicalisme américain*, publicado en el libro de este autor: *Nous vivrons la révolution - Revolution in our lifetime*, Editions Ni patrie ni frontières, pp. 263-279. «La verdadera tradición radical americana nació allí, en el encuentro entre anabaptistas, indios y africanos en los siglos XVII y XVIII.» p. 269. Fredy Perlman ya había abordado esta cuestión.

Ahora bien, hay un cierto escamoteo, porque el fenómeno se produjo a ambos lados del Atlántico. En Europa terminó hacia el final de las guerras napoleónicas. Desde finales de la década de 1820 y sobre todo a partir de 1830, se desarrolló otro fenómeno de rechazo de la sociedad establecida: el movimiento proletario, que se refiere básicamente a una clase cuya misión es destruir el capitalismo. Esto no impidió que elementos procedentes de otros estratos sociales, como poetas, novelistas y artistas, participaran en los diversos levantamientos proletarios de los siglos XIX y XX. El horror de la dominación capitalista fue y es experimentado por muchos hombres y mujeres que buscaron constantemente un sujeto subversivo para poder descargar su odio y afirmar su dimensión humana. El camino de la liberación-emergencia no pasa por la insurrección, la violencia de clase, etc., pero quienes lo emprenden pueden empoderarse teniendo en cuenta todos estos movimientos de rechazo y percibiendo su inmensa continuidad. Por eso es importante que también los europeos tengan en cuenta la tradición anteproletaria. Lo esencial es la puesta en continuidad que sólo puede darse a partir de cada individualidad también cuando se movilizan multitudes, de lo contrario siempre nos quedamos en la dualidad de masas (multitudes) y líderes, aunque momentáneamente no sean aparentes. La vieja dinámica siempre los reimpone.

7º Importancia del movimiento antirreduccionista que se manifiesta a través de la religiosidad, el ocultismo, el esoterismo, el espiritualismo y en relación con la importancia de las sectas protestantes, pero también con la obra de los poetas y artistas favorables al movimiento de emancipación. El caso de William Blake es emblemático. Además, todos los autores mencionados anteriormente lo citan muy a menudo. También utilizaron ampliamente sus obras pictóricas, en particular el cuadro que representa a Europa apoyada en América y África, lo que demuestra que, al igual que algunos de sus contemporáneos, tenía una profunda percepción de lo que ocurría en su época, que en cierto modo se perdió transitoriamente.

8º Importancia de la diáspora negra y de los amerindios, de los pueblos no lanzados a una dinámica de tipo occidental, lo que por otra parte está relacionado con el punto 6. A este respecto, además de F. Perlman (y con él, los autores en los que se apoya) ya mencionado, citaré a Loren Goldner: *Herman Melville - Between Charlemagne and the Antemosaic Cosmic Man: Race, Class and the Crisis of Bourgeois Ideology in an American Writer*, en la que expone un paralelismo entre

2. - LA CUESTIÓN RUSA Y LA TEORÍA DEL PROLETARIADO

2.1. 7 de noviembre de 1917-1957: Cuarenta años de una estimación orgánica de los acontecimientos de Rusia en el dramático desarrollo social e histórico internacional

2.1.1. Rusia contra Europa en el siglo XIX

2.1.1.1. En la primera lucha que libraron a propósito del «papel» de Rusia en la política europea, los socialistas marxistas trataron de refutar la falsa opinión de que las conclusiones del marxismo histórico eran inaplicables a ese país. Las deducciones sociales que Marx extrajo de su estudio del capitalismo temprano en Inglaterra, las había generalizado a Francia, Alemania y América en razón de su alcance universal. El internacionalismo marxista no podía dudar de que la misma llave permitía abrir la puerta que parecía haberse cerrado para siempre en las narices de la sociedad capitalista con la derrota de las bayonetas napoleónicas, retrasando durante un siglo todo el desarrollo histórico.

2.1.1.2. Para Rusia, nuestra escuela esperaba y preconizaba, pues, como para todos los países europeos, una revolución burguesa del tipo de las grandes revoluciones inglesa y francesa. En 1848, ésta sacudió a toda Europa. Para Marx, la Rusia de los

Karl Marx y H. Melville en lo que respecta a la forma de concebir el devenir de la humanidad desde la época en que los hombres y mujeres estaban conectados con la naturaleza y el cosmos, hasta su propia época.

En cuanto a la diáspora negra, el libro de Philippe Wemba, *Kinship*, Ed. A Plume Book, 2000, ofrece un estimulante enfoque de la cuestión. De hecho, al leerlo, cabe plantearse si el siglo XX no fue el siglo de los negros. Además, teniendo en cuenta la posible veracidad del origen africano de nuestra especie y sus diversas migraciones desde África, cabe preguntarse si la realización de esta diáspora no puede compararse con ellas.

También cabe señalar que Estados Unidos ha logrado dominar ideológicamente el mundo gracias a sus oprimidos.

Por último, al leer estos libros y en función del fin del movimiento revolucionario, se me viene a la mente la idea de si plantear la cuestión del acceso al comunismo mediante la lucha de clases no habría sido un gran error inmediatista. O, dicho de otro modo, ¿no representaba la clase obrera la reducción de una agrupación mayor que podía oponerse al capitalismo y ser capaz de destruirlo? ¿No estuvo la desviación de la lucha, en torno a la raza, en torno a la nación, acompañada por una desviación en torno a la clase? Al hacerlo, se permanecía dentro del propio marco impuesto por los partidarios del poder, y no se imponía ninguna superación debido a la perpetuación de la dinámica de la lucha y del odio; la de la clase fue propuesta a menudo por los defensores de la teoría del proletariado.

Todo esto está obsoleto, pero no podemos escamotearlo si no queremos repetir el impasse en el curso mismo de nuestro proceso de liberación emergente.

Noviembre de 2009

zares era la ciudadela de la reacción antiliberal y anticapitalista europea. Por eso la destrucción del modo de producción feudal había sido prevista, esperada y reivindicada. Hasta 1871, la apreciación marxista de todas las guerras nacionales que se sucedían en Europa dependía de su capacidad para conducir al desastre a Petersburgo. Esto condujo a que Marx fuese acusado de pangermanismo antirruso, pero si deseaba la derrota del zarismo era porque su supervivencia constituía un obstáculo no sólo para la revolución burguesa, como hemos visto, sino para una posterior revolución obrera en Europa. En consecuencia, la Primera Internacional obrera dio su pleno apoyo a los movimientos de las nacionalidades oprimidas por el zar, como muestra el ejemplo clásico de Polonia.

2.1.1.3. La doctrina histórica de la escuela marxista considera cerrado en 1871 el período de apoyo socialista a las guerras de sistematización nacional en forma de Estados modernos, las luchas internas de la revolución liberal y los renacimientos nacionales en Europa. En ese momento, el obstáculo ruso aún se vislumbraba en el horizonte. De no ser abatido, se interpondría en el camino de todos los levantamientos obreros contra la «confederación de ejércitos europeos», enviando a los cosacos a defender ya no a Sacros Imperios, sino a las democracias parlamentarias a las que había dado lugar el desarrollo occidental.

2.1.1.4. El marxismo se implicó muy pronto en las cuestiones sociales de Rusia. Estudió su estructura económica y el desarrollo de los antagonismos de clase. Esto no le impidió en absoluto investigar el ciclo de las revoluciones sociales teniendo en cuenta las relaciones de fuerzas internacionales, porque la gigantesca construcción de Marx puso de relieve que las condiciones de la revolución residen en una madurez de la estructura social (de la que dependen las etapas del ciclo revolucionario) que se manifiesta precisamente a escala internacional. Inmediatamente se planteó la pregunta: ¿no sería posible acortar el desarrollo histórico que, en Rusia, aún no ha alcanzado el estadio que se alcanzó a principios del siglo XIX o en el resto de Europa desde 1848? Tenemos dos respuestas de Marx a este problema: la primera de 1877, en una carta a un periódico; la segunda de 1882, en el prólogo a la traducción rusa del *Manifiesto Comunista* por Vera Zasúlich.

¿Podrá Rusia *saltar* por encima del *modo* de producción capitalista? La primera respuesta es parcialmente positiva: «Sí, si la revolución rusa da la señal para una revolución obrera en Occidente, de manera que la una complemente a la otra.» Pero la segunda respuesta afirma que esta oportunidad ya se había perdido. Se refiere a la reforma agraria burguesa de 1861, que abolió la servidumbre de la gleba y supuso la disolución definitiva del comunismo aldeano primitivo. Bakunin —ferozmente estigmatizado por Marx y Engels— había hecho su apología:

«Si Rusia sigue por el camino que ha seguido desde 1861, perderá la mejor oportunidad que le haya ofrecido jamás la historia a una nación, y sufrirá todas las fatales vicisitudes del régimen capitalista.»

Eso es todo —concluyó bruscamente Marx—. Y eso fue todo: habiendo fracasado la revolución proletaria y habiendo sido traicionada en Europa, la Rusia de hoy ha caído en la barbarie capitalista. Los escritos de Engels sobre el *mir* comunista ruso muestran que, a partir de 1875 y con mayor razón aún en 1894, el modo de producción capitalista se había impuesto: en adelante, domina no sólo sobre las ciudades, sino en ciertas regiones del campo ruso, y esto bajo el poder zarista.

2.1.1.5. En Rusia, la industria capitalista surgió gracias a la inversión directa del Estado antes que por una acumulación primitiva. Con ella surgieron el proletariado urbano y el partido obrero marxista. Al igual que los primeros marxistas de la Alemania anterior a 1848, este partido se vio enfrentado al problema de una doble revolución. Su línea teórica (representada primero por Plejánov, y luego por Lenin y los bolcheviques) está en plena armonía con la del marxismo europeo e internacional, sobre todo en la cuestión agraria, que en Rusia era de primordial importancia. ¿Cuál será la contribución a esta doble revolución de las clases rurales de siervos y campesinos miserables cuyas condiciones de vida, pese a estar jurídicamente emancipados, han empeorado en comparación con las que conocieron bajo el feudalismo puro? Históricamente, los siervos y los pequeños campesinos han apoyado las revoluciones burguesas en todas partes, y siempre se rebelaron contra los privilegios de la nobleza terrateniente. En Rusia, el sistema feudal tiene la originalidad de no ser centrífugo, como fue el caso en Europa y especialmente en Alemania: hace siglos que allí el poder estatal y los ejércitos nacionales están efectivamente centralizados. Históricamente, y hasta el siglo XIX, esta condición fue progresista, no sólo en el aspecto político e histórico (es decir, en lo tocante a los orígenes del ejército, de la monarquía y del Estado, importado desde el exterior), sino también en el aspecto social. El Estado y la Corona (así como determinadas comunidades religiosas no menos centralizadas) poseían más tierras y siervos que la nobleza terrateniente: de ahí la definición de *feudalismo de Estado* aplicada a Rusia. Semejante feudalismo se mostró capaz de resistir el enfrentamiento con los ejércitos democráticos franceses durante muchos años. Marx llegó a apelar a los ejércitos europeos, turcos y alemanes para que lo destruyeran.

En sustancia: la vía del feudalismo de Estado al capitalismo de Estado ha sido más corta en Rusia de lo que lo fue en Europa la del feudalismo molecular a los Estados burgueses centralizados, y del primer capitalismo autonomista al capitalismo concentrado e imperialista.

2.1.2. Las perspectivas de desaparición del último feudalismo

2.1.2.1. Estas formas sociales ancestrales explican por qué no se formó nunca en Rusia una clase burguesa de un poder comparable a la de Europa. En consecuencia,

allí el injerto de la revolución proletaria en la revolución burguesa esperado por los marxistas parecía aún más difícil que en la Alemania de 1848.

A diferencia de lo que había ocurrido en Inglaterra, la tradición revolucionaria alemana se había agotado por completo en la reforma religiosa. Al constatar su carencia en el siglo XIX, Engels dirigió su atención a los campesinos, cuya guerra histórica de 1525 y cuya terrible derrota —debida a la cobardía de la burguesía urbana, del clero reformado y también de la baja nobleza— relató.

En Rusia (donde tampoco había una baja nobleza y un clero rebeldes), ¿podría la clase campesina actuar como sustituto de la clase burguesa políticamente ausente? Esta fue la primera cuestión en torno a la que los marxistas lucharon teórica y prácticamente contra todos los demás partidos. Según la fórmula de nuestros adversarios, la revolución rusa no debía ser ni burguesa ni proletaria, sino campesina. Nosotros definimos la revolución campesina sólo como una figura complementaria (*contrafigura*) de la revolución burguesa-urbana. A lo largo de cien años de polémicas y guerras de clases, el marxismo ha rechazado la monstruosa perspectiva de un «socialismo campesino» engendrado por un movimiento de pequeños agricultores con vistas a un utópico reparto igualitario de la tierra para lograr el cual controlarían el Estado. De acuerdo con esta doctrina, lo lograrían mejor que la impotente burguesía y el nuevo proletariado, cuya terrible energía como consecuencia de su existencia como sección del proletariado europeo era insospechada. La burguesía nace nacional y no se transmite energía más allá de las fronteras. El proletariado nace internacional y como clase está presente en todas las revoluciones «extranjeras». El campesinado ni siquiera llega al nivel nacional.

Sobre estas bases, Lenin construyó la doctrina marxista de la revolución rusa, en la que, descartando a la burguesía indígena y al campesinado, designó al proletariado como protagonista.

El desarrollo de todo lo anterior ha sido documentado en nuestra obra: *Rusia y revolución en la teoría marxista*. (Cfr. *El programa comunista* del nº 21 de 1954 al nº 8 de 1955).

2.1.2.2. Las dos grandes cuestiones de la revolución rusa eran la cuestión agraria y la cuestión política.

Respecto de la primera, los populistas y los socialistas revolucionarios eran partidarios del reparto de la tierra; los mencheviques eran partidarios de su municipalización, y los bolcheviques de nacionalizarla. Todo esto eran los postulados, según el propio Lenin, de una revolución no socialista, sino democrático-burguesa. La tercera posición, sin embargo, era la más avanzada, porque creaba las mejores condiciones para un comunismo proletario. Nos limitaremos a citar de nuevo *Dos tácticas*: «La idea de la nacionalización de la tierra es, pues, una categoría de la sociedad mercantil y capitalista.» En la Rusia actual, sólo la parte de la agricultura organizada en sovjoses está nacionalizada, y es la más pequeña. El resto ni siquiera ha llegado a ese nivel.

En cuanto al poder, los mencheviques eran partidarios de dejar que la burguesía se hiciera con él y de pasar a la oposición: en 1917 colaboraron con la burguesía en el gobierno. Los populistas, partidarios de un ilusorio *gobierno campesino*, acabaron, igual que los anteriores, con Kerensky. Los bolcheviques estaban por la toma del poder y la dictadura democrática del proletariado y los campesinos. Las siguientes palabras de Lenin explican el adjetivo «democrática» y el sustantivo «campesino».

«Semejante victoria no convertirá aún, ni mucho menos, nuestra revolución burguesa en socialista.»

«Las transformaciones democráticas en el régimen político y las transformaciones socioeconómicas, que se han convertido en una necesidad para Rusia, lejos de implicar de por sí el socavamiento del capitalismo, el socavamiento de la dominación de la burguesía, desbrozarán por primera vez como es debido el terreno para un desarrollo vasto y rápido, europeo y no asiático, del capitalismo.»

«Una victoria tal nos permitirá levantar a Europa; y el proletariado socialista europeo, sacudiéndose el yugo de la burguesía, nos ayudará, a su vez, a hacer la revolución socialista»

¿Qué hacer, entonces, con los aliados campesinos? La respuesta de Lenin es clara. Marx ya había dicho que los campesinos son los «aliados naturales de la burguesía». Lenin escribió:

«La victoria de la revolución democrática no hará sino desbrozar el camino para una lucha decidida y verdadera por el socialismo, que tenga por base la república democrática. Los campesinos, como clase poseedora de tierras, desempeñarán en esta lucha el mismo papel traidor e inconsecuente que ahora desempeña la burguesía en la lucha por la democracia.»

Al final del trabajo citado (nº 8, 1955) mostramos cómo Lenin sostuvo su fórmula: toma del poder y dictadura en la revolución burguesa contra la propia burguesía con el apoyo exclusivo de los campesinos. La sostuvo desde este doble punto de vista: para alcanzar la revolución proletaria en Europa, condición sin la cual el socialismo no podría vencer en Rusia, y para evitar la restauración del zarismo, que habría reanudado su papel de guardia blanca de Europa.

2.1.3. La inolvidable epopeya rusa de la revolución proletaria mundial

2.1.3.1. Marx había previsto la guerra entre Alemania y una alianza franco-eslava. En 1914 ésta estalló. Tal como había profetizado, la revolución rusa nació de los reveses militares del zar.

Rusia estaba aliada entonces con las potencias democráticas: Francia, Inglaterra e Italia. A ojos de los capitalistas, de los demócratas y de los socialtraidores que se habían unido a la causa de la guerra antialemana, el zar se había convertido en un enemigo a derrotar, porque lo juzgaban incapaz de dirigir la guerra o sospechaban que preparaba en secreto una alianza con los alemanes. Así, la primera revolución, en

febrero de 1917, fue acogida con los aplausos unánimes de patriotas, demócratas y socialistas, que la atribuyeron no tanto al cansancio de las masas y en particular de los soldados, como a las hábiles maniobras de las embajadas aliadas. Pese a que la mayoría de los socialistas de derechas no se había unido a la guerra, se orientaron enseguida hacia un gobierno provisional que debía continuar la guerra de acuerdo con las potencias extranjeras. Sobre esta base concluyeron el compromiso con los partidos burgueses. Vacilante al principio, pero con toda su fuerza tras el regreso de Lenin y de los demás dirigentes de 1917 a Rusia y la adhesión de Trotsky, el partido bolchevique se preparó para derrocar a aquel gobierno apoyado por los mencheviques y los populistas.

En nuestra presentación sobre la *Estructura económica y social de la Rusia actual* —en la primera parte, en particular— documentamos el desarrollo histórico que condujo en Octubre —cuyo cuadragésimo aniversario se celebra ahora— a la segunda revolución. Hemos contrastado la lucha por el poder en 1917 con las cuestiones doctrinales que habían surgido antes en la vida del partido.

2.1.3.2. La conquista del poder por el Partido Comunista fue el resultado de la derrota de todos los demás partidos, tanto «obreros y campesinos» como burgueses (que se empeñaron en continuar con la guerra junto a los aliados) durante la Guerra Civil. Esta conquista se completó con la victoria sobre estos partidos en el soviét panruso, que remató la victoria obtenida sobre ellos y sus aliados de fuera del soviét en la calle —a través de la dispersión de la Asamblea Constituyente convocada por el gobierno provisional— mediante la *ruptura* de los bolcheviques con el último aliado, el partido de los socialistas-revolucionarios de izquierda, partidarios de la *guerra santa* contra los alemanes y que tenían una fuerte influencia en el campo.

Este gigantesco salto no se produjo sin graves luchas dentro del propio partido. Históricamente, sólo terminó tras unos cuatro años de terrible guerra interna, con la derrota de los ejércitos contrarrevolucionarios, que incluían tanto a las fuerzas de la nobleza feudal y monárquica como las que Alemania había suscitado contra la revolución antes y después de la Paz de Brest-Litovsk de 1918 y, por último, las que, cargadas de refuerzos, habían movilizad las potencias democráticas, el ejército polaco entre ellas.

Mientras tanto, en Europa sólo se produjeron una serie de desafortunados intentos de tomar el poder por parte de la clase obrera, ardientemente solidaria con la revolución rusa. En esencia, la derrota de los comunistas alemanes en enero de 1919, tras la debacle militar del país y la caída del Káiser, fue decisiva. Esta fue la primera ruptura seria en la evolución histórica prevista por Lenin, que hasta entonces se había verificado magníficamente, especialmente en la aceptación de la paz de marzo de 1918 por parte de los bolcheviques, solución decisiva que la democracia mundial calificó estúpidamente de traición.

La historia de los años siguientes confirmó que no había que contar con la ayuda de un proletariado europeo victorioso a la economía rusa, sumida en una desorgani-

zación espantosa. No por ello los bolcheviques dejaron de defender el poder en Rusia y lo salvaron, pero ya no era posible resolver la cuestión económica y social de Rusia de acuerdo con la previsión de todos los marxistas, es decir, sometiendo las sobrea-bundantes fuerzas productivas de Europa (que siguieron siéndolo incluso después de la guerra) a la dictadura del partido comunista internacional.

2.1.3.3. Lenin siempre descartó —y lo hizo hasta su muerte, al igual que los marxistas-bolcheviques auténticos— que la sociedad rusa pudiera adquirir características socialistas si la revolución rusa no tenía repercusiones en Europa, y si allí la economía seguía siendo capitalista. Esto no le impidió mantener siempre que en Rusia el partido proletario, apoyado por los campesinos, debía tomar el poder, y conservarlo de forma dictatorial.

Se plantean dos cuestiones históricas. ¿Podemos definir como socialista una revolución que, como predijo Lenin, creó un poder que se vio obligado a administrar, a la espera de nuevas victorias internacionales, formas sociales de economía privada, cuando estas victorias no se produjeron? La segunda cuestión se refiere a la duración concebible de tal situación, y si no existía otra salida que una contrarrevolución política franca, la vuelta al poder de una burguesía nacional a cara descubierta.

Para nosotros, la Revolución de Octubre fue socialista. En cuanto al desenlace opuesto a la contrarrevolución armada (que no se produjo), no fue único, sino doble: o el aparato de poder (Estado y partido) degeneraba adaptándose políticamente a la administración de las formas capitalistas, es decir, renunciando abiertamente a esperar a la revolución mundial (eso fue lo que ocurrió), o bien, el partido marxista se mantenía en el poder durante mucho tiempo, y se comprometía a apoyar la lucha revolucionaria proletaria en todos los países extranjeros, reconociendo al mismo tiempo, con el mismo valor que Lenin, que en el interior las formas sociales seguían siendo en gran medida capitalistas, e incluso precapitalistas.

Examinaremos primero la primera cuestión, pues la segunda está relacionada con el examen de la estructura social de la Rusia actual, falsamente presentada como socialista.

2.1.3.4. En primer lugar, la Revolución de Octubre no debe considerarse desde el punto de vista de la transformación, ni inmediata, y ni siquiera muy rápida, de las formas de producción y de la estructura económica, sino como una fase de la lucha política internacional del proletariado. En efecto, presenta una serie de características que sobrepasan totalmente los límites de una revolución nacional y puramente antifeudal, y que no se reducen al hecho de haber sido dirigida por el partido proletario.

a) Lenin había determinado que la guerra europea y mundial tenía un carácter imperialista «incluso para Rusia» y que, por tanto, el partido proletario debía practicar abiertamente el derrotismo, al igual que en la guerra ruso-japonesa que provocó las luchas de 1905. Este derrotismo tenía, pues, las mismas motivaciones que en

otros países, en los que los partidos socialistas también tenían el deber de practicarlo; no dependía del hecho de que el Estado ruso no fuera democrático. El desarrollo del capitalismo y de la industria en Rusia no era suficiente para sentar las bases del socialismo, pero sí para dar un carácter imperialista a la guerra. Los traidores que habían abrazado la causa de los bandidos imperialistas con el pretexto de defender la democracia «en general» (aquí contra el peligro alemán, allí contra el peligro ruso) condenaron a los bolcheviques por haber puesto fin a la guerra y haber liquidado las alianzas militares, y trataron de apuñalar a la Revolución de Octubre. Octubre venció contra ellos, contra la guerra, y contra el imperialismo mundial: fue una victoria puramente proletaria y comunista.

b) Al triunfar sobre los ataques de estos traidores, Octubre reivindicó los principios olvidados de la revolución y restauró la doctrina marxista cuya ruina habían tramado. Definió el camino de la victoria sobre la burguesía para *todas las naciones*: empleo de la violencia y del terror revolucionario, rechazo de las «garantías democráticas», aplicación ilimitada de la dictadura de la clase obrera ejercida por el partido comunista, *concepto esencial del marxismo*. Así, abandonó para siempre a su imbecilidad a aquellos que veían en la dictadura el poder de un solo hombre, y casi tanto a quienes, temiendo la tiranía al igual que los demócratas burgueses, sólo admitían la dictadura de una clase amorfa, no constituida en partido político, como lo plantean, por el contrario, los textos seculares del marxismo.

c) Desde entonces, la clase obrera se ha presentado a menudo en la escena política (o, lo que es peor, parlamentaria) dividida ficticiamente en varios partidos: la lección de Octubre, que muestra que el camino revolucionario no pasa por el ejercicio del poder en común con estos servidores del capitalismo, sino por su liquidación violenta, uno tras otro, hasta el poder total del único partido proletario, no ha sido desmentida.

La importancia de estos tres puntos radica en el hecho de que quizás fuera precisamente en Rusia donde, por la pervivencia de un despotismo medieval, habría podido explicarse una *excepción* en relación con los países burgueses avanzados. Al contrario, el camino único y mundial trazado por la doctrina universal del marxismo (de la que Lenin y su admirable partido bolchevique no se desviaron —ni en el pensamiento ni en la acción— en ningún momento) fue el emprendido por la revolución rusa, que los revolucionarios rusos recalcaron, ante el terror o el entusiasmo del mundo.

Es despreciable que estos nombres sean explotados hoy en día por quienes se avergüenzan de estas glorias, que fingen teatralmente querer celebrar, y que piden *disculpas* por estas *vías* que Rusia tuvo que emprender, debido a circunstancias y condiciones locales. Personas que —como si esa fuera su misión, como si únicamente tuvieran el poder de hacerlo!— prometen llevar a otros países al socialismo por otros caminos, diferentes de una nación a otra, que su traición e infamia pavimentan con todos los materiales fangosos que el oportunismo es capaz de moldear: ilibertad, democracia, pacifismo, convivencia, emulación!

Para Lenin, la revolución occidental era el oxígeno del que el socialismo tenía necesidad en Rusia. Para esta gente, que el 7 de noviembre desfila frente a su estúpido mausoleo, el oxígeno consiste en que el capitalismo fructifique y prospere en el resto del mundo, para poder coexistir y avanzar con él.

2.1.4. Siniestra parábola de la revolución truncada

2.1.4.1. La segunda cuestión a considerar es la estructura económica de la victoria de Rusia tras la victoria de Octubre. Los elementos esenciales de la respuesta fueron establecidos por Lenin en textos fundamentales a los que nos hemos referido extensamente, no con citas aisladas que luego pueden insertarse en escritos generales y breves, sino elaborando un cuadro que vincula todas las fórmulas con las condiciones históricas del entorno y con las relaciones de fuerzas en su desarrollo histórico.

En tanto «doble revolución», la revolución rusa iba a situar en el teatro de operaciones tres modos de producción históricos, al igual que en la Alemania anterior a 1848, donde la visión marxista clásica reconocía tres fuerzas en presencia: el imperio aristocrático-militar medieval, la burguesía capitalista y el proletariado, es decir, la servidumbre, el trabajo asalariado y el socialismo. En Alemania, el desarrollo industrial estaba entonces limitado cuantitativamente, si no cualitativamente. Si Marx introdujo sin embargo al tercer personaje, el proletariado, fue porque las condiciones técnico-económicas del tercer modo de producción ya existían plenamente en Inglaterra, mientras que las condiciones políticas parecían estar presentes en Francia. A escala europea, existía, pues, una perspectiva socialista. La idea de una rápida caída del poder absoluto en Alemania en beneficio de la burguesía, y de un posterior ataque del joven proletariado contra ésta, estaba ligada a la posibilidad de una victoria obrera en Francia, donde, tras la caída de la monarquía burguesa en 1831, el proletariado de París y de la provincia libró generosamente una batalla que perdió.

Las grandes visiones revolucionarias son fecundas, incluso cuando la historia pospone su realización. En la de Marx, Francia habría proporcionado la política, con la instauración de la dictadura obrera en París, como efectivamente se intentó hacer en 1830 y 1848, y se realizó en 1871, cuando esta dictadura sucumbió gloriosamente, con las armas en la mano. Inglaterra habría proporcionado la economía y Alemania la doctrina, a la que León Trotsky aplicó en el caso de Rusia el nombre clásico de *revolución permanente*. En el caso de Marx, como en el de Trotsky, la permanencia de la revolución se verifica en un marco mundial, no a la escala miserable de una nación. El terrorismo ideológico de los estalinistas condenó la revolución permanente, pero son ellos quienes la han copiado en una parodia vacía impregnada de patriotismo.

En 1917, en la visión de Lenin (y la de todos nosotros, que le seguíamos), la Rusia revolucionaria (atrasada industrialmente, como la Alemania de 1848) debía ofrecer la llama de la revolución política, restituyendo toda su fuerza a esta gran doctrina que maduraba en Europa y en el mundo. La Alemania derrotada habría aportado las

fuerzas productivas y el potencial económico. El resto de aquella Europa Central tan atormentada la habría seguido. Entonces, una segunda oleada habría arrollado a los «vencedores»: Francia, Italia (a la que habíamos esperado en vano arrastrar en 1919 a la primera oleada), Inglaterra, Estados Unidos y Japón.

En el núcleo ruso-europeo, el desarrollo de las fuerzas productivas rumbo al socialismo no habría encontrado ningún obstáculo y no le faltaba más que la dictadura del partido comunista.

2.1.4.2. Para este breve esbozo de los resultados de nuestra investigación, debemos considerar el otro término, el de una Rusia que se quedara sola con la victoria política en sus manos. Una situación de enorme ventaja en comparación con 1848, cuando todas las naciones que entraron en la lucha permanecieron bajo el dominio del capitalismo, y Alemania permaneció más atrasada aún.

Resumamos brutalmente la perspectiva interna de Lenin a la espera de la revolución occidental. En la industria, *control* de la producción y, más tarde, gestión por parte del Estado; esto significaba no sólo la destrucción de la burguesía privada y, por tanto, la victoria política, sino también una administración económica de tipo mercantil y capitalista que desarrollase sólo las bases del socialismo. En la *agricultura*, destrucción de todas las formas de sujeción feudal y gestión cooperativa de las grandes explotaciones, con la mínima tolerancia posible para la producción mercantil a pequeña escala. Esta era ya la forma dominante en 1917, y la destrucción del modo de producción feudal (que se hizo efectiva no sólo política sino también económicamente) no había hecho más que fomentarla: los trabajadores agrícolas sin tierra, los únicos «campesinos pobres» realmente apreciados por Lenin, habían disminuido en número, pues la expropiación de los campesinos ricos los había convertido en *propietarios*.

En 1926 estalló el gran debate, que hemos aclarado fundamentalmente, acerca de la duración de la evolución. Stalin dijo: si aquí el socialismo completo es imposible, entonces debemos renunciar al poder. Trotsky proclamó a gritos su fe en la revolución internacional, diciendo que había que permanecer en el poder esperándola, incluso si tardara otros cincuenta años. Se le respondió que Lenin había hablado de veinte años para la Rusia aislada. En realidad, Lenin hablaba de veinte años de «buenas relaciones» con los campesinos, tras los cuales, aunque Rusia todavía no se hubiera vuelto económicamente socialista, se desencadenaría la lucha de clases entre obreros y campesinos para liquidar la microproducción rural y el microcapitalismo agrario privado, que consumían las fuerzas de la revolución.

Pero ante la eventualidad de una revolución obrera europea, la micropropiedad de la tierra —vivaz e inextirpable hoy en forma de koljoses— habría sido sometida sin demora a un tratamiento draconiano.

2.1.4.3. La ciencia económica marxista sirve para demostrar que el estalinismo ni siquiera logró el resultado que Lenin preveía para veinte años después. Sin embar-

go, desde entonces no han pasado veinte sino cuarenta años: las relaciones con los campesinos koljosianos son tan buenas como malas son las relaciones con los obreros de la industria, gestionada por el Estado bajo el régimen salarial y en unas condiciones de intercambio de la fuerza de trabajo incluso peores que las que existen en los capitalismo *no camuflados*. El campesino, en cambio, recibe buen trato como cooperativista de la empresa koljosiana, y mejor aún como *pequeño gestor* de tierra y de reservas de capital.

Es inútil recordar las características burguesas de la economía soviética, que van desde el comercio hasta la herencia y el ahorro. No se encamina en absoluto hacia la abolición del intercambio monetario, por lo que las relaciones entre obreros y campesinos van en la dirección opuesta a la abolición de la diferencia entre trabajo industrial y trabajo agrícola, así como entre trabajo intelectual y trabajo manual.

Cuarenta años nos separan de 1917, y alrededor de treinta de la fecha en la que Trotsky estimó que sería posible mantenerse en el poder durante unos cincuenta años (lo que conduciría a alrededor de 1975), pero en Occidente no se produjo la revolución proletaria. Los asesinos de Trotsky y del bolchevismo han construido en gran medida el capitalismo en la industria, es decir, las bases del socialismo, pero sólo en una medida limitada en la agricultura, y todavía llevan veinte años de retraso con respecto a los veinte años de Lenin en lo tocante a la liquidación de la estúpida forma koljosiana, degeneración del propio capitalismo liberal clásico, que en acuerdo subterráneo con los capitalistas más allá de las fronteras, ahora quieren que infecte incluso a la industria y todas las formas de vida. Pero no será necesario esperar hasta 1975 para ver desplegarse crisis de producción en los dos campos en emulación, que barrerán los fardos de paja y los gallineros privados, así como los garajes individuales y todas las miserables instalaciones del repugnante *ideal doméstico koljosiano*, esa Arcadia ilusoria de un capitalismo populista.

2.1.4.4. Un reciente estudio de economistas burgueses estadounidenses sobre la dinámica mundial del comercio calcula que la actual carrera por la conquista de los mercados (que, tras la Segunda Guerra Mundial, se disimuló tras el sospechoso puritanismo de la caritativa Norteamérica) alcanzará un punto crítico en 1977. Veinte años nos separan aún del nuevo auge fulgurante de la revolución permanente concebida en el marco internacional, lo que coincide tanto con las conclusiones del lejano debate de 1926 como con los resultados de nuestras investigaciones de los últimos años (*cfr. Síntesis de los informes de las reuniones de Bolonia, Nápoles y Génova*, en *Il programma comunista* n° 15 y 16 de 1955).

No podrá evitarse una nueva derrota a menos que la restauración teórica no aguarde a que un tercer conflicto mundial haya unido ya a los trabajadores tras todas las banderas que conocemos (al contrario de lo que ocurrió en 1914, y que obligó a Lenin a hacer un esfuerzo gigantesco). Esa restauración tendrá que poder desarrollarse mucho antes, con la organización de un partido mundial que no dude en proponer su propia dictadura. Semejante vacilación liquidadora es cosa de quienes la-

mentan que esta dictadura tenga un «saborcito» personal y que a fin de cuentas están conchabados con los que explican la cuestión rusa mediante revoluciones palaciegas llevadas a cabo por grandes hombres o bandidos, demagogos o matasietes.

En el transcurso de los veinte años que nos quedan por padecer, la producción industrial y el comercio mundiales experimentarán una crisis de la envergadura de la crisis estadounidense de 1932, pero que no perdonará al capitalismo ruso. Podrá constituir la base para el retorno de minorías apreciables y decididas a posiciones marxistas que no contengan apología alguna de las pseudo-revoluciones antirrusas de tipo húngaro, en las que campesinos, estudiantes y obreros luchan codo con codo a la manera estalinista.

¿Podemos aventurarnos a esbozar un esquema de la futura revolución internacional? Su zona central estará constituida por los países que respondieron a las ruinas de la guerra con una poderosa reactivación productiva, ante todo Alemania —incluida la del Este— Polonia y Checoslovaquia. El levantamiento proletario que seguirá a la expropiación extremadamente feroz de todos los propietarios de capital popularizado debería tener su epicentro entre Berlín y el Rin y atraer rápidamente a sí al norte de Italia y al noreste de Francia. Semejante perspectiva no es accesible a los inútiles que no quieren conceder una hora de supervivencia relativa a ninguno de los capitalismos, todos iguales a sus ojos, a ejecutar en serie, y sin preocuparse de si tienen misiles atómicos en lugar de cañones de retrocarga.

La prueba de que Stalin y sus sucesores industrializaron revolucionariamente a Rusia a la vez que castraban contrarrevolucionariamente al proletariado mundial, es que, para la nueva revolución, Rusia será una reserva de fuerzas productivas y sólo después una reserva de ejércitos revolucionarios.

En esta tercera ola histórica de la Revolución, la Europa continental se volverá política y socialmente comunista, o bien desaparecerá el último marxista.

El capitalismo inglés ya ha quemado las reservas que le permitían —como le reprocharon Marx y Engels— aburguesar al obrero inglés a la manera laborista. En el conflicto supremo que tendrá lugar entonces, le tocará el turno al capitalismo estadounidense, diez veces más vampiro y opresor. La asquerosa *emulación* actual será reemplazada por el *mors tua vita mea* social.

2.1.4.5. Por eso, nuestra conmemoración no se dirige hacia los últimos cuarenta años, sino a los próximos veinte años y su desenlace.⁶

2.2. Rusia de 1957 a 1969

Asistimos a un desarrollo cada vez más puro del capitalismo. Las categorías fundamentales de este modo de producción hacen su aparición, lo que está ligado al crecimiento del capital. Cuando este último tiene poco peso, predomina el capital variable; de ahí la afirmación de Stalin (capitalista clásico y socialista romántico): «El

6 A. Bordiga, *Il Programma Comunista*, nº 21, 1957.

hombre es el capital más precioso.» Después, con el desarrollo del maquinismo, del capital fijo, el hombre queda relegado a un segundo plano. A ello corresponde la importancia cada vez más decisiva del beneficio, porque es el indicador esencial del capital. En este momento, ya no cabe preocuparse simplemente por el crecimiento material de la producción, sino por el del valor. El aumento de la producción ya no se indica en cantidades físicas, sino en rublos.

Todo esto es muy lógico y no aporta nada nuevo a favor o en contra de la teoría del proletariado. El caso ruso queda reabsorbido dentro del estudio del capitalismo en general.

2.3. Actitud de la izquierda comunista de Italia ante la cuestión rusa

2.3.1. El movimiento de la izquierda comunista siempre ha indicado que la cuestión rusa no estaba en el centro de sus preocupaciones. Esto implica que no se podía esperar la confirmación o refutación de la teoría proletaria a partir del curso de la lucha en el área eslava.

En cambio, lo que importa fundamentalmente es la actitud de los distintos movimientos con respecto a Octubre. Por tanto, informaremos de las declaraciones relativas al fenómeno ruso en las diferentes etapas de su desarrollo.

2.3.2. El movimiento de la izquierda no previó la revolución rusa, pero no le sorprendió. Reconoció inmediatamente en ella la importancia excepcional del proletariado y la posibilidad de generalización a escala mundial de la revolución.

«La lógica nos ha obligado a ser profetas. Nuestras modestas, fáciles y consecuentes predicciones (no son sólo nuestras, sino de todos los que tienen la cabeza sobre los hombros y saben sopesar los acontecimientos y atribuirles su valor real) han resultado totalmente acertadas, sin una variación milimétrica siquiera. Kerensky, desautorizado por el Soviet, tiene que abandonar el poder y, bajo los vítores, es sustituido por Lenin, el verdadero representante de la nueva Rusia y del proletariado revolucionario.» (*Mientras Lenin triunfa*, en *L'Avanguardia*, 02.12.1917)

«Mientras tanto, el proletariado ruso ha comprendido los peligros que encierra la política reformista y burguesa de Kerensky, y los maximalistas socialistas están ganando terreno. El gobierno provisional se encuentra en una crisis continua entre las tentativas contrarrevolucionarias de Kornilov y la propaganda de los "leninistas" para la toma del poder. Finalmente, el gobierno ha sido derrocado y el Soviet, en el que los extremistas se han convertido en la gran mayoría, ha asumido el poder. Mientras escribimos entre la infernal ronda de noticias contradictorias y tendenciosas que nos llegan, entendemos que los socialistas trabajen en la actualización de un programa siguiendo las líneas sencillas y grandiosas del Manifiesto comunista, es decir, la expropiación de los poseedores privados de los medios de producción, mientras proceden lógica y consecuentemente a la liquidación de la guerra.» (*La revolución rusa*, en *L'Avanguardia*, 02.12.1917)

2.3.3. Puede constatarse el mismo proceso de comprensión tras los sucesos de Brest-Litovsk.

«Por el contrario, todo nos lleva a creer que los revolucionarios rusos, informados de las múltiples circunstancias que permitían al imperialismo alemán seguir confiando en la sumisión del proletariado *hasta cierto límite*, permitieron a los batallones alemanes llegar *hasta ese límite*, aceptando las condiciones de paz “sin discutir las siquiera” para mantener la posibilidad de esperar la “conversión” del pueblo alemán, que inevitablemente anulará los tratados imperiales y corregirá las fronteras impuestas, si es que no las abole completamente.»

«Por el contrario, la táctica de la “guerra santa” habría ahondado el abismo entre los dos pueblos y atado al pueblo alemán al carro de sus dirigentes, interponiendo obstáculos insalvables entre la revolución rusa y su desarrollo histórico futuro, condición indispensable para su propia existencia, y habría perturbado todo el proceso social de eliminación de las instituciones capitalistas y allanado el camino a un neonacionalismo ruso que habría asfixiado al socialismo.»

«... La Rusia contemporánea afirma el nuevo programa político del proletariado y de la Internacional; obtendrá la solidaridad de los pueblos o caerá por haber fracasado en su misión.»

«¡Salvar la revolución! Este es el objetivo de los proletarios rusos. Pero la salud de la revolución no se mide por su extensión territorial, sino por la integridad de su programa histórico y social.»

«Nos gustaría mucho disponer del texto auténtico de la protesta de los negociadores rusos en Brest-Litovsk y de la deliberación del Congreso de los Soviets en Moscú que ratificó la paz, y estamos convencidos de que la interpretación correcta de tales documentos lleva a la conclusión de que la nueva Rusia pretendía repudiar, por razones de principio, cualquier tipo de guerra nacional, y que ha constituido, junto con el ejército rojo territorial, la organización armada del proletariado para reprimir los movimientos contrarrevolucionarios y garantizar el proceso histórico de expropiación capitalista; no piensa en ningún caso en preparar una guerra contra países extranjeros.» (*Las directrices de la revolución rusa en una fase decisiva. Avanti!* del 25.05.1918)

Una comprensión semejante no es fruto de la casualidad. Se deriva del hecho de que, en Italia, el movimiento de la izquierda también había redescubierto las bases fundamentales de la doctrina y la había restaurado.

«Habría comprendido que bolchevismo y socialismo son la misma cosa, y que para combatir el prejuicio patriótico y el sofisma de la defensa nacional nosotros no tuvimos que esperar a que Lenin y los bolcheviques, nuestros compañeros de fe y de tendencia desde hace muchos años, consiguieran triunfar en Rusia; e incluso sin su glorioso y luminoso ejemplo, el día que las vicisitudes históricas nos hubieran llevado a la victoria, habríamos hecho lo mismo que ellos.»

«... El bolchevismo vive en Italia, y no como un artículo de importación, porque el socialismo vive y lucha en todas partes donde hay explotados que tienden a su emancipación.» (*El bolchevismo, planta de todo clima*, en *Il Soviet*, 23.02.1919)

2.3.4. En cambio, no fue ese el caso de muchos de los que, tras la contrarrevolución, iban a asumir la dirección del Partido Comunista de Italia. Así, Gramsci escribió el 24 de noviembre de 1917: «La revolución de los bolcheviques se compone más de

ideologías que de hechos. (Por eso, en el fondo, nos importa poco saber más de cuanto ya sabemos). Es la revolución contra *El Capital* de Karl Marx. *El Capital* de Marx era, en Rusia, el libro de los burgueses más que el de los proletarios...» (*Avanti!*)

En respuesta a esto, la izquierda escribió:

«Incluso si se quisiera limitar todo el “comunismo crítico”, la doctrina de la emancipación del proletariado, que éste elabora y “representa” continuamente en la historia, a los resultados obtenidos por Marx y Engels en la época del *Manifiesto*, siempre podríamos recordar que consideraron posible la revolución comunista en la Alemania de 1847, social y políticamente casi feudal y que estaba aún a la espera de la revolución burguesa. Las condiciones técnicas de la economía socialista, en tanto representa un estadio de desarrollo de los medios de producción, existían, pues, según el marxismo clásico, en la Europa de 1848; sólo faltaba el desarrollo político de las energías de clase del proletariado, que la evolución del capitalismo debía, según patrones bien conocidos, fomentar cada vez más. ¿Por qué negar entonces a la Rusia de 1917 las condiciones técnico-económicas de la Alemania de 1848? ¿Por qué poner peros a las condiciones políticas o de la conquista del poder por el proletariado, cuando su éxito demuestra evidentemente su madurez?

«... Los filisteos, aquellos que pretenden enterrar el socialismo, los doctos defensores burocráticos del orden constituido, sienten que la tierra tiembla bajo sus pies, porque desde la Rusia libre las vanguardias victoriosas del proletariado proclaman: *la revolución social internacional está en el orden del día de la historia.*» («Las enseñanzas de la nueva historia», *Avanti!*, 16.02.1918)

2.3.5. Después de la NEP y antes de que Stalin lanzara su famosa teoría del socialismo en un solo país, se pudo apreciar el retroceso del movimiento. Ya tenemos una denuncia del método de camuflaje teórico que iba a triunfar vergonzosamente.

«No hay más motivos para presentar, como quisiera el camarada Zinóviev —aunque no existiera sobre ello ningún desacuerdo— el bolchevismo o el leninismo como una doctrina aparte, que sería una ideología revolucionaria del proletariado aliado con los campesinos. Para las corrientes oportunistas (no en las intenciones de nuestro camarada) esto podría proporcionar una fórmula teórica a los contrarrevolucionarios para camuflar un eventual repliegue histórico de la revolución proletaria en Rusia.» («Lenin en el camino de la revolución», 1924)

2.3.6. También fue necesario afirmar y defender el carácter proletario de la revolución rusa.

«Por ejemplo su “modo de expresarse” sobre Rusia no me parece correcto. No puede decirse que “la revolución rusa es una revolución burguesa”. La revolución de 1917 ha sido una revolución proletaria, aunque sea un error generalizar sus lecciones “tácticas”. Ahora se plantea el problema de en qué cosa pueda convertirse la dictadura proletaria en un país, si no se produce la revolución en los demás países. Quizás una contrarrevolución, o quizás una intervención extranjera, o bien un curso degenerativo del que habría de descubrirse y definirse los síntomas y sus reflejos en el partido comunista. No puede decirse simplemente que Rusia es un país en el que se desarrolla el capitalismo. La cuestión es mucho más compleja: se trata de nuevas formas de la lucha de clases que no tienen precedentes históricos. Se trata de mostrar que toda la concepción de las relaciones con las clases medias,

sostenida por los estalinistas, es una renuncia al programa comunista. Parecería que usted excluyese la posibilidad de una política del partido comunista ruso que no equivaliese a la restauración del capitalismo. Esto equivaldría a dar una justificación a Stalin, o a sostener la inadmisibles política de “dimitir del poder”. Sin embargo, es necesario decir que una política correcta y clasista en Rusia habría sido posible sin la serie de graves errores de, política internacional cometidos por toda la “vieja guardia leninista” conjuntamente» (...)

«Compartimos las críticas de la izquierda comunista rusa a las orientaciones de la política estatal del partido comunista ruso. La dirección emprendida por la mayoría del Comité central es combatida por nosotros porque prepara la degeneración del partido comunista ruso y de la dictadura del proletariado, y les conduce fuera del programa del marxismo revolucionario y del leninismo. En el pasado no combatimos la política de estado del partido comunista ruso mientras ésta se limitó al campo delimitado en el discurso de Lenin sobre el impuesto en especie y el informe de Trotsky al IV Congreso mundial. Aceptamos las tesis de Lenin en el III Congreso.» (*Carta de Bordiga a Korsch*, 28.10.1926)

En esta carta se contemplaba la perspectiva de que los acontecimientos permitieran relanzar la revolución a escala mundial. Al no verificarse esto, es evidente que la revolución rusa, prevista en su totalidad desde 1917 hasta el triunfo final y claramente constatable del capitalismo, fue una revolución burguesa hecha por el proletariado. Sin embargo, negar su carácter proletario inicial equivale a escamotear la lucha del proletariado y adoptar una posición menchevique.

2.3.7. En 1928, el triunfo de la contrarrevolución era claro y nítido. A partir de ese momento ya no era posible que Rusia avanzara hacia el socialismo. El capitalismo, cuyas bases habían sido restauradas, no podía sino desarrollarse. Habría una tendencia creciente a que hubiese acuerdo entre las infraestructuras y el Estado.

No puede decirse que la izquierda comunista de Italia (la inmigración italiana en Francia y Bélgica) haya sido capaz de dar una explicación clara de la sociedad rusa, pero no se hizo ilusión alguna sobre la evolución de esta.

Tras la Segunda Guerra Mundial, la valoración fue más clara. La revolución proletaria rusa había sido reabsorbida y no quedaba más que una revolución burguesa: el desarrollo del capitalismo. Pero esto se consideraba revolucionario ya que suponía la generalización de un modo de producción progresista a toda Rusia y a la inmensa Asia. (Reunión de Nápoles 1951)

2.3.8. En 1953, en el *Diálogo con Stalin*, en respuesta a la obra de éste último *Los problemas del socialismo en Rusia*, se constató que la economía mercantil se había extendido por toda Rusia y que se había construido el capitalismo en aquel vasto territorio.

«La revolución rusa *is over*. Se trata de un hecho consumado. Los imbéciles crónicos pueden burlarse de nosotros y de ella.»

Ese mismo año se dieron buenos detalles sobre el proceso particular de desarrollo de la revolución en este país.

«Tras este compás de espera, superado con las guerras perdidas en las fronteras y la humillación nacional de haber visto a musulmanes y amarillos más duchos en el manejo de la técnica bélica capitalista, se realizaron todas las predisposiciones a la tarea “romántica” del proletariado, es decir, resolver el jeroglífico histórico para entregar el poder político, no a sí mismo, sino a sus explotadores sociales. Toda una literatura había obrado en esta dirección: el relato de la revolución fue escrito antes de su historia y por una serie de gigantes, empezando por Gogol, mientras que los grandes, Tolstoi, Dostoievski y Gorki, de distintas maneras y en diversa medida, habían absorbido los postulados sociales de Occidente, pensados de forma romántica y no marxista.» («Primaveras floridas del capital», *Il programma comunista*, nº 4, 1953)

«Estando ausente una burguesía con una conciencia y una fuerza de clase propias, los marxistas comenzaron a hacerse “ilustrados”, es decir, a recitar la parte romántica que le correspondía al pensamiento burgués. («Malenkov-Stalin: cerradura que no cierra», *Il programma comunista*, nº 6, 1953)

Luego, en *L'ours et son grand roman* («El oso y su gran novela»), ocho tesis definen rigurosamente el resultado alcanzado en Rusia:

1. El proceso económico en curso en los territorios de la Unión Soviética se define esencialmente como la implantación del modo de producción capitalista bajo una forma y con una técnica muy modernas en países con una economía atrasada, rural, feudal y asiático-oriental.

2. El Estado político es, por supuesto, el de una revolución en la que el poder feudal fue derrotado por fuerzas entre las que el proletariado era preponderante, y en segundo lugar el campesinado, mientras que una verdadera burguesía estaba casi ausente. Sólo este Estado se consolidó como órgano político del capitalismo, debido al fracaso de la revolución política proletaria en Europa.

3. Las manifestaciones y todas las superestructuras de dicho régimen, con las diferencias debidas al tiempo y al lugar, coinciden básicamente con las de todas las formas de capitalismo, al surgir y progresar al principio de su ciclo.

4. Toda la política y la propaganda de los partidos que en otros países exaltan el régimen ruso se han vaciado de contenido de clase y revolucionario y representan un complejo de actitudes «románticas» anticuadas y carentes de vida en el desarrollo histórico del Occidente capitalista.

5. La afirmación de que actualmente no existe una clase burguesa estadísticamente definible en Rusia no basta para contradecir las tesis anteriores, ya que este es un hecho que fue observado y predicho por el marxismo mucho antes de la revolución, ya que el poder del capitalismo moderno se define por las formas de producción y no por grupos nacionales de individuos.

6. La gestión de la gran industria por parte del Estado no contradice en absoluto las tesis anteriores, ya que se desarrolla sobre la base del trabajo asalariado y del intercambio mercantil externo e interno. Es un producto de la tecnología industrial moderna y se aplicó en Rusia de la misma manera que en Occidente, tan pronto como se eliminó el obstáculo de las relaciones de propiedad preburguesas.

7. La ausencia de una forma de democracia no contradice las tesis anteriores. Allí donde existe, la democracia no es más que la máscara de la dictadura del capital. Es obsoleta y tiende a desaparecer en todas partes donde la técnica productiva con vistas a invenciones posteriores se basa en redes generales y no en instalaciones autónomas; por otra

parte, la dictadura *abierta* ha sido adoptada por cualquier capitalismo emergente en fase «adolescente».

8. Esto no autoriza de ninguna manera a decir que el capitalismo ruso sea «lo mismo» que el de cualquier otro país, ya que hay una diferencia entre la fase en la que el capitalismo desarrolla las fuerzas productivas e impulsa sus aplicaciones más allá de los antiguos límites geográficos, completando las bases de la revolución socialista mundial, y aquella en la que explota estas fuerzas de forma puramente parasitaria, cuando ya han alcanzado y superado hace tiempo el nivel que permitiría desarrollarlas «para la mejora de las condiciones del trabajo vivo», mejora que sólo es posible mediante la forma económica no basada en el salario, el mercado y el dinero, únicamente mediante la forma socialista.

2.3.9. 1956; en el XX Congreso se abandona definitivamente cualquier vínculo con la revolución, de ahí la respuesta: *Diálogo con los muertos*. Rusia ha terminado su fase capitalista revolucionaria. Entra de lleno en el mercado mundial y defiende la teoría de la coexistencia pacífica. No por eso la URSS es exactamente lo mismo que Estados Unidos. La cuestión de la identidad de estos dos países se planteó a principios de los años cincuenta. La respuesta a esta pregunta podía tener consecuencias de gran alcance. De ahí la necesidad de especificar:

1º. Las disposiciones de las clases en una sociedad que todavía tiene objetivamente una acción revolucionaria que realizar no son las mismas que las que viven en una sociedad que se ha vuelto absolutamente madura para otra forma social.

2º. El centro de la contrarrevolución no podía ser Rusia, sino Estados Unidos. Decir que era la primera es seguir aceptando la tesis de que la opinión domina el mundo y que la conciencia precede a la acción. En efecto, para los partidarios de esta tesis, el mayor obstáculo para la revolución es la mistificación de Moscú. Si esta mistificación cayera, se produciría la revolución: Ahora bien, es el fenómeno revolucionario el que destruirá la mascarada. Éste depende de la crisis económica y, en resumen, la revolución sólo puede desarrollarse con alguna posibilidad de éxito si afecta a los Estados Unidos.

2.3.10. Después del XXI y XXII congresos del PCR, se constata que la URSS es cada vez más una sociedad capitalista, pero todavía retrasada con respecto a Estados Unidos, que sigue siendo el centro de la contrarrevolución mundial. La izquierda demostró desde principios de los años cincuenta hasta qué punto la agricultura era una desventaja para la URSS y predijo en 1954 (en *Question agraire*)[¥] que la URSS tendría que comprar trigo dentro de diez años, lo que efectivamente sucedió en 1964. Por otra parte, insistió precisamente en el carácter social de la crisis agraria rusa, que se debía básicamente a la estructura del koljós. El koljosiano reúne en su persona a los tres personajes fundamentales de la sociedad capitalista: es un asalariado en la

¥ https://www.pcint.org/05_EIPC-pdf/ElPC_32-w y https://www.pcint.org/05_EIPC/01%20Som%20ElPC.htm [N. del t]

medida en que recibe un salario por su trabajo en el campo común, un terrateniente en la medida en que goza de la posesión hereditaria de la tierra, y un capitalista en la medida en que vende sus productos en un mercado. La forma koljosiana ha encadenado la lucha de clases al campo; es un compromiso entre el pasado comunal y el capitalismo. Por tanto, en el plano político es muy interesante para el Estado capitalista, pero económicamente es desastrosa, porque se opone a una conducción racional de la agricultura; de ahí las crisis periódicas de subproducción.

El koljós, al igual que el pequeño campesinado en Francia, sólo puede ser eliminado tras grandes crisis. En Francia esto no fue posible hasta después de la Segunda Guerra Mundial y la pérdida de las colonias, y gracias a la derrota del proletariado, enrolado en partidos que lo inmovilizaron por completo. Ahora que el capital se ha desarrollado lo suficientemente en la URSS para estar en condiciones de asegurar, como en Occidente (pero en menor medida), ciertas reservas a los proletarios, podrá tender a poner en entredicho la estructura del koljós para poder resistir primero a la presión estadounidense, y luego a la china.

2.3.11. Así pues, era estúpido tratar de demostrar que Rusia volvía al capitalismo o incluso que era capitalista, ya que la sociedad rusa nunca ha conocido una forma de producción comunista. En cambio, era necesario demostrar que el Estado ruso, originalmente un Estado de clase al servicio del proletariado, se había convertido en un Estado de clase al servicio del capital. Por tanto, la cuestión era la del Estado. Una vez demostrado que, con el abandono de la revolución mundial por la «construcción del socialismo en un solo país», el Estado ya no tenía nada en común con la posición proletaria, la cuestión estaba resuelta. Si fue necesario hacer un estudio repetido para demostrar cómo, en la realidad concreta, Rusia era capitalista y no podía ser otra cosa, se debió a la debilidad del movimiento de la izquierda, que reflejaba el desconcierto total de la clase. Sin embargo, desde 1953 se pensaba que la cuestión estaba resuelta: «El camarada advirtió que esta reunión incluiría una parte dedicada a los problemas de Norteamérica y los países capitalistas occidentales en general, dado que un notable trabajo previo ha cristalizado en líneas suficientes una definición general de nuestra manera de considerar a Rusia y su economía social. Ha destacado el concepto marxista de doble revolución, una injertada en la otra, o revolución impura (dando a este término un significado no moral, sino histórico). El *Diálogo con Stalin* y otros textos han sistematizado suficientemente esta parte; ahora debemos estudiar una revolución *pura*, es decir, exclusivamente anticapitalista y proletaria, de la que la historia sólo nos ha proporcionado un ejemplo: la Comuna de París, tan grande en su victoria como en su derrota. Por tanto, es necesario declarar por qué afirmamos que la revolución anticapitalista es posible e inevitable en los Estados Unidos y los países vinculados a ellos.» (*Il programma comunista*, nº 9, 1953)

2.3.12. De hecho, muchos camaradas consideraban a Rusia como un enigma, si no para ellos, al menos para los demás. Había que descifrarlo para encontrar audien-

cia entre el proletariado, lo que no dejaba de suponer volver a poner esta cuestión en el centro de las preocupaciones. En una primera fase fue posible resistirse a sus ruegos y el movimiento abordó *Los factores de raza y nación en la teoría marxista*, la cuestión agraria, el estudio teórico de la economía y su fenomenología (*Volcanisme de la production ou marasme du marché*), pero desde finales de 1954 y durante tres años, todos los esfuerzos se centraron en Rusia. El estudio teórico de las cuestiones fundamentales: la mistificación democrática, las cuestiones filosóficas, el desarrollo del capitalismo, la historia del movimiento comunista mundial, fue dejado de lado, y el movimiento se contentó con su solución del enigma ruso, que repite sin cesar desde entonces. El Partido Comunista Internacional también había sido reabsorbido por la inmediatez.

2.3.13. El proletariado hizo la revolución en beneficio de la burguesía. El capitalismo es hijo de la revolución proletaria. Sólo cuando el capital haya producido también en el área eslava la otra forma social —el comunismo—encontrará el proletariado su misión histórica y reimpondrá una revolución que fue escamoteada, no por la derrota del proletariado ruso, sino por la derrota del proletariado de Occidente.

Hace tiempo que se demostró que el aumento de la producción, tanto en su masa como en sus ritmos anuales, no constituía una prueba de socialismo. Ahora bien, no podemos alegrarnos de que la URSS no consiga alcanzar a los Estados Unidos. Todo lo contrario, pues tal resultado tendría una innegable consecuencia revolucionaria, ya que a corto plazo implicaría la crisis del sistema capitalista: guerra o revolución. Por otra parte, que la URSS estuviera al mismo nivel que Estados Unidos significaría que el comunismo también es prisionero de la sociedad capitalista en el área eslava, y por tanto la proximidad inmediata de la sociedad comunista.

En cualquier caso, sólo se puede esperar la reanudación revolucionaria de hechos materiales: la crisis del capitalismo.

2.3.14. Desde 1956, la santa alianza ruso-estadounidense contra la revolución comunista y contra los movimientos de liberación nacional que no superan el marco burgués resulta plenamente visible. Se han entendido para detener la ola revolucionaria anticolonial e integrar, a través de la ONU, a las distintas naciones que han accedido a la independencia. Sin embargo, siempre que ha habido un conflicto entre ambos, ha sido la URSS la que ha tenido que ceder. El capitalismo estadounidense sigue siendo el centro fundamental de la contrarrevolución.

2.4. Actitudes de otras corrientes hacia la revolución rusa

2.4.1. Lo importante no es sólo la posición en el momento de la revolución, sino también en el transcurso de los años que en la actualidad nos separan de ella.

Dado que la izquierda comunista italiana ha considerado el fenómeno revolucionario ruso en su devenir, ha sido preciso ofrecer los diferentes enfoques teóricos del

mismo. En el caso del movimiento trotskista, por el contrario, la posición se fijó rápidamente. Es la que formuló Trotsky a partir de 1927: la URSS es un Estado obrero degenerado. No obstante, es interesante ver cómo Trotsky llegó a esta caracterización. Para ello hace falta considerar su cuestionable teoría de la revolución permanente (2.4.4 y 9.2), su posición exacta durante la NEP, su lucha tardía contra la contrarrevolución estalinista y, finalmente, su reencuentro con la teoría de la revolución permanente, que erigió en sistema.

La incoherencia de la posición de las diferentes corrientes trotskistas ya ha sido señalada (1.4.10. a 1.4.13.).

2.4.2. La posición anarquista también es una posición fija, incluso anterior a la de Trotsky. La contrarrevolución data de 1921 (Kronstadt) y, de hecho, según ellos, ya existía en potencia en el partido bolchevique, porque, según su «doctrina», la contrarrevolución no depende de relaciones de fuerza desfavorables, sino de principios organizativos erróneos. Ahora bien, los bolcheviques reivindicaban el centralismo, la autoridad, la necesidad del Estado de transición, etc., y por tanto eran contrarrevolucionarios.

La posición de los anarquistas se nutrió de la de la oposición obrera (Kollontai, etc.). Sin embargo, el error de ésta fue inmediatista, ya que reprochó a Lenin que no aplicara medidas socialistas pasando directamente a éstas. Sin embargo, Lenin había explicado claramente que, con el retroceso de la revolución en Occidente, sólo era posible la construcción del capitalismo, a la espera de la revolución comunista occidental. De lo contrario, volveríamos a la vieja teoría populista, cuyo carácter erróneo fue demostrado en el curso del siglo anterior.

2.4.3. La posición de Rosa Luxemburgo no sólo es interesante desde el punto de vista histórico, sino también por su influencia actual, pese a que nunca ha existido sino una corriente muy débil (luxemburguista) que reivindique sus posiciones.

Antes que nada, Rosa Luxemburgo glorifica la acción de los bolcheviques:

«Esto es lo esencial y duradero en la política bolchevique. En este sentido, suyo es el inmortal galardón histórico de haber encabezado al proletariado internacional en la conquista del poder político y la ubicación práctica del problema de la realización del socialismo, de haber dado un gran paso adelante en la pugna mundial entre el capital y el trabajo. En Rusia solamente podía plantearse el problema. No podía resolverse. Y en este sentido, el futuro en todas partes pertenece al “bolchevismo”.» (*La revolución rusa. Un examen crítico*)

«De esta manera, se ganaron el imperecedero galardón histórico de haber proclamado por primera vez el objetivo final del socialismo como programa directo para la práctica política. Todo lo que podía ofrecer un partido, en un momento histórico dado, en coraje, visión y coherencia revolucionarios, Lenin, Trotsky y los demás camaradas lo proporcionaron en gran medida. Los bolcheviques representaron todo el honor y la capacidad revolucionaria de que carecía la social democracia occidental. Su Insurrección de Octubre no sólo salvó realmente la Revolución Rusa; también salvó el honor del socialismo internacional.» (*ibid.*)

Sin embargo, hace duras críticas sobre tres cuestiones:

(a) Cuestión agraria

«Pero la consigna levantada por los bolcheviques, toma y distribución inmediata de la tierra por los campesinos, necesariamente apunta en la dirección opuesta. No sólo no es una medida socialista; no permite encarar esas medidas; acumula obstáculos insuperables para la transformación socialista de las relaciones agrarias.» (*ibíd.*)

Rosa Luxemburgo olvida que esto no corresponde en absoluto al programa agrario de los bolcheviques. Los bolcheviques no hicieron más que reconocer una situación de hecho. O la aceptaban y los campesinos se convertían realmente en los aliados del proletariado, o se oponían en nombre de una visión socialista pura, y estos entraban en conflicto con el proletariado. Esas medidas eran revolucionarias, ya que correspondían a la destrucción de la antigua sociedad; era el programa de los socialistas revolucionarios el que se había actualizado, pero estos ni siquiera habían tenido la fuerza revolucionaria para defenderlo e imponerlo. Rosa Luxemburgo critica la revolución rusa como si ésta, dentro de los límites exclusivos de Rusia, pudiera ser otra cosa que una revolución burguesa.

(b) Cuestión de las nacionalidades

«Los bolcheviques son en parte responsables de que la derrota militar se haya transformado en el colapso y la caída de Rusia. Más aun; ellos mismos, en cierta medida, profundizaron las dificultades objetivas de esta situación con una consigna que adquirió importancia primordial en su política: el supuesto derecho de autodeterminación de los pueblos, o —lo que realmente estaba implícito en esta consigna—la desintegración de Rusia.» (*ibíd.*)

«Los bolcheviques no actuaron guiándose por la misma genuina política internacionalista de clase que aplicaron en otros asuntos. No trataron de lograr la unión compacta de las fuerzas revolucionarias de todo el imperio. No defendieron con uñas y dientes la integridad del Imperio Ruso como área revolucionaria, oponiendo a todas las formas del separatismo la solidaridad e inseparabilidad de los proletarios de todos los países que están bajo la esfera de la Revolución Rusa, haciendo funcionar a ésta como el comando político superior. En lugar de eso, los bolcheviques, con su hueca fraseología nacionalista sobre “el derecho a la autodeterminación hasta la separación”, lograron todo lo contrario, y le dieron a la burguesía de los países limítrofes los pretextos más refinados, más deseables, para sus esfuerzos contrarrevolucionarios.» (*ibíd.*)

Rosa Luxemburgo no se da cuenta de que, en el período en que se desarrollaba la lucha de los bolcheviques, la afirmación del principio de «autodeterminación» era la mejor manera de eliminar el obstáculo nacional a la constitución del proletariado en clase; el hecho nacional siempre ha permitido a la burguesía desviar al proletariado de un país determinado y movilizarlo contra el de otro país. Por otra parte, olvida que

si en Finlandia, por ejemplo, la revolución fue derrotada, no fue debido al principio defendido por los bolcheviques, sino debido a la ilusión democrática.

«La debilidad de la burguesía nos dejó bajo el hechizo de la democracia y decidimos marchar hacia el socialismo mediante la acción parlamentaria y la democratización de la representación nacional.»

«... no queriendo arriesgar nuestras conquistas democráticas y esperando, además, atravesar este punto de inflexión en la historia mediante hábiles maniobras parlamentarias, decidimos evitar la revolución... No creíamos en la revolución; no basábamos ninguna esperanza en ella; no aspirábamos en absoluto a ella.» (Kuusinen)

(c) Asamblea Constituyente

«Todo esto está muy bien y resulta bastante convincente. Pero uno no puede menos que preguntarse cómo personas tan inteligentes como Lenin y Trotsky no llegaron a la conclusión que surge inmediatamente de los hechos mencionados. Dado que la Asamblea Constituyente fue electa mucho antes del cambio decisivo, la Revolución de Octubre, y que su composición reflejaba el pasado ya desvanecido y no la nueva situación, se deduce automáticamente que tendría que haberse anulado la Asamblea Constituyente ya superada y llamado, sin dilación, a elecciones para una nueva Constituyente. No querían confiar, y no debían hacerlo, el destino de la revolución a una asamblea que reflejaba la Rusia kerenskista de ayer, del período de las vacilaciones y las alianzas con la burguesía. Por lo tanto, lo único que quedaba por hacer era convocar una asamblea que surgiera de la Rusia renovada que tanto había avanzado.» (*La revolución rusa: un examen crítico*)

Aquí, Rosa Luxemburgo escamotea la cuestión fundamental de los soviets. Los soviets representaban la democracia proletaria (superando ese marco, por otra parte) que ella reivindicaba. No comprende el transcrecimiento de la revolución rusa. La reivindicación de la convocatoria de la Asamblea Constituyente estaba ligada a la consigna de la dictadura democrática de los obreros y campesinos. Una vez formados los soviets, el proletariado conquistó el poder y esas dos consignas quedaron superadas por el movimiento real. La dispersión de la Asamblea era una necesidad vital, de lo contrario habría representado un paso atrás. Convocar otra Asamblea suponía rechazar el transcrecimiento, apelar de nuevo al pasado y por tanto negar el papel de los soviets. Aquí Rosa Luxemburgo contradice toda su visión del papel de las masas y de la importancia del movimiento espontáneo de éstas. De hecho, niega implícitamente el trabajo de las masas rusas y quiere poner en su lugar una medida de orden estatal y una forma particular de organización.

Todo esto deriva en realidad de no haber roto con la vieja visión del socialismo como realización de la democracia, visión que Marx y Engels habían superado ya en 1844 al concebir el comunismo como la formación de la verdadera *Gemeinwesen* (comunidad) humana. El error de Rosa Luxemburgo fue no haber percibido el transcrecimiento de la revolución y la discontinuidad que implicaba la guerra de 1914. Era preciso acabar con la democracia. Este error, trasladado a la sociedad actual, es un fermento reaccionario al cuidado del movimiento obrero.

2.4.4. Los tribunistas holandeses (Pannekoek, Gorter) también saludaron con entusiasmo la revolución rusa. Gorter vio en ella el triunfo del marxismo. Sin embargo, se equivocó al considerar que se había instaurado el socialismo.

«Han iniciado el intercambio socialista y el comercio socialista. En una palabra, se ha establecido la sociedad socialista.» (*La revolución mundial*)

«El comunismo comenzó en Rusia, existe allí en este momento.» (*ibíd.*)

«¿Por qué no deberían fundar una sociedad socialista estas dos clases (campesinos y proletarios)? ¿Por qué no podrían regular, sobre una base socialista, todas las empresas de la industria, el comercio y la banca?» (*ibíd.*)

Es obvio que después, con el reflujo de la oleada revolucionaria, cuando se reveló plenamente el carácter burgués de la revolución rusa (al replegarse tras los límites del antiguo imperio de los zares), Gorter y sus camaradas reprocharon vivamente a Lenin que no aplicara medidas comunistas, que diera un paso atrás, etc., cuando en Rusia el socialismo nunca había existido. Se percibe la misma confusión sobre la cuestión nacional.

«Es obvio que, bajo el imperialismo, el derecho de las naciones a la autodeterminación no puede ser nunca una preparación para el socialismo, que sólo puede ser una consecuencia de él.» (*ibíd.*)

A diferencia de Rosa Luxemburgo, los tribunistas reconocieron la importancia de los soviets, «el sistema soviético, esta nueva democracia» (Pannekoek) y, finalmente, junto con el KAPD, sólo retuvieron este aspecto de la revolución rusa como esencial. Sin embargo, Pannekoek dio más tarde una buena definición de la revolución rusa: una revolución burguesa hecha por el proletariado. Una definición válida para indicar el resultado final, pero no para indicar la totalidad del movimiento porque escamotea el transcrecimiento original, sin el cual ni siquiera hubiera podido triunfar la revolución burguesa.

Hay un punto en el que la crítica de Gorter y Pannekoek es acertada; aquel que se refiere a la generalización del esquema de la revolución rusa a Occidente.

«Usted se equivoca, a mi parecer, acerca de las condiciones de la revolución europea occidental, es decir, sobre las relaciones de las clases cuando usted las cree conformes a las condiciones rusas; he ahí por qué usted no comprende las razones de la Izquierda, de la Oposición.» (Gorter, *Respuesta a Lenin*)

2.4.5. Con Lukács tenemos una tentativa de captar la realidad de la revolución rusa y, al mismo tiempo, de exponer los factores de la occidental. Realizó una notable labor de clarificación doctrinal con la revista *Kommunismus*, publicada en Viena en 1920-1921. Desgraciadamente, sucumbió a la contrarrevolución y no pudo continuar esa labor.

2.4.6. Así pues, la mayor parte de las corrientes citadas no comprendieron la doble naturaleza de la revolución rusa. Esto condujo, en primer lugar, a sobrevalorar las medidas socialistas aplicadas en Rusia y, en segundo lugar, a negar el carácter proletario del Estado y del poder en Rusia y, en la actualidad, a negar el carácter proletario de la Revolución de Octubre de 1917. De este malentendido surgieron dos corrientes: los comunistas de consejos, para quienes la revolución fracasó porque no se habían aplicado medidas socialistas y, en particular, porque no se dio la suficiente importancia a los soviets, y los trotskistas, que piensan que Rusia tiene algo de comunista y que bastaría con llevar a cabo una revolución política. Para los unos, el aspecto socialista pasa desapercibido; para los otros, son los rasgos capitalistas los que se niegan.

2.5. Factores esenciales puestos en evidencia por el fenómeno revolucionario en el área eslava

2.5.1. El socialismo es imposible a escala de una sola nación. La revolución rusa nació afirmándolo y murió negándolo. La única concesión que hicieron los revolucionarios a la tesis contraria fue la de Trotsky, que creía que la economía y la gestión (planificación) tenían algo de socialista. Esta concesión le costó cara a todo el movimiento que reivindicó sus tesis: los militantes se empantanaron en esa parcela imaginaria del socialismo.

Ahora bien, eso no implica la aceptación de la tesis socialdemócrata contra la que se levantó Lenin: para que el socialismo triunfe es preciso que la revolución sea simultánea en todos los países; una revolución aislada será inevitablemente derrotada. Esa tesis equivalía a teorizar el abandono de la lucha en una zona determinada. En la actualidad, una vez que haya triunfado la revolución proletaria en un país capitalista avanzado, es posible aplicar las primeras medidas socialistas, pero esto sólo puede desarrollarse ulteriormente si la revolución se generaliza a los demás países. En una palabra, la dominación formal del comunismo puede empezar a manifestarse en un país aislado, pero su dominación real depende del derrocamiento del capitalismo a escala mundial.

2.5.2. Con el triunfo de la revolución en una zona determinada del globo, el Estado proletario edificado se planteó (en Rusia) y podrá plantearse la necesidad de hacer frente a los ataques de las tropas reaccionarias y, una vez asegurado el triunfo, de resistir a las presiones económicas. Pero esto no puede hacerse indefinidamente. No puede haber distorsiones indefinidas. En ausencia de una revolución mundial, un Estado que dirige una economía capitalista o que se está convirtiendo en tal, que haya asegurado las primeras medidas socialistas, será reabsorbido tarde o temprano. De esto no se puede deducir que haya que volver a poner en vigor la teoría menchevique (la teoría de las etapas y la maduración), porque eso equivaldría a negar la posibilidad de resistencia en una zona determinada a la espera de la generalización mundial de la revolución.

2.5.3. La revolución rusa, desde el final del período del «comunismo de guerra», puso en evidencia la cuestión del valor. El poder proletario tenía que construir el capitalismo y controlarlo, por lo que era necesario controlar la ley del valor. Ahora bien, para aumentar la producción era necesario acumular el producto excedente y el plusvalor. Este sólo podía ser extraído de los campesinos, ya que el proletariado, por así decirlo, había desaparecido después de 1921. Bujarin quería ir despacio para no chocar con los campesinos; Preobrazhensky, siguiendo a Trotsky, quería una acumulación dirigida por el Estado (una acumulación socialista) que pudiera hacer de contrapeso a la economía privada. No obstante, en ambos casos se perdió de vista la tesis central de Marx: el socialismo es la negación de la ley del valor. Esta debilidad no hizo sino facilitar la aparición de la teoría estalinista sobre la existencia de esta ley y de las mercancías en el socialismo inferior. «Por consiguiente, nuestra producción mercantil no es una producción mercantil habitual, sino una producción mercantil de tipo especial, una producción mercantil sin capitalistas, que en lo fundamental tiene que vérselas con las mercancías de productores socialistas unificados...» (Stalin).

Todos los teóricos actuales del socialismo, concebido como necesitado, en su fase inferior, de la ley del valor, se han quedado en las debilidades de los bolcheviques, que no tuvieron la fuerza de reconocer abiertamente la existencia de ésta y la dificultad de controlarla, o bien teorizan las estupideces estalinistas.

2.5.4. En Rusia, la cuestión del Estado se planteó de la forma siguiente. Antes de 1917, Lenin y los bolcheviques creían que el triunfo de la revolución en Rusia podría conducir a la formación de la dictadura democrática de obreros y campesinos, es decir, a un Estado apoyado en dos clases. Entre febrero y noviembre de 1917 tuvo lugar el transcrecimiento. Se produjo la dictadura del proletariado y la renuncia de los socialistas revolucionarios de izquierdas que abandonaron el poder a la vez que fueron incapaces de llevar a cabo su programa agrario, que fue puesto en práctica por los bolcheviques. La intervención de los bolcheviques tenderá a corregir este reparto mediante la formación de los soviets de campesinos pobres.

Con el retroceso de la revolución mundial, el Estado tendía cada vez más a apoyarse en dos clases, como reconoció el propio Lenin. La dictadura democrática de los obreros y los campesinos se estaba realizando de facto. Sin embargo, estos últimos no estaban representados por un partido determinado, como había sido el caso de los socialistas revolucionarios en el período anterior. Fue el propio partido bolchevique el que asumió esta tarea; de ahí, evidentemente, la dualidad de este partido. Dado que se apoyaba en dos clases que se contrapesaban, el Estado pudo en un momento determinado aparentar que estaba por encima de las clases: el estalinismo. (5.4.8.)

2.5.5. El error de Trotsky fue el de haber rechazado siempre la posibilidad de la dictadura de los obreros y los campesinos. El transcrecimiento parecía haberle dado

la razón (por eso afirmaba erróneamente que Lenin había llegado a su posición) pero la realización de la dictadura democrática demostró después que no había visto en el esquema de la revolución más que una fase, ciertamente esencial, pero única, privilegiada: aquella en la que el proletariado podía dirigir la totalidad de las fuerzas revolucionarias. Por eso Trotsky se aferró a su teoría de la revolución permanente. Es obvio, entonces, que la única manera de que haya permanencia de la revolución es que el fenómeno revolucionario perdure de una forma u otra (lo que implica que no haya habido discontinuidad). Ahora bien, si, según Trotsky, al principio el Estado seguía siendo realmente obrero, puede degenerar y si, al mismo tiempo, la economía seguía siendo revolucionaria (ya que era socialista), entonces la revolución puede reiniciarse con la menor conmoción (*cf.* 9.2.).

2.5.6. La desgracia para los revolucionarios consiste en no percibir las discontinuidades o percibirlas sólo imperfectamente. Con la NEP se reconoció la ruptura del transcurso que ya se había producido. Al estar el Estado apoyado en dos clases, ya no se podía hablar de un Estado obrero. Sin embargo, la preponderancia del proletariado no estaba todavía tan mermada como para impedir que la voluntad de un partido que se había ceñido a las bases programáticas correctas y vinculado a las fuerzas internacionales del proletariado no pudiera tender a modificar esta situación. De ahí las inmensas dificultades de la revolución proletaria en esta zona, escamoteadas con la teoría del Estado obrero degenerado.

2.5.7. La revolución rusa se presenta como el triunfo de la voluntad, de la voluntad de un partido. Ciertamente, en una revolución semejante, la intervención voluntaria debía desempeñar un gran papel: el proletariado era una ínfima minoría en aquel inmenso país, y debía aprovechar al máximo la aceleración de la lucha de clases ligada a la derrota militar para injertar en la serie de revoluciones superpuestas, la revolución proletaria. De ahí el error de Gramsci y otros, que vieron el triunfo del espíritu sobre el determinismo. En realidad, el ámbito de posibilidades de la acción de la voluntad estaba determinado por las circunstancias histórico-económicas y sociales.

La voluntad tuvo que intervenir de nuevo tras la victoria de la revolución, porque había que impulsar al máximo transformaciones que no podían producirse espontáneamente debido al carácter atrasado de la sociedad rusa; había que controlarlo y dirigirlo todo debido a la inmadurez de la inmensa población campesina. La cuestión residía en saber hasta dónde podía llegar esta voluntad. De ahí la afirmación de Lenin de que no había que exagerar la importancia del partido (no tomarlo por un *deus ex machina*); era preciso luchar contra la enfermedad de la voluntad.

La debilidad numérica de la clase proletaria, el estado de atraso de la masa campesina, la necesidad de *saltarse* etapas: todo ello explica el importante papel de la voluntad, pero también el de los dirigentes. Porque como bien dice Gorter: «Cuanto

más aumenta la importancia de la clase, más disminuye proporcionalmente la de los jefes.» (*Respuesta a Lenin*)

2.5.8. El fenómeno burocrático ruso es un fenómeno innegable y claramente individualizado por el propio Lenin. La burocratización se debió al atraso de la sociedad rusa, que todavía se encontraba en la fase de la producción simple de mercancías, en la que no hay concentración (aparte de algunas fábricas que, por lo demás, ya no funcionaban durante los años revolucionarios). El Estado proletario debía controlar toda esta dispersión, así como el desarrollo del capitalismo. Para lograrlo, el Estado se hipertrofió. Esa burocratización era un indicio de que la revolución sólo podía evolucionar hacia una revolución comunista si había ayuda desde el exterior. A continuación, el enorme Estado sirvió directamente para controlar a toda la sociedad para la formación de capital. Y una vez edificado éste en la URSS, el fenómeno burocrático adquirió otro significado. En un primer tiempo la burocratización fue una patología de toda la sociedad, en el segundo fue el de la clase capitalista, y esto lo encontramos tal cual en Occidente.

2.5.9. En el curso de la revolución rusa surgieron dos formas de organización de la clase: una mediata, el partido, y otra inmediata, los soviets. Las diferentes corrientes del comunismo están divididas sobre esta cuestión: unas, los trotskistas, reivindican el partido como esencial; las otras, los soviets, asignando al partido un papel meramente ideológico (tribunistas y kapedistas). Ahora bien, estas dos posiciones reintroducen la dualidad, la escisión que la revolución había superado por un momento, porque no consideran a la clase en su proceso vital. Los soviets son órganos inmediatos engendrados por una fase revolucionaria; el partido también está ligado a dicha fase, pero puede precederla y seguirla, porque es una forma mediata y el resultado de un fenómeno reflexivo. Sólo la izquierda comunista italiana afrontó correctamente este problema.

En realidad, estas dos visiones unilaterales derivan de una deformación voluntarista. No se crean los soviets ni el partido (como ya dijo Lenin); sólo puede acelerarse un movimiento ya existente.

2.5.10. Íntimamente ligado a lo anterior está el falso problema planteado en forma de alternativa: dictadura de clase o dictadura de partido, que sigue implicando una dualidad. Si puede ocurrir que, en tanto forma producida, el partido se autono-mice, aunque sólo sea porque la contrarrevolución provoca una escisión en el conjunto organizado de la clase, entonces puede existir una oposición. Pero se trata de un fenómeno de crisis que, si persiste, implica o bien la eliminación violenta del partido o su reabsorción. Sin embargo, en la medida en que el partido puede limitarse en un momento dado a la fracción más consciente de la clase —y entonces se presenta sólo como un órgano de ésta— efectivamente hay una dictadura del partido, pero ésta sólo puede ser temporal, porque eso significa que el fenómeno revolucionario ha dejado

de desarrollarse, que ha sido contenido. Si esto perdura, significa que, antes de triunfar, la contrarrevolución se ha impuesto momentáneamente.

2.5.11. Las masas campesinas desempeñaron un gran papel en el curso de la revolución rusa. Desde un punto de vista teórico, el problema de la revolución campesina y de la revolución agraria estuvieron en el centro del debate, no sólo antes y durante, sino también después de la victoria de 1917. Ya en 1907, Lenin lo había precisado con absoluta claridad:

«Toda revolución campesina dirigida contra las reminiscencias medievales —cuando es capitalista el carácter de toda la economía social— es una revolución burguesa. Pero no toda revolución burguesa es una revolución campesina. Si en un país con una agricultura organizada totalmente sobre bases capitalistas los agricultores-capitalistas, con ayuda de los obreros asalariados, llevasen a cabo la revolución agraria, destruyendo, por ejemplo, la propiedad privada de la tierra, esto sería una revolución burguesa, pero de ningún modo una revolución campesina. Si en un país cuyo régimen agrario se ha amalgamado ya hasta tal punto con la economía capitalista en general, que sería imposible destruir este régimen sin destruir el capitalismo, sobreviniese una revolución que colocase en el poder, supongamos, a la burguesía industrial en lugar de la burocracia absolutista, eso sería una revolución burguesa, pero de ningún modo una revolución campesina. En otras palabras: es posible un país burgués sin campesinado y, en semejante país, es posible una revolución burguesa sin el campesinado. Es posible una revolución burguesa en un país con considerable población campesina y que, sin embargo, esa revolución no sea campesina, ni mucho menos, es decir, sea tal que no revolucione las relaciones agrarias que afectan en especial a los campesinos y no destaque a éstos entre las fuerzas sociales siquiera sea algo activas, ejecutoras de la revolución. Por consiguiente, el concepto marxista general de “revolución burguesa” contiene determinadas tesis que son obligatoriamente aplicables a toda revolución campesina en un país capitalismo en desarrollo, pero este concepto general no indica en absoluto si la revolución burguesa de dicho país debe (en el sentido de la necesidad objetiva) convertirse o no en una revolución campesina para conseguir la plena victoria.» (Lenin, *Obras completas*, Tomo 16, pp. 350-351)

2.5.12. La revolución rusa marcó una profunda discontinuidad no sólo en la historia del área eslava, sino también en la historia mundial. La destrucción del imperio de los zares, de las relaciones sociales precapitalistas y, en el plano teórico, el rechazo de la teoría menchevique de la revolución por etapas —primero la revolución burguesa y luego la proletaria— son elementos de esa discontinuidad. En lo que se refiere a la historia del movimiento obrero mundial sucede otro tanto: supuso el triunfo de la teoría catastrofista de Marx, de la revolución, de la doctrina del Estado, de la importancia de las masas en el proceso revolucionario, de la necesidad de su organización en partido. Sin embargo, el transcrecimiento operado en la lucha y en la claridad doctrinal fue contenido y, desde Occidente no llegó la ayuda que hubiera permitido, si no saltar por encima del capitalismo, al menos abreviar la fase capitalista.

2.5.13. La intervención del proletariado despejó todos los obstáculos al desarrollo del capital. No obstante, para triunfar realmente, éste tuvo que contener el movi-

miento proletario y para ello no sólo destruyó la fuerza proletaria, sino que intentó frenar la lucha de clases. De ahí la estructura del koljós, que es un compromiso entre la forma capitalista y las antiguas formas de producción. Esto significa que la potencia de una revolución (si no logra triunfar totalmente) puede generar formas que se conviertan en obstáculos para el desarrollo posterior. En otras palabras, el transcrecimiento proletario supuso un freno para la revolución burguesa.

2.5.14. Como toda revolución radical, la revolución rusa provocó un gran movimiento de convergencia y la formación de una visión global y total de un proceso revolucionario y vital humano. Hemos mencionado el caso de Lenin y Trotsky (1.2.2.). Eso fue lo que sucedió en la zona eslava, pero en Occidente permitió la convergencia de corrientes que confluyeron en el rechazo común de la democracia y del parlamentarismo (izquierda italiana, alemana, holandesa, inglesa, etc.).

Si los bolcheviques no comprendieron las características específicas de la lucha en Occidente, los comunistas de izquierda (salvo los de Italia) no comprendieron el problema ruso. De ahí el fracaso de la fusión entre las dos fases revolucionarias.

En el seno de este movimiento convergente surgieron enseguida divergencias a partir del reflujo de la ola revolucionaria. Sin embargo, la mayor parte de las izquierdas confluyeron en la reivindicación del «comunismo de los consejos» (salvo la izquierda italiana).

Así, frente a la Segunda Internacional, el movimiento revolucionario surgido de la conmoción de la revolución rusa y de las sacudidas autóctonas de la sociedad capitalista occidental, tendía hacia una totalidad que marcaba una discontinuidad con la socialdemocracia. Duró poco y el movimiento se disoció. Por un lado, los que aspiraban al partido (generalización extrapolativa): el partido sustituto de la clase; por otro, los que afirmaban los soviets: generalización del movimiento espontáneo inmediato de la clase y escamoteo del movimiento reflexivo, del partido. La clase quedó presa y fijada en su determinación histórica inmediata. Estos fueron los términos de la oposición de la última ola revolucionaria. Ahora que se esboza la reanudación y que se bosqueja un nuevo ciclo, estos términos reaparecen, y por eso la cuestión sindical pasa necesariamente a un segundo plano.

Sin embargo, reivindicar el partido frente a los soviets (aunque se acepte la existencia de estos últimos) o estos últimos con exclusión del partido, sigue conduciendo al triunfo de Bernstein, que disoció un todo. Es razonar sobre la base de la disociación de la clase, sobre la base de su fragmentación, cuando lo que se impone es su reunificación.

2.5.15. En Rusia, como consecuencia de la contrarrevolución estalinista y de la base social actual (el fascismo en una forma inferior), es evidente que el movimiento obrero ruso (como lo atestiguan, por lo demás, los movimientos en los países de Europa del Este) tendrá un carácter inicial de comunismo de consejos. Este será el primer tiempo de la reformación de la clase como tal.

2.5.16. Todas las cuestiones suscitadas por la revolución rusa fueron resueltas por el movimiento real posterior (la cuestión campesina, por ejemplo, con las revoluciones anticoloniales) o se presentan como aberraciones debidas al atraso del país (la cuestión del valor), o bien corresponden, en fin, a falsos problemas (partido y soviets, por ejemplo) que el movimiento real de la clase superará inmediatamente. En otras palabras, la cuestión rusa ya no existe. La revolución rusa no puede ser, en modo alguno, un modelo para la revolución futura. Todos los que afirman lo contrario defienden de hecho una teoría estalinista, incluso cuando creen luchar contra ella.

2.5.17. El leninismo o bolchevismo es la doctrina nacida y desarrollada tras la muerte de Lenin. Todos los grupos y teóricos rusos contribuyeron a su edificación, trátese de Stalin, Zinóviev, Bujarin, Trotsky u otros. Es la fijación de una serie de posiciones de Lenin, pero no es posible formular la ecuación: leninismo = teoría defendida por Lenin. Éste se consideraba un continuador de Marx, el restaurador de su doctrina.

Hay que apreciar la actividad de Lenin a través de la labor de restauración de la doctrina del proletariado. Ahora bien, esa actividad está directamente ligada al proceso revolucionario de finales del siglo XIX y principios del XX. Sólo cuando la revolución afirma su transcrescimiento reencuentra realmente el ser mismo de la teoría (*El Estado y la revolución*); de lo contrario sufre todo el peso del atraso, no sólo de Rusia, sino de toda Asia.

Lenin no pudo sino afirmar una parte del marxismo correspondiente a un momento determinado de la vida de la clase, aquel en el que tiene que luchar junto al capital contra las antiguas formas sociales y en el que puede llegar incluso a derribar el capital (doble revolución). Pero no hubo una restauración integral porque el movimiento real, su sustrato, fue destruido por la democracia en Occidente. Quedarse en Lenin equivaldría a detenerse en una afirmación fundamental pero unilateral de la teoría del proletariado.

El leninismo es, fundamentalmente, la generalización del esquema ruso a la revolución occidental. Contiene la teorización del partido *deus ex machina* con la conciencia que viene de fuera, el culto a la voluntad y a la maniobra táctica, el fetiche de la organización y el culto al líder, una sofística disfrazada de dialéctica que permite justificarlo todo o, más precisamente, que permite a la dirección del partido justificarse a sí misma. El leninismo lleva el dualismo en el seno de la clase y de la doctrina hasta las consecuencias más extremas y, en este sentido, es sin duda la expresión teórica de la derrota proletaria. Ahora bien, la derrota supone la fragmentación de la clase.

El leninismo conserva el esquema internacional de la revolución, pero de forma abstracta: letanías sobre el internacionalismo proletario. Es un internacionalismo que se presenta simplemente como negativo del nacionalismo. Ahora bien, dada la preponderancia de la URSS en el seno de la IC, el contenido de este internacionalis-

mo se limitó rápidamente a la defensa de la URSS. Poco a poco se llegó a la afirmación nacionalista.

El leninismo es el fundamento teórico del estalinismo. Éste es una afirmación nacional de aquel. También es el fundamento del trotskismo. Este último mantiene la visión internacional injertando en el leninismo la teoría de la revolución permanente. Por otra parte, el estalinismo y el trotskismo confluyeron y confluyen siempre en la defensa de la URSS. Del mismo modo, en el siglo pasado, la totalidad de las corrientes del movimiento obrero, aparte de algunos elementos que estaban en torno a Marx y Engels, confluyeron siempre para proclamar la defensa de Francia, ¡tierra de la libertad!

Aun cuando en la obra de Lenin no queden muchos elementos válidos para la revolución futura, ésta se sitúa en toda una fase y una óptica verdaderamente revolucionarias. Representa la superación real de una situación histórica en un área geosocial determinada. En cambio, el leninismo, el trotskismo y el estalinismo son, de maneras distintas, expresiones de la reabsorción de la revolución proletaria por el medio capitalista circundante. Por tanto, no tienen ninguna relación con la futura revolución proletaria y deben, por consiguiente, ser declarados contrarrevolucionarios.

* * *

«Durante décadas y décadas, la izquierda comunista italiana explicó que tampoco el partido contingente es infalible. Se resiente, dialécticamente, en su estructura, de los efectos de sus acciones hacia el exterior. Está sujeto a enfermedades y crisis. Paga mediante escisiones regenerativas y largas esperas históricas por haberse desviado de la doctrina clásica invariante, por haber corrompido su organización interna y su maniobra estratégica; de ahí nuestra condena a los bloques, frentes, fusiones y redes construidas dentro de otros partidos.»

(A. Bordiga, *Il programma comunista* n° 22, 1958)

3. EL MOVIMIENTO PROLETARIO EN LAS OTRAS ÁREAS: LAS REVOLUCIONES ANTICOLONIALES

«Querer vincular la realización del programa comunista a las vicisitudes del curso histórico de una sola de las grandes razas de la especie humana, es decir, la de los blancos caucásicos, o arios o indoeuropeos, concluyendo que si esta rama se encuentra a partir de ahora en el final del ciclo, ya nada de lo que suceda en el seno de las demás razas tiene interés es —como es fácilmente demostrable— la clase de error grosero que congrega en sí, mucho más que todas las peores degeneraciones revisionistas, todos los errores antiguos y posibles de todos los antimarxistas.»

Il programma comunista, n° 3, 1958

3.1. Lucha contra las antiguas metrópolis coloniales

3.1.1. En el área occidental, la sucesión de modos de producción fue la siguiente: el comunismo primitivo, la fase de disolución de éste, la sociedad esclavista antigua, el feudalismo y el capitalismo.

En Asia, fueron el comunismo primitivo, la forma asiática, y el desarrollo actual del capitalismo.

En África ocurrió lo mismo. Sin embargo, existen importantes variaciones secundarias relacionadas con las circunstancias geográficas e históricas.

En Norteamérica, en el momento de la llegada de los europeos, los distintos pueblos se encontraban en una sociedad de disolución del comunismo primitivo, que, dada la inmensidad del país y la variedad de la población, no podemos precisar. Con Morgan, observamos la similitud de la fase en la que se encontraban estos pueblos con la que atravesaron los griegos antes de la fundación de la ciudad-Estado.

En Centroamérica y Sudamérica se produjo una forma de disolución del comunismo primitivo muy próxima a la forma de producción asiática. También en este caso, la inmensidad del país y las distintas condiciones de vida que ofrece hacen imposible esquematizar aquí un fenómeno sin duda más complejo.

Sin embargo, lo que era importante entonces y sigue siéndolo ahora, en la medida en que el capitalismo no se ha desarrollado plenamente, es saber cómo pudo efectuarse la transición de la forma de producción asiática al capitalismo, y qué relación puede tener con la revolución comunista.

3.1.2 «¿Puede la humanidad cumplir su destino sin una profunda revolución en Asia?» La respuesta a esta pregunta de Marx la ha dado el desarrollo de dicho continente en el curso de los últimos cincuenta años. La revolución ha llegado no sólo a Asia, sino también a África. Lo importante es saber cuál puede ser el resultado de esa revolución y en qué punto nos encontramos ahora.

3.1.3. El modo de producción asiático ofreció una enorme resistencia al desarrollo del capitalismo. En China, la penetración comenzó con la guerra del opio, pero el triunfo del capitalismo no se produjo hasta 1949; en la India el ciclo fue aún más largo.

En África, el comunismo primitivo y la trata de negros, que arruinó todo el continente africano, son las causas de un retraso que hasta hace unos años todo el mundo imputaba a una presunta inferioridad de la raza negra.

En África tenemos tres zonas: la zona árabe, que se extiende desde el Océano Atlántico hasta el Golfo Pérsico y que, por ese motivo, se extiende a Asia.

Al sur del Sahara: la zona ecuatorial o zona del África negra; la zona de Sudáfrica (sudafricana) caracterizada por una gran densidad de población blanca (Sudáfrica, Rodesia⁷ y pequeños Estados negros incrustados en Sudáfrica).

Tanto para Asia como para África, dada la persistencia de formas sociales comunitarias, se planteó la cuestión del salto por encima de la fase capitalista. Esta cuestión ya había sido abordada para Rusia a mediados del siglo xix.

La condición para este salto era un fuerte movimiento proletario en Occidente y una débil penetración del valor de cambio en estos países.

3.1.4. Para entender el movimiento, es necesario compararlo con el ciclo del movimiento burgués y proletario en Europa occidental.

En Inglaterra hubo una participación muy importante de la burguesía en el fenómeno revolucionario, y en el transcurso del siglo XVIII la burguesía inglesa, tras dos revoluciones, se hizo con el poder.

En Francia, la revolución llegó con retraso. Fue más radical y al mismo tiempo supuso una generalización de la revolución inglesa. El elemento nuevo es que esta revolución burguesa está preñada de una revolución proletaria (hebertistas, *enragés* y, sobre todo, el movimiento babouvista) y, en definitiva, no triunfa realmente más que en 1871, con el aplastamiento del proletariado, tras haber conocido transcrecimientos comunistas proletarios en 1848 y en 1871. Francia es el país de la emancipación progresiva.

En Alemania, a raíz de la debilidad de la burguesía, la revolución se presentó como una revolución absolutamente radical, que debía ser hecha por la clase más revolucionaria porque la emancipación progresiva no es posible (se la puede llamar revolución permanente a condición de que esté bien circunscrita en el tiempo o doble

⁷ Desde 1980, la República de Zimbabue. [N. del t.]

revolución). La derrota del proletariado y de la burguesía conduce a la revolución desde arriba.

En Rusia, la revolución es una revolución radical, una doble revolución. Pero como consecuencia de la reabsorción de la revolución proletaria se desarrolla como una revolución burguesa y, por tanto, como una emancipación progresiva. En resumen, la revolución rusa (de 1917) fue una revolución proletaria preñada de una revolución burguesa.

En lo que respecta a los Estados Unidos, su fase revolucionaria se sitúa durante la Guerra Civil.

El ciclo del movimiento burgués y proletario en Asia y África es bastante similar al de Rusia, pero existen algunos matices y diferencias que es preciso subrayar.

3.1.5. En estos países el desarrollo del capitalismo ha destruido las antiguas relaciones sociales y ha desarrollado un capitalismo que es un apéndice del de las metrópolis (los ejemplos más llamativos son Argelia e India). De ahí:

- la formación de un proletariado poderoso junto a una burguesía prácticamente inexistente.
- la formación de partidos proletarios antes que los de la burguesía. Este es un elemento en común con Rusia (el POSDR fue creado antes que el partido burgués, el partido cadete). O bien, cuando se forman antes, toman prestada del socialismo una parte importante de la ideología proletaria (caso del Kuomintang con Sun Yat-sen). Están fuertemente impregnados de socialismo y reconocen implícitamente la necesidad de éste para la liberación de la zona geosocial en la que se desarrollan.

3.1.6. Todo ello facilitó en 1919 el vínculo con la IC. El llamamiento lanzado por los dirigentes de la Internacional encontró un profundo eco. Se formaron partidos comunistas en China, India y Sudáfrica. De tal manera que si llamamos n al número de revoluciones que llevaron a la humanidad hasta el momento de la transición al capitalismo, estos países estaban preparados (gracias al movimiento mundial) para pasar a $n+1$ revoluciones y, por tanto, para ver cómo se producía en ellos el mismo transcrecimiento que en Rusia en 1917.

3.1.7. La derrota del proletariado occidental, vencido por la democracia, condujo a la bancarrota de la IC y a la derrota de los movimientos proletarios en las zonas más avanzadas de África y Asia (Cantón y Shanghai). El proletariado de esos países quedó aislado, lo que acarrió el repliegue sobre bases puramente nacionales (así, el movimiento argelino se convirtió en el MTLD y el PCCh en un partido que dirigió una revolución campesina).

La construcción del socialismo en un solo país estuvo acompañada, pues, por la regresión de la revolución en las dos grandes áreas de $n+1$ a n : la revolución capitalis-

ta. El movimiento se volvió exclusivamente antiimperialista y el movimiento proletario se desarrolló sobre una base económica, como el movimiento inglés durante la lucha por la jornada de diez horas.

Tras la guerra de 1939-1945 el proletariado quedó totalmente eliminado. Comienza un ciclo burgués en el que el proletariado queda englobado como clase movilizada.

3.1.8. En los países en los que existe un Estado desde hace mucho tiempo y donde se habían podido formar elementos capitalistas autóctonos, se desarrolló la clásica revolución burguesa: China. Pero en otros países, en los que el Estado no existía y donde no había burguesía, la única clase antiimperialista era el proletariado industrial (débil en número) y el proletariado agrícola (Argelia y Camerún) apoyado por los campesinos pobres, por los proletarios virtuales, los expropiados de la tierra (*Los condenados de la tierra*, Frantz Fanon) aún sin reclutar por la empresa capitalista industrial o agraria (Kenia, Congo-Kinshasa). De ahí que, en todos los países africanos, los sindicatos desempeñaran un papel en la lucha anticolonial (Unión de Trabajadores del África Negra, por ejemplo, pero también en Tanzania, Kenia, etc.).

3.1.9. Así surge la diferencia con Occidente. Allí, el proletariado ayudó a la burguesía a tomar el poder, y ésta última se volvió entonces contra él y afianzó su dominación. En Asia y África, al igual que en Rusia, el proletariado se manifestó primero; de ahí que, para que la revolución burguesa triunfara, fuese preciso destruir el transcrecimiento proletario. En Rusia, las pocas medidas comunistas fueron reabsorbidas y todas las fuerzas proletarias fueron destruidas. En China, hubo que destruir las comunas de Cantón y Shangai; en Argelia, para que triunfara una solución pequeño-burguesa —es decir, un compromiso entre las exigencias del capital en manos de los franceses y las de las masas proletarias y los campesinos pobres— hubo que eliminar a todas las fuerzas proletarias, aunque no se manifestaran en el plano del programa integral. Allí la pequeña burguesía (sobre todo la intelectualidad) se hizo nacional para destruir al movimiento proletario.

Todo esto da a estas revoluciones, abortadas como $n+1$, un carácter un tanto indeterminado. Quedaron detenidas en la etapa burguesa y a diferentes niveles, como consecuencia de la contrarrevolución. Esto no significa que el punto de interrupción esté fijado absolutamente, ni que los países en los que estas revoluciones quedaron más o menos coaguladas no puedan experimentar nuevas transformaciones.

En los países donde el movimiento proletario y el de las masas campesinas fue golpeado con mayor dureza, donde la sangría fue aún más profunda, el retroceso es claro. Han accedido a la independencia nacional, pero el país suele estar casi tan ligado como antes a la antigua metrópoli colonial (Camerún, Kenia, Madagascar, etc.).

3.1.10. En los países explotadores, la posición del proletariado revolucionario fue la misma que la de Marx con respecto a Irlanda. En un primer momento, desde 1919

(Bakú) hasta 1928, el movimiento proletario tuvo que ayudar (y ayudó) a los movimientos coloniales, en la perspectiva de la doble revolución. Los distintos países de África y Asia sólo pudieron acceder a su independencia con la ayuda del proletariado mundial.

En un segundo período (1945-1962) estos países accedieron a la independencia mediante sus propias fuerzas. La lucha de estos países fue considerada entonces desde el punto de vista de sus posibles repercusiones en los centros capitalistas de Occidente: reactivar la revolución. Marx y Engels estudiaron las luchas de los hindúes y de los chinos contra la intrusión del capital europeo en Asia desde esa misma perspectiva.

3.1.11. El proletariado ha hecho la revolución para la clase capitalista, ya que el modo de producción que se establece en todas estas nuevas áreas es el modo de producción capitalista. Aparentemente, la revolución ha sido derrotada. Así viene sucediendo desde hace casi siglo y medio. De hecho, lo mismo ocurría en el siglo XIX:

«Con la excepción de algunos capítulos, cada sección importante de los anales de la revolución de 1848 a 1849 se titula: ¡Derrota de la Revolución!»

«Pero en estas derrotas, no fue la revolución la que sucumbió. Eran los tradicionales apéndices prerrevolucionarios, los resultados de las relaciones sociales que aún no se habían agudizado hasta el punto de convertirse en violentas contradicciones de clase: personas, ilusiones, ideas, proyectos de los que el partido revolucionario no estaba libre antes de la revolución de febrero y de los que no podía liberarse con la *victoria de febrero*, sino sólo con una serie de *derrotas*.» (Marx, *Las luchas de clases en Francia*)

La revolución proletaria ha sido burlada, como en 1830. En 1848, los obreros parisinos intentaron evitar que esto volviera a suceder; fueron derrotados (junio de 1848). La revolución fue vencida de nuevo en septiembre de 1870, pero triunfó en marzo de 1871, hasta mayo. En febrero de 1917 se replegó de nuevo, pero triunfó en octubre y fue reabsorbida después. Esto implica que, finalmente, tras este vasto escamoteo, tiene que llegar el triunfo a escala mundial.

3.1.12. Todas estas revoluciones son albaceas de Bakú, lo que confirma lo acertado de la posición que sostiene la necesidad de apoyar la lucha por la independencia de los países coloniales. También muestra hasta qué punto la revolución proletaria en Occidente, incluso derrotada, fue un factor de aceleración para ellos. Su triunfo, aunque sea limitado, es indirectamente el del proletariado. Éste ha sido totalmente derrotado en Occidente; en Oriente no sucedió lo mismo. En cualquier caso, no podemos negar que se haya producido una profunda regresión porque si en 1917 esperábamos una emancipación radical, hoy en día sólo vemos desarrollarse una emancipación progresiva.

3.1.13. Todas estas revoluciones son la generalización de la revolución rusa:

- a) posibilidad de un transcrecimiento
- b) intervención esencial de las masas campesinas, sobre todo a partir del momento en que el transcrecimiento ya no fue posible.

Así, la revolución china que triunfó en 1949 fue una revolución campesina; no fue la primera de la historia, pero sí la primera que haya vencido. En efecto, en 1525 la Guerra de los Campesinos en Alemania fue derrotada. No obstante, marcó el inicio de la era moderna. Toda la historia de Europa estuvo condicionada por este fracaso.

La importancia de las masas campesinas fue subrayada por Marx desde 1849.

Al desilusionarse de la restauración napoleónica, el campesino francés abandonará la fe puesta en su parcela; todo el edificio estatal erigido sobre ella se vendrá abajo, y la revolución proletaria obtendrá el coro, sin el cual su solo se convierte en toda nación campesina, en un canto del cisne.

3.1.14. Otro aspecto de la generalización de la revolución rusa se encuentra en la pregunta que se plantean la mayor parte de las corrientes de izquierda: «¿Cuál es la clase que está en el poder tras la independencia?» Como no se pueden transponer pura y simplemente las circunstancias del pasado al presente, porque es difícil detectar a un Robespierre, un Danton o a un Cromwell africano o asiático, entonces se recurre al mismo subterfugio de la clase burocrática.

Es el capitalismo mundial el que ha tomado el poder en estos países y, según lo ya dicho (3.1.9.), la clase burguesa se desarrollará efectivamente en ellos tras la victoria, en la medida en que pueda implantarse un capitalismo autóctono. De lo contrario, siempre habrá una camarilla (podemos llamarla burocracia) al servicio del capital internacional, o cuando menos al servicio de un sector de éste.

3.1.15. En todos estos países se ha producido un desarrollo dilatado (es decir, que tiene lugar a lo largo de un período de tiempo prolongado, como en el caso de Francia) frente a un desarrollo condensado (período de tiempo corto, como en Rusia).

En la India, por ejemplo, a partir de mediados del siglo XIX, las luchas contra el capitalismo inglés constituyen los primeros elementos de la revolución burguesa hindú. La industrialización del país se plasma en la formación de un proletariado poderoso, pero a partir de finales de siglo y principios del XX se produce el fenómeno inverso, un debilitamiento del proletariado hindú, que se verá ahogado en la inmensa masa campesina. La petición de ayuda que lanzó al proletariado inglés y europeo no tuvo el eco deseado⁸. Todo esto explica el desarrollo del gandhismo, que supondrá un freno enorme para el desarrollo de toda la sociedad hindú y del proletariado. Si en la

8 « Manifeste du Parti Révolutionnaire des Indes. Un appel au prolétariat britannique » («Manifiesto del partido revolucionario de la India. Un llamamiento al proletariado británico»), <https://www.marxists.org/francais/roy/works/1920/07/manifeste.pdf>, publicado en *Invariance*, 1ª serie, nº 7) [Trad. Cast. disponible en https://archive.org/details/comunismo_7_sp, así como en <http://bibliotecacuadernosdenegacion.blogspot.com/2022/01/revista-comunismo.html>]

India hay un Estado capitalista, sigue estando, por su estructura económica y social, muy por debajo de la forma de producción capitalista. En la India, como en Francia de 1789, hubo una generalización de las relaciones políticas, ha habido una revolución política, sin que se produjera, como en Francia, una revolución social. En este último país, esta revolución fue contenida en 1795 y, sobre todo, en 1815, para reavivarse después en 1848 y 1871. A mediados del siglo pasado, Marx señaló que Inglaterra estaba en vías de llevar a cabo en la India la única revolución social de Asia, al destruir las antiguas relaciones sociales y desarrollar los rudimentos de un capitalismo industrial. Sin embargo, esta revolución fue contenida. Incluso hubo un retroceso: una disminución del número de proletarios, no ligada, como en Occidente, a un enorme aumento de la mecanización. Pero ahora que el valor de cambio se había introducido en la sociedad hindú, ésta ya no pudo perpetuarse como antes. Así que la expropiación de la campiña prosiguió, provocando un gigantismo urbano consistente en el amontonamiento de hombres en busca de trabajo o muriéndose de hambre, a la vez que las parcelas tenían que alimentar a una población cada vez mayor, parte de la cual, a veces, refluía desde la ciudad.

Incluso una agitación limitada (reforzada por las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial) fue demasiado fuerte para dejar intacto el sistema del Imperio Británico, demasiado débil para permitir una revolución burguesa en toda regla. Ésta todavía está por hacer y, tal como están las cosas ahora, tendrá que partir del campo, como ocurrió en China.

En lo que a China se refiere, la primera fase de la revolución burguesa triunfó ya en 1911: la destrucción del antiguo imperio. Las transformaciones sociales fueron bastante limitadas, y se aceleraron como consecuencia de la intervención de los proletarios a partir de 1919. La derrota de los proletarios (1927) contuvo el movimiento. La revolución tuvo que volver a empezar desde la campiña. La guerra chino-japonesa, que desembocó en la Segunda Guerra Mundial, aceleró el movimiento. La revolución triunfó realmente en 1949.

Sin embargo, para apreciar correctamente esta dilatación del fenómeno revolucionario, hay que tener en cuenta que en 1927 se cerró un ciclo histórico: el que estaba directamente vinculado a la revolución rusa como doble revolución. A continuación, se produjo un período de gestación y el comienzo de un nuevo ciclo que terminó en 1949 (triunfo de la revolución campesina). Destruído el transcrecimiento, entonces (poniendo este último entre paréntesis) cabe considerar un ciclo que abarca desde las primeras reacciones a la penetración extranjera, pasando por la gran revuelta de los Taipings, la de los Boxers, y que concluye en 1949. Se constata entonces que al capital le llevó un siglo triunfar, mientras que en Occidente tardó varios siglos.

3.1.16. A partir de la primera posguerra, el movimiento de liberación nacional adquiere cierta magnitud: Irlanda (1921), Egipto (1922) Turquía (1918-1920), Afganistán (1921). Por otra parte, a raíz de la acción del proletariado se produce una importante radicalización en China e India. No obstante, la lucha anticolonial adquiere

toda su importancia sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial. Hay dos períodos principales:

a. 1945-1954. Triunfa en Asia como revolución popular en China, y desde arriba en India, Indonesia y las Filipinas (lo que no fue óbice para la revuelta de los Huks). En África el movimiento adquirió un gran auge en 1946, con la formación de los principales partidos que exigían la independencia en el África negra; en el Magreb se produjo la reanudación del MTLD (Movimiento por el Triunfo de las Libertades Democráticas), pero el movimiento sufrió una terrible represión (1945 Sétif, 1947 represión en Madagascar) y fue contenido. Sin embargo, en 1952 se desarrolló una amplia agitación en África Occidental para obtener un código laboral, mientras se prolongaba la lucha de los trabajadores agrícolas de la Sanaga marítima y comenzaba la de los Mau-Mau, que durará hasta 1954.

b. 1954-1962. El desarrollo de la revolución argelina radicalizó a todo el movimiento independentista africano: Ghana obtuvo su independencia en 1957, Guinea en 1958. Para aislar a Argelia, Francia se vio obligada a conceder primero la independencia a Túnez y Marruecos (1956) y después a los países del África negra. 1960 fue el año de las independencias africanas: Camerún, Congo Brazzaville, Congo Kinshasa, Nigeria, Gabón, República Centroafricana; en definitiva, casi todos los países del África negra salvo las colonias portuguesas. África estaba entrando realmente en la historia.

La contrarrevolución no podía abolir el movimiento; sólo podía canalizarlo. Ante el ascenso revolucionario, el capitalismo mundial sólo pudo tratar de englobarlo; de ahí la aceptación de la independencia y, en última instancia, para quebrar la fuerza revolucionaria, multiplicó las naciones a fin de dividir mejor a los pueblos.

Esta fase se cerró con la independencia de Argelia en 1962.

3.1.17. Las diversas federaciones que se formaron tras la independencia fueron intentos de responder a esta maniobra del capitalismo mundial. Pero salvo las que estaban directamente vinculadas a la antigua metrópoli colonial, fueron de muy breve duración. No obstante, para destruir el movimiento revolucionario, el capitalismo llegó incluso a desmembrar un Estado: el Congo. En efecto, el movimiento de Lumumba había conducido a dicho país a la independencia, no concedida en absoluto, sino obtenida por un impulso de la base. El Congo podría haber alcanzado un gran desarrollo y haberse convertido en un centro de atracción para toda el África negra. Habría sido el fin del dominio de las empresas capitalistas. El asesinato de Lumumba, la intervención de los belgas, la de la ONU y, sobre todo, la secesión katanguesa, quebraron el movimiento. Esta secesión tuvo también la ventaja de crear un Estado-tapón, aunque fuera provisional, para evitar el vínculo con los Estados en los que existía un proletariado poderoso: las dos Rodesias y Sudáfrica. Una victoria del movi-

miento lumumbista podría haber sido el punto de partida de una cruzada de liberación de los negros de Sudáfrica, horriblemente explotados y encerrados.

Ulteriormente, los intereses divergentes de los distintos centros capitalistas condujeron a una reunificación del Congo, pero desde arriba y bajo su tutela. Por otra parte, el capitalismo mundial concedió la independencia a una serie de pequeñas naciones negras africanas incrustadas en Sudáfrica y, por tanto, dependientes de ella. El capitalismo había conseguido contener la ola revolucionaria, aunque incluso una victoria más completa de ésta —por ejemplo, la destrucción del régimen del apartheid en Sudáfrica— aún no habría significado el socialismo.

3.1.18. Dado que la revolución radical no pudo triunfar, todo el vasto movimiento revolucionario condujo finalmente al reforzamiento del capital. Al igual que en el siglo XVI la derrota parcial del movimiento de la Reforma se plasmó en la balcanización de Europa, la derrota parcial de la revolución anticolonial en la década de 1960 desembocó en la balcanización de África.

Muchos países de Asia o de África, como resultado del modo de producción asiático o de formas afines, difícilmente podían ver formarse un capitalismo. En ellos existía una sociedad precapitalista destruida, pero como a escala global el capital no era todavía una comunidad material, no había nada que pudiera sustituir a la antigua comunidad. Por el contrario, esas sociedades podían tender más fácilmente al comunismo. Sin embargo, para mantener a la humanidad en la sujeción, para fijar el movimiento, el capital se vio conducido a crear Estados capitalistas artificiales sobre bases que no eran realmente capitalistas. Un ejemplo de un Estado semejante, no vinculado a una comunidad nacional de la que fuera expresión, nos lo proporciona el Estado belga del siglo pasado. La mayoría de los Estados africanos son Estados semejantes, frutos de la contrarrevolución. Se trataba de una buena forma de englobar las contradicciones, pero no de resolverlas. De ahí la inestabilidad de estos países.

3.1.19. Estas revoluciones se beneficiaron del debilitamiento del capitalismo mundial tras la Segunda Guerra Mundial. Lo acentuaron, pero luego, dado lo limitado de su punto de impacto, contribuyeron a su reforzamiento. Una de las causas de las dificultades que encontró la revolución argelina para triunfar es que se desarrolló durante la segunda ola anticolonialista.

3.1.20. Denigrar sistemáticamente estas revoluciones a causa de su inestabilidad política, que se puede constatar en todo el África negra, no deja de ser racismo. Esas dificultades políticas están directamente relacionadas con la inadecuación de la solución impuesta por el capitalismo mundial y contra la que las masas intentan luchar. Para tener una cierta estabilidad, haría falta un gran desarrollo económico que sustituyera a la antigua economía destruida. Ahora bien, como estos países son productores de materias primas, el capitalismo mundial no tiene ningún interés en desarrollarlos, ya que eso provocaría un encarecimiento de las materias primas.

Estos países seguirán siendo durante mucho tiempo puntos débiles, fallas del sistema capitalista mundial, que aparecerán muy fácilmente durante la crisis. Por otra parte, la destrucción del antiguo colonialismo es un hecho absolutamente positivo. Implica el desarrollo del capitalismo, y pone en su verdadero lugar dentro del sistema mundial a naciones secundarias como Francia, Inglaterra o Bélgica.

3.1.21. En lo que a China se refiere, no se puede negar la importancia de la revolución china debido a las dificultades económicas de ese país. En tal caso, habría que revisar la importancia de la revolución francesa de 1789, ya que en Francia el capitalismo no se desarrolló realmente hasta la segunda posguerra, con la expropiación de los pequeños campesinos parcelarios. En todos los casos, para juzgar el carácter radical de una revolución, hay que tener en cuenta la destrucción de las antiguas relaciones sociales.

3.1.22. La revolución proletaria no ha podido ligarse orgánicamente a otros fenómenos revolucionarios.

En 1848, los movimientos de independencia nacional no pudieron tomar el relevo del movimiento proletario, que era demasiado débil (el movimiento proletario de Francia y los movimientos nacionales de Europa).

En el período inmediatamente posterior, los movimientos de las zonas precapitalistas no fueron lo suficientemente poderosos como para reavivar el movimiento europeo, si bien ejercieron una influencia indudable.

Durante la fase revolucionaria iniciada en 1917, los movimientos de los pueblos coloniales no llegaron a tiempo. Cuando se manifestaron, la oleada del reflujo ya se estaba haciendo sentir en toda Europa, lo que facilitó la tarea de la clase capitalista: contener el fenómeno revolucionario.

En el período 1945-1962, la revolución anticolonial no fue, en definitiva, lo bastante poderosa como para resucitar al movimiento proletario.

En la futura fase revolucionaria, sólo se tratará de vincular el movimiento obrero maduro con el movimiento obrero que inicia su gran ciclo histórico. Será el momento de la revolución pura a escala mundial.

3.2. Las luchas contra el capitalismo estadounidense

3.2.1. No es posible efectuar un corte neto con el fenómeno analizado en las tesis anteriores. Estados Unidos pasó por una fase colonial idéntica a la de Europa Occidental: conquista de Cuba, de Filipinas y de varias islas cercanas a Estados Unidos. Por otro lado, la lucha contra las antiguas metrópolis coloniales continúa con la de Mozambique y Angola contra Portugal.

3.2.2. Con el fin de la conmoción que supuso la revolución rusa, estamos ante el comienzo de un nuevo ciclo. La URSS forma, junto a Estados Unidos, la nueva santa

alianza que tiende a limitar todos los fenómenos revolucionarios. En muchos casos, la intervención de los Estados Unidos en otros países ya no tiene el carácter de querer acaparar materias primas o defender los intereses estadounidenses in situ, sino que es una necesidad para el proceso de valorización total del capital estadounidense, parte alícuota del capital mundial. Esto se puso de manifiesto durante la Guerra de Corea y, de nuevo, de forma más aguda aún, con la intervención en Vietnam a partir de 1964.

3.2.3. La implicación de Estados Unidos en el sudeste asiático tiene otras características: contrarrestar la influencia de la URSS y la expansión china, así como evitar cualquier revolución en la India, por no hablar de oponerse al antiguo adversario, Japón. Esto explica el enorme despliegue de fuerzas desde Tailandia hasta Taiwán, sin olvidar la intervención camuflada (CIA) en Indonesia, que cambió la relación de fuerzas a favor de Estados Unidos.

En consecuencia, cualquier ruptura del equilibrio en el Sudeste Asiático beneficiará necesariamente a la revolución, no inmediatamente a la revolución comunista, sino, una vez más, a la revolución burguesa (por ejemplo, en la India). Por eso, una victoria del Vietcong tendría repercusiones inmensas.

3.2.4. La lucha del Vietcong es una lucha nacional, que se ha desarrollado como todas las demás (por ejemplo, China). Al principio, hubo un cierto programa de clase, aunque ya no fuera proletario, y luego, gradualmente, en el curso de la lucha, para atraer al máximo número de capas sociales, se convirtió cada vez más en un programa de unidad nacional, de frente popular. Sin embargo, esta lucha destruye las antiguas relaciones sociales que permanecieron intactas tras la Guerra de Indochina. Tras ésta, se produjo un retroceso puro y duro. Por tanto, la revolución tuvo que volver a empezar desde el campo para acabar con la vieja sociedad y con la podredumbre injertada allí por Francia y después por Estados Unidos.

El efecto destructivo de la guerra se complementa con el de la economía. Los campesinos que huyen de la guerra se amontonan en las ciudades y, gracias a la presencia estadounidense, consiguen vivir. El dólar provoca la ruina de la vieja sociedad. Lo mismo se ha producido —con la guerra, al menos— en Tailandia. El dólar triunfa en todas partes. Así sucede en Corea del Sur, donde, para contrarrestar la influencia del Norte, los estadounidenses facilitaron una industrialización y un desarrollo económico general.

3.2.5. La lucha del Vietcong, unida a la de Vietnam del Norte, tiene como objetivo la reunificación del país. Una vez más, esto no forma parte del programa comunista, pero es innegable que, si esta reunificación se llevara a cabo, permitiría el desarrollo de toda la antigua Indochina, lo que tendría grandes repercusiones en todo el resto del sudeste asiático y, por tanto, en la India en particular.

3.2.6. Tras la guerra, el capital consolidó su dominación dividiendo ciertas naciones: Alemania, Corea y Vietnam. También lo intentó con China (en África, impidió la reformación de las antiguas unidades que existían antes de la llegada del colonialismo); la lucha por la reunificación de estos países puede ser la primera etapa de la reanudación revolucionaria, porque sólo puede efectuarse —sobre todo en el caso de Alemania— contra el capitalismo mundial. Esta es una circunstancia que muestra hasta qué punto la lucha contra Estados Unidos tiene un contenido diferente al de la lucha contra las antiguas metrópolis coloniales. Por otra parte, en la apreciación de esta lucha, hay que tener en cuenta las características del ciclo histórico en el que se sitúan. Ya no estamos en el proceso de liquidación de una fase del desarrollo del capital; son las contradicciones del nuevo ser del capital las que ahora se encuentran implicadas.

3.2.7. Durante la etapa de descolonización, Estados Unidos se presentó como el campeón de la liberación de los pueblos. Ahora son ellos los que intervienen en todas partes, reemplazando a Inglaterra, Francia, etc. La gran mistificación de la América liberadora —a la que los estalinistas contribuyeron poderosamente— se ve destruida por estas luchas. Entre estos agentes destructivos, la revolución cubana fue uno de los mejores.

3.2.8. Estas luchas, en definitiva, no son más que el prólogo de la Tercera Guerra Mundial o de la futura revolución. Todo depende de la radicalización que se produzca en el seno del proletariado en Occidente. Al debilitar el centro capitalista fundamental, estas luchas favorecen las del proletariado negro estadounidense y estimulan las de los obreros europeos. A su vez, dado que, en los países de América Latina, Cuba y Vietnam, las relaciones de producción aún no se han estructurado, sino que son inestables, cualquier lucha en el área euro-norteamericana puede facilitar un cierto transcrecimiento. Por eso no es posible condenar arbitrariamente la guerrilla latinoamericana so pretexto de que es una forma de lucha inferior. De hecho, como en el caso de Lenin después de 1905, simplemente hay que deplorar que no esté guiada por un partido de clase efectivo a escala mundial.

3.2.9. En definitiva, todas estas luchas contra Estados Unidos no tienen interés porque puedan plasmarse en el triunfo inmediato del socialismo en cualquiera de los países en los que están en marcha; tienen un interés estratégico para el nuevo ciclo revolucionario iniciado en 1968. Todo debilitamiento del centro mundial de la contrarrevolución es una victoria del fenómeno revolucionario que tiende al comunismo, ya sea porque acelerará la llegada de la crisis o porque radicalizará la lucha a escala mundial.

3.3. ¿En qué medida ha sido producida la clase proletaria?

3.3.1. Las revoluciones anticoloniales constituyen el fenómeno más grandioso e importante desde la revolución rusa. Se ha producido la siguiente sucesión, no siempre de forma lineal: doble revolución (fallida), intentos de transcrecimiento, revolución popular, revolución desde arriba. En todos los casos, la revolución proletaria fue derrotada, pero la revolución triunfó. El programa inmediato de 1919 a escala planetaria se realizó: la emancipación de todos los pueblos (salvo algunas excepciones) sujetos a la dominación de las metrópolis capitalistas. Sin el gran estallido de 1917, sin la esperanza de dirigir una doble revolución a escala mundial, que llevase al proletariado a construir el capitalismo en Rusia, y a hacer una revolución burguesa en los demás países, el mundo entero jamás habría sido puesto patas arriba hasta tal punto. Ciertamente, al principio de la fase histórica el proletariado intervino como sujeto histórico, porque se constituyó en partido, y al final de dicha fase fue eliminado como tal. Pero lo que realmente se eliminó fueron todas las debilidades, todas las taras históricas. Para todo el planeta la cuestión actual es la constitución del proletariado en clase y por tanto en partido. La conjunción de fuerzas ya no se produce entre los que deben dirigir la revolución $n-1$ y los que deben completar el ciclo de las n revoluciones, ya que todos están en el nivel $n + 1$. Tendrá que establecerse el vínculo entre el proletariado joven y el viejo.

3.3.2. Todos los que teorizan la interrupción del movimiento de constitución del proletariado en las áreas asiática y africana señalando irónicamente la debilidad de esas revoluciones que «pretenden ser socialistas», no hacen sino teorizar su propia incompreensión, su dimisión teórica frente a las investigaciones precisas para comprender las grandes convulsiones sociales de la humanidad, y finalmente, se convierten en los defensores del capitalismo y generan un inmenso derrotismo. Se trata de ver lo que esas revoluciones han eliminado y lo que han planteado.

3.3.3. Su desarrollo es el fin del mito del socialismo en un solo país, del de los pueblos elegidos o de los pueblos necesarios. Durante ocho años (1954-1962) el pueblo argelino fue un pueblo necesario, porque sin su lucha heroica no sólo no se habría producido la independencia de Argelia, sino tampoco la de todas las naciones negras. Ahora, en el seno del pueblo argelino, la lucha tiene que polarizar a las clases, y la lucha proletaria tendrá que ligarse al proletariado de todos los países.

Al destruir el mito ruso y el mito chino, estas revoluciones han enviado realmente al pasado toda una etapa que pretendía sobrevivir en nuestro presente. Por otra parte, Asia, África y América Latina están en movimiento, mientras Europa se queda atrás y se asiaticiza, por así decirlo. Esta constatación no nos induce a decir que el centro de la revolución esté en esos países, sino que nos lleva a reconocer la importancia de las revoluciones que en ellos se han desarrollado. Estos países serán importantes en el regreso de la revolución a la zona euro-norteamericana.

3.3.4. Son muchos los que siguen obnubilados por la mistificación: los movimientos independentistas de Asia o África se autodenominan socialistas cuando sólo tienen un programa burgués. Sin embargo, los denigradores sistemáticos son víctimas a su vez de la mistificación de las relaciones sociales. No entienden que esta mistificación es una realidad que indica al mismo tiempo el transcrecimiento potencial y la proximidad de la sociedad comunista. La meta histórica que exige la situación es una sociedad sin clases. Pero las bases reales para ello no existen en estos países, que están muy ligados a las circunstancias del pasado. Por otra parte, la persistencia de la contrarrevolución a escala mundial los lleva a contemporizar cada vez más con los principales centros capitalistas.

Estos movimientos se encuentran en la misma situación que aquellos economistas rusos que, después de 1921, creyeron poder domesticar la ley del valor y se hicieron la ilusión de haber escapado en cierta medida a su dominio.

3.3.5. Tanto la revolución de 1789 como la de 1917 fueron revoluciones generalizadas. La primera fue una revolución burguesa preñada de una revolución proletaria, la segunda una revolución proletaria preñada de una revolución burguesa. El ciclo está cerrado; todas las posibilidades están agotadas.

Así pues, las revoluciones asiáticas y africanas están incluidas en este ciclo. Las direcciones que prevalecen en la mayoría de estos países están totalmente entregadas al capitalismo global. F. Fanon ha descrito su cobardía, su vileza y su mezquindad nacionales. Son hijas de la contrarrevolución mundial. Esta última ha sido capaz de contener la formación del proletariado y el transcrecimiento revolucionario en África, pero no puede hacerlo indefinidamente. Tiene que realizar desde arriba, muy lentamente, lo que la revuelta desde abajo habría logrado en pocos años. La solución de crear Estados capitalistas injertados en sociedades que acaban de acceder a la fase inicial del desarrollo del capitalismo ha ayudado a absorber la ola revolucionaria, pero ahora ésta debe dar vida forzosamente al rival del capital: el proletariado. Esto puede verse en el vasto movimiento de expropiación de los hombres puesto en marcha en toda África, y que está en la base de la formación del proletariado.

3.3.6. Además de la formación de Estados capitalistas injertados en sociedades más o menos arcaicas, el bloqueo del movimiento económico es una medida eficaz contra los movimientos revolucionarios, incluso cuando no son proletarios. Esto contribuye a dar a las sociedades de esos países una fisonomía monstruosa.

El Estado tiende a hipertrofiarse y recurre, desde el principio de su proceso de vida, a las medidas a las que recurren los Estados de los países europeos al final de este mismo proceso: integración de los sindicatos (Marruecos, Argelia, Túnez, Guinea, etc.) y partido único. Esto constituye una prueba, por el contrario, de la fuerza del proletariado. Igualmente, muestra que estos Estados son máquinas opresoras, implantadas en zonas determinadas para mantener a raya al proletariado porque la antigua forma colonial ya no era capaz de hacerlo. La nación artificialmente creada

(muy a menudo) sirve como medio para mantener la esclavitud de los hombres. De ahí el doble carácter de la lucha nacional: debido a la potencia del proletariado, es el recurso fundamental utilizado para desviar su lucha y fragmentarla, y en este sentido es reaccionaria; pero debido a que conduce (o ha conducido) al desalojo de las metrópolis coloniales y permite, por tanto, el desarrollo (incluso si éste es frenado por la contrarrevolución mundial) de una sociedad capitalista base de la próxima revolución, es revolucionaria. No obstante, la primera afirmación podría conservar toda su fuerza y su potencia si en Occidente existiera realmente un movimiento proletario capaz de apoyar a los de Asia y África. Pero sostener esto y sólo esto cuando no existe, en la actualidad, un movimiento proletario en Occidente, supone olvidar finalmente el segundo aspecto y, por tanto, negar todo carácter positivo a estas revoluciones. De ahí a calificarlas de movimientos reaccionarios sólo hay un paso, que se franquea a menudo...

La ideología burguesa, al hablar de naciones proletarias, reconoce la importancia del proletariado. Una lucha (completamente hipotética) de estas naciones contra el Occidente supercapitalista sólo podría contemplarse favorablemente y depositando la esperanza en la victoria de los «bárbaros».

Por último, a menudo se reprocha a las distintas corrientes que se desarrollan en estos países que luchan sólo contra el capitalismo estadounidense y no lo bastante contra su propio Estado, que en estos países no es más que un subproducto de aquel (*cf.* 3.1.18.).

3.3.7. El apoyo del proletariado a las direcciones revolucionarias burguesas era necesario para que la revolución triunfara. Apoyo, pero no fusión en un movimiento único, como ocurrió con el Kuomintang, el FLN etc... Ahora bien, ya no es lo mismo tras el triunfo de estas direcciones vinculadas, como hemos visto, a los diferentes centros capitalistas. Tales apoyos a direcciones presentadas como presuntamente más revolucionarias, no hicieron sino conducir a la catástrofe. Los casos más típicos se dieron en Irak e Indonesia (1965). La represión llevada a cabo sobre los proletarios de estos países fue un gran obstáculo para la constitución de la clase en partido.

3.3.8. Para comprender en qué punto se encuentra el movimiento proletario en estas áreas, es necesario compararlo con la etapa que alcanzó en Occidente a mediados del siglo pasado. Lo encontramos atrapado en el compromiso (en el bloque de clases): «Este *Gobierno provisional*, que se levantó sobre las barricadas de febrero, reflejaba necesariamente, en su composición, los distintos partidos que se repartían la victoria. No podía ser otra cosa más que una *transacción entre las diversas clases* que habían derribado conjuntamente la monarquía de Julio, pero cuyos intereses se contraponían hostilmente.» (*Las luchas de clases en Francia*, Fundación Federico Engels, p. 49).

«Lo que el proletariado conquistaba era el terreno para luchar por su emancipación revolucionaria, pero no, ni mucho menos, esta emancipación misma.» (*ibíd.*, p. 23)

¿No es ésta la fase a la que ha llegado en las zonas de Asia y África?

La debilidad del proletariado en estas zonas es la misma que en Alemania a mediados del siglo XIX:

«La clase obrera de Alemania ha quedado atrasada en su desarrollo social y político con respecto a la clase obrera de Inglaterra y Francia en la misma medida en que la burguesía alemana se ha quedado rezagada de la burguesía de estos países. El criado es como el amo. La evolución en las condiciones de existencia de una clase proletaria numerosa, fuerte, concentrada e inteligente va de la mano del desarrollo de las condiciones de existencia de una clase media numerosa, rica, concentrada y poderosa. El movimiento obrero por sí mismo jamás es independiente, jamás lo es de un carácter exclusivamente proletario a menos que todas las fracciones diferentes de la clase media y, particularmente, su fracción más progresiva, la de los grandes fabricantes, haya conquistado el poder político y rehecho el Estado según sus demandas. Entonces se hace inevitable el conflicto entre el patrono y el obrero y ya no es posible aplazarlo más; entonces no se puede seguir entreteniéndolo a los obreros con esperanzas ilusorias y promesas que jamás se han de cumplir; el gran problema del siglo XIX, la abolición del proletariado, es al fin planteado con toda claridad.

«Esta ausencia general de condiciones modernas de vida y de modernos tipos de producción industrial iba acompañada naturalmente por una ausencia casi tan general de ideas contemporáneas; por eso no tiene nada de extraño que, al comienzo de la revolución, gran parte de los obreros reclamara inmediatamente el restablecimiento de los gremios y de las privilegiadas industrias de oficios medievales.» (*Revolución y contrarrevolución en Alemania*, p. 4)

En consecuencia, criticar la debilidad de los movimientos proletarios en las áreas asiática y africana, negarles una importancia revolucionaria, sin efectuar una confrontación con el ciclo histórico de la clase proletaria, acaba conduciendo finalmente al racismo, porque es negar a los proletarios negros o amarillos lo que Marx y Engels le reconocieron a los de Europa Occidental. Es tanto más racista cuanto que en Occidente, heredero de la gran tradición revolucionaria, triunfa el democratismo más insulso.

3.3.9. En estas zonas, el movimiento proletario ha alcanzado ahora el estadio del europeo en 1851, cuando Marx escribió su circular a la Liga de los Comunistas.

a «La actitud del partido obrero revolucionario ante la democracia pequeñoburguesa es la siguiente: marcha con ella en la lucha por el derrocamiento de aquella fracción a cuya derrota aspira el partido obrero; marcha contra ella en todos los casos en que la democracia pequeñoburguesa quiere consolidar su posición en provecho propio.» (*Discurso del Comité Central de la Liga de los Comunistas*, 1850).

Es posible, dentro de límites muy estrictos, concebir una ayuda del proletariado de estos países a su Estado, sólo cuando éste se oponga realmente a las antiguas metrópolis coloniales o a los Estados Unidos. Es evidente, por otra parte, que debe opo-

nerse constantemente a ese mismo Estado para defender sus intereses y constituirse en clase y, por tanto, en partido independiente.

b «Los obreros deben contener por lo general y en la medida de lo posible la embriaguez del triunfo y el entusiasmo provocado por la nueva situación que sigue a toda lucha callejera victoriosa, oponiendo a todo esto una apreciación fría y serena de los acontecimientos y manifestando abiertamente su desconfianza hacia el nuevo Gobierno. Al lado de los nuevos gobiernos oficiales, los obreros deberán constituir inmediatamente gobiernos obreros revolucionarios, ya sea en forma de comités o consejos municipales, ya en forma de clubs obreros o de comités obreros, de tal manera que los gobiernos democrático-burgueses no sólo pierdan inmediatamente el apoyo de los obreros, sino que se vean desde el primer momento vigilados y amenazados por autoridades tras las cuales se halla la masa entera de los obreros. En una palabra, desde el primer momento de la victoria es preciso encauzar la desconfianza no ya contra el partido reaccionario derrotado, sino contra los antiguos aliados, contra el partido que quiera explotar la victoria común en su exclusivo beneficio.»

Vemos, aquí, la enorme dificultad para el proletariado de África y de Asia, ya que se encuentra frente a Estados muy modernos, muy poderosos, que no nacieron, como los de Europa, luchando y prohibiendo las coaliciones, lo que tuvo por efecto radicalizar la lucha, sino que nacieron bajo la forma fascista: integran a los sindicatos en el Estado y constituyen un partido único.

«[...] no deben dejarse engañar por los alegatos de los demócratas de que, por ejemplo, tal actitud escinde al partido democrático y facilita el triunfo de la reacción. Todos estos alegatos no persiguen más fin que el de embaucar al proletariado.»

c «El primer punto que provocará el conflicto entre los demócratas burgueses y los obreros será la abolición del feudalismo. Al igual que en la primera revolución francesa, los pequeños burgueses entregarán las tierras feudales a los campesinos en calidad de propiedad libre, es decir, tratarán de conservar el proletariado agrícola y crear una clase campesina pequeñoburguesa, la cual pasará por el mismo ciclo de empobrecimiento y endeudamiento en que se encuentra actualmente el campesino francés.

Los obreros, tanto en interés del proletariado agrícola como en el suyo propio, deben oponerse a este plan y exigir que las propiedades feudales confiscadas se conviertan en propiedad del Estado y se transformen en colonias obreras explotadas por el proletariado agrícola asociado, el cual aprovechará todas las ventajas de la gran explotación agrícola. De este modo, y en medio del resquebrajamiento de las relaciones burguesas de propiedad, el principio de la propiedad colectiva obtendrá inmediatamente una base firme. Del mismo modo que los demócratas se unen con los campesinos, los obreros deben unirse con el proletariado agrícola.»

Esto es completamente válido. Basta con cambiar «feudalismo» por «formas pre-capitalistas», ya que los países en cuestión no han experimentado estas últimas. Esto todavía implica la lucha contra las antiguas metrópolis coloniales y contra Estados Unidos. De hecho, son ellos el soporte de las antiguas relaciones sociales, y los que tienen el mayor interés en mantenerlas para que no se produzca una radicalización de la lucha.

d «Pero la máxima aportación a la victoria final la harán los propios obreros alemanes cobrando conciencia de sus intereses de clase, ocupando cuanto antes una posición independiente de partido e impidiendo que las frases hipócritas de los demócratas pequeño-burgueses les aparten un solo momento de la tarea de organizar con toda independencia el partido del proletariado. Su grito de guerra ha de ser: la revolución permanente.»

En 1850, Marx preveía la próxima revolución al cabo de dos años. Resulta evidente, por tanto, que su texto concluya con la reivindicación de la revolución permanente. En la actualidad, ésta todavía está muy lejos. Sin embargo, la necesidad de la independencia del movimiento proletario es más necesaria que nunca. Al mismo tiempo, debe verificarse el vínculo con el movimiento mundial, el único que podrá proclamar a su vez la permanencia de la revolución cuando se den las condiciones para ello.

3.3.10. Numéricamente, la clase proletaria es muy importante en las áreas africana y asiática. Reagrupa no sólo a aquellos que, en cierto sentido, están integrados en un sistema, sino también a quienes han sido expropiados y no tienen nada, absolutamente nada. Allí no hay clases medias como en Occidente. Más concretamente, la antigua clase media, reliquia de la sociedad colonial (intelectuales, pequeños comerciantes, artesanos, pequeños propietarios) está en el poder. De ella proceden los funcionarios del Estado capitalista, que gestiona el país por cuenta del capital mundial; los medios de producción han quedado, la mayor parte de las veces, en manos de los antiguos dueños del país.

En el plano organizativo, la clase proletaria aún no se ha delimitado y en el plano programático, padece a cuenta de la regresión de la clase a escala mundial. Sin embargo, para ayudarla en su desarrollo teórico, de nada sirve negar toda su intervención en las fases anteriores ni calcar pura y simplemente la situación occidental. De hecho, es necesario resaltar las características específicas de la lucha en estos países, única forma de que el proletariado acceda a la visión unitaria universal.

3.3.11. El devenir de la clase proletaria es un devenir mundial. Objetivamente, hay unificación en todo el planeta. Hay que ponerla de relieve para que se haga sentir subjetivamente. Nuestra historia separada de la clase termina ahora que, potencialmente, su historia mundial y unificada comienza.

En 1858, Marx escribió a Engels:

«Lo difícil para nosotros es esto: en el continente la revolución es inminente y asumirá inmediatamente un carácter socialista. ¿No estará destinada a ser aplastada en este pequeño rincón, teniendo en cuenta que en un territorio mucho mayor el movimiento de la sociedad burguesa está aún en ascenso?»

En la actualidad, las revoluciones anticoloniales han hecho inminente la revolución comunista en todo el mundo.

3.4. Observaciones sobre la revolución china

3.4.1. Marx se preocupó por el desarrollo de la revolución en China inmediatamente después de la revolución de 1848. Predijo que la penetración de los europeos en Asia provocaría una revolución burguesa del tipo de la de 1789. Su esperanza era que esa revolución reavivara el movimiento en Europa.

La IIª Internacional descuidó el estudio de las zonas extraeuropeas. Se desarrolló como un fenómeno europeo y estadounidense y, muy pronto, se replegó sobre este ámbito geosocial. Aparte de Rosa Luxemburgo, que se ocupó de la penetración del capital en varios países, y de Lenin, que se ocupó de las revoluciones turca, persa y china (1911), y, por último, de la izquierda italiana, que se opuso enérgicamente a la guerra de Libia, en realidad no se hizo nada serio en torno a esta cuestión. El estudio de Asia, de África y de las civilizaciones que allí se desarrollaron se había quedado en el punto donde lo había dejado Engels; en cuanto a los trabajos de Marx, eran desconocidos.

La IIIª Internacional se ocupó activamente de los países coloniales; sin embargo, nunca logró replantear de forma clara los factores teóricos definidos por Marx a propósito del modo asiático ni, por consiguiente, comprender las peculiaridades históricas de las luchas sociales en Asia.

3.4.2. Cuando se planteó la cuestión china en la IC, se puso de manifiesto la debilidad doctrinal antes mencionada, lo que facilitó la teorización de Bujarin: establecer una alianza con la burguesía, es decir, con el Kuomintang, para luchar contra un supuesto feudalismo.

«La diferencia fundamental entre la situación de Rusia entre febrero y octubre de 1917 y la situación actual de la revolución china es que Kerensky *llevaba a cabo una política imperialista*, mientras que el ejército revolucionario y el gobierno nacional chinos practican objetivamente una política *antiimperialista* en este momento.» (Bujarin, *Los problemas de la revolución china*).

«Pero el partido del proletariado debe y puede apoyar a Chang Kai-Chek en la medida en que ha dirigido y dirige la guerra contra los grandes gobernantes militares y los imperialistas hasta que no traicione, aunque por su naturaleza de clase esté, en abstracto, *más a la derecha y que sea peor que Kerensky*.» (*ibíd.*)

«Desde el punto de vista organizativo, el Kuomintang no es un partido en el sentido habitual de la palabra. Su estructura permite conquistarlo desde la base, efectuando un reagrupamiento de clase y expulsando a los elementos “kemalistas” de derecha, que sería absurdo confundir con todo el Kuomintang. ¿Debemos, durante la revolución china, tratar de explotar esta peculiaridad, o no debemos preocuparnos?»

«Creemos que la tarea de los comunistas en China es *tener en cuenta* esta particularidad y *utilizarla*. ¿En qué sentido? *El Kuomintang debe transformarse cada vez más en una organización electiva de masas*.» (*ibíd.*)

Tras la derrota y la masacre de proletarios y campesinos por parte de Chang Kai Chek, Bujarin señaló:

«La facción de Chang Kai Chek ya está fusilando a campesinos y obreros, pero sigue luchando contra los jefes militares feudales.» (*ibid.*)

Y concluyó:

«Por eso, incluso hoy, *especialmente* hoy, la táctica de salir del Kuomintang es absurda.» (*ibid.*)

El error teórico de caracterización de la sociedad china llevó a hacer luchar al proletariado contra un enemigo imaginario y a hacer que lo masacrara un enemigo muy real, al que no se quería reconocer.

3.4.3. Trotsky, Zinóviev y en general toda la Oposición de Izquierda se opusieron a la política de la IIIª Internacional en China. Sin embargo, la cuestión de la definición de la sociedad china, la caracterización de los estratos sociales en lucha en su seno, de las clases, no se abordó realmente. Se quedó en una evaluación de la relación de fuerzas, en una cuestión de táctica. La afiliación del PCCh al Kuomintang fue planteada, no desde el punto de vista de los principios, sino desde un punto de vista circunstancial. En China, las circunstancias para una fusión de las dos organizaciones no eran favorables y, por otra parte, no se daban las condiciones para la «independencia organizativa del PCCh respecto del Kuomintang». Zinóviev, que afirmó esto en sus tesis sobre la revolución china, se refirió, para apoyar su argumento, a la cuestión del Partido Comunista de Gran Bretaña dentro del Partido Laborista. Ahora bien, en este caso fue un error (¡fue Lenin quien, en su momento, abogó por esa fusión!). Tampoco Trotsky abordó la cuestión desde un punto de vista teórico, sino pragmático. En consecuencia, no sacó del todo las lecciones de la derrota. Declaró:

«Es preciso:

a) Declarar funestas las formas de bloque en las que el partido comunista sacrifica los intereses de los obreros y campesinos con la utópica intención de mantener a la burguesía en el campo de la revolución nacional.

b) Rechazar pura y simplemente las formas de bloque que, directa o indirectamente, obstaculizan la iniciativa del partido comunista sometiéndole al control de otras clases.

c) Renunciar categóricamente a formas de bloque que obligan al partido a renegar de su bandera y a sacrificar el progreso de su influencia y de su autoridad a los intereses de su aliado.

d) Basar el bloque en una comunidad de objetivos netamente formulada, y no sobre malentendidos, maniobras diplomáticas y falsedades.

e) Determinar las condiciones y límites del bloque con una perfecta exactitud y ponerlos en conocimiento de todos.

f) Conservar en el partido comunista su plena libertad de crítica, el derecho a vigilar a su aliado con no menos vigilancia que a un enemigo, sin olvidar ni un instante que un aliado que se apoye en otras clases, o que dependa de otras clases, sólo es un aliado temporal y puede, en razón de las circunstancias, convertirse en adversario y enemigo.

g) Preferir la ligazón con las masas pequeñoburguesas a la ligazón con los dirigentes de su partido.

h) En fin de cuentas, no fiarse más que de uno mismo, de su organización, de sus armas y fuerza.

Sólo la observación de estas condiciones hará posible un bloque verdaderamente revolucionario y no una alianza dudosa, sometida a toda suerte de peripecias entre dirigentes; únicamente estas condiciones permitirán apoyarse sobre la alianza de todos los oprimidos de las ciudades y campos bajo la hegemonía política de la vanguardia proletaria.» (Trotsky, *La revolución china y las tesis del camarada Stalin*).

3.4.4. Así pues, en todas sus obras acerca de la revolución china, Trotsky defiende correctamente la necesidad de una política más autónoma del partido comunista, pero nunca llega a hacer un estudio exhaustivo de la sociedad china y de la revolución que madura en ella. Esta falta de estudio en profundidad iba a impedir ver el nuevo ciclo revolucionario que tomó forma después de 1927. Siguió analizando la revolución en China utilizando el esquema bolchevique y en función de su teoría de la revolución permanente, omitiendo totalmente el hecho de que el proletariado había sido derrotado a escala mundial.

«Hoy nadie puede decir todavía hasta qué punto los reflejos de la segunda revolución china se combinarán con los albores de la tercera revolución china. Nadie puede predecir si los focos de sublevación campesina continuarán ininterrumpidamente durante el prolongado período que la vanguardia proletaria necesitaría para fortalecerse, para comprometer a la clase obrera en la batalla y para sintonizar su lucha por el poder con amplias ofensivas campesinas contra sus enemigos más inmediatos. («¡A los comunistas de China y de todo el mundo! Sobre las perspectivas y tareas de la revolución china», *La Verdad*, nº 53, 1930).

«Lo que caracteriza al actual movimiento en el campo es la tendencia de los campesinos a darle una forma soviética o, cuando menos, un nombre soviético, y a equiparar a los destacamentos partisanos con el Ejército Rojo.» (*ibíd.*)

«Nos encaminamos hacia la dictadura proletaria bajo la forma soviética.» (*ibíd.*)

Sin embargo, el carácter de la revolución campesina, burguesa y nacional se acusaba incluso antes de la muerte de Trotsky. Éste estaba demasiado imbuido de su esquema de revolución permanente, de su idea de la imposibilidad de una revolución campesina, para reconocer los hechos.

3.4.5. La Izquierda Comunista de Italia estuvo de acuerdo con la Oposición de Izquierda, pero se opuso a la consigna de Trotsky de convocatoria de la Asamblea Constituyente. Tras la guerra, supo reconocer el nuevo ciclo revolucionario: un ciclo burgués.

«Para China, el capitalismo privado es un paso adelante; si Liu Shaoqi lo dice, está en su derecho...»

«La revolución burguesa china es una revolución que llegó en el momento oportuno para su *área continental*, como fue el caso de la revolución francesa. Habiendo vivido (China) durante milenios fragmentada en múltiples unidades económicas, sociales y administrativas, adquirió un tremendo impulso de la construcción del mercado interior capitalista

erigiéndose en un Estado unitario, y Mao sería un gran símbolo si estuviera a la altura, no de Bonaparte, sino de Luis XIV.» (“Il programma comunista”, n° 6, 1953)

En esa misma época se afirmó que Mao estaba en regla con el marxismo al defender su bloque de cuatro clases.

En cuanto al Movimiento de las Comunas Populares de 1958, que se consideraba todavía en el ciclo burgués, se afirmaba que

«Parece que el problema que ha provocado la “reforma” es, en un país con tanta población, una crisis de escasez de mano de obra. Los hombres pasarían en mayor medida de la agricultura a la industria y las mujeres los sustituirían en la agricultura.» (*Il programma comunista*, n° 20.1958.)

3.4.6. A partir de 1960, el trabajo realizado sobre la revolución china ya no guarda ninguna relación con el anterior. La forma de abordar la cuestión es completamente diferente. No tiene, por lo demás, ninguna relación con la teoría marxista. Todo lo que se publicó a partir de entonces es un simple refrito de las posiciones de Lenin y Trotsky. Se conforman con decir que el marxismo siempre tiene razón y con comentar algunas citas de los autores mencionados. De Trotsky, se acepta íntegramente su posición de la revolución permanente. En la obra de Trotsky era un error, en estos trabajos se convierte en una bufonada. No se puede criticar algo semejante. Sólo se puede decir que es uno de los signos más evidentes de la regresión teórica de la izquierda, y de su reabsorción por la decadencia trotskista.

3.4.7. De la apreciación de la revolución china por parte de la izquierda italiana (antes de 1960) surgen dos afirmaciones importantes, aunque aparentemente contradictorias.

a) China será conquistada por el dólar estadounidense. (1950)

b) En China puede nacer una escuela marxista capaz de criticar al movimiento ruso (1953). China es una Alemania del siglo XX y verá nacer un verdadero movimiento comunista que podrá aportar al movimiento proletario actual una contribución comparable a la que aportó el proletariado alemán en el siglo XIX. (1958)

3.4.8. La primera afirmación está vinculada al estudio de las relaciones entre Estados. Rusia nunca apoyó la revolución china, sino que intentó sofocarla y dividir China. En 1950, la izquierda afirmó que Rusia no apoyaría a China, y en 1953 «La historia no descarta, sino que presenta como probable un pacto entre la China de Mao y los imperialistas occidentales, y no descarta, que, a su vez, China no esté entre los grandes en guerra con Rusia...» (*Il programma comunista* n° 23, 1953)

Sin embargo, China, abandonada por Rusia (1960), se encontró aislada y abandonada a su suerte. El Estado chino sólo puede sustentar el vasto movimiento revolucionario que madura en su seno facilitando el establecimiento de instituciones y estructuras, construyendo el capitalismo. Por ello, inevitablemente, entra a la vez en conflicto y en conjunción con Estados Unidos.

La segunda afirmación está estrechamente ligada a la primera, en el sentido de que el vasto movimiento revolucionario puede, tanto en términos de lucha como de teoría, desbordar a la dirección del partido y del Estado chinos. Tras los disturbios de 1961, se produjo la ofensiva en Assam. Pero una intervención china en la India habría entrado forzosamente en oposición con Estados Unidos. De ahí la retirada de las tropas chinas y, como resultado, una oportunidad de relanzar el proceso revolucionario en la inmovilizada y perdida India. El movimiento pudo ser desviado a continuación hacia la lucha contra la URSS (carta en 25 puntos y ruptura con este país en 1963), y luego, hacia la guerra de Vietnam. Sin embargo, en 1966 comenzó la gran revolución cultural, que fue manifiestamente generada por un vasto movimiento de masas. La dirección maoísta intentó canalizarlo y lo logró. El terror de los guardias rojos es comparable al de los plebeyos del que habló Marx en el caso de la revolución francesa, que permitió acabar con el antiguo régimen. Mao aparece entonces como un Robespierre que consigue utilizar a esas masas y ponerse a su cabeza satisfaciendo sólo cierto número de sus reivindicaciones. En cualquier caso, esta recuperación del liderazgo no ha podido hacerse sin enfrentamientos con elementos situados más a la izquierda (como fue el caso durante la Revolución Francesa). Por otra parte, como hemos visto, la república burguesa no triunfa sino a partir del día en que elimina provisionalmente el poder del proletariado.

La no intervención estadounidense en China se explica por el temor a acelerar y radicalizar el fenómeno, que podría conmocionar a Asia y al mundo.

3.4.9. Así pues, existe un doble movimiento: uno de integración de China en el sistema mundial, que requiere la domesticación de las masas chinas, y otro revolucionario, precisamente porque la revolución no está fijada, porque no ha dado lugar a una sociedad estable y estructurada. La orientación izquierdista de la actual dirección del Estado chino puede compararse con la de la dirección estalinista de 1929, que a tantos revolucionarios engañó.

La revolución cultural quizás represente el resquebrajamiento del bloque de las cuatro clases, el movimiento de delimitación de éstas y de sus oposiciones. Marcaría el fin de la fase de la revolución popular y el comienzo de la de clase. El triunfo de Mao representaría, pues, el «bloqueo» de la lucha del proletariado y el triunfo de la clase capitalista.

3.4.10. Por tanto, en China el fenómeno revolucionario sólo ha sido frenado. Hay una carrera de velocidad entre los dos fenómenos antes mencionados. Sin embargo, para discernir su verdadero potencial para dar lugar a un auténtico movimiento comunista, habría sido necesario hacer primero un estudio exhaustivo de la evolución de la sociedad china desde al menos la revolución de 1911. Ahora bien, un trabajo semejante es absolutamente inexistente. De ahí toda la confusión reinante sobre China. En 1958, la izquierda había retomado la posición de Marx sobre el modo de produc-

ción asiático y había iniciado un estudio de la historia de China desde sus orígenes, pero, como se ha dicho, el trabajo que vino después no tiene ningún interés.

3.4.11. En China la ideología maoísta tiene un carácter revolucionario en la medida en que sustituye a la antigua civilización china (destruyendo las antiguas superestructuras) y el culto a los antepasados. El culto de Mao constituye la réplica al de la Razón, y luego al del emperador en Francia. El viejo culto unitario sólo puede ser destruido por otro culto unitario. Si la sociedad capitalista china afianza sus cimientos, no es improbable que haya una desmaoización, igual que hubo una desestalinización.

En Occidente esta ideología, con su deificación del pueblo, representa un retroceso de casi dos siglos. Su boga actual no hace sino reflejar la ausencia de la clase proletaria como clase en el escenario de la historia y, por tanto, la ausencia de la teoría del proletariado.

4. - EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO

«Si en el sistema burgués acabado cada relación económica presupone a la otra bajo la forma económico-burguesa, y así cada elemento puesto es al mismo tiempo supuesto, tal es el caso con todo sistema orgánico. Este mismo sistema orgánico en cuanto totalidad tiene sus supuestos, y su desarrollo hasta alcanzar la totalidad plena consista precisamente en que se subordina todos los elementos de la sociedad, o en que crea los órganos que aún le hacen falta a partir de aquélla. De esta manera llega a ser históricamente una totalidad. El devenir hacia esa totalidad constituye un momento de su proceso, de su desarrollo.»

Marx, *Grundrisse*

4.1. Características generales del capitalismo

4.1.1. El capital es el valor de cambio que ha accedido a la autonomía. En él, éste último se convierte en proceso. El capital es movimiento; es un ser en devenir. Esta definición abarca todas las demás: suma de valores, relación social, etc. Por otro lado, abarca todas sus determinaciones particulares y sus metamorfosis: capital-mercancía, capital productivo, capital-dinero, etc....

4.1.2. El capital sólo tiene dos modalidades esenciales de ser diferentes: capital circulante o capital fijo. Se convierte en fijo a partir del momento en que deja de valorizarse, es decir, en que pasa de un quantum dado a un quantum aumentado. Por tanto, puede fijarse tanto en el proceso de producción como en el proceso de circulación. El propio capital-dinero puede ser capital fijo.

4.1.3. La vida histórica del capital está repleta de sus luchas por suprimir las barreras y los obstáculos a su valorización, por autonomizarse y destruir toda fijación. Dos períodos esenciales:

a) Fase de dominación formal en la que la producción de plusvalor absoluto es determinante.

b) Fase de dominación real en la que la producción de plusvalor relativo releva a la anterior y se vuelve preponderante. El proceso de valorización prevalece cada vez más sobre el de trabajo y lo enmascara. En el plano social esto implica que el capital tiende a dominar cada vez más al proletariado.^{iv}

^{iv} En lugar de formal y real, yo prefiero hablar de superficial y sustancial. Además, se trata de la dominación dentro del proceso de producción inmediato del capital. Los conceptos de dominación

4.1.4. La contradicción fundamental del capital es la que existe entre la valorización y la desvalorización. Cuanto más se desarrolla el capital, más difícil le resulta obtener un incremento significativo de plusvalor relativo.

$$\Delta p = \frac{n}{T} \left(1 - \frac{1}{\rho} \right)$$

(Δp = variación de plusvalor, n = trabajo necesario, T = duración de la jornada laboral p = productividad).^v

superficial (formal) y luego sustancial (real) también operan con respecto al proceso total de producción, y por tanto con respecto a la sociedad. (*Nota de abril de 2013*)

^v Jean Louis Darlet, al constatar que la fórmula (hay que señalar que no se había precisado que la productividad p es la relación entre el tiempo de trabajo suplementario y el tiempo de trabajo necesario) no era correcta, retomó el estudio de la cuestión de la variación del plusvalor (o del valor excedente) y de la valorización y , por tanto, de la capacidad del capital para generar capital a partir de la explotación de la fuerza de trabajo. Publicó los resultados de sus investigaciones en *Invariance*, Serie II, nº 2, *Au-delà de la valeur, la surfusion du capital*, 1972, así como en *Notes au sujet de la composition organique du capital*, 1972, y, finalmente, en cartas que datan de la misma época y que fueron publicadas en la misma revista, Serie III, nº 2, pp. 64-88.

Sobre el resultado de esta investigación y las consideraciones teóricas relativas a la relación valor-capital, destacué en *Remarques*, en el mismo número de *Invariance*, en las pp. 92-93 - los dos comportamientos teóricos necesarios para la investigación de ésta.

«Finalmente, basándose en el trabajo previo de J.L. Darlet, hay dos posibilidades:

1 El valor-trabajo, es decir, el trabajo como sustancia del valor, el tiempo de trabajo como medida del valor, era una representación ya inadecuada en tiempos de Marx. Se trataría de la conciencia a posteriori de un fenómeno pasado. La palabra valor designaría en realidad una cierta aprehensión humana del mundo, pero sin poder expresar su totalidad. Marx no habría hecho sino reducir aún más el fenómeno.

No podía haber fuga del capital. Puesto que el capital es una forma particular del valor que no ha sido captada en su totalidad, es posible que el capital realice el valor y por tanto una totalidad que no habíamos percibido. En la base de esta percepción del fenómeno del valor estaría la idea de un proyecto humano completamente inconsciente que se realizaría a través del capital.

Además, la representación del valor, según la escuela clásica desde W. Petty hasta D. Ricardo y según Karl Marx, supondría una reducción tal que impediría la comprensión del surgimiento del fenómeno del valor. Así, sería imposible entender la disolución de las comunidades primitivas que entraña el movimiento de autonomización del valor de cambio.

2 El valor del trabajo es una reducción ligada a una realidad histórica: la fragmentación de la actividad total y el intento de reconquistarla mediante la actividad productiva (el dinero monetario aparece como el medio para conquistarlo todo, para pasar del ser al tener).

Karl Marx ve bien que haya otros campos aparte de esta actividad; pero la considera decisiva y esencial para su proyecto revolucionario, porque desde ella es posible trabajar científicamente, prever (prever las crisis, la revolución).

También señala que el capital tiende a abarcar toda la actividad humana.

No percibe del todo la fuga del capital que se hace efectiva, al mismo tiempo, con la realización de un «proyecto» humano, con el capital-utopía. Cuando decimos esto, planteamos algo a la vez externo a los hombres (que los oprime) e interior a ellos, porque es algo en lo que

Esta fórmula indica que cuanto más aumenta p , más difícil resulta aumentar la valorización del capital. El límite de esta última es el gran enemigo del capital: el proletario, ya que, para una p infinita, la variación es igual a la relación n / T . Aquí nos reencontramos con una afirmación constante de Marx: la relación entre las cosas enmascara la relación entre el monstruo capital y los seres humanos. El capital no puede emanciparse de la necesidad del trabajo vivo. La lucha está incluida en la relación capitalista.

se encuentran: la voluntad de dominar la naturaleza, de hacerse pasar por amo y señor (que sólo destruye); con el capital, los hombres piensan que pueden finalmente escapar de la naturaleza y de la animalidad.

Con el capital el empoderamiento es efectivo, mientras que con el valor las personas tienen una presencia efectiva, porque su acción fue decisiva.

Este segundo enfoque es el que expongo personalmente (cfr. «*Es necesario salir de este mundo*» y «*C'est ici qu'est la peur, c'est ici qu'il faut sauter!*»). El reproche más importante que puedo hacerle a la otra «posibilidad» es que avala una visión estructuralista. Se está ocultando todo el fenómeno histórico. Paradójicamente, esto pone de manifiesto al mismo tiempo la necesidad de especificar la génesis del valor. Lo que Marx escribió sobre este tema es claramente insuficiente. (Octubre de 1975)

Abordé esta cuestión en el capítulo 9.1. de *Emergence de Homo Gemeinwesen*. La puesta en evidencia de la muerte potencial del capital a finales de los años setenta hizo obsoleta toda esta investigación, pero impuso la necesidad de definir bien el valor, cosa que intenté hacer en el texto citado anteriormente.

«A partir de estas observaciones introductorias, es posible anticiparse presentando una definición del valor lo más completa posible. Es el fenómeno de la representación de la discontinuidad que opera en la comunidad que se desintegra, planteando así la necesidad de una cuantificación que permita representar el posicionamiento de sus miembros en ella. Sin embargo, dada la tendencia de toda comunidad a frenar su disolución, permitirá al mismo tiempo la realización de un fenómeno de compensación que cauterice, por así decirlo, las heridas infligidas al corpus comunitario. Al mismo tiempo, se desarrollará un movimiento de sustitución que con el tiempo adquirirá una magnitud cada vez mayor. El objetivo más o menos consciente de estas acciones será lograr un equilibrio, que luego actuará como sistema de referencia, como referencial y como operador de conocimiento. Y con ello se pretende contrarrestar los efectos nocivos de otra determinación que el valor tiene originalmente en común con el poder: la dependencia. El intercambio se vivirá como una abolición de este último.» (Cfr. 9.1.6)

«El valor es un operador de la actividad humano-femenina, desde el momento en que se produce una escisión de la comunidad. Es un concepto que incluye la medición, la cuantificación y el proceso de existencia. Se purifica en el curso de su autonomización, es decir, se desprende de las representaciones míticas, y asume nuevas determinaciones como resultado de su operatividad en diversos campos —fuera del campo estrictamente económico del que surgió en su determinación y que lo hizo operable— que pueden experimentar resultados más o menos divergentes.» (véase 9.1.13).

Lo mismo ocurre con el capital, con el fenómeno del capital. Puedo decir que, conceptualmente, la relación que define al capital consiste en el intercambio de un quantum de valor por una determinada mercancía, la fuerza de trabajo, cuya característica es que su consumo es productivo de un incremento de valor, el plusvalor, lo que implica la existencia de un proceso de producción «duplicado» mediante un proceso de valorización o incremento de valor, de producción de plusvalor. A partir de entonces, el valor avanzado se ha convertido en capital, que Karl Marx caracteriza como el valor en proceso.

El valor de este enfoque es que incluye la dimensión histórica —el paso del valor al capital y la delimitación de la existencia del capital a un periodo histórico concreto— y la dimensión social: la sumisión a la dependencia de hombres y mujeres, su control (que ahora se reduce al empleo asalariado), pero también la posibilidad de entender la fuga del capital, su potenciación, en relación con la repetición del fenómeno especulativo que opera en el dinero bajo su tercera determinación, como moneda universal, propia del fenómeno del valor en su fase más avanzada. A partir de aquí, es

4.1.5. Esta contradicción se manifiesta de otra manera en el antagonismo entre la privatización y la socialización. Cuanto más se desarrolla el capital, más se socializa, creando vastas unidades productivas y vínculos absolutos entre las personas. Ahora bien, las infraestructuras sociales, como las carreteras, los ferrocarriles, etc., inmovilizan capital. Por tanto, es necesario extraer porciones del mismo, privatizar, para que el ciclo de valorización pueda reanudarse.

La contradicción se da entre la base sobre la que se construyó el capital (ley del valor) y el resultado al que conduce: la socialización de la producción, de los seres humanos, así como la tendencia a la negación del valor como resultado del uso de la ciencia convertida en «fuerza productiva inmediata».

4.1.6. Cuando se tienen en cuenta las leyes de la competencia y se considera el capital como una totalidad que domina la sociedad, la fórmula que da la relación entre la tasa de plusvalor y la tasa de beneficio muestra también los límites de la valorización:

$$\Pi' = p' \times \frac{v}{K}$$

para que π' aumente es preciso que p' (tasa de plusvalor, siendo π' la tasa de beneficio) aumente considerablemente, ya que la relación v/k siempre tiende a disminuir. Como en el caso anterior, esto está ligado a la productividad, que aumenta enormemente, lo que se traduce en el hecho de que los productos contengan cada vez menos tiempo de trabajo vivo.

4.1.7. La circulación se presenta como el período en cuyo curso el cual el capital no se valoriza. Por tanto, es un tiempo de desvalorización. El capital tiende a destruir el tiempo de circulación, pero como es un sistema basado en el intercambio, no puede hacerlo. Ahora bien, para hacer circular es necesario invertir tiempo de trabajo. Éste resulta necesario, no para crear valor, sino para poder realizarlo. La noción de trabajo necesario adquiere un significado más amplio: es el tiempo de trabajo necesario para la vida del capital. De ahí que, en una sociedad plenamente capitalista, el valor parezca estar determinado por el tiempo de producción y por el de circulación.

4.1.8. Según el punto 4.1.4., la disminución del tiempo de trabajo necesario implica una disminución de la población obrera. Sin embargo, teniendo en cuenta el 4.1.7., resulta que la población total tiene que aumentar, ya que la circulación del ca-

posible percibir plenamente lo que representan el valor y el capital en el despliegue de la especiosis. (Nota de septiembre de 2009)

pital requiere cada vez más tiempo de trabajo. El proletariado está formado por los elementos que producen plusvalor, y los que permiten realizarlo forman las nuevas clases medias.

4.1.9. La competencia es la forma bajo la cual se manifiesta la circulación en la sociedad capitalista, cuando todo se ha convertido en capital y las mercancías ya no son mercancías de la circulación simple, sino mercancías-capital, capital en forma de mercancías. Como el capital tiende a dominar, a abolir la circulación sin lograrlo, tiende a abolir la competencia: monopolios y trusts. Pero el monopolio (propiedad privada) y la competencia (circulación) son presuposiciones del sistema capitalista porque son los términos esenciales del intercambio. Sin embargo, el capital se basa en ellos. Para acceder a la autonomía, el capital tiende a englobar estos elementos, de ahí la mistificación.

«Por definición, la *competencia* no es otra cosa que la *naturaleza interna* del *capital*, su determinación esencial, que se presenta y realiza como acción recíproca de los diversos capitales entre sí; la tendencia interna como necesidad exterior. (El capital existe y sólo puede existir como muchos capitales; por consiguiente, su autodeterminación se presenta como acción recíproca de los mismos entre sí.) (Marx, *Grundrisse*, Vol. I, p. 366)

4.1.10. Para asegurar la continuidad de su proceso de valorización, el capital, sobre todo durante el período de circulación, tiene necesidad del crédito (creación de capital ficticio). Por otra parte, también necesita el crédito para reducir los costes de circulación (la producción de oro cuesta dinero); he ahí dos razones para liberarse de la tutela del metal precioso.

«El dinero en su forma inmediata, inherente a un estadio histórico de la producción previo al capital, se le presenta a éste pues en cuanto costo de circulación y por ello el capital tiende rápidamente a transfigurarlo de manera adecuada, a convertirlo en representante de un momento de la circulación que no cueste tiempo de trabajo, que no sea valioso él mismo. El capital, por ende, se orienta a abolir el dinero en su realidad tradicional, inmediata, y a transformarlo en algo puramente *ideal*, *puesto* y asimismo abolido por el capital. Por lo tanto, no se puede decir, con Storch, que el dinero en general sea un medio para acelerar la circulación del capital, sino que debe decirse, por el contrario, que el capital lo transforma en un momento puramente *ideal* de su circulación y procura elevarlo por primera vez a la forma adecuada correspondiente a él.» (*Grundrisse*, Vol. II, pp. 192-193)

4.1.11. El capital logra esto desarrollando el crédito. Sin embargo, no puede desmonetizarse el oro.

«[...] con el desarrollo del sistema crediticio, la producción capitalista tiende constantemente a derogar esta barrera metálica, vallado a la vez material y fantástico de la riqueza y de su movimiento, pero contra el cual se da de cabeza una y otra vez.» (*El Capital*, Tomo III, Vol. 7, p. 740)

Esto se debe a que el oro es un signo de propiedad privada del trabajo ajeno que sigue siendo válido incluso en tiempos de crisis. El capital, basado en el intercambio entre el trabajo muerto y el trabajo vivo, no puede emanciparse de la estrecha base sobre la que descansa. Sólo puede ocultarla.

«Pero la existencia autónoma, ilusoria, del dinero ha sido eliminada; el dinero existe sólo para valorizarse, vale decir, para convertirse en capital. Para transformarse en tal, empero, el dinero tendría que intercambiarse nuevamente por los momentos del proceso de producción, medios de subsistencia para el obrero, materia prima e instrumento; todos éstos se resuelven en trabajo objetivado, sólo pueden ser puestos por el trabajo vivo. El *dinero*, en la medida en que ahora ya existe *en sí* como capital es simplemente, por consiguiente, una *asignación sobre* trabajo futuro (nuevo). Objetivamente existe sólo como dinero. En la medida en que existe para sí, el plusvalor, el incremento del *trabajo objetivado*, es *dinero*; pero el dinero ya es ahora *en sí* capital; en cuanto tal, *asignación sobre nuevo trabajo*. Aquí el capital ya no entra solamente en relación con el trabajo existente, sino con el futuro. Ya tampoco se presenta disuelto en sus elementos simples en el proceso de producción, sino como dinero; pero ya no como dinero que sólo es la forma abstracta de la riqueza universal, sino como asignación sobre la posibilidad real de la riqueza universal: la capacidad de trabajo, y concretamente la *capacidad de trabajo en devenir*. En cuanto tal asignación, su existencia material como dinero es indiferente y se puede sustituir por cualquier título. Así como el acreedor del Estado, cada capitalista posee en su valor recién adquirido una asignación sobre trabajo futuro, y mediante la apropiación del trabajo presente se ha apropiado al mismo tiempo ya del trabajo futuro. (Desarrollar luego este aspecto del capital. Aquí ya se revela su propiedad de existir como valor separado de su sustancia. Con esto está echada ya la base del crédito.) Por consiguiente, su acumulación bajo la forma del dinero de ningún modo es acumulación material de las condiciones materiales del trabajo, sino acumulación de los títulos de propiedad sobre el trabajo. Ponen el trabajo futuro como *trabajo asalariado*, como valor de uso del capital. Para el valor recién creado no hay disponible ningún *equivalente*; su posibilidad, sólo en nuevo trabajo.» (*Grundrisse*, Vol. I, pp. 313-314)

4.1.12. El capital se ha constituido en el seno de la circulación simple de mercancías, en la que dominaba la ley del valor. En el curso de su desarrollo consigue dominarla (transición a la ley de los precios de producción), pero no puede destruirla, pues esto implicaría la desaparición del proletariado, del intercambio y de la propiedad privada. Tiende a negar su sustancia, el trabajo vivo, pero no puede eliminarlo.

4.1.13. El capital se ha apoderado de la tierra y ha industrializado la agricultura. El resultado es la producción excedente de productos estandarizados y una tendencia creciente a reemplazarlos por productos no naturales. El capital sale de la esfera de la satisfacción de las necesidades materiales del hombre («lo superfluo es más fácil de producir que lo necesario», Marx, *Miseria de la filosofía*, 1847). La agricultura sometida a las leyes del capital implica una crisis futura más poderosa y, con ello, el hambre para los seres humanos.

«En un principio el crecimiento de la propiedad mueble, su aumento con respecto a la inmueble, indica el *ascendant movement of capital* frente a la propiedad de la tierra. Pero

una vez presupuesto el modo de producción del capital, el grado en que ha sometido las condiciones de producción se pone de manifiesto a través de la transformación del capital en propiedad inmueble. Con ello se implanta firmemente en el suelo mismo y, a los supuestos aparentemente firmes y dados por la naturaleza en la propiedad de la tierra, [[los convierte]] en elementos puestos meramente por la industria.» (*Grundrisse*, Vol. II, pp. 269-270)

4.1.14. Cuanto más se desarrolla, más tiende el capital a sustituir las antiguas presuposiciones como la tierra. Se convierte él mismo en una comunidad material que presupone la vida de todos los seres humanos esclavos del capital. Una comunidad semejante necesita diferentes organizaciones para desarrollarse, en particular institutos de programación y racionalización que permitan defender la autonomización del proceso de valorización.

El propio Estado se convierte en un órgano semejante con una función principalmente represiva: impedir que los seres humanos se levanten contra el monstruo-capital, que perjudiquen su proceso.

A este nivel, decir que la contradicción fundamental es la que existe entre producción social y apropiación privada no es suficiente si no se precisa que quien se apropia es, de hecho, el capital comunidad-material.

4.1.15. El capital se constituye como comunidad material a través del capital fijo y circulante. Pero esto se realiza principalmente a través del capital crediticio, a través éste en forma de capital por acciones y, finalmente, a través del capital en forma de mercado monetario.

«En el mercado monetario el capital está puesto en su totalidad; en él, determina los precios, da trabajo, regula la producción, en una palabra, es fuente productiva.» (*Grundrisse*, Vol. I, p. 217)

El capital tiende a eternizarse en forma de esta comunidad.

4.1.16. El capital tiende a negar las clases y, por tanto, a su enemigo, el proletariado. Al constituirse en comunidad material, se apodera del Estado, cuyo carácter de clase queda enmascarado. El capital está representado por burócratas y tecnócratas, es decir, agentes que ejecutores de su proceso de vida. Por otra parte, el Estado crece enormemente, pues la oposición al capital se multiplica y se hace cada vez más necesario el control de la vida social en su totalidad. El Estado no sólo es la «boa constrictor» que oprime a la sociedad, sino que tiende a ser la sociedad.

La política de rentas es un intento de racionalizar las relaciones sociales bajo la dominación del capital. Cada uno debería recuperar en función de lo que haya invertido: la empresa el beneficio, el trabajador su salario, etc... Es, al mismo tiempo, el intento de lograr planificar, mediante el control del ahorro, la aportación de capital en forma de dinero, de reducir o aumentar el consumo en función del proceso total de valorización de éste.

4.1.17. El capitalismo, basado en el intercambio y la división de las empresas, llega a englobar la anarquía de la producción, a planificarla, no a destruirla. Es posible eliminar las consecuencias nocivas de la producción sin ponerla en cuestión. La necesidad de superar los obstáculos y las barreras con las que se encuentra han llevado al capital a constituirse en comunidad material. Si ésta se realiza demasiado bien, el proceso de valorización se inhibe, porque sólo puede producirse en el curso de un movimiento contradictorio. Sin embargo, la importancia de la crisis no radica en el mero hecho de bloquear el proceso de valorización (por lo que su resolución equivale a volver a poner en movimiento al capital) sino en el hecho de que permite que se libere la lucha entre capital y proletariado (y, en una etapa desarrollada, de la mayoría de la humanidad) incluida en la relación capitalista.

4.2. Valorización/Desvalorización: contradicción fundamental del capital

4.2.1. Para situar correctamente esta cuestión, es necesario conocer de antemano los límites, los lindes del sistema estudiado.

«El capital, empero, como representante de la forma universal de la riqueza —el dinero— constituye el impulso desenfrenado y desmesurado de pasar por encima de sus propias barreras. Para él, cada límite es y debe ser una barrera. En caso contrario dejaría de ser capital, dinero que se produce a sí mismo. Apenas dejara de sentir a determinado límite como una barrera, apenas se sintiera a gusto dentro de él, descendería él mismo de valor de cambio a valor de uso, de forma universal de la riqueza a determinada existencia sustancial de aquélla. El capital como tal crea una plusvalía determinada porque no puede poner *at once* una ilimitada; pero el capital es la tendencia permanente a crear más plusvalía. El límite cuantitativo de la plusvalía se le presenta tan sólo como barrera natural, como necesidad, a la que constantemente procura derribar, a la que permanentemente procura rebasar.» (*Grundrisse*, Vol. I, pp. 276-277)

4.2.2. «Estos límites inmanentes tienen que coincidir con la naturaleza del capital, con sus determinaciones conceptuales constitutivas. Dichos límites necesarios su:

1) El *trabajo necesario* como límite del valor de cambio de la capacidad viva de trabajo, o del salario de la población industrial;

2) el *plusvalor* como límite del plustiempo de trabajo y, con respecto al plustiempo relativo de trabajo, como barrera al desarrollo de las fuerzas productivas;

3) lo que es la misma cosa, la *transformación en dinero*; el valor de cambio en general como límite de la producción; el intercambio fundado sobre el valor, o el valor basado en el intercambio, como límite de la producción. Esto es:

4) De nuevo lo mismo, como *limitación a la producción de valores de uso* por el valor de cambio; o que la riqueza real tiene que adoptar una forma *determinada*, diferente de sí misma y por tanto no absolutamente idéntica a ella misma, para transformarse, en general, en objeto de la producción.» (*Grundrisse*, Vol. I, p. 368)

4.2.3. La contradicción valorización/desvalorización es la contradicción fundamental porque es inherente al ser del capital. La hemos visto manifestarse en el pro-

ceso de producción inmediato (4.1.4.). Es una manifestación no mistificada. Cuanto más aumenta la productividad del trabajo, más disminuye la cantidad de plusvalor extraída de la fuerza de trabajo.

«El capital mismo es la contradicción, ya que constantemente procura suprimir el *tiempo de trabajo necesario* (y esto implica a la vez la reducción del obrero a un mínimo, *id est* su existencia como mera capacidad de trabajo viva), pero el *tiempo de plustrabajo* sólo existe antitéticamente, sólo en antítesis con el tiempo de trabajo necesario, por cuanto el capital pone el tiempo de trabajo necesario, como *necesario* para la condición de su reproducción y valorización. Un desarrollo de las fuerzas productivas materiales —que al mismo tiempo es desarrollo de las fuerzas de la clase obrera— al alcanzar cierto punto *suprime al capital mismo.*» (*Grundrisse*, Vol. II, p. 35)

4.2.4. El intercambio es otro aspecto del ser del capital. El valor constituye su sustancia, su modo de ser, porque el valor sólo puede manifestarse en el intercambio.

«El intercambio y un sistema de intercambios y, lo que está implícito en ello, la transformación en dinero, en cuanto valor autónomo, se presentan como condición y traba para la reproducción del capital. En el caso del capital, la producción misma está sometida, en todos los aspectos, al intercambio. Estas operaciones de intercambio, la circulación en cuanto tal, no producen plusvalía alguna, pero son condiciones para su realización. Son condiciones para la *producción del capital* mismo, en cuanto su *forma como capital* sólo está puesta en la medida en que recorre la circulación.» (*Grundrisse*, Vol. II, p. 272)

Por otro lado:

«[...] una condición de la producción fundada en el capital es *la producción de una esfera de la circulación constantemente ampliada*, ya porque esa esfera se amplíe directamente, *ya porque en su interior se creen más puntos como puntos de producción.*» (*Grundrisse*, Vol. I, p. 364)

4.2.5. El capital experimenta crisis precisamente porque no tiene en cuenta los límites antes mencionados.

«Por lo demás, resulta de la *tendencia general del capital* (tal como en la circulación simple el dinero se presentaba como meramente fugitivo, carente de necesidad autónoma y por ello no como límite y barrera), que aquél olvida y se abstrae de:

1) el trabajo necesario como límite del valor de cambio propio de la capacidad viva de trabajo; 2) el plusvalor como límite del plustrabajo y del desarrollo de las fuerzas productivas; 3) el dinero como límite de la producción; 4) la limitación de la producción de valores de uso por el valor de cambio.

Hinc la superproducción: vale decir, el *recuerdo* repentino de todos esos elementos necesarios de la producción fundada sobre el capital; por consiguiente, desvalorización general a consecuencia del olvido de los mismos. Con ello se le plantea al mismo tiempo al capital la tarea de, recomenzar su intento a partir de un nivel superior de desarrollo de las fuerzas productivas, etc., con un *collapse* cada vez mayor *como capital*. Es claro, pues, que cuanto mayor sea el desarrollo del capital, tanto más se presentará como barrera para la producción —y por ende también para el consumo—, prescindiendo de las demás contra-

dicciones que lo hacen aparecer como insoportable barrera para la producción y la circulación.

Todo el *sistema crediticio*, y con él el *overtrading*, *overspeculation*, etc., anexos, se funda en la necesidad de ampliar y saltar por encima de las barreras para la circulación y para la esfera del intercambio.» (*Grundrisse*, Vol. I, pp. 368-369)

4.2.6. El tiempo de circulación es un tiempo de desvalorización. A medida que aquella tiende a prolongarse, ésta última aumenta. El capital reacciona racionalizando al máximo la circulación. De este modo, puede regular y programar la liberación de una porción del capital que había estado fijada en la circulación y establecer un sistema de autofinanciación. Así, aunque el proceso de valorización sea al mismo tiempo el de desvalorización (en el seno del proceso inmediato), el proceso de desvalorización (en la circulación) tenderá a ser al mismo tiempo un proceso de valorización. En este momento es cuando interviene el crédito, pero también la mistificación total de las relaciones económicas.

4.2.7. Para reducir el tiempo de trabajo necesario y aumentar el tiempo de trabajo excedente, se ha producido un desarrollo considerable del capital fijo, «que como *monstruo animado* objetiva el pensamiento científico y es de hecho el coordinador», pero éste no genera valor, sino que produce gratuitamente; de ahí la desvalorización. Surge entonces la necesidad de destruir esta socialización, que inhibe el proceso de valorización.

«El capital mismo es la contradicción en proceso, [por el hecho de] que tiende a reducir a un mínimo el tiempo de trabajo, mientras que por otra parte pone al tiempo de trabajo como única medida y fuente de la riqueza. Disminuye, pues, el tiempo de trabajo en la forma de tiempo de trabajo necesario, para aumentarlo en la forma del trabajo excedente; pone, por tanto, en medida creciente, el trabajo excedente como condición —*question de vie et de mort*— del necesario. Por un lado despierta a la vida todos los poderes de la ciencia y de la naturaleza, así como de la cooperación y del intercambio sociales, para hacer que la creación de la riqueza sea (relativamente) independiente del tiempo de trabajo empleado en ella. Por el otro lado, se propone medir con el tiempo de trabajo esas gigantescas fuerzas sociales creadas de esta suerte y reducirlas a los límites requeridos para que el valor ya creado se conserve como valor. Las fuerzas productivas y las relaciones sociales —unas y otras diversos aspectos del desarrollo del individuo social— se le aparecen al capital únicamente como medios, y no son para él más que medios para producir fundándose en su mezzuina base. *In fact*, empero, constituyen las condiciones materiales para hacer saltar a esa base por los aires.» (*Grundrisse*, Vol. II, p. 229)

4.2.8. Como el capital es el valor en proceso, es obvio que engloba en sí mismo un momento en el que hay desvalorización; contiene, por tanto, una contradicción. Esta contradicción no es estática; se desarrolla en el curso de la vida del capital de forma tangible. Es la tendencia al descenso de la tasa de ganancia.

$$\Pi' = \frac{\Pi}{c + v}$$

«Puesto que la masa del trabajo vivo empleado siempre disminuye en relación con los medios de producción que pone en movimiento, en relación con la masa del trabajo objetivado que aquél pone en movimiento, con los medios de producción productivamente consumidos, entonces también la parte de ese trabajo vivo que está impaga y que se objetiva en plusvalor debe hallarse en una proporción siempre decreciente con respecto al volumen de valor del capital global empleado.»

Se puede expresar esta ley de otra forma escribiendo:

$$\Pi' = \frac{1}{\gamma + 1}$$

Esto es cierto si razonamos a escala social, en la que la suma del plusvalor es igual a la suma del beneficio. Siendo la tasa de plusvalor igual al 100% $p = v$, la fórmula anterior se convierte en:

$$\Pi' = \frac{p}{c + v} = \frac{v}{c + v}$$

dividiendo el segundo miembro por v se obtiene la segunda fórmula, donde γ es igual a c/v , que es la composición orgánica del capital. Cuanto mayor sea, mayor será la productividad del trabajo. Esta fórmula indica una función siempre decreciente, por lo que «la tendencia progresiva de la tasa general de ganancia a la baja sólo es, por tanto, *una expresión, peculiar al modo capitalista de producción*, al desarrollo progresivo de la fuerza productiva social del trabajo.»

4.2.9. El análisis puramente matemático de la segunda fórmula no nos permite realizar un estudio de los límites del modo de producción capitalista. En efecto, si consideramos que la productividad, y por tanto la composición orgánica del capital, aumenta indefinidamente, la tasa de ganancia tiende a cero. Pero la cuestión es saber cómo puede tender a ello.

4.2.10. La lucha contra la desvalorización se manifestará como la lucha contra la tendencia al descenso de la tasa de ganancia. De ahí la importancia del capítulo XIV «Causas contrarrestantes». Algunas ya están incluidas en lo dicho anteriormente.

1. Aumento del grado de explotación de la fuerza de trabajo.
2. Disminución del salario por debajo de su valor.
4. Superpoblación relativa.

Los puntos: 3. Descenso de los precios de los elementos del capital constante. 5. El comercio exterior y 6. La ampliación de capital por acciones, son puntos indicados, pero no desarrollados. Ahora bien, de la manifestación de estos surgió lo que se llamó imperialismo, como si el capital hubiera cambiado y, a cosa nueva, nuevo nombre.

4.2.11. «Con lo dicho se desvincula la desvalorización del capital existente (es decir, de sus elementos materiales) dada con el desarrollo de la industria. También ella es una de las causas que operan constantemente, que contienen la baja de la tasa de ganancia, pese a que, en determinadas circunstancias, hacen mermar la masa de la ganancia al hacer mermar la masa del capital que arroja ganancias.» (Tomo III, Vol. 6, p. 302)

a) Una primera forma de reducir los costes del capital constante fue el método colonialista: la apropiación de la tierra en los países que producen los elementos del capital constante. Esto corresponde a una forma inferior de capitalismo. En el siglo xix, la mayoría de los países capitalistas se lanzaron a la conquista de todos los países que aún no habían sido alcanzados por el desarrollo capitalista. Los oprimieron, les impidieron desarrollarse, e incluso cuando lo consiguieron, en la industria (India) o en la agricultura (Argelia) fue de forma parasitaria sobre el cuerpo social del país, que siguió encerrado en las viejas formas.

El reparto del mundo, la división de las colonias entre un pequeño grupo de países podía definir el capitalismo en un momento determinado de su evolución, pero era imposible considerarlo como una fase final, definitiva. (Cfr. 4.5.)

b) Una segunda vía es, una vez que los países se han independizado y ya no es posible presionarles directamente, utilizar mecanismos monetarios para pagar productos más baratos. Esto verifica plenamente lo que dice Marx: «El capitalismo accede a la totalidad en el mercado del dinero». Esto implica, obviamente, que la poten-

cia que opera de esta manera sea una verdadera potencia mundial, que goce del monopolio sobre el mercado: los Estados Unidos.

Gracias a que el precio del oro se ha fijado en 35 dólares la onza desde 1935, Estados Unidos puede comprar con una moneda depreciada productos básicos que en realidad encierran una cantidad mayor de valor. De este modo, los Estados Unidos limitan la disminución de la tasa de beneficio. De ello no sólo se beneficia Estados Unidos, sino todas las naciones altamente desarrolladas desde el punto de vista capitalista, y que explotan a las que están en los albores del desarrollo. De ahí que la lucha de las demás naciones capitalistas contra el monopolio estadounidense no sea una lucha para destruir ese monopolio sino para compartirlo.

c) El capital puede seguir obteniendo materias primas a bajo precio mediante la producción de materias primas artificiales de reemplazo.

«A esto obedece, por una parte, la tendencia necesaria del capital a apoderarse multilateralmente de la producción; su tendencia a poner como del capital, aunque de otro capital, la producción de las materias de trabajo y las materias primas, así como también la de los instrumentos; la tendencia del capital a propagarse.» (*Grundrisse*, Vol. II, p. 309)

4.2.12. «En la medida en que el comercio exterior abarata en parte los elementos del capital constante, en parte los medios de subsistencia necesarios en los que se transforma el capital variable, actúa haciendo aumentar la tasa de ganancia al elevar la tasa del plusvalor y haciendo descender el valor del capital constante. En general, opera en ese sentido al permitir la ampliación de la escala de la producción.

Con ello acelera, por una parte, la acumulación, pero por la otra parte también la disminución del capital variable con respecto al constante, y por consiguiente la baja en la tasa de ganancia. Del mismo modo, la expansión del comercio exterior, aunque en la infancia de la producción capitalista constituye la base de esta, se ha convertido, en el curso de su evolución, en su propio producto, virtud de la necesidad intrínseca de ese modo de producción, de su necesidad de un mercado cada vez más extenso. En este caso vuelve a revelarse el mismo carácter bifacético del efecto. (...)»

«No se comprende entonces por que las tasas de ganancia más elevadas que de este modo arrojan los capitales invertidos en ciertos ramos y que remiten a su país de origen, no habrían de ingresar allí —en medida en que no haya monopolios que se lo impidan— en la nivelación de la tasa general de ganancia, con lo cual la harían aumentar pro tanto.»

El comercio exterior, que se estancó durante el período de entreguerras, está experimentando actualmente un desarrollo considerable, lo que ralentiza la caída de la tasa de beneficio.

4.2.13. «Con el progreso de la producción capitalista, que va de la mano de la aceleración de la acumulación, una parte del capital sólo se calcula y emplea como capital que devenga interés. No en el sentido de que cualquier capitalista que presta

capital se conforma con los intereses, mientras que el capitalista industrial se embolsa la ganancia del empresario. Esto en nada afecta el nivel de la tasa general de ganancia, pues para dicha tasa la ganancia es = interés -f ganancia de todo tipo -f renta de la tierra, cuya distribución entre esas categorías particulares le es indiferente.»

Es, pues, la etapa en que el capital se ha constituido como totalidad en el mercado monetario.

«Sino en el sentido de que esos capitales, a pesar de estar invertidos en grandes empresas productivas, una vez deducidos todos los costos sólo arrojan pequeños o grandes intereses, los así llamados dividendos. Por ejemplo, en los ferrocarriles. Por lo tanto, no entran en la nivelación de la tasa general de ganancia, ya que arrojan una tasa menor que la tasa media de ganancia. Si lo hicieran, dicha tasa declinaría mucho más aún. Desde el punto de vista teórico se los puede incluir en el cálculo de dicha tasa, y se obtendría entonces una tasa de ganancia menor que la existente en apariencia —que es la que en realidad decide a los capitalistas—; sería menor porque justamente en esas empresas el capital constante es máximo en relación con el variable.»

Se entiende así el interés de las nacionalizaciones para el capital. Nacionalizar equivale a hacer que $c = 0$; es decir, tener la producción sin tener que efectuar el gasto para la parte constante del capital productivo.

4.2.14. La disminución del incremento relativo de la producción, es decir, la de la relación

$$\frac{p'' - p'}{p'}$$

da una indicación acerca del fenómeno mencionado anteriormente, pero sólo eso. En efecto, considerar esta relación como una expresión idéntica, pero en términos de mercancías, es otorgar importancia a la masa, a la materia, y no tener en cuenta el valor. Se trata de un error fisiocrático. Ahora bien, el capital no es una materia tangible, es valor en proceso.

«También aquí vuelve a revelarse cuán importante es, en la producción capitalista, no considerar la mercancía individual o el producto mercantil de un lapso cualquiera en forma aislada, como mera mercancía, sino como producto del capital adelantado, y en relación con el capital global que produce esa mercancía.» (*El Capital*, Tomo III, Vol. 6, p. 291)

4.2.15. Por otra parte, la ley de la caída de

$$\frac{p'' - p'}{p'}$$

(como en el punto anterior, P' y P indican la producción de dos años sucesivos) refleja un resultado, pero no describe un proceso. Además, esto tiende a hacer que el fenómeno capitalista parezca un fenómeno natural; la disminución del ritmo de crecimiento en un organismo en desarrollo, en un cristal, etc., es un fenómeno natural. Ahora bien, las leyes del capital no pueden ser reducidas a procesos naturales. De lo contrario, se convertiría al propio capital en un proceso natural al que hay que someterse desde el principio de los tiempos. Hay leyes precisas que rigen el desarrollo del capital, tan precisas como las leyes descubiertas en la naturaleza, pero no son leyes naturales.

«[...] las conexiones a través del mercado mundial, sus coyunturas, el movimiento de los precios de mercado, los períodos del crédito, los ciclos de la industria y el comercio, la alternancia de la prosperidad y la crisis, se les presentan como leyes naturales todopoderosas que los dominan al margen de su voluntad y se imponen frente a ellos como una ciega necesidad.» (*El Capital*, Tomo III, Vol. 8, p. 1057)

4.2.16. Las variaciones de valor no se producen de manera imperceptible, sino que hay verdaderas transformaciones, auténticas revoluciones; la vida del capital consista en superarlas. El desarrollo de la automatización representa una revolución semejante en el valor. Sin embargo, el capital, que ha accedido a la totalidad en tanto mercado monetario, logra superarla.

4.2.17. «[...] el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo genera, en el caso de la baja de la tasa de ganancia, una ley que en cierto punto se opone con la mayor hostilidad al propio desarrollo de esa fuerza productiva, por lo cual hay que superarla constantemente por medio de crisis.» (*El Capital*, Tomo III, Vol. 6, p. 331)

4.2.18. «En el hecho de que la apropiación de trabajo impago y la proporción entre ese trabajo impago y el trabajo objetivado en general o, expresado en términos capitalistas, que la ganancia y la proporción entre esa ganancia y el capital empleado — es decir, determinado nivel de la tasa de ganancia— decidan acerca de si se debe expandir o restringir la producción, en lugar de ser lo decisivo a este respecto la relación entre la producción y las necesidades sociales, las necesidades de los seres humanos socialmente desarrollados.» (*ibíd.*, p. 331)

4.2.19. «El valor de la mercancía está determinado por el tiempo global de trabajo, pasado y vivo, que entra en ella. Pues el acrecentamiento de la productividad del trabajo consista precisamente en que disminuye la proporción de trabajo vivo y aumenta la participación del trabajo pretérito, pero ello de tal suerte que disminuya la suma global del trabajo que hay en la mercancía; es decir, de modo que el trabajo vivo disminuya en más de lo que aumenta el trabajo pretérito. El trabajo pretérito encarnado en el valor de una mercancía —la porción constante de capital— consista en parte en el desgaste de capital constante fijo, en parte en el capital constante circulante —materias primas y auxiliares— que entro por completo en la mercancía. (*ibíd.*, p. 334)

En otras palabras, ya no es posible dar una definición inmediata del valor, puesto que en su determinación interviene una cantidad cada vez mayor de tiempo de trabajo pasado.

4.2.20. «Por consiguiente, para el capital la ley del incremento de la fuerza productiva del trabajo no tiene validez incondicionada. Para el capital, esa fuerza productiva se incrementa no cuando se economiza en general en materia de trabajo vivo, sino sólo cuando se economiza en la parte *paga* del trabajo vivo más de lo que se adiciona en materia de trabajo pretérito, tal como ya se ha insinuado sucintamente en el libro 1, capítulo XIII, 2, p. 409/398.» (*ibíd.*, p. 336)

Por eso el capital se opone a veces a la introducción de maquinaria nueva, porque perjudicaría su valorización. Sin embargo, toda la vida del capital consiste en superar las barreras a la valorización. Por ello, finalmente, este tipo de máquinas acaban introduciéndose.

4.2.21. «Tres hechos fundamentales de la producción capitalista:

1) Concentración de los medios de producción en pocas manos, en virtud de lo cual dejan de aparecer como propiedad de los trabajadores directos, convirtiéndose en cambio en potencias sociales de la producción. Aunque primeramente lo hagan como propiedad privada de los capitalistas. Éstos son *trustees* [sindicatos] de la sociedad burguesa, pero embolsan todos los frutos de esta sindicatura.

2) Organización del propio trabajo, en cuanto trabajo social: mediante la cooperación, división del trabajo y combinación del trabajo con las ciencias naturales.

El modo capitalista de producción deroga la propiedad privada y el trabajo privado en esos dos sentidos, aunque lo hace bajo formas antagónicas.

3) Establecimiento del mercado mundial.» (*ibíd.*, p. 341).

En lo antedicho, se encuentran todos los elementos para entender la etapa reciente, la más joven del capital, la que se denominó imperialismo y a la que en la actualidad se pretende llamar ultraimperialismo o de nuevo capitalismo monopolista. Desgraciadamente, el capítulo «Desarrollo de las contradicciones internas de la ley», del que se ha extraído la cita anterior, así como las «Consideraciones complementa-

rias», no fueron desarrolladas exhaustivamente. Tal vez por eso fue tan fácil fabricar teorías sobre el imperialismo.

4.2.22. Con el acrecentamiento del capital y, por tanto, de la productividad del trabajo, todos los obstáculos al proceso de valorización, que el capital no había eliminado sino englobado, se convierten en medios de valorización: la renta de la tierra (agraria o de los terrenos de construcción), las fronteras nacionales con el proteccionismo, etc. Esto supone, en definitiva, un aumento considerable de la especulación. En otras palabras, una vez alcanzada determinada fase de la desvalorización, el capital no puede escapar a ella sino mediante la especulación y convirtiéndose en capital ficticio.

4.2.23. El despilfarro en todas sus formas es una manifestación fenoménica de la desvalorización. La tendencia del capital es reducir el número de seres humanos que producen plusvalor y aumentar el número de los que viven de ella. Eso significa que hay un desperdicio (el más importante) de fuerzas productivas. La producción y el consumo de un sinnúmero de cosas inútiles o incluso nocivas es otro aspecto del despilfarro.

Cuando el capital se ha constituido en totalidad, el consumo de las nuevas clases medias ya no es suficiente para destruir el desequilibrio entre producción y valorización. A partir de ahí, se impone una industria que ya no necesita seres humanos para consumir sus productos (son necesarios para permitir su consumo): la guerra. El Estado interviene entonces como representante de la comunidad material para recaudar, en forma de impuestos, el plusvalor necesario para que la valorización pueda realizarse en las empresas productoras de armas. Esto afecta principalmente a los proletarios y a las nuevas clases medias, pero también a otros estratos sociales, incluso a los directamente vinculados al capital (todos sus funcionarios, por ejemplo). Eso demuestra hasta qué punto el Estado se ha convertido en un agente importante en el proceso de valorización del capital. Lo mismo ocurre con la guerra. Es necesaria para destruir la socialización de la producción, es decir, su resultado, que inhibe su proceso de vida.

4.2.24. La contradicción valorización/desvalorización se manifiesta de la forma más contundente entre el capital, que tiende a la máxima valorización, y los seres humanos, que fijan cada vez más el valor y, por tanto, desvalorizan. En efecto, a fin de inhibir la rebelión de los hombres contra las condiciones de vida que se les imponen, es necesario acordarles una cierta reserva social (fascismo = socialdemocracia). Esto se llevó a cabo primero para el proletariado y luego para casi todos los estratos de la sociedad. El capital supera esta fijación utilizando de una manera o de otra el dinero de los diferentes fondos de seguros, o robando a los proletarios disminuyendo los reembolsos, por ejemplo. Lo consigue, para muchos trabajos, utilizando trabajadores ajenos a la zona donde este capital se desarrolla. Estos trabajadores, procedentes de

países menos desarrollados, tienen menos necesidades y, por otra parte, no están organizados. Sin embargo, como el país prestamista de la fuerza de trabajo quiere recuperar parte del dinero obtenido por sus trabajadores, pueden producirse presiones sobre el país empleador para que los salarios no sean demasiado bajos. Inevitablemente, la contradicción reaparece.

En última instancia, la contradicción en su forma más evolucionada se dará entre el capital y los seres humanos, convertidos en obstáculos a la valorización. Estos últimos tendrán que responder a la ofensiva del capital, que tenderá a destruirlos con objeto de liberar su proceso. No tendrán más que una posibilidad de supervivencia: la destrucción del capital.

Así, al final de la vida del capital, reaparecerá el antagonismo inicial, que había quedado enmascarado durante todo el período de su devenir hacia la totalidad, de su conquista del planeta: el antagonismo entre el valor de cambio convertido en capital y el ser humano. En efecto, al principio, se producía entre capital y proletario asalariado. Para conjurar los asaltos proletarios, el capital tiende a negar las clases y a sumergir al proletariado en las nuevas clases medias. Esto se produce mediante la generalización del trabajo asalariado y de la condición proletaria a la mayoría de la humanidad, y también garantizando una reserva social a los esclavos del capital. Al hacerlo, el ser humano se vuelve demasiado costoso para el capital; se convierte en el obstáculo fundamental a su valorización. La lucha estallará necesariamente, ya no sólo entre el capital y el proletariado, sino entre el capital y la masa de la humanidad proletarizada, dirigida por el proletariado. Es la negación de la negación.

4.3. Capital y agricultura

«Tanto por su naturaleza como históricamente, el capital es el creador de la moderna propiedad de la tierra, de la renta de la tierra; por ende, su acción se presenta asimismo como disolución de la vieja forma de la propiedad de la tierra. La nueva surge a consecuencia de la acción del capital sobre la vieja. El capital —considerado bajo cierto aspecto— es el fundador de la agricultura moderna. En las relaciones económicas de la moderna propiedad de la tierra, lo que aparece como un proceso: renta de la tierra-capital-trabajo asalariado (la forma de la serie puede ser concebida de otra manera, como trabajo asalariado-capital-renta de la tierra, pero el capital debe aparecer siempre como el término medio activo), constituye por ende la estructura interna de la sociedad moderna, o el capital puesto en la totalidad de sus relaciones.»

MARX, *Grundrisse*, Vol. I, p. 217

4.3.1. Características generales

4.3.1.1. Naturaleza y trabajo.

Contratesis 1. La naturaleza pone periódicamente una masa de riqueza a disposición de la sociedad humana. Quien controla una porción de tierra disfruta del uso de una parte de esos frutos.

Tesis 1. Todo el complejo de bienes de uso de los que dispone la sociedad proviene del *trabajo* humano. Dispone de bienes, sin la correspondiente prestación de trabajo, cualquier grupo social que controle: a) las personas de los productores; b) el derecho de acceso a la *tierra* de los productores; c) los *instrumentos* de trabajo indispensables para los productores y, por tanto, los productos.

4.3.1.2. Riqueza y trabajo excedente.

Contratesis 2. La tierra, las herramientas de trabajo y el dinero son acumulaciones de riqueza, ya provengan de la naturaleza o del trabajo que, sin agotarse, generan periódicamente una cuota-parte de la que puede disfrutarse (renta, ganancia, interés).

Tesis 2. Cualquier ingreso, para las clases que no se dedican a la producción, se deriva del trabajo excedente de otras clases. Sobre el producto generado, las instituciones políticas sólo imponen la retención de la parte menor, que es suficiente para que la clase activa se mantenga y se reproduzca.

Los intereses, la renta, los beneficios, no son más que partes de este excedente o plusproducto, atribuida a diversos estratos sociales en virtud de los poderes del ordenamiento vigente.

4.3.1.3. Distribución del producto.

Contratesis 3. (fórmula trinitaria). El producto se forma gracias a los tres factores de producción: trabajo, propiedad y capital. Por tanto, debe dividirse en tres partes: el salario remunera el trabajo, la *renta* la tierra y el beneficio (y los *intereses*) el capital.

Tesis 3. Ante todo, el producto contiene un 4º elemento: el quantum de materias primas y el desgaste del utillaje y de las instalaciones que hay que restituir al final del ciclo y que los marxistas llaman *capital constante*. Por tanto, la ecuación de la economía burguesa clásica es falsa: el producto es igual al salario más el beneficio, más la renta. Por tanto, hay que distribuir «el valor añadido al producto» a lo largo de un ci-

clo productivo determinado. Dicho valor se deriva enteramente del trabajo empleado.

En la forma capitalista moderna, hay tres clases en presencia. Todo el valor engendrado en la producción deriva del trabajo del proletariado, y de él se obtienen tres deducciones: salario para los obreros (separados de los instrumentos de trabajo y de la tierra), ganancia para los *empresarios capitalistas* (que disponen de capital, pero no de tierra), y renta para los terratenientes.

4.3.1.4. Patrimonio y capital.

Contratesis 4. La renta de la tierra equivale a los frutos que obtiene quien dispone de un capital-dinero y lo haya invertido en la adquisición de tierra, igual que los habría recibido invirtiéndolo en la adquisición de instalaciones productivas o prescindiéndolo a interés.

Tesis 4. El beneficio de las distintas empresas capitalistas tiende a nivelarse y a una tasa media, mientras no intervenga la *renta*. En este caso el *producto* asume en el mercado el valor de cambio que corresponde a lo que el marxismo denomina *precio de producción* capital constante + capital variable + beneficio.

La economía burguesa llama coste de producción a la suma anticipada para el capital constante y variable.

La economía marxista llama tasa de ganancia a la relación entre la ganancia y dicha suma adelantada, y luego llama tasa de plusvalor a la relación entre la ganancia y el capital variable o el gasto en salarios.

Ni una ni otra de estas magnitudes se corresponde con la tasa de *beneficio* o *dividendo*, generalmente inferior, que la economía habitual relaciona con los activos de la empresa, que representan el valor de las instalaciones productivas, más el capital monetario de gestión, más los inmuebles, caso de haberlos.

La *tierra* y el *capital monetario*, e incluso el valor estimado de los *medios de trabajo*, en la medida en que son considerados como bienes mercantiles y no como factores ligados a la producción y que permanecen invariables después del ciclo que ha realizado el *producto* neto, no son inversiones de *capital productivo*, sino que son títulos sociales que permiten hacer deducciones de la ganancia y del trabajo excedente, así como de las plusganancias cuando éstas existen. No entran en el cálculo del reparto del producto total vendido (el volumen de negocio para los burgueses), que para los marxistas se divide entre el capital total anticipado y el beneficio.

4.3.1.5. Renta diferencial.

Contratesis 5. La renta de la tierra es tanto más elevada cuanto mayor sea el valor de mercado de esta última. Esto se debe al derecho de la era moderna, que deja li-

bertad para la compra o venta de la tierra o para la inversión del precio en otra parte, según convenga.

Tesis 5. Mientras que el interés forma parte del beneficio normal, el resto es «beneficio empresarial» que el empresario transfiere a un prestamista cuando él mismo no dispone de efectivo para adquirir las materias primas y pagar los salarios, con lo que recupera cuando se vende el producto final; la renta sólo surge cuando hay una plusganancia respecto a la propia tasa de beneficio social media.

Una explotación agrícola produce una plusganancia en relación con otra cuando la fertilidad de la tierra es tal que con *el mismo trabajo y el mismo adelanto de capital* se cosecha una mayor cantidad de alimentos, que el mercado absorbe al mismo precio general.

Esta diferencia, una vez reembolsados los gastos y el beneficio normal del agricultor capitalista, se paga al propietario y constituye la *renta diferencial*.

4.3.1.6. Ley del peor terreno.

Contratesis 6. Al igual que para los productos manufacturados, el precio depende de la oferta y la *demanda*: es *alto* cuando hay mayor demanda de los consumidores; es bajo cuando hay mayor capacidad de producción.

Tesis 6. Las famosas oscilaciones competitivas no tienen mayor importancia que pequeñas «modulaciones de altitud» en la onda portadora de altitud estable: se compensan mutuamente y no producen una transferencia de riqueza de una clase social a otra, sino sólo ganancias y pérdidas episódicas de empresas concretas. En el caso de los productos manufacturados de la industria moderna, el precio tiende a situarse en torno a su *valor de cambio*, que en este caso es idéntico al *precio de producción*, incluyendo el *beneficio* por el tipo medio.

Para los productos agrícolas el precio de mercado se establece en función del precio de producción particular del terreno menos fértil, que llega a compensar el único beneficio medio, además de los gastos. Dada la relación entre la población creciente y el carácter limitado de la tierra cultivable, todo el producto se establece al mismo precio y ahí donde, a igualdad de gastos, se encuentra en cantidad mayor y, por tanto, con un menor precio de producción particular, aparece la plusganancia, que se convierte en la *renta*.

4.3.1.7 Renta absoluta.

Contratesis 7. Puesto que sólo hay renta para el *propietario* a partir del momento en que el producto rinde, al precio del mercado, algo adicional a la ganancia capitalista normal, no hay renta para el peor terreno, regulador del mercado. Sólo lo cultivaría el propio propietario, en tanto empresario capitalista (Ricardo).

Tesis 7. Además de los bonos sucesivos del volumen de la renta que provienen de la mejor calidad de los terrenos, existe una *renta absoluta*, propia del caso más desfavorable. Esto se debe al hecho de que para los productos alimenticios (trigo = alimento básico) el *precio de mercado* es superior incluso al *valor*, es decir, al *precio de producción* en las peores condiciones, a partir del momento en que toda la tierra está *ocupada* y gestionada en forma de empresa capitalista (a partir del momento, por tanto, en que se supera el consumo directo de productos alimenticios por parte del agricultor, y todo entra como mercancía en el circuito mercantil).

El modo histórico de producción capitalista, a medida que se difunde, hace bajar el precio de los productos manufacturados y subir el de los alimentos.

4.3.1.8. Industria y agricultura.

Contratesis 8. Con el progreso de la tecnología y la inversión de más capitales en la agricultura, la masa de productos alimentarios puede aumentar hasta el punto de hacer bajar el coste.

Subcontratesis (a): Siempre que se liberalicen los intercambios y las inversiones de capital....

Subcontratesis (b): siempre que una división económica central calcule oportunamente los volúmenes de capitales que deben asignarse a los distintos sectores y regule las cotizaciones del mercado.

Tesis 8. Toda compensación entre los precios industriales y agrícolas es imposible en la economía capitalista, al igual que en general lo es entre la satisfacción de las necesidades en función del interés social, igual que es imposible en la distribución de la riqueza, del capital y de la renta.

La tendencia de una economía de este tipo, cada vez más alejada del equilibrio, está ligada, no a la simple apropiación de trabajo excedente, sino al hecho de que la distribución del producto entre las diferentes clases depende de la existencia de un *precio de mercado corriente igual* para las mercancías producidas en las condiciones más diversas en términos de esfuerzo y resultados.

La *composición orgánica* cada vez mejor del capital industrial (alto nivel tecnológico: numerosas materias primas transformadas por un número cada vez menor de obreros y de horas de trabajo), determina el descenso general de la tasa de ganancia (mientras que, con el crecimiento del capital global, la masa de ganancia crece enormemente) incluso con una tasa de plusvalor igual (igual deducción de trabajo excedente).

Este proceso, que el desarrollo de la producción ha hecho inevitable, está bloqueado en la agricultura, no sólo por el monopolio privado de la tierra, sino sobre

todo por la *nivelación mercantil* de toda la masa producida aportada al intercambio, y por la desfavorable relación población-tierra.

La asignación al Estado de todas las rentas de la tierra, propuesta desde el inicio de la industrialización, no eliminaría las causas de este hecho esencial. Pues consistiría en redistribuir la plusganancia, que iba a parar a los terratenientes, entre los capitalistas a los que el Estado, según la vieja tesis de Ricardo, ya no reclamaría impuestos sobre los beneficios.

4.3.1.9. Comunismo y antimerchantilismo.

Contratesis 9. La compensación general y la reducción del tiempo de trabajo social medio, con un alto nivel general de consumo, pueden obtenerse, además de mediante la nacionalización de la renta: a) atribuyendo al Estado todo el beneficio de las empresas industriales y agrícolas; b) dejando el beneficio a las asociaciones autónomas de todos los trabajadores de cada empresa.

Tesis 9. Estas medidas no superan el marco *mercantil* y, por tanto, *capitalista*, ya que el intercambio mercantil regularía las relaciones de empresa a empresa, de empresa a Estado, de empresa a consumidor o de consumidor a Estado, así como las relaciones de empresa a trabajador. También existiría una enorme cantidad de trabajo social global con un bajo consumo social global, y ninguna compensación entre la aportación de trabajo y el disfrute del consumo.

La destrucción del *despotismo fabril*, del encarcelamiento por un tiempo de trabajo exagerado (que tecnológicamente debería constituir hoy una pequeña fracción del tiempo de trabajo de la época precapitalista y del máximo fisiológico) y la destrucción de la *anarquía de la producción* (o del desperdicio de una gran parte del producto social sin que sea transformado en consumo útil) constituyen el programa comunista de la revolución proletaria. Comporta las siguientes características:

A. Abolición de la administración de la producción por unidades empresariales.

B. Abolición de la *distribución* mediante el intercambio mercantil y *monetario*, tanto de las mercancías como de la fuerza de trabajo humana.

C. Un plan social único, medido en términos de cantidades físicas y no en términos de equivalentes económicos, de la asignación a los diferentes sectores productivos de la fuerza de trabajo, de las materias primas, de los instrumentos y de la asignación de los productos a los sectores de consumo.

Las fórmulas que afirman que el socialismo es la supresión del plusvalor y la restitución del producto íntegro a cada productor son totalmente erróneas,

El socialismo es la *abolición de todo valor mercantil* y de todo *trabajo forzoso y remunerado*, con la donación del trabajo excedente de cada individuo a la sociedad, no a otros ni a sí mismo.

4.3.1.10. Parcelación y miseria.

Contratesis 10. Un remedio para las grandes disparidades en la distribución de la riqueza, reconocido por todos, se encuentra en la parcelación de la tierra en pequeñas unidades familiares gestionadas por granjeros, colonos, campesinos libres propietarios.

Tesis 10. En la agricultura, además de los asalariados, las capas de la población trabajadora, de las que la sociedad capitalista nunca será depurada, son supervivencias de formas sociales pasadas. El producto de semejante producción fragmentaria se mantiene a un precio inferior al que proporciona la agricultura plenamente capitalista, sólo porque *estos trabajadores-empresarios* e incluso *microterratenientes*, —debido a las dificultades naturales y sociales y a la mala técnica— abandonan parte de la *renta* y del *beneficio* y, a menudo, incluso del *salario* (equivalente al de un campesino sin tierra) a la clase capitalista y al Estado, a los consumidores (caso en que el precio está *por debajo*, no *por encima*, del valor).

Tales capas forman una clase —casi una casta— de oprimidos atrasados con respecto al mundo moderno, incapaz —en la medida en que sus revueltas debidas a las hambrunas pueden perturbar el poder burgués— de personificar nuevas formaciones sociales revolucionarias.

La revolución es la tarea de los proletarios de la industria y la tierra; la dictadura revolucionaria es la función exclusiva de los primeros.

4.3.1.11. Monopolio y competencia.

Contratesis 11. La teoría marxista de la economía moderna, basada en las leyes de la producción en tanto determinaciones del valor del producto y del plusvalor, no ha podido dar cuenta con exactitud de los recientes fenómenos del monopolio y del imperialismo, ya que sus deducciones se basaban en la hipótesis de la existencia de la plena competencia.

Tesis 11. La teoría basada en el cálculo de la magnitud del valor y sus fracciones en la producción capitalista, se opuso desde su aparición a la teoría burguesa de la competencia. La negó y la condenó, revelando, desde ese momento, el carácter de monopolio de clase de esta economía. Los fenómenos recientes han confirmado la doctrina y todas sus predicciones. Su presentación teórica y matemática, incluso en los sectores industriales, se realiza sin ninguna dificultad, gracias a los rigurosos teoremas sobre la renta. Éstos se aplicaron —tan pronto como se enunciaron— no sólo a la agricultura sino a todas las fuerzas naturales. Por tanto, son válidos para la economía en la que existe la máquina de vapor, o el motor de gasolina, cuya energía sea la hidroelectricidad o, mañana, la nuclear. Todo esto constituye la base presente o futura, de plusganancias y monopolios, de rentas parasitarias, que acusan la falta de *compensación* de la forma social capitalista.

4.3.1.12. Ciencia enemiga.

Contratesis 12. Las doctrinas basadas en la introducción de magnitudes mensurables en la producción, en el paso del valor de clase a clase, con sus predicciones sobre las tendencias de desarrollo histórico, son ideologías arbitrarias, dado que en el campo económico no hay predicciones científicas posibles. La única ciencia posible es la que se basa en el registro de los precios concretos, siguiendo sus complejísimas vicisitudes. Los economistas modernos, muy posteriores a Marx, los autores más famosos, los profesores más seguidos e ilustres, se ciñen a las teorías de los precios.

Tesis 12. ¡Profesores a la picota!^{vivi}

4.3.2. La agricultura y el proceso de valorización del capital

4.3.2.1. El estudio de la renta de la tierra y de las leyes económicas que rigen la agricultura capitalista no es una parte marginal de la obra de Marx. Sin embargo, con demasiada frecuencia se la descuida con el pretexto de que la agricultura ocupa un lugar cada vez menor en la producción capitalista. Para algunos parece que este estudio sólo tenga importancia para los países que están accediendo al capitalismo. Olvidan que la renta de la tierra que estudia Marx es la renta de la tierra capitalista. Mejor aún, dice que «es el único valor que el capital crea a partir de sí mismo.» Estos errores se cometieron porque se fragmentó la obra de Marx y se quiso convertirlo en un teórico exclusivo de la «economía industrial».

«Vale decir que el *trabajo asalariado* no es creado en su plenitud sino por la acción del capital sobre la propiedad de la tierra, y luego, una vez que ésta se ha consolidado como forma, por el propietario mismo de la tierra. Este, como dice Steuart, *clears* [«despeja», n. del t.] la tierra entonces de sus bocas superfluas, a los hijos de la tierra los arranca del pecho que los crió y transforma de este modo la propia agricultura, que conforme a su naturaleza se presenta como fuente directa de subsistencia, en fuente mediada de subsistencia, completamente dependiente de relaciones sociales. (La dependencia recíproca debe haber alcanzado todo su relieve antes de que se pueda pensar en una verdadera comunidad social. Todas las relaciones como puestas por la sociedad; no como determinadas por la naturaleza.) (*Grundrisse*, Vol. I, p. 217)

Sin una transformación total de la relación del hombre con la naturaleza —lo que implica que el hombre deba depender del capital, que se convierte en el elemento mediador entre el hombre y la naturaleza— no puede haber revolución social. No

^{vi} Todo el subcapítulo 4.3.1 consiste en la parte final de la obra de A. Bordiga *La question agraire, il programa comunista*, nº 12, 1954. Este texto apareció traducido íntegramente en la revista (*Dis*)*continuité*. También está disponible en Internet, gracias a Jean-Marie Tremblay, en el sitio: <http://classiques.uqac.ca/>. (Nota de septiembre de 2009)

basta con que la agricultura produzca para el mercado, es preciso que el capital se apodere completamente de ella.

4.3.2.2. De hecho, la teoría de la renta de la tierra es una pieza clave de la obra de Marx.

«Pero cuanto más me sumerjo en esta porquería (economía política, n. d. r.) más me convengo de que la reforma de la agricultura e igualmente de esa basura de propiedad que se basa en ella, es el alfa y el omega de la futura revolución; Sin eso, el padre Malthus tendría razón.» (*Carta de Marx a Engels*, 14.08.1851)

Ahora bien, está claro que antes de resolver este problema, hay que estudiar cómo se comporta el capital en la agricultura.

«Por ello, sólo entonces es posible la aplicación de la ciencia y se desarrolla plenamente la fuerza productiva. No cabe duda alguna, pues, de qué el *trabajo asalariado* en su forma *clásica*, como aquello que impregna a la sociedad en toda su amplitud y se convierte en base de la misma, en lugar de la tierra, no es creado sino por la moderna propiedad de la tierra, esto es, por la propiedad de la tierra en cuanto valor creado por el capital mismo. De ahí que la propiedad de la tierra nos vuelva a llevar al trabajo asalariado. Se trata, desde un punto de vista, simplemente de la transferencia del trabajo asalariado desde las ciudades hacia la campaña, o sea del trabajo asalariado extendido a la superficie entera de la sociedad.» (*Grundrisse*, Vol. I, p. 218)

4.3.2.3. Así, apoderándose de la tierra, produciendo la renta de la tierra, es cómo el capital puede llegar a afianzarse como totalidad.

«El capital en cuanto creador de la renta del suelo, se reduce a la producción del trabajo asalariado como su fundamento creador universal. El capital surge de la circulación y pone al trabajo como trabajo asalariado; se constituye de esta manera y se desarrolla como un todo y pone a la propiedad de la tierra como su condición y al mismo tiempo como su antítesis. Se deja ver, empero, que con ello sólo ha creado al trabajo asalariado como su supuesto universal. Es necesario considerar a ésta aparte, pues.» (*ibíd.*, p. 220)

4.3.2.4. El desarrollo del capital elimina al burgués y al terrateniente como personajes, pero las leyes que representaban se generalizan. En particular, en lo que concierne a la propiedad de la tierra, adquieren una extensión considerable en la construcción, ya que esta última está directamente vinculada a la cuestión de la renta del suelo edificable, que es la base tanto del encarecimiento de los alquileres como del incremento de la especulación. Por otra parte, como el capital es la urbanización del campo, estas leyes encuentran un ámbito de aplicación más amplio.

4.3.2.5. La interpretación errónea de la cuestión agraria proviene de la incompreensión del fundamento de la crítica de la economía política: la teoría del valor desde su surgimiento hasta su destrucción. El capital es un momento de la vida de ésta última. Los economistas decían que, con el capital, la ley del valor ya no era operati-

va. Marx demostró que el capital nació sobre la base de ésta, que no la destruía, sino que lograba dominarla: paso a la ley de los precios de producción (momento en el que parece que sea el capital el que da valor a los productos). Además, el capital logra dominar la agricultura a través de esta última (véase el Libro IV de *El Capital*).

El capital nace en la agricultura: capitalismo = revolución agraria. Pero sólo en una determinada fase de su desarrollo consigue someterla a sus leyes. A partir de entonces, la barrera, el monopolio ligado a la propiedad privada deja de ser una barrera externa para convertirse en interna y pasa a ser un medio de valorización. En este punto el monopolio ha perdido el carácter que tenía en la sociedad feudal.

«En la vida práctica encontramos no solamente la competencia, el monopolio y el antagonismo entre la una y el otro, sino también su síntesis, que no es una fórmula, sino un movimiento. El monopolio engendra la competencia, la competencia engendra el monopolio. Los monopolistas compiten entre sí, los competidores pasan a ser monopolistas. Si los monopolistas restringen la competencia entre ellos por medio de asociaciones parciales, se acentúa la competencia entre los obreros; y cuanto más crece la masa de proletarios frente a los monopolistas de una nación, tanto más desenfrenada se hace la competencia entre los monopolistas de las diferentes naciones. La síntesis consista en que el monopolio no puede mantenerse sino librando continuamente la lucha de la competencia.» (*Miseria de la filosofía*).

«Así pues, el monopolio moderno no es una simple antítesis, es por el contrario la verdadera síntesis.» (*Ibíd.*). Es «la negación de la negación».

4.3.2.6. El monopolio, al dificultar la perecuación de la tasa de ganancia, limita la desvalorización. No obstante, el capital lucha contra la desvalorización. Por tanto, es obvio que en el ámbito industrial puede producirse un movimiento de este tipo. Eso también es válido para el proteccionismo, que está tan indisolublemente unido al libre comercio como el monopolio a la competencia. Al principio, es un obstáculo para la valorización del capital, pero luego se convierte en un componente del mismo. De hecho, es un medio de añadir valor a mercancías desvalorizadas debido a la productividad del trabajo.

4.3.2.7. La tierra se ha convertido en capital. Gracias al desarrollo de la ciencia (química, bioquímica, pedología, etc.) es posible acelerar la producción y, por tanto, reducir el tiempo de inmovilización y desvalorización del capital. Recíprocamente, el capital adquiere un carácter territorial. Está, por ejemplo, la puesta en barbecho del capital. Esto sucede cuando hay demasiado capital liberado del proceso de producción, y no encuentra, por así decirlo, «un terreno» al que incorporarse. Una vez constituido el mercado monetario, estos capitales convertidos en «flotantes» son susceptibles de desplazarse de una zona a otra y de participar en la especulación.

4.3.2.8. Otro ejemplo de esta «agrarización» del capital es el mantenimiento de empresas marginales que tienen dificultades para producir con la tasa media de be-

neficio social. Esto ocurre no sólo en los países menos desarrollados, sino también en Estados Unidos. De hecho, es un medio para que el capital, en tanto totalidad, recupere plustrabajo. Todo sucede como con los campesinos parcelarios.

«Parte del plustrabajo de los campesinos que laboran bajo las condiciones más desfavorables se dona gratuitamente a la sociedad, y no entra en la regulación de los precios de producción o en la formación del valor en general. Ese precio más bajo es, entonces, un resultado de la pobreza los productores, y en modo alguno de la productividad de su trabajo.» (*El Capital*, Tomo III, Vol. 8, pp. 1025-1026)

4.3.2.9. El monopolio vuelve a su forma inmobiliaria en el capitalismo plenamente evolucionado. Para el terrateniente, consistía en el hecho de poseer una parte de la tierra cultivable; para la empresa (no para un hombre) consistía en el hecho de poseer una parte del capital social. De ahí la competencia entre las empresas para disfrutar de una fracción cada vez mayor de éste, y de ahí el intento de influir sobre el Estado, representante de la comunidad material, en el sentido de sus intereses, es decir, para obtener ventajas fiscales, pedidos y préstamos. Con el llamado «complejo militar-industrial», Estados Unidos ofrece el mejor ejemplo de lo antedicho. Esto es lógico, ya que, si el Estado ha de gestionarse como una empresa, ésta necesita al Estado, especialmente al ejército, para lograr sus objetivos. El lenguaje militar está invadiendo el ámbito económico.

4.3.2.10. Para el capital, la única riqueza es la fuerza de trabajo viva, que genera plusvalor, porque gracias a ella crece y vive. Por tanto, para que el capital domina plenamente, es preciso que todo se convierta en capital, que el ser humano sea separado de todo, despojado de todo, de modo que, si quiere producir, comer y disfrutar, tenga que aceptar las condiciones del capital: proporcionar plustrabajo. Sin embargo, el aumento de la producción tiende a disminuir, a reducir a cero el tiempo de trabajo vivo incluido en las mercancías: es la negación del capital. De ahí, pues, la tendencia a frenar el desarrollo de las fuerzas productivas y a encontrar medios artificiales de valorización que condenen a la humanidad a estar siempre trabajando. Al hacerlo, aparece un nuevo tipo de renta. Representa el valor de la diferencia entre el tiempo de trabajo cristalizado en el producto generado por la producción actual y el tiempo de trabajo que contendría si se utilizaran realmente todas las posibilidades técnicas y se eliminara el despilfarro. Por tanto, el capital es una traba para el progreso. Pero esta traba se manifiesta ambiguamente, bajo la forma de una explotación absurda: hacer trabajar inútilmente a los seres humanos.

4.3.3. El capital y la destrucción de la naturaleza

4.3.3.1. «En la agricultura, como en la manufactura, la transformación capitalista del proceso de producción aparece a la vez como martirologio de los productores; el medio de trabajo, como medio de sojuzgamiento, de explotación y empobrecimien-

to del obrero; la combinación *social* de los procesos laborales, como opresión organizada de su vitalidad, libertad e independencia *individuales*. La dispersión de los obreros rurales en grandes extensiones quebranta, al mismo tiempo, su capacidad de resistencia, mientras que la concentración aumenta la de los obreros urbanos. Al igual que en la industria urbana, la fuerza productiva acrecentada y la mayor movilización del trabajo en la agricultura moderna, se obtienen devastando y extenuando la fuerza de trabajo misma. Y todo progreso de la agricultura capitalista no es solo un progreso en el arte de *esquilmar al obrero*, sino a la vez en el arte de *esquilmar el suelo*; todo avance en el acrecentamiento de la fertilidad de este durante un lapso dado, un avance en el agotamiento de las fuentes duraderas de esa fertilidad. («Gran industria y agricultura», *El Capital*, Tomo I, p. 612)

«La gran industria y la agricultura industrialmente explotada en gran escala operan en forma conjunta. Si en un principio se distinguen por el hecho de que la primera devasta y arruina más la fuerza de trabajo, y por ende la fuerza natural del hombre, mientras que la segunda depreda en forma más directa la fuerza natural del suelo, en el curso ulterior de los sucesos ambas se estrechan la mano, puesto que el sistema industrial rural también extenúa a los obreros, mientras que la industria y el comercio, por su parte, procuran a la agricultura los medios para el agotamiento del suelo.» (*ibíd.*, Tomo III, Vol. 8, p. 1034)

Estas predicciones de Marx se están verificando cotidianamente en la actualidad. El desarrollo del capital se presenta como una inmensa catástrofe natural: agotamiento del suelo y destrucción de la flora y la fauna. El capital es la cosificación del hombre y la mineralización de la naturaleza.

4.3.3.2. La mineralización de la naturaleza se lleva a cabo mediante:

a) el desarrollo de las ciudades. Por un lado, se están destruyendo los espacios verdes que contenían y, por otro, las ciudades están creciendo enormemente, mineralizando cada vez más el campo.

b) la urbanización del campo, es decir, la construcción completamente absurda de segundas residencias e instalaciones de ocio: campings, moteles, hoteles, por no hablar de diversas instalaciones atractivas, altas esferas de cretinización humana.

c) el desarrollo de la red de carreteras, que destruye cada vez más tierras buenas para permitir un medio de transporte anárquico. El desarrollo de la industria del automóvil conlleva esto, tanto para el movimiento de personas como para el de mercancías. Se trata de una clara manifestación del antagonismo entre socialización y privatización. El capital sólo puede asegurar su proceso de valorización privatizando, porque esto permite multiplicar la producción.

d) desarrollo anárquico de vías navegables, puertos y aeródromos.

Bajo el feudalismo, las tierras de cultivo se transformaban en cotos de caza. No se destruía la naturaleza. Hoy en día, la sociedad del ocio enjaula la naturaleza para presentársela a hombres embrutecidos que sólo pueden ver en ella el reflejo de su esclavitud.

4.3.3.3. Esta mineralización va acompañada de una creciente contaminación del aire y del agua. En lo que se refiere a esta última, falta incluso en los países donde el balance hídrico ha sido siempre claramente positivo. Esto no sólo es responsabilidad de la industria, que tiene necesidad de este líquido para refrigerar sus motores (por lo que el agua de los ríos alcanza a veces unas temperaturas difícilmente compatibles con la vida), sino también de la propia economía doméstica, que ha sido industrializada en grado extremo. El hombre moderno tendrá que pagar por el aire y el agua, lo que significa que para disponer de los elementos que la naturaleza le ofrecía gratuitamente, tendrá que aportar un excedente de trabajo. Por tanto, el capitalismo no disminuye en absoluto el tiempo de trabajo de la humanidad, su fatiga. En este sentido es profundamente religioso: conserva y amplía la antigua maldición divina inscrita en el Génesis. La humanidad sólo podrá destruirla destruyendo al capital.

Para garantizar el suministro de agua en las concentraciones urbanas, es necesario aumentar el número de represas de las ciudades construidas a orillas de un río (París, por ejemplo), o bien ir a buscar el agua a centenares de kilómetros. En el primer caso, sin embargo, estas presas causan desastres irreparables para la vida, ya que los cambios bruscos del nivel del agua que hay que provocar para abastecer a las ciudades destruyen, sobre todo, las zonas de desove, por lo que en muchos ríos empiezan a escasear los peces.

4.3.3.4. Los epígonos del capital, los eruditos, proclaman que todo mal puede ser combatido. Así, se puede llevar agua a las ciudades, estudiar sistemas de lucha contra la contaminación del aire y del agua, y construir barcos especializados en la destrucción del petróleo vertido en la superficie de los mares. Sin embargo, lo que siempre olvidan es que de esta manera se crean nuevas industrias, nuevas formas de valorización del capital, y que, en consecuencia, siempre se condena a la humanidad al trabajo forzado.

De ahí que la consigna que algunos (los situacionistas, por ejemplo) lanzaron en mayo, aunque no sea estrictamente correcta desde el punto de vista teórico, sea sumamente revolucionaria: abolición del trabajo. En efecto, la humanidad tiene que comprender que su salvación no reside en más trabajo (en la realización de un pleno empleo estúpido y envilecedor), sino en la destrucción de una sociedad que le impone la esclavitud asalariada productora de absurdos y de destrucción.

4.3.3.5. Con la mineralización de la naturaleza, el hombre se convierte en un ser cada vez más abstracto, sin raíces; ya no es un ser de la naturaleza, sino un ser del capital. Por eso se comporta como un depredador hacia ella. La destrucción de la natu-

raleza es su propia destrucción; llegará un momento en el que esta situación ya no sea tolerable y la humanidad tenga que rebelarse para recuperarse y regenerar la madre tierra.

La creación de reservas naturales es un encarcelamiento que precede a la decadencia total. Sabemos lo que fue de los hombres a los que se les limitó el espacio. Por otra parte, la ciencia se enorgullece de haber encontrado, junto con la ecología, la forma de salvar a la naturaleza. Esta ciencia tiene, es cierto, un aspecto positivo (no es más que el complemento de la otra, la destructiva). La ecología tiende a considerar las diferentes especies en su economía natural, es decir, en sus relaciones recíprocas con el medio ambiente y entre sí, y a lo largo del tiempo, lo que incluye un estudio genético y evolutivo. A partir de ahí surge la necesidad de una ecología humana. Algunos autores llegan a darse cuenta de que los «primitivos» conocían una ecología.

Pero no es una ciencia —un producto separado de la actividad total del hombre— lo que puede poner remedio a la dramática situación en la que se encuentra la especie humana en la actualidad. Sólo una doctrina general que incluya en sí misma, como elemento determinante de su realización, una acción fundamental, la revolución, puede ofrecer la solución. Esta doctrina es la del proletariado: el comunismo.

«EL COMUNISMO ES EL CONOCIMIENTO DE UN PLAN DE VIDA PARA LA ESPECIE HUMANA.» (*Prometeo*, Serie II^a, p. 125)

4.4 Desarrollo del capitalismo y crisis

4.4.1. Fundamentos y resumen histórico de las crisis

4.4.1.1. La crisis es inherente al sistema capitalista porque se basa en la producción por la producción (a través de la cual puede obtener la máxima valorización), y en un subconsumo obligatorio y estructural, no sólo del proletariado sino de la mayor parte de las nuevas clases medias. Por otro lado, el desequilibrio necesario entre el capital fijo y el capital circulante no se domina, o si se domina es sólo en apariencia, gracias al capital ficticio. Cuando el primero se renueva, siempre aparece un desequilibrio que es motivo de crisis. La lucha contra la desvalorización, plasmada en el plano fenoménico en la lucha contra la tendencia al descenso de la tasa de ganancia, se plasma en una producción enorme que atasca el mercado. Una solución es suprimir la circulación; de ahí el desarrollo de la industria bélica. Por otro lado, para luchar contra la caída de la tasa de beneficio, proliferan las empresas que se contentan con los intereses. Sin embargo, esto sigue provocando un aumento de la producción y desequilibrios en la circulación.

La crisis expresa la necesidad de destruir los desequilibrios. Implica la destrucción del capital ficticio, de la socialización que supone la fijación del capital, para que se reanude el ciclo de valorización.

4.4.1.2. Concretamente, la crisis se ha manifestado en una caída de la producción, el aumento del desempleo, la caída de los precios al por mayor, y la caída del valor de los valores bursátiles y del comercio exterior; el sistema monetario está sustituyendo al sistema crediticio.

Fue precedida por un aumento de los salarios y de los tipos de interés (en todo el mundo, por supuesto). El libre comercio se expandió mucho antes de la crisis, pero le ha seguido una fase de proteccionismo.

4.4.1.3. La causa real debe buscarse en el capital mismo; de lo contrario, uno se queda en la superficie interpretando las apariencias.

«[...] la *superproducción general* tendrá lugar no porque los obreros consuman relativamente *demasiado pocas* mercancías o los capitalistas demasiado pocas de las mercancías que han de ser consumidas, sino porque de *ambas* se ha producido demasiado; *no demasiado para el consumo*, sino para asegurar *la relación correcta entre el consumo y la valorización; demasiado para la valorización.*» (Marx, *Grundrisse*, Vol. I, p. 402)

El desarrollo de las nuevas clases medias (consumidores improductivos), así como el de la industria de guerra, permite aumentar el consumo, pero eso no impide que la producción siga siendo demasiado intensa para la valorización.

4.4.1.4. La historia de las crisis es la de la formación del ser del capital, la de su sucesiva estructuración.

Al principio afectaron al área inglesa, donde el capital se había emancipado realmente de las formas sociales anteriores y se había autonomizado. 1788: crisis de la industria algodonera; 1800: crisis ligada a la falta de cereales; 1815: crisis por el fin de la guerra contra Francia. Se trata de crisis de reajuste.

En 1825-1927 comienza el verdadero ciclo de crisis y fases de prosperidad. A partir de ese momento, se producirá alrededor de una vez cada cinco años: 1827, 1832, 1837, 1842, 1847. De ahí que, como la crisis de 1847 había traído la revolución, Marx previera su regreso para 1852. Pero con este período termina una etapa de la vida del capital.

4.4.1.5. Después de la crisis de 1847, se produjo un considerable desarrollo del capitalismo tras el descubrimiento de oro en California, la penetración en China y luego en Japón (¡una verdadera fase imperialista!). Así pues, el capital se expande (primera generalización mundial), adquiere una base más amplia y se hace más robusto. El ciclo se alarga y se convierte en decenal: 1847, 1857, 1867. Sin embargo, se perturba de nuevo tras la guerra de 1870 (auge del capitalismo alemán). Entre 1873 y 1877 se produce un estancamiento, con un pico en 1875 en Inglaterra. En 1877 se produce la recuperación en Estados Unidos. Se produjo una gran concentración y sobre todo un desarrollo de los bancos. A partir de 1880, la crisis se supera definitiva-

mente, pero en 1893 se produce una nueva crisis, luego en 1900-1903, y finalmente, en 1913. Esta última desembocó en la guerra.

4.4.1.6. En el período que va de 1870 a 1914 se produjo un impulso imperialista (en el sentido de difusión de la forma social) que no fue más que una continuación del que siguió a la crisis de 1847 (con mayor número de participantes). El capitalismo se extiende por todo el mundo, pero la mayoría de las veces se trata de una simple dominación formal. No causa trastornos sociales en los países que domina. Al mismo tiempo, el capital se constituye cada vez más en mercado monetario; de ahí el considerable desarrollo de los bancos, los trusts, etc... El ser del capital adquiere un nuevo aspecto, que la mayoría de los teóricos quieren presentar como si implicase una discontinuidad con el ser precedente; no se trataría de una simple metamorfosis, sino de una auténtica mutación: el imperialismo.

4.4.1.7. La crisis de 1913 abrió un ciclo de crisis y revoluciones que no se cerró hasta 1945 (para conocer el carácter general de este período, véase el apartado 4.6.). Tras la Primera Guerra Mundial, fueron muy pocos los países que regresaron rápidamente a los niveles de producción de antes de la guerra y, por otra parte, el comercio mundial experimentó un considerable estancamiento.

1929-1932: gran crisis que afectó principalmente a Estados Unidos, país que no habían experimentado un retroceso a causa de la guerra. La crisis fue tanto de producción como monetaria. En las crisis anteriores, los dos fenómenos habían aparecido a veces disociados. Por otra parte, la cuestión monetaria que se planteó en su momento aún no ha sido resuelta. La crisis fue el medio violento de liquidar la situación anterior, en la que el capital no se había establecido aún como totalidad, en la que aún no era autónomo (no había roto con la estricta dependencia del oro). El capital tendía a erigirse en totalidad: mercado monetario. La teoría de Keynes no hizo más que representar esta exigencia.

1939: nueva crisis que desemboca en la Segunda Guerra Mundial.

4.4.1.8. No pueden entenderse los motivos del estancamiento del capitalismo durante el período de entreguerras si no se tiene en cuenta la lucha de clases.

Entre 1917 y 1919, el proletariado era una amenaza y no fue posible domesticarlo para extraerle una cantidad mayor de plusvalor. En otras palabras, la tendencia del proletariado a constituirse en clase y, por tanto, a plantear la realización de la verdadera comunidad humana impidió, frenó, la constitución de la comunidad del capital. Hemos señalado (1.3 y 3.1) el vasto levantamiento —desgraciadamente descoordinado e incapaz de alcanzar una visión clara de los objetivos— del proletariado de los países capitalistas, y del de los países coloniales ayudado por los millones de campesinos atraídos a la órbita de la revolución.

Esta es otra prueba de la validez de la teoría del proletariado: el capital se alimenta del plusvalor extorsionado a los proletarios. Cuando el talón de hierro logró

triunfar, el capital se desarrolló libremente y superó la crisis de 1914. Desde 1945, ha habido una fase continua de producción capitalista, intercalada con algunas estasis.

Varios teóricos, Trotsky entre ellos, dieron demasiada importancia a este parón momentáneo de la producción capitalista. La teorizaron como un hecho irreversible. Su error fundamental es haber separado, en su análisis, el movimiento económico y la lucha de clases.

4.4.1.9. En el curso de estos acontecimientos fundamentales relativos a la evolución del capital en conjunto, se produjeron otros acontecimientos en las diferentes áreas capitalistas antagónicas. Ante todo, la sustitución de Inglaterra por Estados Unidos en el papel de déspota del mercado mundial.

Desde finales del siglo XIX, tal y como deseaban, los Estados Unidos habían alcanzado (en lo que a producción se refiere) a Inglaterra e incluso la habían superado. Sin embargo, si esto no se tradujo inmediatamente en un cambio de rumbo en la supremacía mundial, fue porque la industria inglesa tenía prolongaciones en la India y en otros países; los Estados Unidos habían superado ampliamente la producción inglesa de Inglaterra, pero no toda la producción inglesa. Cuando la crisis se desarrolló a principios del siglo XX y en 1929, Inglaterra la trasladó a países como la India y pudo resistir, mientras que ésta padecía un fenómeno de desindustrialización y de regresión que explica la debilidad del movimiento proletario hindú y, sobre todo, el carácter retrógrado del movimiento de Gandhi, que no luchaba por una nueva sociedad, sino que opuso la vieja sociedad, en total descomposición, al capitalismo inglés.

Él era la reivindicación de la decadencia.

4.4.2. Relaciones entre Estados Unidos y Europa

4.4.2.1. «Norteamérica fue hasta finales del siglo XVIII una colonia inglesa en el sentido político, y hasta la guerra de secesión de 1866, como dice Marx, una colonia en el sentido económico.» (*Battaglia comunista*, nº 15, 1950)

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, la expansión de la industria y el capital estadounidenses fue ininterrumpida. Por un lado, a través de la doctrina Monroe, se habían reservado una zona en la que podían ejercer tranquilamente su monopolio: las dos Américas; por otro, penetraron en Asia (Japón).

Fue en Estados Unidos donde la concentración bancaria comenzó a adquirir cierta extensión y donde el maquinismo alcanzó su desarrollo más considerable, de ahí el juicio de Engels: «Pero, a decir verdad, ¿quién puede contar con una evolución pacífica en América? En este país hay saltos económicos, como en Francia hay saltos políticos, que tienen las mismas repercusiones momentáneas.»

4.4.2.2. Ya a finales del siglo pasado, Engels predijo que la guerra que se avecinaba (la que habría de ser la Gran Guerra) se saldaría con la victoria de Estados Unidos.

«La industria norteamericana saldría entonces victoriosa en toda la línea y nos colocaría frente a esta alternativa: o retirada a la agricultura pura *para uso propio* (el trigo americano impide cualquier otro uso) o transformación social.»

El efecto en la agricultura occidental no fue tan dramático, pero fue manifiesto en Rusia. Esta es una de las causas del repliegue de Rusia y de la reestructuración de su agricultura: producir no para el mercado mundial, sino para el mercado interno. Por otra parte, es obvio que, por razones de conservación social, en ocasiones el capital tiene que limitar sus impulsos.

4.4.2.3. La Primera Guerra Mundial fue la primera agresión a Europa, y «toda la política del Estado burgués norteamericano entre las dos guerras fue una preparación directa y continua para una lucha expansionista en Europa». (*Battaglia comunista*, n° 4, 1949), El Partido Comunista de Estados Unidos, en su manifiesto de 1919, Trotsky y la Izquierda Comunista de Italia, destacaron de manera muy precisa este papel de Estados Unidos. La Izquierda había denunciado en su tiempo la mistificación de los catorce puntos de Wilson. Más tarde, se demostró que la presión de la economía estadounidense sobre la europea había sido una de las causas del triunfo del fascismo.

4.4.2.4. La guerra de 1939-1945 fue la segunda agresión a Europa. El resultado fue aún más profundo y duradero. Europa se convirtió en una colonia económica de Estados Unidos. ¿Se iba a convertir en una colonia política? El papel de Estados Unidos se cumplió de dos maneras: presión directa sobre Europa (Plan Marshall, pedidos de ultramar) e intervención en el proceso de descolonización. Contaron con la ayuda de la URSS, con la que formaron una santa alianza tácita. La URSS también se benefició de esta agresión, si bien también tuvo que soportar esa presión, pero en definitiva reforzó considerablemente su poder.

Sin embargo, entre 1949 y 1956, se produjo un extraordinario desarrollo del capital en los países que más habían sido destruidos: Alemania y Japón. Más aún en el segundo, país capitalista más joven.

1956 fue un año próspero para el capital, no sólo en el plano de la producción, sino también en el de su unificación: se produjo el ingreso de la URSS en el mercado mundial (coexistencia pacífica). Y a partir de ese momento, en gran número de países, incluso aquellos que hasta entonces habían permanecido al margen del movimiento, se produjo un considerable desarrollo de la producción.

En 1958, se produjo un pequeño desequilibrio: la recesión estadounidense que, de hecho, no fue más que un reajuste de la economía de Estados Unidos. En Europa, con el fin de la descolonización, se avanza hacia una estructura más moderna (Francia, Italia) que conduce a un reforzamiento del Estado y que, en consecuencia, es un factor favorable para el desarrollo del capital. Europa se está reconstruyendo. Se niega a ser una colonia política y trata de escapar a la sujeción económica a Estados Unidos.

Francia e Italia (esta última de forma más sostenida y continuada) están experimentando un «boom» económico. En relación con este último, apareció la ideología gaullista de la independencia nacional. Expresa la voluntad de no ser una colonia estadounidense y, al mismo tiempo, el resurgimiento de una ideología nazi: lucha contra el capital extranjero y defensa del empleo (medio de movilizar al proletariado). Esto encontró eco en Alemania (y lo encuentra cada vez más), así como en Italia. Europa intenta romper el dominio estadounidense, trasladando la lucha al mercado estadounidense.

Estados Unidos responde aumentando su potencial productivo: desarrolla la automatización y hace un uso cada vez mayor de su monopolio monetario. Europa no tiene el poder financiero para realizar las inversiones en capital fijo que exigiría la misma política económica que la de su adversario. Sólo puede resistir aumentando la utilización del capital variable y, para ello, vuelve a convertirse en negrera y extrae mano de obra de todos los países. Esto llegó a su punto culminante en 1964.

Al mismo tiempo, Estados Unidos, al comenzar a intervenir en Vietnam, consiguió evitar la crisis que lo amenazaba; su producción se reanudó y las tasas de crecimiento incluso aumentaron en relación con la fase anterior. Por otra parte, su excedente de mano de obra (una parte del paro) pudo utilizarse en la guerra. Las necesidades de la escalada no hicieron sino reforzar el desarrollo de la automatización.

Así pues, 1956 marcó un pico provisional de la producción que no precedió a la crisis, sino a una nueva fase de expansión tras una pequeña crisis de reajuste. A partir de entonces, en países como España, en los que la gran amenaza proletaria parecía haber sido conjurada, se produjo un desarrollo del capitalismo que arruinó las bases del anarquismo, complemento necesario del subdesarrollo de ese país.

4.4.2.5. Las relaciones entre Estados Unidos y Europa adquieren un aspecto especial en el caso de Rusia, aunque sólo sea porque ésta es a la vez europea y asiática. Hasta 1956 se produce una colaboración no reconocida, pero eficaz, que permitió conjurar cualquier crisis revolucionaria e integrar el movimiento de los países coloniales, al mismo tiempo que, dentro de los límites de la Unión Soviética, la construcción de la sociedad capitalista se llevaba a cabo a ritmo acelerado. A partir de 1956, se trata de una colaboración más declarada, vinculada a una competencia abierta, cuya expresión más llamativa es la aeroespacial.

En el período que va de 1957 a 1968, hay dos períodos. El primero termina en 1964 con la destitución de Jruschov: representa el fin de la ilusión de alcanzar a Estados Unidos en un lapso de tiempo breve, y el fin de la demagogia sobre el comunismo en 1980, complemento necesario de la competencia con Estados Unidos. En el fondo, los rusos esperaban resolver la cuestión social de los países del Este con la ayuda de un gran desarrollo económico, y al mismo tiempo contrarrestar e incluso superar la fuerza militar estadounidense (de ahí la intervención en Cuba en 1962, y el intento de penetrar en América Latina). Sin embargo, la crisis agraria de 1964 y la reactivación de la industria norteamericana tras la intervención en Vietnam provocaron el aban-

dono de las perspectivas de Jruschov. Se estableció entonces un acuerdo tácito, un equilibrio que iba a destruirse gradualmente a expensas de los rusos. La presión de la economía estadounidense (muy a menudo relevada por la alemana) obligó a los rusos a sacrificar ciertos objetivos y a aumentar la explotación de los países bajo su dominio. De ahí la crisis checoslovaca de 1968.

4.4.2.6. Todo esto no es más que el desarrollo fenoménico de la tendencia a la constitución de un mercado mundial y un mercado monetario unitario en el que el capital se establezca como totalidad. Esto se pondrá de relieve con la integración de los países de Europa del Este, que ya está en marcha, pero ya se está poniendo de manifiesto otro elemento: Asia.

Durante la Segunda Guerra Mundial, este continente desempeñó un papel tan importante como el de Europa y, al final, preponderante. Ahora, tras la decadencia de Europa Occidental, el equilibrio alcanzado entre ésta y Estados Unidos, y el irresistible ascenso de Asia —revolución china y consolidación de una nación que tiende al capitalismo pleno, desarrollo fulgurante de Japón— el centro de las grandes luchas intercapitalistas se ha desplazado totalmente hacia el este, a Asia. Como predijo Marx en 1849, el océano Pacífico desempeñará el mismo papel que el Mediterráneo en la antigüedad.

4.4.3. Alejamiento de la crisis. Perspectivas sobre su manifestación futura

4.4.3.1. A partir de 1945 ya no se vuelve a producirse la periodicidad decenal de la crisis. Cabía pensar que podría volver a producirse con cierto desfase, con cierto retraso. Así, al final de la fase de reconstrucción de la sociedad (hacia 1955) se preveía una crisis para 1965 (crisis de entre dos guerras, similar a la de 1929) y otra en 1975 (guerra o revolución). Sin embargo, al margen de la recesión de 1958 en Estados Unidos y de varias otras en distintos países, como la última, en Alemania (1967), hubo un desarrollo continuo de la producción. De hecho, el capital se reforzó. Es un ser más robusto. No podemos predecir el momento y el desarrollo de la próxima crisis si nos limitamos a calcar pura y simplemente el desarrollo de la crisis de 1929 sobre la que está por venir. Hay que ver cómo se ha estructurado el capital y cómo se manifiestan sus contradicciones. Cuando se estudia la evolución del capitalismo desde 1929 hasta hoy, se constata que hay una cuestión que aún no ha sido resuelta: la cuestión monetaria.

4.4.3.2. El período del verdadero patrón oro internacional abarca entre 1880 y 1914. El capitalismo experimentó una fase sostenida de crecimiento de la producción y un desarrollo constante del comercio mundial.

Los desequilibrios de la economía mundial provocados por la guerra llevaron a los bancos centrales a colaborar, y se creó el Banco de Pagos Internacionales.

1929: caída del patrón oro; 1931: abandono del patrón oro con fluctuaciones de la libra hasta 1934. En la misma época, se fijó el precio del oro.

La crisis monetaria que condujo a la devaluación de la libra y, en consecuencia, de toda una serie de monedas nacionales, no se resolvió hasta 1939.

Después de la guerra, se intentó volver al patrón oro y al orden monetario anterior a 1939. Se crea un banco mundial, como preconizó Saint-Simon a mediados del siglo XIX: el Fondo Monetario Internacional. Sin embargo, el desequilibrio monetario no se superó: devaluación de la libra en 1949.

A partir de 1956, surgieron dos fenómenos importantes: el acaparamiento de oro y el crecimiento del sistema de crédito internacional: bonos Roosa, acuerdos de permuta, eurodólares, derechos especiales de giro, etc. Esto no hizo sino acentuar las dificultades monetarias: 1960, especulación con el oro; 1961, revalorización del marco y del florín, fundación del Pool (abandonado en 1968), devaluación del dólar canadiense; 1964, nueva crisis de la libra y, en 1967, devaluación de la libra. Al mismo tiempo, prosigue la especulación con el oro, lo que condujo al fin de la convertibilidad del dólar en oro (1968) y, de nuevo, a una crisis a finales de 1968 con especulación en torno al franco y al marco.

4.4.3.3. Esta crisis monetaria refleja la tendencia del capital a constituirse en totalidad. Esto sólo puede efectuarse de manera contradictoria y antagónica. Inglaterra fue eliminada como primera potencia financiera y la libra fue sustituida por el dólar. Una vez más, la URSS ayudó a los Estados Unidos. La crisis de la libra esterlina se produjo tras la interrupción de las ventas de oro ruso en Londres. Durante algún tiempo, los rusos pensaron en convertir al rublo en una tercera moneda de reserva.

Con el triunfo de los Estados Unidos, se impuso una forma más elaborada de capital: el capital crediticio. Éste tiende a liberarse de su estrecha base: los metales preciosos. Sin embargo, si en 1945 la producción de Estados Unidos representaba el 60% de la producción mundial, y podía, por tanto, ser el soporte del dinero crediticio, ahora sólo representa una cuarta parte. Por lo tanto, es necesario un reajuste. Esto será el resultado de una lucha feroz entre los diferentes sectores capitalistas, incluida la URSS.

Las reformas que se hagan en el sistema monetario mundial para convertirlo en un sistema monetario y crediticio híbrido no resolverán las contradicciones.

«Los prestidigitadores de la circulación, que se imaginan que mediante la velocidad de la circulación pueden hacer otra cosa que reducir los obstáculos puestos por el capital mismo a su reproducción, se extravían por completo. (Aún más insensatos su, naturalmente, los ilusionistas de la circulación que se imaginan que, mediante establecimientos e innovaciones crediticias que anulen la duración del tiempo de circulación, no sólo suprimirían la detención, la interrupción en el proceso productivo requerida por la transformación del producto acabado en capital, sino que volverían superfluo el capital mismo por el que se intercambia el capital productivo.» (*Grundrisse*, vol. 2, pp. 38-39)

4.4.3.4. El escamoteo de la crisis (tipo 1929) paralela a la creación del mercado monetario fue facilitada por cuatro fenómenos:

a) Las revoluciones anticoloniales, contenidas en su transcrecimiento y detenidas a continuación en la etapa de la revolución desde arriba, y el acceso de la URSS al mercado mundial, rejuvenecieron finalmente el capital. Se han creado zonas en las que el capital puede encontrar un vasto campo de desarrollo.

Por tanto, la desaparición de los mercados extracapitalistas no crea una fase de crisis final. Sin embargo, en la medida en que los antiguos países coloniales logren convertirse en países capitalistas, esto provocará un encarecimiento del precio de las materias primas y, por tanto, un descenso de la tasa de ganancia.

b) El extraordinario aumento del capital fijo a raíz de la introducción de la automatización y la racionalización del proceso de circulación mediante la programación.

c) La extensión del crédito en todas sus formas: para el consumidor (medio de vincular a los proletarios a la producción), para las empresas (el leasing, por ejemplo), y para las naciones (ver punto anterior).

d) La guerra (Corea, Vietnam) se ha convertido realmente en un elemento del proceso de valorización del capital de dos formas: realización del valor mediante la destrucción de mercancías (municiones diversas, aviones, helicópteros, etc.) y estímulo para la producción de esas mismas mercancías. El proceso de valorización ya no se ve obstaculizado por estas últimas. Más tarde, la reconstrucción del país destruido seguirá siendo un magnífico negocio para el capital, como lo fue después de la Segunda Guerra Mundial.

4.4.3.5. La sociedad capitalista actual se caracteriza por una enorme concentración, por la disminución de la población activa en la agricultura, por la disminución relativa y a veces absoluta en la industria, por un aumento de las nuevas clases medias y, por último, por la utilización cada vez mayor de la ciencia, no sólo, como antes, en el proceso de producción inmediato, sino también en el proceso de circulación (informática, cibernética). Todo esto es la expresión de la desvalorización y de su superación, que supone el alejamiento de la crisis, no su supresión.

Desde su aparición, el movimiento antagónico del valor de cambio consiste en englobar las contradicciones, no en suprimirlas. Esto se manifiesta de forma exacerbada en el capital-valor de cambio que ha accedido a la autonomía.

«El dinero sólo puede superar las dificultades inherentes al trueque generalizándolas, tornándolas universales.» (*Grundrisse*, Vol. I, p. 75)

«Problema aparte es el de cómo, en la producción fundada en el capital, se eliminan constantemente esas contradicciones, pero también constantemente se las reproduce, y cómo sólo se las elimina brutalmente (aunque esta eliminación, hasta cierto punto se presenta meramente como un apacible ajuste).» (*Grundrisse*, Vol. I, p. 358)

«Todas las contradicciones de la circulación reviven bajo una forma nueva.» (*Grundrisse*, Vol. I, p. 358).

4.4.3.6. Hoy en día existe un englobamiento general de las contradicciones con la formación del mercado monetario. Pero, de hecho, las contradicciones están reapareciendo, y también las más antiguas, aunque no sean efectivas. Así, el proletario es al mismo tiempo siervo en la medida en que está cada vez más vinculado a la empresa; es esclavo en la medida en que: «*Lo que intercambia con el capital es toda su capacidad de trabajo, que gasta, digamos, en 20 años*. En lugar de pagársela de una sola vez, el capital lo hace por dosis, a medida que el obrero la pone a su disposición, digamos semanalmente.» (*Grundrisse*, Vol. I, p. 233)

Se podrían hacer observaciones similares con respecto a todos los factores de la economía. En otras palabras, desde la aparición del valor de cambio, cuyo devenir destruyó las antiguas comunidades humanas, no se ha resuelto ninguna de las contradicciones, ni ninguno de los problemas que surgieron en consecuencia. Eso sólo será posible con la revolución comunista.

En el plano político, sucede absolutamente lo mismo. Vemos resurgir la cuestión de la unidad alemana (sin resolver desde 1525) y la cuestión de los Balcanes de manera cada vez más explosiva. La presión de la economía estadounidense sobre Europa hace reaparecer el fascismo, en su aspecto de defensa de la nación frente al capital extranjero (Alemania, Italia, Francia). La creación del Estado de Israel resucita en el mundo moderno los mismos antagonismos que hace tres mil años. La independencia de África vuelve a poner sobre el tapete viejos conflictos escamoteados durante el período colonial. Podríamos dar otros ejemplos de América, del Extremo Oriente, etc. Por último, el desarrollo desigual y anárquico del capital vuelve a dar vida a viejas oposiciones étnicas y provinciales (en Bélgica, Francia, Gran Bretaña, Italia, etc.) Las diversas reformas regionales y estructurales, así como el recurso al federalismo, son medios de planificar la anarquía y enmascarar los conflictos. Sin embargo, cada solución no es más que un englobamiento que aporta otra contradicción.

4.4.3.7. La crisis de entreguerras fue englobada. Colisionará con la otra, prevista para 1975-1980. A la luz de todo lo anterior, cabe decir que no se manifestará sólo con las características indicadas en el punto 4.4.1.2.

Dado que con la crisis todas las contradicciones en la actualidad no son efectivas lo serán más adelante, es posible que muchos se dejen engañar por las apariencias y no vean que la causa eficiente de todo ello es la oposición capital-proletariado.

El capital intenta absorber cada vez más a su enemigo cosificándolo; al hacerlo se niega a sí mismo, porque se desvaloriza. Es en el curso de este movimiento, tanto más contradictorio cuanto que es necesario que el capital niegue el resultado (la desvalorización) donde reaparecen los conflictos no resueltos, que pueden seguir sin resolverse mientras se conjure el asalto proletario y se salve la unidad antagónica capital-trabajo. La futura crisis se manifestará bajo la forma del estallido de esta unidad, que permitirá al proletariado volver al asalto para destruir al capital.

4.4.3.8. Bernstein negaba la posibilidad de una crisis catastrófica y afirmaba que la evolución del capitalismo había invalidado las predicciones de Marx: una concentración menor de la esperada en la industria, su paralización en la agricultura, la no desaparición de las clases medias, que se estaban transformando, etc. Ahora bien, a Bernstein no se le podía refutar cuestionando los hechos (*cf.* Kautsky) en los que se basaba porque éstos eran reales, sino mostrando que todo aquello era sólo un momento de la vida del capital. Esto es lo que intentó Rosa Luxemburgo explicando que la verdadera crisis aún no se había producido, y que la teoría marxista se había anticipado al desarrollo de la sociedad. Así, aunque su obra contenga errores, tiene el innegable mérito de haber defendido la esencia misma de la teoría proletaria.

En la actualidad, la teoría marxista se revisa en nombre de la enorme concentración, de los trusts, de los monopolios, del sistema bancario altamente evolucionado. Aquí también es válido el método de Rosa Luxemburgo: se trata de mostrar cómo, al final, la evolución capitalista verifica de forma absoluta la teoría.

Marx emprendió el estudio de un ser, el capital, desde su nacimiento hasta su muerte. Formuló las leyes generales de su desarrollo, pero nunca afirmó que su evolución dependiera únicamente de las leyes inherentes al capital, que la lucha de clases no desempeñara ningún papel. En la actualidad eso equivaldría a presentar el capital como dependiente sólo de un fenómeno tecnológico, con lo que sería una cosa y no una relación social, un proceso. El segundo elemento esencial, el proletariado, habría sido negado, y toda dialéctica habría desaparecido.

Para comprender la fase de ralentización (época de Bernstein) la del parón aparente (época teorizada por Trotsky) o la del gran «boom» (después de 1945) hay que tener en cuenta la lucha de clases. En el primer caso, en Alemania se había producido un equilibrio entre el proletariado y la burguesía; en el segundo, el capital no consiguió consolidar su dominio sobre el proletariado; en el tercero, triunfó plenamente.

Algunos han considerado como una refutación de la teoría marxista el hecho de que varios países hayan visto bloqueado su desarrollo (India y Brasil son los ejemplos aducidos). Sin embargo, aparte de lo ya dicho sobre el interés del capital en disponer de materias primas baratas, está el hecho de que el capital tiende a limitar los efectos de su desarrollo. Por eso Marx defendía la necesidad de que el proletariado ayudara a la burguesía a destruir el feudalismo. Pretendía que presionara a la burguesía para que ésta interviniera militarmente en ciertos casos para acelerar el proceso: tal fue el caso de la guerra de Crimea, en el que Marx reprochó a ingleses y a franceses que no hicieran la guerra seriamente contra los rusos; su perspectiva era la caída del zarismo. De la misma manera, durante la guerra de secesión, la I^a Internacional tomó partido por Lincoln.

La revolución rusa, decapitada de su transcrecimiento, representa una aplicación grandiosa de esta ley: el proletariado debe impulsar al capital hacia su pleno desarrollo, ya que gracias a él la revolución es posible. Los presupuestos naturales son sustituidos por presupuestos sociales. Esto significa que toda la sociedad depende de rela-

ciones sociales, humanas; el propio capital depende de una relación social: el intercambio entre el trabajo muerto y el trabajo vivo. Una sociedad semejante se vuelve menos estable; la incertidumbre (Engels) de su existencia aumenta. La inhibición de la lucha de clases se hace más difícil. Esta última manifiesta en primer lugar la contradicción entre el proceso de vida del capital y su resultado: la lucha de las nuevas clases medias contra el capital (1968), para llegar, a continuación, a la fundamental, situada en el corazón del ser del capital: la oposición entre trabajo muerto y trabajo vivo, la lucha del proletariado contra el capital.

Aunque resucite continuamente las contradicciones del pasado, el capital destruye sus bases; la obra del futuro puede producirse: el comunismo.

4.5. Sobre el imperialismo

«El capitalismo nunca ha sido competitivo y liberal. Esto no era más que una ficción de sus defensores (a la que no renunciaron en medio de un monopolio declarado). Es, desde su primera aparición, el conjunto de los monopolios sociales y de clase sobre los productos del trabajo y sobre las cuotas de trabajo social excedente.»

«El capitalismo siempre ha sido un monopolio social de las fuerzas productivas. Sin embargo, durante su advenimiento, fue un paso adelante en el rendimiento del trabajo humano; en el curso de su evolución, se vuelve menos rentable y más parasitario. Entonces surgen las condiciones para su colapso y la revolución social.»

«La etapa, no la fase o la era imperialista, sólo es aquella en la que el monopolio y la violencia sociales ya no pueden ocultarse, sino que se muestran a plena luz.»

«Lenin anunció esta deslumbrante “victoria teórica”. Para no convertirla en derrota, era necesario señalar el monopolio capitalista desenmascarado y oponerlo al monopolio dictatorial de la revolución proletaria...»

Il programma comunista, n° 23, 1953

4.5.1. «Intentemos ahora hacer un balance, resumir lo que hemos dicho más arriba sobre el imperialismo. El imperialismo surgió como desarrollo y continuación directa de las propiedades fundamentales del capitalismo en general. Pero el capitalismo se trocó en imperialismo capitalista únicamente cuando llegó a un grado determinado, muy alto, de su desarrollo, cuando algunas de las características fundamentales del capitalismo comenzaron a convertirse en su antítesis, cuando tomaron cuerpo y se manifestaron en toda la línea los rasgos de la época de transición del capitalismo a una estructura económica y social más elevada. Lo que hay de fundamental en este proceso, desde el punto de vista económico, es la sustitución de la libre competencia capitalista por los monopolios capitalistas. La libre competencia es la característica fundamental del capitalismo y de la producción mercantil en general; el monopolio es todo lo contrario de la libre competencia, pero esta última se va convirtiendo ante nuestros ojos en monopolio, creando la gran producción, desplazando a la pequeña, reemplazando la gran producción por otra todavía mayor y concen-

trando la producción y el capital hasta el punto que de su seno ha surgido y surge el monopolio: los cárteles, los consorcios, los trusts, y, fusionándose con ellos, el capital de una docena escasa de bancos que manejan miles de millones. Y al mismo tiempo, los monopolios, que surgen de la libre competencia, no la eliminan, sino que existen por encima de ella y al lado de ella, dando origen así a contradicciones, roces y conflictos particularmente agudos y bruscos. El monopolio es el tránsito del capitalismo a un régimen superior.» (Lenin, *Obras completas*, Tomo 27, pp. 404-405)

4.5.2. «El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en que ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido señalada importancia la exportación de capitales, ha empezado el reparto del mundo por los trusts internacionales y ha terminado el reparto de toda la Tierra entre los países capitalistas más importantes.» (*ibíd.*, p. 406)

Marx explicó que el capital se convierte en una totalidad al convertirse en mercado monetario. Todas las discusiones sobre el imperialismo fueron, de hecho, interpretaciones del devenir de esta totalidad. En el fondo, fue Kautsky quien mejor lo trajo. Pero este devenir no podía realizarse de forma pacífica y, por otro lado, es una tendencia. Kautsky teorizó la eternización del capital como algo realizado, mientras que Marx indicó que esa es su tendencia. Dado que esta transformación no podía tener lugar sin crisis, era lógico plantear, como hizo Lenin, la perspectiva de la revolución social que, tras muchos rodeos, habría de triunfar:

4.5.3. «Hay que señalar en particular cuatro variedades esenciales del monopolio o manifestaciones principales del capitalismo monopolista características del período que nos ocupa.

Primero: El monopolio es un producto de la concentración de la producción en un grado muy elevado de su desarrollo. Lo forman las agrupaciones monopolistas de los capitalistas, los cárteles, los consorcios y los trusts. (...)

Segundo: Los monopolios han venido a recrudecer la pelea por la conquista de las más importantes fuentes de materias primas, sobre todo para las industrias fundamentales y más cartelizadas de la sociedad capitalista: la hullera y la siderúrgica. (...)

Tercero: El monopolio ha surgido de los bancos, los cuales, de modestas empresas intermediarias que eran antes, se han convertido en monopolistas del capital financiero. (...)

Cuarto: El monopolio ha nacido de la política colonial. A los numerosos “viejos” motivos de la política colonial, el capital financiero ha añadido la lucha por las fuentes de materias primas, por la exportación de capital, por las “esferas de influencia”, esto es, las esferas de transacciones lucrativas, de concesiones, de beneficios monopolistas, etc. y, finalmente, por el territorio económico en general. (...)» (Lenin, *Obras completas*, Tomo 27, pp. 443-444)

Todo esto es exacto en lo que a los fenómenos se refiere. Es la prueba del acceso del capital a la totalidad. Sin embargo, la contradicción real, fundamental, no aparece: la que existe entre valorización y desvalorización, la que está en la base de todo esto.

4.5.4. «Los monopolios, la oligarquía, la tendencia a la dominación en vez de la tendencia a la libertad, la explotación de un número cada vez mayor de naciones pequeñas o

débiles por un puñado de naciones riquísimas o muy fuertes: todo esto ha originado los rasgos distintivos del imperialismo que obligan a calificarlo de capitalismo parasitario o en estado de descomposición.» (Lenin, *Obras completas*, Tomo 27, p. 444)

En otro lugar, Lenin explica que este último rasgo está ligado al hecho de que el capital se opone al progreso técnico. Ahora bien, esta tendencia se ve contrarrestada por la acción de otros fenómenos. Puede haber catástrofes que rejuvenezcan al capital. Marx dice: «En el movimiento desarrollado del capital existen momentos que detienen ese movimiento mediante otros recursos que las crisis; tal como, por ejemplo, la continua desvalorización de una parte del capital existente; la transformación de una gran parte del capital en *capital fixe*, el cual no presta servicios como agente de la producción directa; improductivo despilfarro de una gran parte del capital, etc.» (*Grundrisse*, vol. II, p. 284)

Por otra parte, esta caracterización dio lugar a la teoría evolucionista de la rama descendente de la producción capitalista.

«Cada día se manifiesta con más relieve, como una de las tendencias del imperialismo, la formación de “Estados rentistas”, de Estados usureros, cuya burguesía vive cada día más a costa de la exportación de capitales y del “corte del cupón”.» (Lenin, *ibíd.*, p. 444)

Este es un aspecto secundario. De hecho, el Estado se está convirtiendo en una verdadera empresa capitalista que tiene que tener un rendimiento óptimo.

«Sería un error creer que esta tendencia a la descomposición descarta el rápido crecimiento del capitalismo. No; ciertas ramas industriales, ciertos sectores de la burguesía, ciertos países manifiestan en la época del imperialismo, con mayor o menor intensidad, ya una ya otra de estas tendencias. En su conjunto, el capitalismo crece con una rapidez incomparablemente mayor que antes, pero este crecimiento no sólo es cada vez más desigual, sino que la desigualdad se manifiesta, asimismo, de un modo particular, en la descomposición de los países donde el capital ocupa las posiciones más firmes (Inglaterra).» (Lenin, *ibíd.*, pp. 444-445)

El desarrollo desigual sería, para muchos, un descubrimiento de Lenin. Ahora bien, en *La ideología alemana*, Marx ya hablaba de él. Por otra parte, en lo que respecta a Inglaterra, la observación está plenamente justificada, pero es bastante superficial (sobre todo hoy en día). Es la socialización de la producción = fijación del capital la que inhibe el movimiento de valorización en ese país. Inglaterra está madura para el socialismo. Está aquejada por el retraso de la revolución y por haber ganado la guerra. En efecto, allí sólo la destrucción de todo el trabajo muerto podría haber regenerado al capital.

4.5.5. «Entre las particularidades del imperialismo relacionadas con los fenómenos de que hemos hablado figura el descenso de la emigración de los países imperialistas y el aumento de la inmigración (afluencia de obreros y éxodo) de países más atrasados, donde el nivel de los salarios es más bajo.» (Lenin, *ibíd.*, p. 424)

En la actualidad, se está produciendo un gran flujo migratorio desde los países menos desarrollados hacia Europa y luego desde Europa hacia Estados Unidos. Afecta a los técnicos y expertos. El monstruo automatizado, el capital, necesita una cantidad cada vez mayor de esta fuerza de trabajo compleja, que requiere un período de formación muy largo y, por tanto, tiene un elevado coste de producción. Esta succión de fuerza de trabajo por parte de Estados Unidos refleja el antagonismo entre el capital y la humanidad. Cuanto más penetren la automatización y la racionalización en los distintos países, más se intensificará este antagonismo.

4.5.6. Lenin indica que el oportunismo está vinculado al imperialismo, aunque señala que ya operaba en la Inglaterra de mediados del siglo XIX. Es una manifestación fundamental, una relación dialéctica esencial: el capital ha de negar al proletariado a fin de asegurar su proceso vital. Para ello, los proletarios deben convertirse en burgueses; hace falta que tengan unas ciertas reservas. En fecha tan temprana como 1844, Marx ya señaló este fenómeno.

El oportunismo fue el reconocimiento de la supremacía capitalista por parte del proletariado, la afirmación unilateral de un aspecto de la realidad, la base económica: el aumento del nivel de vida podría conducir a la liberación de la humanidad. En la actualidad el oportunismo no existe, porque todo el movimiento obrero está bajo la dirección del capital. La cuestión es saber si el proceso de integración conduce a una negación duradera de la clase obrera o no, y si la crisis económica será capaz de hacer reaparecer el aspecto negativo de esta sociedad: el proletariado.

4.5.7. Además de estos análisis correctos, la obra de Lenin contiene el germen de todas las teorías aberrantes actuales, entre ellas la teoría evolucionista (véase 4.5.4.).

a) «El capitalismo se ha transformado en imperialismo.» (Lenin, p. 332)

b) «Lo que caracterizaba al viejo capitalismo, en el cual dominaba por completo la libre competencia, era la exportación de *mercancías*. Lo que caracteriza al capitalismo moderno, en el que impera el monopolio, es la exportación de *capitales*.» (Lenin, p. 376) Ahora bien, las mercancías no son más que capital-mercancías. La competencia entre capitales existe siempre, e incluso es el medio para que el capital total se realice.»

Sin embargo, Lenin no niega la lucha entre los monopolios: «Es indudable, por consiguiente, que el paso del capitalismo a la fase del capitalismo monopolista, al capital financiero, *se halla relacionado* con la exacerbación de la lucha por el reparto del mundo.» (pp. 393-394)

c) «Naturalmente, si el capitalismo hubiera podido desarrollar la agricultura, que hoy día se halla en todas partes atrasadísima en comparación con la industria; si hubiera podido elevar el nivel de vida de las masas de la población, el cual sigue siendo, a pesar del vertiginoso progreso de la técnica, de subalimentación y miseria, no habría motivo para hablar de un excedente de capital.» (pp. 376-377.) No obstante, allí donde el capital triunfa

más, hay sobreproducción agrícola y la alimentación de las masas ha mejorado relativamente.

d) «Así pues, el siglo XX señala el punto de viraje del viejo capitalismo al nuevo, de la dominación del capital en general a la dominación del capital financiero.» (p. 359)

«En su lugar ha aparecido el nuevo capitalismo, que tiene los rasgos evidentes de un fenómeno transitorio, que representa una mezcla de la libre competencia y del monopolio.» (p. 352)

En realidad, asistimos a la dominación del capital en general, es decir, del capital en todas sus formas, integradas en la comunidad material. Marx señaló que «[...] se ha abierto ante nosotros la perspectiva —que a esta altura de las cosas aún no podemos trazar rigurosamente— de una *relación específica entre el capital y las condiciones generales, colectivas de la producción social*, a diferencia de las del *capital particular* y de su *proceso particular de producción*.» (*Grundrisse*, t. II, p. 24) Mientras el capital no haya sometido a sí mismo todas «las condiciones generales de la producción social», puede parecer competitivo, pero esta impresión se desvanece tan pronto como se produce ese sometimiento. Existe entonces una oposición entre el movimiento anárquico de los capitales particulares y la comunidad material que tiende a racionalizarlo.

4.5.8. En resumen, todas las características del imperialismo están ya contenidas en el capital en los albores de su desarrollo. No era necesario emplear una palabra nueva para hablar de la última etapa (más habría valido, por lo demás, hablar de la etapa más joven). «La tendencia a crear el *mercado mundial* está dada directamente en la idea misma del capital. Todo límite se le presenta como una barrera a salvar.» (Marx, *Grundrisse*, Vol. II, p. 360)

En la época de Lenin, se trataba de la transición a la dominación real del capital, la primera gran manifestación de su tendencia a la totalidad. Por tanto, es preferible rechazar el término imperialismo para caracterizar una etapa de la vida del capital. Sigue siendo válido cuando se trata de hablar de la tendencia a la dominación por parte de un país determinado. Se puede hablar, por ejemplo, de imperialismo estadounidense.

4.5.9. La obra de Lenin (*El imperialismo, fase superior del capitalismo*), cuyo subtítulo es —no hay que olvidarlo— «esbozo popular», permanece en el terreno del adversario. Lenin, en el fondo, acepta los análisis de los demás; él sólo cambia las conclusiones: las crisis no han sido eliminadas, el imperialismo es el prelude de la revolución. Estas conclusiones son fundamentales y marcan una ruptura con la corriente socialdemócrata. Pero el carácter superficial del conjunto de la obra ha permitido velar su núcleo real y justo. Por tanto, es necesario reanudar el estudio tal y como lo había abordado Marx.

«En tanto el capital es débil, se apoya en las muletas de modos de producción perimidos o que caducan con la aparición de aquél. No bien se siente robusto, arroja las muletas y

se desplaza con arreglo a sus propias leyes. Tan pronto como comienza a sentirse a sí mismo como barrera al desarrollo, recurre a formas que, aunque parecen dar los últimos toques al dominio del capital moderando la libre competencia, al propio tiempo anuncian la disolución de aquél y del modo de producción en él fundado.» (*Grundrisse*, Vol. II, p. 168)

En otras palabras, el fenómeno que Lenin intentaba poner de manifiesto, hablando de una fase de transición, ya fue individualizado por Marx, y sin haber tenido necesidad de hablar de mutación, manteniéndose dentro del análisis del ser del capital. Un momento determinado no sustituyó al todo.

4.5.10. En su estudio del capital, Marx mostró lo absurdo de la teoría de la competencia. Ésta no crea nada; realiza las leyes inmanentes del capital.

«La competencia realiza la ley según la cual el valor relativo de un producto es determinado por la cantidad de tiempo de trabajo necesario para producirlo.» (*Miseria de la filosofía*)

En el análisis de la realización de la tasa media de ganancia, Marx lo muestra explícitamente. En efecto, demuestra que, mediante la competencia, cualquier capital equivalente a 100 consigue recuperar un beneficio igual, aunque las tasas de plusvalor sean diferentes. Por otra parte, demuestra que el capital que tiene la composición orgánica más elevada recupera una masa de plusvalor mayor que la generada en su proceso inmediato. ¿Qué ha hecho la competencia en este caso, entonces, sino realizar el monopolio de ese capital que logra extraer más porque ejerce un poder mayor sobre el capital social? Si no existiera este monopolio, el problema de obtener una tasa de beneficio promedio no se plantearía.

4.5.11. En su presentación sobre la tendencia al descenso de la tasa de ganancia, Marx muestra cómo nace la lucha por obtener plusganancias.

«Si disminuye la tasa de ganancia, por una parte se pone en tensión el capital para que el capitalista individual, mediante la utilización de mejores métodos, etc., pueda hacer disminuir el valor individual de sus distintas mercancías por debajo de su valor social medio y de este modo, con un precio de mercado determinado, obtener una ganancia extraordinaria; por el otro lado se producen estafas y especulaciones y un fomento general de las mismas, mediante empeñosos ensayos de nuevos métodos de producción, nuevas inversiones de capital, nuevas aventuras para asegurarse alguna ganancia extraordinaria, independiente del promedio general y que se eleve por encima de éste.

«La tasa de ganancia, es decir el incremento proporcional de capital es especialmente importante para todas las derivaciones nuevas del capital que se agrupan de manera autónoma. Y en cuanto la formación de capital cayese exclusivamente en manos de unos pocos grandes capitales definitivamente estructurados, para los cuales la masa de la ganancia compensara la tasa de la misma, el fuego que anima la producción se habría extinguido por completo. En ese caso, la producción se adormecería. La tasa de ganancia es la fuerza impulsora en la producción capitalista, y solo se produce lo que se puede producir con ganancia y en la medida en que pueda producirse con ganancia.»

En el mismo capítulo, aborda la cuestión de la exportación de capitales, que Lenin consideraba como una de las características del imperialismo.

«Si se exporta capital, no es que no se les pueda hacer funcionar en el país en absoluto. Es que se puede hacer que trabajen en el extranjero con una mayor tasa de beneficio. Pero este capital es un excedente absoluto de capital para la población trabajadora empleada y para el país en cuestión en general. Existen de esta forma, junto a la población en excedente relativo, y este ejemplo muestra cómo ambos fenómenos pueden coexistir y condicionarse mutuamente.»

Todo el estudio sobre la renta es una explicación del monopolio, de este otro elemento de manifestación del capital. Por último, Marx escribió un capítulo importante: «La ilusión de la competencia». En él reanuda su análisis anterior, redefiniendo todos los elementos del valor, y muestra cómo la competencia es inoperante a la hora de explicar su génesis. También reanuda los resultados del estudio sobre la renta de la tierra y demuestra que la ley de la oferta y la demanda —modo de manifestación superficial de la competencia— también es inoperante. Marx concluye:

«En pocas palabras: la competencia debe encargarse de explicar todas las faltas de lógica en que incurren los economistas, mientras que, por el contrario, son los economistas quienes tendrían que explicar la competencia.»

Desde un punto de vista general, todas las ilusiones sobre la competencia están ligadas a la teoría que afirma que el valor podría crearse dentro de la circulación, mientras que Marx demuestra que ésta no es más que la esfera de su realización.

4.5.12. Así, el capital no se explica por la libre competencia, sino que ésta se explica por aquel. En una determinada fase de su desarrollo, el capital debe ponerle coto —al mismo tiempo que realiza su ser— porque su manifestación conduce a su negación: la desvalorización. No es gracias al monopolio que se puede lograr, ya que es otra forma de realizar su ser. Se produce con su constitución en comunidad material, que es superación de la competencia y el monopolio.

Hacer una teoría del capital monopolista es hacer obra antidialéctica y situarse fuera de la teoría marxista. Lo bufonesco del asunto es que el punto de partida de este intento consista en la afirmación de que Marx había operado con una hipótesis competitiva. En otras palabras, esta teoría sólo puede ser, como mucho, la del monopolio de la ignorancia.

4.5.13. El núcleo real y válido de la obra de Lenin es la afirmación de la lucha de clases y de la revolución. Supo individualizar esta última en el momento oportuno. Pero en la actualidad, quienes reanudan la obra de Lenin concediendo demasiada importancia al imperialismo como fase de transición, no hacen más que soñarla; de ahí la teoría de la revolución permanente. Para que la revolución volviera, sería nece-

saría la crisis. Ésta es inevitable. Pero para preverla es necesario saber exactamente cómo se presenta el capital en la actualidad, y para eso hay que ir más allá de las explicaciones superficiales.

«Como esta merma del beneficio equivale a la merma proporcional del trabajo inmediato con respecto a la magnitud del trabajo objetivado que aquél reproduce, y del nuevo que pone, el capital hará todos los esfuerzos para poner coto a la mengua de la proporción entre el trabajo vivo y la magnitud del capital en general, y por tanto también entre la plusvalía, cuando está expresada como beneficio, y el capital presupuesto.»

«Además, intentará reducir la parte atribuida al trabajo necesario y aumentar aún más la cantidad de trabajo excedente en relación la totalidad de la mano de obra empleada. En consecuencia, el máximo desarrollo de la potencia productiva, así como la máxima expansión de la riqueza existente coincidirán con la desvalorización del capital, la degradación del trabajador y un creciente agotamiento de sus fuerzas vitales.

«Estas contradicciones conducen a explosiones, cataclismos y crisis en las que las interrupciones temporales del trabajo y la anulación momentánea de todo trabajo y la destrucción de gran parte del capital lo hacen volver violentamente al punto en el cual pueda proseguir su marcha. Estas contradicciones crean explosiones, crisis, en las que todo el trabajo se detiene durante un tiempo, mientras que una gran parte del capital se destruye, haciendo que el capital vuelva por la fuerza al punto en el que, sin suicidarse, es capaz de emplear plenamente su capacidad productiva de nuevo.

Con todo, estas catástrofes regularmente recurrentes tienen como resultado su repetición en mayor escala, y por último el derrocamiento violento del capital.» (Marx, *Grundrisse*, Vol. I, pp. 283-284)

Es en estos momentos de crisis cuando el proletariado puede intervenir. Hasta ahora éstos han podido desarrollarse escamoteando el choque entre capital y trabajo. Mañana no será posible hacerlo, porque la crisis hará estallar la unidad capital-trabajo.

Nota

Lenin consideraba el imperialismo como una fase de transición. Es necesario precisar en qué consiste. La imprecisión a este respecto ha permitido justificar posiciones maniobreras y voluntaristas. En nuestros tiempos, bastaría con encontrar la forma de poner en movimiento a las masas para solucionarlo todo. Algunos buscan las consignas adecuadas, otros la forma de organización adecuada y otros, en fin, hacen entrismo.

Cabe precisar la posición de Lenin mostrando que en la actualidad es el capital el que realiza el programa inmediato del proletariado, así como la generalización de la condición de proletario a toda la sociedad (*cf.* punto 4.7. y capítulo sobre la sociedad comunista).

La cuestión del capitalismo de Estado está totalmente ligada a la del imperialismo. Se abordará en el transcurso del estudio del fascismo y de las clases.⁹ Cuanto menos desarrollado está el capitalismo, más interviene el Estado. Esto corresponde al

⁹ Véase la nota n^o 4. [N. del t.]

período de surgimiento del nuevo modo de producción. El Estado no es, pues, el representante de la sociedad capitalista, sino el de la sociedad que el capital precisamente tiene que destruir: caso del despotismo ilustrado en Francia y del zarismo (finales del siglo XIX y principios del XX) en Rusia.

Lenin tenía razón al hablar del capitalismo de Estado en el caso de Rusia. En efecto, era el Estado proletario, y luego el Estado apoyado en el proletariado y el campesinado, el que debía tomar las medidas que permitieran el desarrollo del capitalismo.

Cuando el capital accede a la dominación real, el Estado es una empresa especializada encargada de racionalizar la anarquía de la sociedad. El capital se ha apoderado del Estado.

4.6. El rejuvenecimiento del capitalismo

*«Hemos dicho muchas veces que el **Manifiesto** es una apología de la burguesía. Y añadimos que hoy, tras la Segunda Guerra Mundial y la reabsorción de la revolución rusa, debería escribirse otra, pero no según las **filosofías de valores** que proyectan en la ideología burguesa el implacable economicismo y el espíritu de tendero propios de la clase y la época. Hay que hacer la apología del acusado para concluir que es el momento de condenarlo a la pena máxima.»*

Battaglia comunista, nº 8, 1952

4.6.1. El estallido de la guerra de 1914 abrió un período de profunda crisis para el modo de producción capitalista: el de su metamorfosis, el paso de su forma de dominación formal a la dominación real. Más concretamente, en la infraestructura, en la base, este fenómeno ya se había realizado (paso del plusvalor absoluto al relativo) pero no había repercutido por completo en todas las superestructuras sociales desde la base hasta la cima.

4.6.2. Ligado a esto estaba la cuestión de someter cada vez más al proletariado para afianzar esta dominación absoluta, puesta en entredicho con demasiada frecuencia durante los conflictos económicos del período anterior.

4.6.3. La lucha por la conquista de los mercados —fenómeno que se presenta como determinante— deriva en realidad de los dos primeros. Es, desde luego, fundamental para comprender los acontecimientos que se han producido, pero no permite captar las circunstancias causales de raíz. El capitalismo no podía seguir persistiendo sino generalizando su dominación real en cierto número de sectores de la vida social, dominando la totalidad de ésta.

4.6.4. Para ello no sólo era necesario domesticar al proletariado, sino también eliminar los vestigios del pasado. Por otra parte, en el plano teórico, la clase capitalista se encontraba completamente desarmada para afrontar su metamorfosis. En efecto, durante años había predicado el individualismo y la libre competencia, así como el liberalismo, como armas contra la constitución del proletariado en clase y, por tanto, en partido. ¿Cómo iba a encontrar la solución a su transformación, negadora de todo esto? En efecto, de lo que se trataba era de la formación de un ser impersonal.

4.6.5. La crisis del capitalismo acabó colisionando con la del área eslava, donde se encabalgaban múltiples revoluciones, con la doble revolución burguesa y proletaria como resultante histórica, y cuyo transcrecimiento en revolución proletaria pura dependía absolutamente de la evolución del área euronorteamericana labrada por la metamorfosis del capital.

4.6.6. Para el proletariado, en el momento en que se desarrollaba esta crisis del capital, se planteaba la cuestión de si podía haber conjunción de su lucha con la de los pueblos que estaban emergiendo de las formaciones precapitalistas: los rusos, en primer lugar, los chinos, los hindúes, etc., y así sucesivamente. En una palabra, el proletariado corría el peligro de encontrarse solo, como ya había previsto Marx en 1858:

«... No podemos negar que la sociedad burguesa ha experimentado por segunda vez su siglo XVI; un nuevo siglo XVI que, así lo espero, tocará a difuntos por sociedad burguesa, del mismo modo que el primero la dio a la luz. La misión particular de la sociedad burguesa es el establecimiento del mercado mundial, al menos en esbozo, y de la producción basada en dicho mercado mundial. Como el mundo es redondo, esto parece haber sido completado por la colonización de California y Australia y con la apertura de China y Japón. Lo difícil para nosotros es esto: en el continente la revolución es inminente y asumirá inmediatamente un carácter socialista. ¿No estará destinada a ser aplastada en este pequeño rincón, teniendo en cuenta que en un territorio mucho más amplio el movimiento de la sociedad burguesa está todavía en ascenso?»

En cierto modo, se planteó la necesidad de la conjunción entre las fuerzas proletarias y las fuerzas juveniles de las formas sociales en transformación. Por un lado, esto habría permitido el triunfo del proletariado en Occidente, acceder al comunismo, mientras que, por otro lado, habría permitido saltar por encima de la forma de producción capitalista. (*cfr.* 2.3, y especialmente 3.11.).

4.6.7. De hecho, lo que se produjo fue el triunfo del capital como resultado del hundimiento del proletariado occidental en la democracia. Este último se había levantado, en definitiva, para defender algo condenado por el desarrollo del capital. Pero la sociedad en conjunto había sufrido una profunda conmoción. Las jóvenes fuerzas de los países asiáticos y africanos se habían alzado contra el monstruo capitalista, pero debido a la ausencia de conjunción con la revolución perdida en Occiden-

te, fueron absorbidas por el capital, pese a que éste intentó detener el movimiento de liberación de todos esos pueblos. Hubo un rejuvenecimiento, pero fue el del capitalismo: éste extrajo nuevas fuerzas del interior de estas formaciones, que en adelante estaban en proceso de devenir hacia el capitalismo. (*cf.* 3.)

4.6.8. Este rejuvenecimiento fue posible a partir de la inmediata posguerra gracias a que la clase capitalista saqueó los métodos proletarios. Reconoció la importancia del hecho colectivo y de la forma partido, así como la necesidad de un cierto control de la producción para evitar choques y crisis: el fascismo. No en vano, el fascismo es al mismo tiempo una exaltación de las virtudes nacionales, de las características del grupo étnico, y busca extraer de ambas nuevas fuerzas, y en este sentido es hegeliano.

A partir de ese momento, el fenómeno tuvo repercusiones superestructurales: el arte agotado de la burguesía extrajo su vigor del arte de los pueblos considerados hasta entonces como vulgares primitivos. La pintura y la escultura se inspiraron en el arte negro y lo copiaron, y surgieron las corrientes del primitivismo, el dadaísmo, el surrealismo, etc. En el ámbito de la música, la cosa fue aún más llamativa: los dominadores blancos expoliaron a los negros a fin de holgarse con el jazz, música que expresaba a la vez la revuelta y la resignación de toda una comunidad terriblemente explotada.

4.6.9. Tras la Segunda Guerra Mundial, el fenómeno se repitió. La diferencia es que en Occidente ya no había fuerzas proletarias, pues el partido había sido destruido y la clase había sido reducida a un objeto del capital. Sólo los pueblos de Asia y África, sacados de su inmovilismo por la revolución rusa y luego replegados en un estancamiento aparente, se pusieron de nuevo en movimiento después de 1945. Esta fue la grandiosa lucha de los llamados pueblos de color contra el capitalismo occidental.

La ausencia de lucha proletaria en Occidente permitió al capitalismo escindir este gran movimiento; de lo contrario la conmoción podría haber sido tan poderosa que hubiese logrado poner de nuevo en acción al proletariado occidental. Así pues, primero se produjo la gran ola revolucionaria en Asia, y luego en África.

Pero una vez liberados estos países, el capital logró integrar esas nuevas fuerzas. De hecho, le aportan un vigor que constituye su rejuvenecimiento. Mientras, el proletariado, aturdido y degradado por el democratismo, queda reducido a una clase-lacayo del sistema opresor de los pueblos de todo el mundo.

4.6.10. El capitalismo sólo accede a la dominación real asegurando absolutamente su dominio sobre el proletariado. Esto es lo que se produjo en el transcurso de las dos guerras mundiales. Además, el capitalismo ha conseguido integrar movimientos que tendían hacia el capitalismo pero que, al ser coetáneos a una lucha abierta por el poder en Occidente, podrían haber experimentado un transcrecimiento. A partir de

entonces, el capital pudo desarrollarse sin obstáculos y de manera extraordinaria. Se produjo un nuevo renacimiento, como aquel del que habló Marx en torno a 1858.

En 4.5. se indicó el vasto movimiento expansionista de la producción capitalista en todas las zonas del globo, que no hace sino verificar las leyes de la acumulación:

- cuanto más joven es un país, mayor es su ritmo de acumulación (Japón)
- la destrucción de un país lo rejuvenece (Alemania).
- la tasa de acumulación disminuye con el tiempo (todos los países, incluida la URSS).

4.6.11. El alejamiento de la crisis quiere decir que ha habido estructuración del nuevo ser del capital rejuvenecido. Ahora que ya no tiene obstáculos en su interior (proletariado derrotado), puede desarrollarse libremente. Anteriormente, por razones de conservación de clase, se frenó la expansión del capital (por ejemplo, en Francia después de 1871). La expansión actual no sólo se debe a la desaparición de la amenaza proletaria, sino al hecho de que el capital ya no puede asegurar la paz social con la ayuda de una zona de amortiguación: el campesinado parcelario y las antiguas clases medias. Tiene que lograrlo proporcionando una reserva a todos los seres humanos. Esto requiere un alto nivel de producción y el control de todos los sectores de la actividad social. Así pues, para sobrevivir, debe crecer. Por tanto, para frenar la desvalorización que esto implica, sólo quedará la destrucción antes mencionada (4.5.).

4.6.12. En el plano superestructural, el rejuvenecimiento se manifiesta ahora de dos maneras:

1 - Una revitalización de la ideología burguesa oficial, que ha perdido sus complejos frente al marxismo. Aplica lo que cree que es el método de éste diciendo que está anticuado, que es un producto de una época determinada y, por tanto, obsoleto. La sociedad habría superado la etapa en la que se encontraba en el momento del surgimiento de la teoría proletaria. Así pues, hemos asistido a la formación de teorías abiertamente antimarxistas, pero que, sin embargo, pretendían englobar su aportación positiva, así como de teorías basadas en el marxismo pero que proclaman haberlo superado: el existencialismo. Algunas incluso se han rejuvenecido de manera distinta porque han encontrado su fuente en las sociedades antiguas y luego la han generalizado, como en el caso de la teoría de Levi-Strauss.

2 - La afirmación teórica ligada a la fase revolucionaria burguesa que se desarrolló después de 1945, cuando normalmente parecía superada incluso fuera de Europa. En todas partes el poder del proletariado había llevado su teoría al primer plano. Por ello recurrieron a esta teoría los teóricos que explicaron el gran movimiento de emancipación de la humanidad en las zonas de Asia y África. Pero, de hecho, se quedaron por debajo de ella. La afirmaron como mucho momentáneamente, lo que equi-

vale a la negación de la totalidad. Sin embargo, esa unilateralidad es completamente diferente a la de los teóricos occidentales, porque corresponde a un fenómeno real: una revolución parcial. Entre estos últimos, se reivindica parcelariamente una totalidad. Por eso Fidel Castro, Frantz Fanon y Aimé Césaire, (al comienzo) tienen un mérito innegable, y es absurdo tratarlos de reaccionarios y de imbéciles, como hacen algunos, que los juzgan desde la cima de su teoría emasculada. Por otra parte, dado que en muchas regiones existe un potencial de transcrecimiento revolucionario, no es extraño constatar que algunos teóricos de estas zonas en fermentación estén tomando un camino que puede conducirlos al redescubrimiento del marxismo.

La influencia de las ideologías nacidas de las revoluciones anticoloniales en Occidente, así como el retorno a las posiciones superadas del movimiento obrero (un cierto mesianismo tanto en África y América Latina como en Estados Unidos, por ejemplo) siguen expresando el rejuvenecimiento del conjunto social, y procede del escamoteo de la revolución proletaria durante los años 1917-1923. Finalmente, y a escala mundial, el proletariado dirigió, realizó o apoyó una revolución burguesa.

4.7. La negación del capital es el proletariado

4.7.1. El capital tiende a negar las clases (4.1.15.), a hacer que no haya más que una cuyos extremos no sean demasiado pronunciados. Esto obtiene una apariencia de realidad como consecuencia de la generalización del salariado. Todo el mundo, en la actualidad, realiza una determinada función social y el pago de ésta constituye su salario. Todas las relaciones de clase están mistificadas. Por tanto, es necesario precisar los caracteres del proletariado y los de las nuevas clases medias.

4.7.2. Marx explicó que la sociedad capitalista avanzaba hacia una polarización creciente, con el capital de un lado, y el proletariado del otro; por tanto, las clases medias desaparecerían. No obstante, si bien es cierto que las antiguas clases medias —reliquias de modos de producción anteriores— están desapareciendo cada vez más, podemos ver —como hizo Bernstein— que se están formando otras nuevas. Esta vez son producto del capital.

Donde Bernstein se equivoca es al declarar que Marx no previó el fenómeno. Ahora bien, Marx afirmó que el capitalismo tendía a disminuir el número de hombres que producían plusvalor y a aumentar el número de los que vivían de él. Más explícitamente, escribió: «Su gran esperanza (de Malthus, n.d.r.), que él mismo se adelanta a calificar, por lo demás, de un poco utópica, se cifra en que la clase media crezca continuamente y en que el proletariado, a pesar de aumentar en términos absolutos, llegue a convertirse en una porción cada vez menor de la población total. No es por este camino, precisamente, por el que marcha la sociedad burguesa.»

La cuestión no es tanto la de reconocer la existencia de estas nuevas clases medias, como la de comprender cuál es su papel en el proceso total de producción del

capital. Entonces será posible aclarar la afirmación de Marx sobre la polarización de la sociedad.

4.7.3. La cuestión del proletariado y de las nuevas clases medias (en el plano económico) remite a la del trabajo productivo e improductivo (a la cuestión de los servicios). Para Marx, en el marco de la sociedad capitalista, es el trabajo productivo el que produce plusvalor para el capital. Puede haber un gasto de «fuerza de trabajo» sin que sea productivo, lo que significa que, en ese momento, lo que importa es el uso que se le da, el servicio: por ejemplo, los criados. El valor de cambio no está a la vista. En otras palabras, cuando se paga al trabajador, el dinero no actúa como capital, sino como dinero (podemos decir que es un gasto de ingresos).

«El intercambio de trabajo objetivado por trabajo vivo no es suficiente ni para constituir por un lado el capital, ni por el otro el trabajo asalariado. La clase entera de los llamados *servidores*, desde el lustrabotas hasta el rey, cabe en esta categoría. (*Grundrisse*, Vol. I, p. 426)

4.7.4. «Si sumamos el número de todas las personas ocupadas en la totalidad de las fábricas textiles al del personal de las minas de carbón y de metales, obtendremos como resultado 1.208.442; y si a los primeros les sumamos el personal de todas las plantas metalúrgicas y manufacturas de metales, el total será de 1.039.605; en ambos casos, pues, un guarismo menor que el número de los esclavos domésticos modernos. ¡Qué edificante resultado de la maquinaria explotada de manera capitalista!» (*El Capital*, Tomo I, Vol. 2, p. 544)

Así pues, a partir de mediados del siglo XIX, la productividad del trabajo había liberado a un número considerable de hombres de la producción. Su función era servir a otros hombres y consumir una parte de sus ingresos. Con el desarrollo del capital, estos hombres liberados servirán para absorber el excedente de la producción y a entrar así en la esfera del consumo productivo, como explicó Marx en el Libro IV.

4.7.5. Con el desarrollo del capital, aumenta el tiempo de circulación. La división del trabajo es cada vez más necesaria para reducir la pérdida de tiempo: el capitalista produce, el comerciante vende. Cuando el capitalismo está plenamente desarrollado, se trata de dos funciones dentro del propio modo de producción capitalista (el capital ha subyugado al comercio). Tenemos al capitalista industrial y al capitalista mercantil. Dado que el producto sólo ha sido producido como capital-mercancía cuando ha llegado al mercado, esto implica que el capitalista industrial cede parte de su beneficio al capitalista mercantil para que éste venda el producto. Por eso parece que el comercio aumente el precio de las mercancías (cuando en realidad no hace más que restituir la fracción que se había retirado) y que, en cambio, los empleados que trabajan para el capitalista mercantil creen plusvalor.

«El capital comercial no es absolutamente otra cosa que una forma autonomizada de una parte del capital industrial que funciona en el proceso de circulación.» (*El Capital*, Tomo III, Vol. 6, p. 382)

«En cambio, en el caso del capital comercial tenemos que vérnoslas con un capital que participa en la ganancia sin participar en su producción.» (Tomo III, Vol. 6, p. 365)

«El trabajador de comercio no produce plusvalor en forma directa. Pero el precio de su trabajo está determinado por el valor de su fuerza de trabajo, es decir de sus costos de producción, mientras que el ejercicio de esa fuerza de trabajo, en cuanto tensión, despliegue y desgaste de dicha fuerza, no se halla limitado en modo alguno, como en el caso de cualquier otro asalariado, por el valor de su fuerza de trabajo. Por ello, su salario no guarda relación necesaria alguna con la masa de la ganancia que ayuda a realizar al capitalista. Lo que le cuesta al capitalista y lo que le reporta, son dos magnitudes diferentes. Le reporta algo no por el hecho de crear directamente plusvalor para él, sino porque lo ayuda a disminuir los costos de la realización del plusvalor, en la medida en la que efectúa trabajo, en parte impago. El trabajador comercial propiamente dicho pertenece a la clase de asalariados mejor remunerados, a aquellos cuyo trabajo es trabajo calificado, que se halla por encima del trabajo medio. No obstante, el salario tiene la tendencia a disminuir, inclusive en proporción con el trabajo medio, en la medida en que progresa el modo capitalista de producción. En parte, ello ocurre por división del trabajo dentro de la oficina; de ahí que sólo haya que producir un desarrollo unilateral de la pericia laboral y que los costos de esa producción en parte nada le cuesten al capitalista, sino que la destreza del trabajador se desarrolle en virtud de su propia función, y ello tanto más rápidamente cuanto más unilateral se torne la división del trabajo. En segundo lugar, porque la instrucción previa, los conocimientos de comercio, de idiomas, etc., se reproducen, con el progreso de la ciencia y de la instrucción pública, con creciente celeridad, facilidad, difusión general y a menor costo, cuanto más orienta en un sentido práctico el modo capitalista de producción los métodos de enseñanza, etc. La generalización de la instrucción pública permite reclutar esta especie de trabajadores entre clases que antes se hallaban excluidas de ello, estando habituadas a modos peores de vida. De esta suerte aumenta el aflujo de trabajadores y con él la competencia. Por ello, con algunas excepciones, la fuerza de trabajo de esta gente se desvaloriza a medida que avanza la producción capitalista; su salario disminuye mientras aumenta su pericia laboral. El capitalista incrementa el número de estos obreros cuando hay más valor y ganancias para realizar. El aumento de este trabajo es siempre un efecto, y nunca una causa del aumento del plusvalor.» (*El Capital*, Tomo III, Vol. 6, pp. 384-385)

El trabajador comercial no produce plusvalor sino beneficio.

4.7.6. Lo que Marx explica para la esfera comercial también es válido para la esfera financiera. Aquí diremos que el trabajador de banca o de cualquier organización similar no produce plusvalor, sino intereses. Sin su trabajo, el capitalista financiero no puede realizar la parte del beneficio que el capitalista industrial le enajena, es decir, el interés. Esto también es cierto para el Estado como empresa capitalista: los sectores con Condiciones Especiales de Contratos, las cajas de ahorro, los préstamos, etc.

4.7.7. Originalmente, los servicios estaban destinados a los seres humanos, ya sea individualmente (por ejemplo, el servicio doméstico) o colectivamente (por ejemplo, el servicio de Correos). Hoy en día, los servicios son servicios para el capital. Este

último siempre se enfrenta a la fuerza de trabajo como valor de uso, pero en este caso el uso no es para valorizar el valor, sino para realizarlo. Más concretamente, el valor se ha valorizado en el proceso de producción. El plusvalor se distribuirá de forma diferente entre los distintos capitalistas o empresas capitalistas. Para realizar la fracción que le corresponde (beneficio o interés) cada uno de estos sectores debe consumir tiempo de trabajo.

4.7.8. El papel de las nuevas clases medias es, pues, doble: 1° realizar el plusvalor, es decir, permitir que se transforme de plusvalor en forma de mercancías en plusvalor en forma de dinero. Al razonar sobre las formas fenoménicas, eso significa: obtener beneficios. El capital, por tanto, paga, por así decirlo, un servicio. Paga para que haya una variación cualitativa, aunque esta operación deba revelar una cantidad: una determinada cantidad de beneficio o interés. Pero esto está incluido en el ser del capital, que es básicamente un proceso cuantitativo $K \rightarrow K + \Delta K$. La mistificación proviene del hecho de que el servicio ya no es para el hombre, sino para el capital; que los hombres empleados en la prestación de estos servicios son necesariamente explotados; de lo contrario eso significaría, de una manera u otra, que el capital produce para el hombre.

2° consumir los productos del capital. Porque la metamorfosis del capital tiene lugar necesariamente a través del consumo. Los integrantes de las nuevas clases medias son consumidores improductivos. En este caso, el capital adelanta el salario y, por tanto, el dinero necesario para comprar las mercancías-capital, así como éstas; el intercambio implica el consumo improductivo y la metamorfosis del capital. El ser humano es una superficie de intercambio. El capital otorga un salario a estos integrantes de la nueva clase media en la medida en que le prestan un servicio. Sólo pueden tener una acción negativa, nunca positiva si no trabajan lo suficiente, impiden la realización de la totalidad del beneficio o interés.

4.7.9. Así pues, la disminución del número de trabajadores que producen plusvalor va acompañada de un aumento del número de los que lo realizan, en sus diversas formas (4.1.8.). Esta es la otra cara de la desvalorización, ya que, al final, para producir el mismo plusvalor, hay que utilizar cada vez más fuerza de trabajo viva. Esto es un enorme desperdicio. Para el capital esto no tiene importancia, ya que el plusvalor generado puede finalmente realizarse; su proceso de valorización no se ve, por tanto, obstaculizado. Sin embargo, es obvio que como toda esta fuerza de trabajo no produce ningún plusvalor, existe una pérdida potencial de valorización.

Por otra parte, esto explica que cualquier aumento de los salarios en el sector productivo se vea frenado, porque cualquier disminución del plusvalor en este sector inhibe todo el resto del proceso. En cierto modo, sin todo el sector comercial y monetario, el capitalista podría conceder un salario más elevado, es decir que en última instancia estas nuevas clases participan en la explotación del proletariado, pero de forma indirecta.

En la Antigüedad, el proletariado vivía a expensas de la sociedad; ahora la sociedad vive a expensas del proletariado (Sismondi). Podemos completar esto diciendo que hoy la sociedad capitalista genera toda una capa de asalariados que viven a expensas de su sector productivo. Esto representa uno de sus rasgos irracionales (no desde el punto de vista del capital).

4.7.10. La posibilidad de negar las diferencias entre proletarios y nuevas clases medias reside, en primer lugar, en la generalización del trabajo asalariado (en el siglo pasado trabajador asalariado era sinónimo de proletario), lo que ya es en sí mismo una mistificación.

«Se comprende, por consiguiente, la importancia decisiva de la *transformación* del valor y precio de la fuerza de trabajo en la forma del *salario*, o sea en el valor y precio del trabajo mismo.» (*El Capital*, Tomo I, Vol. 2, p. 657)

Como hemos visto, ahora se considera que todo ser humano desempeña una función útil para el capital. Por otra parte, si en un principio se pagaba al trabajador de forma diferente a los empleados, ahora se tiende a la uniformización, por lo que la práctica del pago mensual se está generalizando. Otro fenómeno que refuerza la ilusión de que no hay diferencia es el hecho de que a su vez estas clases padecen una expropiación cuando le cuestan demasiado caras al capital y éste ha encontrado la manera de sustituirlas. El desarrollo actual de la cibernética, de la informática, no hace sino acentuar la tendencia que Marx ya indicó en su época (*cf.* 4.7.4. 3ª cita).

4.7.11. El enorme aumento de la producción capitalista tiende a inhibir su desarrollo, de ahí la necesidad de una esfera productiva que desempeñe el papel de acelerador frente a la masa de inercia que representa la producción generada. Se trata de toda la esfera de la publicidad. Aquí tampoco hay una producción directa de plusvalor por parte de los trabajadores en este sector. El resultado que se pretende es que el resto del capital-mercancía logre su metamorfosis en capital-dinero para que la valorización no se vea obstaculizada.

4.7.12. ¿Qué es precisamente el proletario (el asalariado del que habla Marx), cuáles son sus características?

«(El trabajo asalariado es aquí, en la acepción estrictamente económica en que únicamente usamos el término —y más adelante tendremos que distinguirlo de otras formas del trabajo a jornal, etc.—, trabajo que pone capital, que produce capital, vale decir trabajo vivo que produce por un lado las condiciones objetivas de su realización como actividad, y por otro los momentos objetivos de su existencia como *capacidad* de trabajo; produce a estos elementos como poderes ajenos contrapuestos a él mismo, como *valores existentes para sí e independientes de él.*) Las condiciones esenciales están puestas en la relación, tal como esta misma se presenta originariamente:

1) por una parte la disponibilidad de la capacidad viva de trabajo como existencia meramente *subjetiva*, separada de los elementos de su realidad objetiva; por ende, separada

tanto de las condiciones del trabajo vivo como de los *medios de existencia, medios de subsistencia*, medios de autopreservación de la *capacidad viva de trabajo*; por una parte, la posibilidad viva del trabajo, en esta abstracción total;

2) por el otro lado el valor o trabajo objetivado existente tiene que ser una acumulación de valores de uso suficientemente grande como para proporcionar las condiciones no sólo para la producción de los productos o valores, necesarios para reproducir o conservar la capacidad viva de trabajo, sino para absorber plus-trabajo: para procurarle al trabajo el material objetivo;

3) libre relación de cambio —circulación monetaria— entre ambas partes; una relación entre los extremos fundada en el valor de cambio, no sobre una relación de dominio y de servidumbre; es decir, pues, una producción que no proporciona directamente al productor los medios de subsistencia, sino que está mediada por el intercambio, y que del mismo modo no puede apoderarse directamente del trabajo ajeno, sino que debe comprárselo al obrero, intercambiarlo;

por último, 4) una de las partes —la que representa las condiciones objetivas del trabajo en la forma de valores autónomos, existentes para sí— debe hacer su entrada en escena como *valor* y considerar como su finalidad última el poner valores, la autovalorización, la producción de dinero, y no el disfrute directo o la creación de valor de uso. (*Grundrisse*, Vol. I, pp. 424-425)

4.7.13. Para los integrantes de las nuevas clases medias, la característica 1ª es válida, porque esta separación también existe en la nueva clase media. Sin embargo, para la 2ª, no es el caso, porque del otro lado está la ganancia o el interés que hay que obtener. El resto del punto le concierne, así como la 3ª. Pero para la 4ª es obvio que, en este caso, la fuerza de trabajo no tiene como objetivo la autovalorización, sino una modificación del valor valorizado, una modificación del ser producido; no hay, por tanto, creación de valores de uso.

Si «cuando el capital se intercambia por trabajo, el valor no mide el intercambio entre dos valores de uso, es el contenido mismo del intercambio». Ese no es el caso del trabajo del integrante de la clase media: el contenido es un uso que consista en provocar una transformación en la forma del plusvalor.

4.7.14. Aún quedan por precisar las características del proletario.

«[...] en el proceso y a través del mismo están puestas las reales condiciones objetivas del trabajo vivo. (A saber: el material en el cual se valoriza, el instrumento con el que se valoriza y los medios de subsistencia mediante los cuales se atiza el fuego de la capacidad viva de trabajo, convirtiéndola en trabajo y protegiéndola de la extinción al agregar a su proceso vital las sustancias necesarias.) Aquellas condiciones están puestas como existencias ajenas, autónomas, o como modo de existencia de una *persona ajena*, como valores que existen para sí y se conservan para sí, como [opuestos] en sí a la capacidad viva de trabajo —la cual, aislada de ellos, existe subjetivamente—, y por tanto como valores que constituyen la riqueza ajena a la capacidad de trabajo, la riqueza del capitalista.

Las condiciones objetivas del trabajo vivo se presentan como valores *disociados, autónomos*, frente a la capacidad viva de trabajo como existencia subjetiva; la cual, por ende, se presenta ante ellos únicamente como valor de un *tipo diferente* (no como valor, sino como valor de uso distinto de ellos). (*Grundrisse*, Vol. I, p. 425).

«Por otro lado, la existencia meramente subjetiva de la capacidad de trabajo frente a sus propias condiciones, le presta, ante éstas, una forma sólo indiferente y objetiva: queda reducida a un *valor* de determinado valor de uso *al lado* de las condiciones autónomas de su valorización como *valores* de otro valor de uso. En vez de que esos valores se realicen en el proceso de producción como condiciones de la capacidad de trabajo, es ésta, por el contrario, la que surge del proceso como simple condición de la valorización y conservación *de aquéllos* en cuanto valores que su para sí y se le contraponen. El material que ella elabora es material *ajeno*; también el instrumento es instrumento *ajeno*; su trabajo aparece meramente como un accesorio de ellos en cuanto sustancia, y por ende se objetiva en algo que no le pertenece.»

«Y aún el propio trabajo vivo se presenta como *ajeno* frente a la capacidad viva de trabajo —cuyo trabajo y cuya manifestación vital específica es él—, puesto que ha sido cedido al capital por trabajo objetivado, por el producto del trabajo mismo. La capacidad de trabajo se comporta ante el trabajo como ante algo ajeno, y si el capital quisiera pagarle *sin* hacerla trabajar, aceptaría de buena gana tal negocio. De modo que su propio trabajo le es tan ajeno —y lo es también por su orientación, etc.— como el material y el instrumento. En consecuencia, también el producto se le presenta como una combinación de material ajeno, instrumento ajeno y trabajo ajeno: como *propiedad ajena*; finalizada la producción, la capacidad de trabajo se ha empobrecido por la fuerza vital gastada, pero además debe recomenzar la *drudgery* y hacerlo como capacidad de trabajo existente de manera puramente subjetiva, separada de sus condiciones de vida.» (*ibíd.*, pp. 423-424)

Fundamentalmente, estas citas ponen de manifiesto la dualidad del proletario, a la vez objeto del capital y ser opuesto a él. Potencialmente, esto último le convierte en comunista.

4.7.15. Para el trabajador de las nuevas clases medias también existe una dualidad, pero se presenta de forma diferente. Por un lado, participan de la condición del proletario, y por otro, al ser pagado por el plusvalor producido por el obrero, tiene una existencia directamente ligada al capital. Por eso se enfrenta a un resultado, a algo producido, por tanto, al consumo en sus diversas formas. Está totalmente inmerso en el ser del capital, en su mistificación. De ahí las reivindicaciones de estas clases: mayor consumo o el famoso ludismo^{vii} (destruir las mercancías, cuando el capital precisamente puede tener necesidad de esa destrucción para salvar la autonomía de su proceso). Así que tenemos la polaridad de la destrucción o de la envidia, pero no una solución positiva. A lo sumo, estas nuevas clases medias pueden acceder, por sí mismas, a la comprensión del comunismo grosero. Su reivindicación de la destrucción del trabajo es otra manifestación de su inmersión en la mistificación; lo que hay que destruir es el trabajo asalariado que produce plusvalor para el capital.

4.7.16. Otra forma de velar las diferencias entre las nuevas clases medias y el proletariado es, en ambos casos, la existencia de una estratificación salarial. Ahora bien, esto se refiere simplemente a la cuestión del trabajo simple y complejo (véase la

vii^{vii} Imprecisión: el ludismo fue un movimiento para destruir las máquinas; pero eso puede ser válido analógicamente. (*Nota de septiembre de 2009*)

cita 4.7.3.) en los dos sectores de la producción y la circulación, y a la necesidad de diversificar los salarios para crear competencia dentro de los dos conjuntos de trabajadores. Porque si el capitalismo debe integrar a los hombres en un sistema «esclavista», debe al mismo tiempo integrarlos en un sistema de competencia entre las personas para que no se opongan a su dominación.

4.7.17. Una última cuestión es la de los técnicos. Está vinculada a la de la ciencia, que, incorporada al proceso de producción, no crea plusvalor, sino que sólo permite extraérselo a los proletarios. Es un arma de clase: ciencia = opresión de clase. Por otra parte, al permitir la creación de máquinas que eliminan a los hombres, tiende a destruir el valor.

«No es sino con el advenimiento de la gran industria que el hombre aprende a hacer que opere en gran escala y *gratuitamente*, al igual que una fuerza natural, el producto de su trabajo pretérito, ya objetivado.» (*El Capital*, Tomo I, Vol. 2, p. 472)

Un técnico opera directamente en la esfera de explotación del proletariado, siendo él mismo un explotado. El capital no puede aceptar que el plusvalor sea consumido por una capa de hombres, sino que se ve obligado a sacrificar parte de él para aumentar la producción de plusvalor en la esfera productiva.

Por otro lado, los técnicos en su conjunto tienden a formar una burocracia, servidora del aparato productivo, pero que no produce plusvalor.

4.7.18. La explotación de los técnicos se hace aún más evidente cuando se trata de empresas que producen directamente para la investigación. Sin embargo, también aquí el papel del técnico sigue siendo objetivamente el de perfeccionar la explotación de los proletarios.

En las empresas que cuentan con un departamento propio de diseño e investigación, éste se financia con el plusvalor extraído a los trabajadores. Así que todos los trabajadores de las oficinas de diseño tienen este doble carácter del que hemos hablado. También pertenecen a esta vasta capa intermedia: las nuevas clases medias. Y tienen tanto un aspecto capitalista como proletario. Por eso pueden pasar a la clase obrera en determinados períodos.

4.7.19. En resumen, el capital busca en el proletariado un valor de uso con vistas al valor de cambio (incremento de éste, valorización); en las nuevas clases medias busca un valor de uso para un uso: realizar el plusvalor. Sólo se trata de introducir una diferencia cualitativa en un proceso cuantitativo que ya ha tenido lugar. Es obvio que el valor de cambio está siempre en el centro de la cuestión, de lo contrario ya no habría capital. Pero aquí se trata de un comportamiento con respecto a ella y no de su ser mismo. Los proletarios, por tanto, se enfrentan al ser real del capital, a las nuevas clases medias, a sus fenómenos aparentes: las mercancías, por ejemplo. Cuando luchan, lo hacen contra las consecuencias y no contra las causas del sistema.

De ahí las absurdas teorías basadas en el análisis de la mercancía, como la I.S., que es la que mejor refleja la posición de estas clases en la sociedad actual.

4.7.20. El capital sólo puede desarrollarse explotando al conjunto de la humanidad. Es su forma de realizar la generalización de la situación del proletariado que Marx reclamaba como primer paso hacia la supresión de éste. Esta generalización es mistificadora. Eso no la priva de su realidad ni de su base revolucionaria. En cuanto el proletariado tome el poder, podrá negarse a sí mismo como clase de forma más rápida que antes.

El conjunto de la humanidad tiende a oponerse al capital, a rebelarse contra él. Pero la clase que puede tener la máxima coherencia revolucionaria, que puede tener un programa radical de destrucción del capital y al mismo tiempo ver y describir la sociedad futura, el comunismo, es el proletariado. Las nuevas clases medias no van más allá de lo inmediato: la destrucción de las consecuencias del capital, pero no se elevan a la comprensión de qué es el monstruo automatizado. Esto se deriva del hecho de que el proletario pertenece a la vez a esta sociedad y a otra; los integrantes de las nuevas clases medias están a la vez vinculados a esta sociedad y son proletarios. Por tanto, puede llegar a la visión inmediata del proletario, a un comunismo burdo, pero no al comunismo integral.

La clase obrera, al constituirse en clase, y por tanto en partido, se convierte en sujeto histórico. Emprende la transformación del mundo: la transición al comunismo. Es obvio que un gran número de elementos de estas nuevas clases medias podrán unirse al partido.

El hombre es la negación del capital, pero su negación activa y positiva es el proletariado.

4.7.21. «El reconocimiento de que los productos son de propiedad suya, la condena de esa separación respecto a las condiciones de su realización —separación a la que tiene por ilícita y compulsiva—, constituyen una conciencia inmensa, producto ella misma del modo de producción que se funda en el capital. Esa conciencia *knell to its doom*, así como al volverse conscientes los esclavos de que no pueden ser propiedad de un tercero, al volverse conscientes como personas, la esclavitud ya sólo sigue vegetando en una existencia artificial y ya no puede subsistir como base de la producción.» (*Grundrisse*, Vol. I, p. 424)

La contradicción más aguda que alcanzará el desarrollo del valor de cambio convertido en capital es la siguiente: por un lado, la tendencia creciente a la negación del valor como resultado del aumento de la productividad del trabajo; por el otro, la fijación de ésta por los hombres. Esto significa que a partir de ahí el choque entre ellos y el capital es inevitable. Al mismo tiempo, el trabajo se habrá vuelto cada vez más absurdo y la sociedad más irracional. La necesidad de una revolución a título humano se impondrá naturalmente. Sólo el proletariado como negador absoluto del capital (recobrará este carácter con la crisis) puede ser el soporte de la conciencia de esta

gran revolución que presenciara la puesta en movimiento de la inmensa mayoría de la humanidad contra los defensores del monstruo automatizado. Encontramos aquí, bajo una forma precisa, la afirmación de Marx acerca de la polarización entre el capital y la masa proletarizada de la humanidad.

Observaciones sobre el punto 4

Hemos titulado este punto 4 «Desarrollo del capitalismo» para delimitar el objeto de estudio. Más adelante se tratará de retomar la crítica de la economía política tal y como la concibió Marx:

«Consideraré el sistema de la economía burguesa en la siguiente secuencia: *el capital, la propiedad de la tierra, el trabajo asalariado; el Estado, el comercio exterior, el mercado mundial.*» (*Prólogo a la Contribución*)

«Así, incluso en la sociedad desarrollada, esto emerge a la superficie como mundo de las mercancías inmediatamente tangibles. Pero a través de sí mismo remite más allá de sí mismo, a las relaciones económicas que están puestas como *relaciones de producción*. La articulación interna de la producción constituye por consiguiente la segunda sección; su síntesis en el Estado, la tercera; la relación internacional, la cuarta; el mercado mundial, la sección final, en la cual la producción está puesta como totalidad al igual que cada uno de sus momentos, pero en la que al mismo tiempo todas las contradicciones se ven en proceso. El mercado mundial constituye a la vez que el supuesto, el soporte del conjunto. Las crisis representan entonces el síntoma general de la superación de ese supuesto, y el impulso a la asunción de una nueva forma histórica.» (*Grundrisse*, Vol I., p. 163)

Marx no pudo completar su tarea de forma exhaustiva. Sin embargo, en sus obras se encuentran todas las directrices esenciales para llevarla a cabo. Por otro lado, es posible utilizar las aportaciones de varios elementos de la escuela marxista. Una vez hecho, será posible restituir a la teoría del proletariado su plena dimensión.

Desde varios puntos de vista, se ha señalado que Marx había hecho una crítica de la economía. Pero en el transcurso de la presentación de esta crítica, resulta que era una teoría distorsionada. Los situacionistas, por ejemplo, (muchos trotskistas también) siguiendo a Lukács, sitúan la mercancía en el centro de la crítica. Olvidan que para Marx: «El *segundo* rasgo que caracteriza especialmente al modo capitalista de producción es la producción de plusvalor como objetivo directo y motivo determinante de la producción. El capital produce esencialmente capital, y solo lo hace en la medida en que produce plusvalor.» (*El Capital*, Tomo III, Vol. 8, p. 1117)

En el capitalismo, todas las mercancías son, de hecho, capital en forma de mercancía.

«En el capital, el consumo de la mercancía no constituye el fin; forma parte del proceso de producción, aparece como un momento de la producción, es decir, un momento que realiza el valor (*wertsetzens*).» (*Grundrisse*, Vol. I, pp. 21-29)

«En el capital se pone la perennidad del valor (*to a certain degree*) en la medida en que aquél se encarna en las mercancías perecederas, adopta su forma, pero, asimismo las

modifica; alterna entre su forma perenne en el dinero y su forma perecedera en las mercancías; la perennidad es puesta como lo único que ella puede ser: transitoriedad que transcurre, proceso, vida. Pero a esta facultad, el capital sólo la adquiere succionando continuamente, como un vampiro, el trabajo vivo a título de sustancia que lo anima.» (*ibíd.*, p. 162)

«Pero estas mercancías son ahora, a la vez, portadoras del capital; son el capital valorizado, grávido de plusvalía. Y a ese respecto su circulación, que ahora [es] al mismo tiempo proceso de reproducción del capital, incluye nuevas determinaciones que eran ajenas a la consideración abstracta de la circulación mercantil. Por ende, ahora debemos considerar la circulación de las mercancías en cuanto *proceso de circulación del capital*. De esto nos ocuparemos en el libro siguiente.» (*VIº Capítulo*)

A todos los que quieren basar su crítica de la sociedad, de la vida cotidiana, etc., en un análisis de la mercancía, les dedicamos, entre otros, este pasaje de las notas aun libro de John Stuart Mill, de Karl Marx.

«El *crédito* es un juicio *económico* sobre la *moralidad* de una persona. En el crédito se convierte en *mediador* del cambio, en vez del metal o del papel, el *hombre* mismo, pero no como hombre, sino como la *existencia [personificada] de un capital* y sus intereses. Así, pues, aunque el medio de cambio retorne y se transfiera de su forma material al hombre, es a costa de colocar al hombre fuera de él mismo y de convertirlo en una forma material. No se convierte al dinero en el hombre, cancelándolo dentro de la relación de crédito, sino que, por el contrario, se convierte al hombre mismo en *dinero* o se *incorpora* al dinero en él. La *individualidad humana*, la *moral* humana se convierte, así, por sí misma en artículo comercial y en el *material* en que toma cuerpo el dinero. En vez de dinero, de papel la materia, el cuerpo en que encarna el *espíritu dinero*, es ahora mi propia existencia personal, mi carne y mi sangre, mi virtud y cotización social. El crédito cristaliza el valor del dinero, no ya en dinero, sino en carne humana y en corazón humano. Por donde todos los progresos e inconsecuencias que se dan dentro de un sistema falso constituyen el máximo retroceso y la máxima consecuencia de la infamia. (...)

«Finalmente, el sistema de crédito culmina en la *banca*. La creación de los banqueros, la hegemonía de la banca en el estado, la concentración de la riqueza en sus manos, bajo el poder de este *areópago* de la nación, es el digno remate del sistema monetario. En el Sistema de crédito, en cuanto que hace que el *reconocimiento moral del hombre*, la *confianza hacia el estado*, etc., cobre la forma del *crédito*, se pone al descubierto el secreto que reside en la mentira del reconocimiento moral, la infamia *inmoral* de esta moralidad, lo mismo que la santurronería y el egoísmo se revelan en aquella actitud ante el estado y se muestran como lo que realmente son..»^{viii}viii

(trad. F. Corriente)

viii^{viii} La importancia del crédito y de la especulación, cuya evolución venimos siguiendo desde 1968 a través de las llamadas crisis monetarias que se despliegan a partir de ella, revela el deseo oculto e inconsciente de conquistar el futuro, al mismo tiempo que el deseo de huir del estado presente, de estar fuera de los límites, de ser inaccesible y de alcanzar finalmente una satisfacción en la que el ser se suprima al realizarse (al menos al pensar en realizarse). Esta dimensión profunda de la especiosis se revela hoy plenamente. (*Nota de septiembre de 2009*)

La mistificación democrática

El asalto del proletariado a las ciudadelas del capital no podrá realizarse con ninguna posibilidad de éxito sin que el movimiento revolucionario del proletariado termine, de una vez por todas, con la democracia. Esta es el último refugio de todas las abjuraciones y traiciones, porque es la primera esperanza de aquellos que creen sanear y revigorar el movimiento actual, que está podrido hasta los cimientos.

5.1. El fenómeno histórico general

«La vida social es, en esencia, práctica. Todos los misterios que descarrían la teoría hacia el misticismo, encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica.» (Marx, VIIIª Tesis sobre Feuerbach)

5.1.1. De forma general, podemos definir la democracia como el comportamiento del hombre, la organización de éste, cuando ha perdido su unidad orgánica original con la comunidad. Existe, pues, durante todo el período que separa el comunismo primitivo del comunismo científico.

5.1.2. La democracia nace a partir del momento en que hay división entre los hombres y repartición del tener. Lo que quiere decir que nace con la propiedad privada, los individuos y la división de la sociedad en clases, con la formación del Estado. De ello se desprende que se haga cada vez más pura en la medida en que la propiedad privada se generaliza y que las clases aparecen con mayor claridad en la sociedad.

5.1.3. La democracia supone un bien común a repartir. En la sociedad antigua, la democracia limitada presuponía la existencia del *ager publicus* y los esclavos no eran hombres. En la sociedad moderna, este bien es más universal (comprende un número mayor de hombres), más abstracto e ilusorio: la patria.

5.1.4. La democracia no excluye de ninguna manera la autoridad, la dictadura, el Estado. Por el contrario, los requiere como fundamento. ¿Quién podría garantizar el reparto, quien podría regular las relaciones entre los individuos y entre éstos y el bien común, sino el Estado?

En la sociedad capitalista plenamente desarrollada, el Estado se presenta también como el guardián del reparto desde un doble punto de vista: impedir que la plusvalía sea roída por el proletariado; garantizar que sea repartida bajo la forma de ganancia industrial, ganancia comercial, interés, renta, etc... entre las diferentes esferas capitalistas.

5.1.5. La democracia implica, por lo tanto, la existencia de los individuos, de las clases y del Estado; por ello la democracia es a la vez un modo de gobierno, un modo de dominación de una clase y un mecanismo de unión y de conciliación.

En efecto, los procesos económicos, en su origen, dividen a los hombres (proceso de expropiación) que estaban unidos en la comunidad primitiva. Las antiguas relaciones sociales son destruidas. El oro se transforma en una fuerza real que reemplaza la autoridad de la comunidad. Los antagonismos materiales enfrentan a los hombres de tal forma que podrían hacer reventar la sociedad, hacerla insoportable. La democracia aparece como un medio de conciliar los contrarios, como la forma política más apta para unir lo que ha sido dividido. Representa la conciliación entre la vieja comunidad y la nueva sociedad. La forma mistificadora reside en la aparente reconstrucción de una unidad perdida. La mistificación era progresista.

En el polo opuesto de la historia, en nuestros días, el proceso económico ha conducido a la socialización de la producción y de los hombres. La política, por el contrario, tiende a dividirlos, a mantenerlos, como simples superficies de intercambio para el capital. La forma comunista se vuelve cada vez más poderosa en el seno del viejo mundo capitalista. La democracia aparece como una conciliación entre el pasado que aún obra en nuestro presente y en el futuro: la sociedad comunista. La mistificación es reaccionaria.

5.1.6. Frecuentemente se ha afirmado que, en los orígenes de la vida de nuestra especie, en el comunismo primitivo, había gérmenes de democracia; algunos afirman que incluso había formas de ésta. Lo que hay es incomprensión de que en la forma inferior podamos encontrar gérmenes de la forma superior, manifestándose esporádicamente. Esta «democracia» aparece en circunstancias bien definidas, y una vez cumplidas, se volvía al antiguo modo de organización; por ejemplo, la democracia militar en sus orígenes. La elección del jefe se efectuaba en un momento preciso y en vista de ciertas operaciones. Una vez terminadas las mismas, el jefe era reabsorbido en la comunidad. La democracia que se manifestaba temporalmente era reabsorbida. Lo mismo se produjo con las formas de capital que Marx llamó antediluvianas. La usura es la forma arcaica del capital-dinero que podía manifestarse en las viejas sociedades. Pero su existencia siempre fue precaria porque la sociedad se defendía contra su poder disolvente y la desterraba. Sólo cuando el hombre se ha convertido en mercancía puede desarrollarse el capital sobre una base sólida y sin poder ser reabsorbido. La democracia solo pudo manifestarse realmente a partir del momento en que los hombres fueron totalmente divididos y que el cordón umbilical que los unía a la comunidad ha sido cortado, es decir, cuando hay individuos.

El comunismo puede manifestarse a veces en esta sociedad, pero es siempre reabsorbido. Sólo podrá desarrollarse verdaderamente a partir del momento en que la comunidad material haya sido destruida.

5.1.7. El fenómeno democrático aparece con claridad en el transcurso de dos períodos históricos: en el momento de la disolución de la comunidad primitiva en Grecia y en el de la disolución de la sociedad feudal en Europa Occidental. Es indiscutiblemente en el transcurso de este segundo período cuando el fenómeno aparece en su máxima amplitud, porque los hombres fueron reducidos realmente a la condición de individuos y porque las relaciones sociales anteriores ya no podían mantenerlos unidos. La revolución burguesa aparece siempre como una puesta en movimiento de las masas. De allí el dilema burgués: cómo unificar a las masas y estabilizarlas dentro de las nuevas formas sociales. De allí, la enfermedad institucional y el desencadenamiento del derecho en la sociedad burguesa. La revolución burguesa es social con alma política.

En el curso de la revolución comunista, las masas ya han sido organizadas por la sociedad capitalista. No buscarán nuevas formas de organización, sino que estructurarán un nuevo ser colectivo: la comunidad humana. Esto aparece netamente cuando la clase actúa como ser histórico, cuando se constituye en Partido.

Varias veces, en el seno del movimiento comunista, se ha afirmado que la revolución no es un problema de formas de organización. Para la sociedad capitalista, en cambio, todo es problema organizativo. En los orígenes de su desarrollo, esto se reflejó en la búsqueda de buenas instituciones, y al final en la búsqueda de las estructuras más aptas para encerrar a los hombres en las prisiones del capital: el fascismo. En los dos extremos, la democracia está en el corazón de esta búsqueda: democracia política, primero, y social después.

5.1.8. La mistificación no es un fenómeno deseado por los hombres de la clase dominante ni una superchería inventada por ellos. Si así fuese, bastaría con una simple propaganda adecuada para extirparla del cerebro de los hombres. En realidad, surge y se alberga en lo más profundo de la estructura social, en las relaciones sociales.

«Únicamente el hábito de la vida cotidiana hace que parezca trivial y obvio el hecho de que una relación de producción social adopte la forma de un objeto, de modo que la relación de las personas en su trabajo se presente, antes bien, como una relación que guardan las cosas entre sí y para con las personas. En la mercancía, esta mistificación es aún muy sencilla.» (Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*)

Es entonces necesario explicar en qué la realidad es mistificadora y cómo esta mistificación, que era simple al principio, se va acrecentando hasta alcanzar su apogeo en el capitalismo.

5.1.9. En sus orígenes, la comunidad humana padece la dictadura de la naturaleza, y tuvo que luchar contra ella para sobrevivir. La dictadura es directa, y la comunidad la padece en su totalidad.

Con el desarrollo de la sociedad de clases, el Estado se plantea como representante de la comunidad, pretendiendo encarnar la lucha del hombre contra la naturaleza. Pero, dado el débil desarrollo de las fuerzas productivas, la dictadura de ésta siempre se hace sentir. Dicha dictadura es indirecta, mediada por el Estado y pesa ante todo sobre las capas más desfavorecidas. Cuando el Estado define al hombre, toma, de hecho, como substrato de su definición, al hombre de la clase dominante. La mistificación es total.

5.1.10. En el capitalismo, tenemos un primer período donde, aunque la burguesía haya tomado el poder, el capital no llega a ejercer más que una dominación formal. Persisten muchos restos de formaciones sociales anteriores, obstaculizando su dominación sobre el conjunto de la sociedad. Es la época de la democracia política, en la que se efectúa la apología de la libertad individual y de la libre competencia. La burguesía las presenta como medios de liberación del hombre. Esto es una mistificación porque «En la libre competencia no se pone como libres a los individuos, sino que se pone como libre al capital.» (Marx, *Grundrisse*, p. 167)

«De ahí, por otra parte, la inepticia de considerar la libre competencia como el último desarrollo de la libertad humana, y la negación de la libre competencia = negación de la libertad individual y de la producción social fundada en la libertad individual. No se trata, precisamente, más que del desarrollo libre sobre una base limitada, la base de la dominación por el capital. Por ende, este tipo de libertad individual es a la vez la abolición más plena de toda libertad individual y el avasallamiento cabal de la individualidad bajo condiciones sociales que adoptan la forma de poderes objetivos, incluso de cosas poderosísimas; de cosas independientes de los mismos individuos que se relacionan entre sí. La exposición de lo que constituye la libre competencia es la única respuesta racional al endiosamiento de la misma por los profetas de la *middle-class* o a su presentación como demoníaca por parte de los socialistas.» (Marx, *ibíd.*, p. 168)

5.1.11. «Después de su victoria por las armas y por el terror, la democracia y el parlamentarismo le son indispensables a la burguesía para dominar una sociedad dividida en clases.» (*Battaglia comunista* n° 18, 1951)

Había necesidad de una conciliación para poder dominar, puesto que es imposible que la dominación perdure únicamente a través del terror. Después de la toma del poder, por la violencia y el terror, el proletariado no tiene necesidad de la democracia, no porque las clases vayan a desaparecer de un día para otro, sino porque el proletariado no es detentor de máscaras, ni de mistificaciones. La dictadura es necesaria para impedir cualquier posibilidad de reconstitución de la clase adversaria. Además, el acceso del proletariado al Estado supone su propia negación como clase, así como la negación de las demás clases. Es el comienzo de la unificación de la especie, de la formación de la comunidad. Reclamar la democracia, implicaría la exigencia de una conciliación entre las clases, lo cual significaría dudar que el comunismo sea la solución de todos los antagonismos, que es la reconciliación del hombre consigo mismo.

5.1.12. Con el capital, el movimiento económico deja de estar separado del movimiento social. Con la compra y venta de la fuerza de trabajo, la unión se ha producido, pero ha llevado a la sumisión de los hombres al capital. Este se constituye en comunidad material y ya no hay política, puesto que es el capital mismo quien organiza a los hombres esclavos.

Hasta esta etapa histórica, existía una separación más o menos neta entre producción y distribución. La democracia política podía ser considerada como un medio para repartir más equitativamente los productos. Pero al realizarse la comunidad material, producción y distribución están indisolublemente ligadas; los imperativos de la circulación condicionan la distribución. Ahora bien, la primera ya no es algo totalmente exterior a la producción, sino que constituye para el capital un momento esencial de su proceso total. Es, por tanto, el capital mismo el que condiciona la distribución.

Todos los hombres cumplen una función para el capital que, en el fondo, constituye la presuposición de su existencia. En relación a la ejecución de esta función, los hombres reciben una cierta distribución de productos por medio de un salario. Estamos ante una democracia social. La política de ingresos es un medio para llegar a ésta.

5.1.13. Durante el período de dominación formal del capital (democracia política) la democracia no es una forma de organización que se oponga como tal al capital, sino un mecanismo utilizado por la clase capitalista para llegar a dominar la sociedad. Es el período en el que todas las fuerzas incluidas en ésta luchan para llegar a ese mismo resultado. De ahí que, durante un cierto tiempo, el proletariado pueda intervenir también en este terreno. Por otro lado, las oposiciones se desarrollan también en el seno de una misma clase, entre burguesía industrial y burguesía financiera, por ejemplo. El parlamento es entonces una arena donde se enfrentan los distintos intereses. El proletariado puede utilizar la tribuna parlamentaria para denunciar la mistificación democrática y utilizar el sufragio universal como medio de organizar a la clase.

Cuando el capital ha llegado a su dominación real y se ha constituido en comunidad material, la cuestión está resuelta: se ha apoderado del Estado. La conquista del Estado desde el interior ya no se plantea, pues no es más que «*una formalidad, en el haut goût de la vida del pueblo, en una ceremonia. El elemento estamental es la mentira legalmente sancionada de los Estados constitucionales, según la cual el Estado es el interés del pueblo o el pueblo el interés del Estado*» (Marx).

5.1.14. El Estado democrático materializa la ilusión de la dirección de la sociedad por el hombre (de que éste puede dirigir el fenómeno económico). Proclama la soberanía del hombre. El Estado fascista es la realización de la mistificación (en este sentido puede aparecer como su negación). El hombre no es soberano. Al mismo

tiempo, el Estado fascista es de hecho la forma real, declarada, del Estado capitalista: dominación absoluta del capital. El conjunto social no podía vivir en un divorcio entre la teoría y la práctica. La teoría decía: el hombre es soberano; la práctica afirmaba: es el capital. Solo mientras este último no haya llegado a dominar de forma absoluta la sociedad, había posibilidad de distorsión. En el Estado fascista la realidad somete a la idea para convertirla en una idea real. En el Estado democrático la idea somete a la realidad para convertirla en una realidad imaginaria. La democracia de los esclavos del capital suprime la mistificación para mejor realizarla. Los demócratas quieren ponerla en evidencia cuando creen poder conciliar al proletariado con el capital.

La sociedad ha encontrado al ser de su opresión (lo que elimina la dualidad, la distorsión realidad-pensamiento) es necesario oponerle el ser libertador que representa la comunidad humana: el partido comunista.

5.1.15. Esto explica por qué la mayoría de los teóricos del siglo XIX eran estatistas. Pensaban resolver los problemas sociales al nivel del Estado. Eran mediatistas. No comprendían que el proletariado debía no solamente destruir la vieja máquina estatal, sino que debía poner otra en su lugar. Muchos socialistas creyeron que era posible conquistar el Estado desde el interior, y los anarquistas creyeron poder abolirlo de un día para el otro.

Los teóricos del siglo XX son corporativistas porque piensan que solamente se trata de organizar la producción, de humanizarla para resolver todos los problemas. Eran inmediatistas. Es una confesión indirecta de la validez de la teoría del proletariado. Afirmar que hay que conciliar al proletariado con el movimiento económico, es reconocer que sólo en este terreno puede surgir la solución. Este inmediatismo procede del hecho de que la sociedad comunista es cada vez más poderosa en el seno mismo del capitalismo. No se trata de hacer una conciliación entre los dos sino de destruir el poder del capital, su fuerza organizada, el Estado capitalista, que mantiene el monopolio privado cuando todos los mecanismos económicos tienden a hacerlo desaparecer. La solución comunista es mediata. La realidad parece escamotear al Estado, hay que ponerlo en evidencia y, al mismo tiempo, indicar la necesidad de otro Estado, transitorio: la dictadura del proletariado.

5.1.16. El devenir hacia la democracia social viene marcado desde el principio.

«Mientras que el poder del dinero no era el vínculo de las cosas y de los hombres las relaciones sociales debían ser organizadas política y religiosamente.» (Marx)

Marx denunció siempre la superchería política y puso al desnudo las relaciones reales:

«Son, pues, la *necesidad natural*, las *cualidades humanas esenciales* (por enajenadas entre sí que puedan parecer), el *interés*, los que mantienen ligados a los miembros de la so-

ciudad burguesa; la vida *burguesa* y no la vida *política*, constituye su nexo real.» (*La Sagrada Familia*)

«En *apariencia*, precisamente, el *sistema esclavista de la sociedad burguesa* es la mayor *libertad*, por ser la *independencia* aparentemente consumada del individuo; éste toma el movimiento desbocado de sus elementos vitales enajenados (como la propiedad, la industria, la religión, etc., movimiento al que no ligan ya vínculos generales ni el hombre), por su *propia* libertad, cuando en realidad es su servidumbre e inhumanidad consumadas. El derecho ha sustituido al *privilegio*.» (*ibíd.*)

La cuestión de la democracia no hace más que volver a plantear, bajo otra forma, la oposición falaz entre competencia y monopolio. La comunidad material integra los dos. Con el fascismo (= democracia social), democracia y dictadura también son integradas. Por tanto, es un medio de superar la anarquía.

«La *anarquía* es la ley de la sociedad burguesa emancipada de los *privilegios* que dividen, y la *anarquía* de la *sociedad burguesa* es el fundamento del *estado de cosas público moderno*, así como éste, a su vez es lo que garantiza esa anarquía. Por mucho que ambos se contrapongan, se condicionan recíprocamente.» (*ibíd.*)

5.1.17. Ahora que la clase burguesa, aquella que dirigió la revolución y que permitió el desarrollo del capital, ha desaparecido, reemplazada por la clase capitalista que vive del capital y de su proceso de valorización; la dominación de éste está asegurada (fascismo) y por esto ya no es necesaria la conciliación política, pues es superficial, sino la conciliación económica (corporativismo, doctrina de las necesidades, etc.) son las clases medias las que se convierten en adeptas de la democracia. Sólo que cuanto más se refuerza el capitalismo, más se desvanece la ilusión de poder compartir la dirección con el capital. No queda más que la reivindicación de una democracia social con pretensión política: planificación democrática, pleno empleo, etc. No obstante, creando la asistencia social, tratando de mantener el pleno empleo, la sociedad capitalista realiza la democracia social en cuestión: la de los esclavos del capital.

Con el desarrollo de las nuevas clases medias, la reivindicación de la democracia se pinta —solamente— de comunismo.

5.1.18. Lo precedente concierne el área euro-norteamericana, pero no es válido para todos los países en los que predominó durante largo tiempo el modo de producción asiático (Asia, África) y en los que predomina todavía (la India, por ejemplo). En estos países, el individuo no ha sido producido. La propiedad privada ha podido aparecer, pero no se ha autonomizado; lo mismo sucede con el individuo. Esto está ligado a las condiciones geo-sociales de esos países y explica la imposibilidad en la que se encuentra el capitalismo de desarrollarse mientras no se haya constituido en comunidad. Dicho de otra manera, sólo cuando se haya llegado a dicho estadio el capitalismo podrá reemplazar la antigua comunidad y conquistar zonas inmensas. En esos países, los hombres no pueden tener el mismo comportamiento que los occidentales;

la democracia política es obligatoriamente escamoteada. No puede haber, como mucho, otra cosa que la democracia social.

Por esto se da, en los países más moldeados por la implantación capitalista, un doble fenómeno: una conciliación entre el movimiento real y la comunidad primitiva y otra con la comunidad futura: el comunismo. De ahí la dificultad para comprender estas sociedades.

Dicho de otra manera, una gran proporción de la humanidad no conocerá la mis-tificación democrática tal como la ha conocido Occidente. Es un hecho positivo para la futura revolución.

En lo que concierne a Rusia, estamos ante un caso intermediario. Podemos constatar las enormes dificultades que tuvo el capitalismo para implantarse allí. Para ello fue necesario una revolución proletaria. Allí la democracia política occidental tampoco tuvo terreno para desarrollarse y podemos constatar que no ha podido florecer. Habrá, como en el occidente actual, democracia social. Desgraciadamente allí también, la contrarrevolución suministró el veneno bajo la forma de la democracia proletaria y, para muchos, la involución de la revolución debería buscarse en la no realización de ésta.

El movimiento comunista se reanudará reconociendo estos hechos y acordándoles toda su importancia. El proletariado se reconstituirá en clase y por lo tanto en partido, dejando atrás el marco estrecho de todas las sociedades de clase. La especie humana podrá finalmente unificarse y formar un solo ser.

5.1.19. Todas las formas históricas de democracia corresponden a estadios de desarrollo en los que la producción era limitada. Las diferentes revoluciones que se sucedieron fueron revoluciones parciales. Era imposible que el desarrollo económico pudiera realizarse y progresar sin que se produjese la explotación de una clase. Podemos constatar que desde la antigüedad estas revoluciones contribuyeron a emancipar a una masa cada vez mayor de hombres. De allí la idea de que vamos hacia la democracia perfecta, es decir una democracia que reagruparía a todos los hombres. En consecuencia, muchos se apresuraron a afirmar la igualdad: socialismo = democracia. Es cierto que se puede decir que, con la revolución comunista y la dictadura del proletariado, una masa más importante que antes de hombres ingresa en el ámbito de esta democracia idea, que, al generalizar su condición al conjunto de la sociedad, el proletariado elimina las clases y realiza la democracia (el *Manifiesto* dice que la revolución es la conquista de la democracia). Sin embargo, hay que agregar que, en última instancia, este paso, esta generalización, son al mismo tiempo la destrucción de la democracia. Pues paralelamente, la masa humana no queda constituida en el estado de una simple suma de individuos todos iguales en derecho, cuando no de hecho. Esto no puede ser más que la realidad de un momento muy breve de la historia debido a una igualación forzada. La humanidad se constituirá en un ser colectivo, la *Ge-meinwesen*. Esta nace al margen del fenómeno democrático y es el proletariado constituido en partido quien la transmitirá a la sociedad. Cuando pasemos a la sociedad

futura, habrá un cambio cualitativo, no solamente un cambio cuantitativo. La democracia «es el reino antimarxista de esta cantidad impotente, desde toda la eternidad, para transformarse en calidad»^{ix}. Reivindicar la democracia para la sociedad post-revolucionaria es reivindicar la impotencia. Por otra parte, la revolución comunista ya no es una revolución parcial. Con ella se termina la emancipación progresiva y se realiza la emancipación radical. Esto también implica un salto cualitativo.

5.1.20. La democracia reposa sobre un dualismo y es el medio de superarla. La democracia resuelve el dualismo entre espíritu y materia —equivalente a aquel entre los grandes hombres y las masas— mediante la delegación de poderes, y el que existe entre ciudadano y hombre, a través del boletín de voto, el sufragio universal. De hecho, so pretexto de acceder a la realidad del ser total, se delega la soberanía del hombre al Estado. El hombre se despoja de su poder humano.

La separación de poderes requiere su unidad y esto se consigue siempre mediante la violación de una constitución. Esta se basa en el divorcio entre situación de hecho y situación de derecho. El paso de una a otra es asegurado por la violencia.

El principio democrático no es en realidad más que la aceptación de un estado de hecho: la escisión de la realidad, el dualismo ligado a la sociedad de clases.

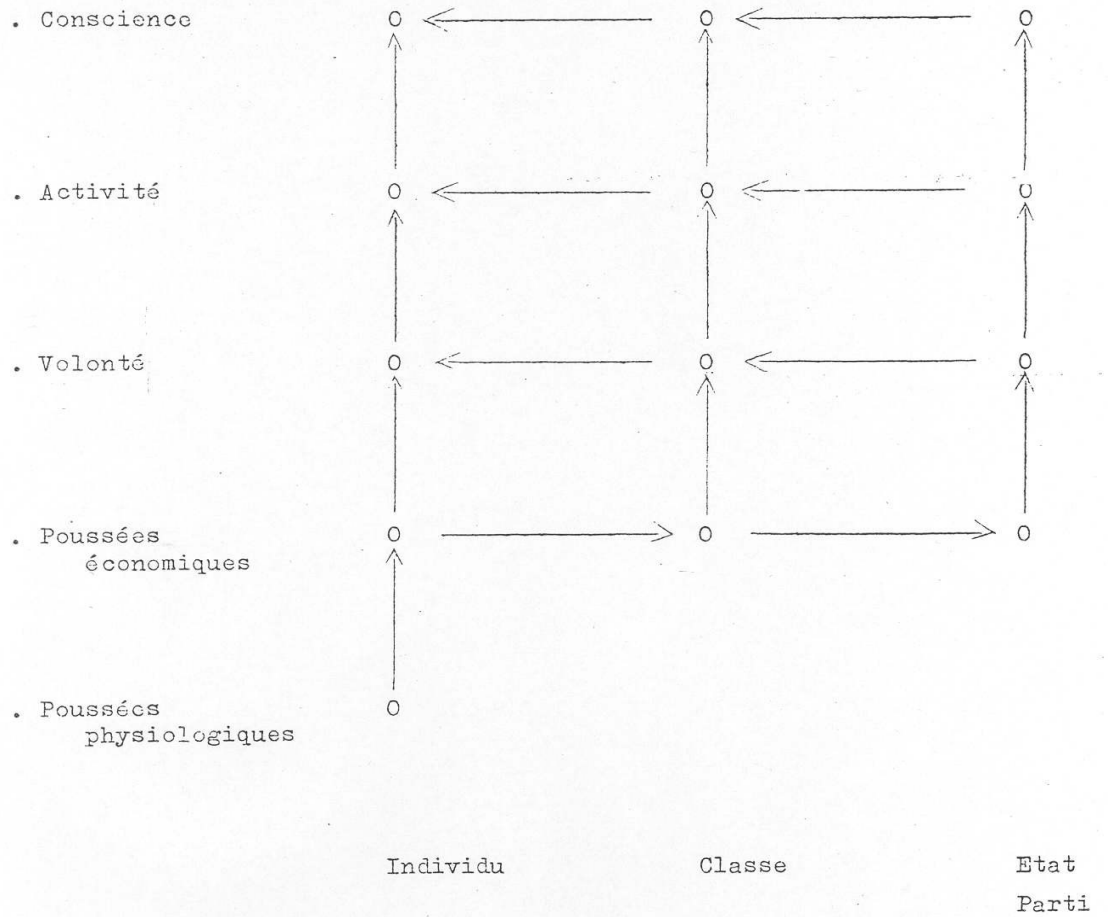
5.1.21. A menudo se pretende oponer la democracia en general, que sería un concepto vacío, a una forma de democracia que sería la clave de la emancipación humana. Pero ¿qué puede ser algo cuya particularidad está no solamente en contradicción con su concepto general, sino que debe ser su negación? De hecho, teorizar una democracia particular (proletaria, por ejemplo) sigue equivaliendo a escamotear el salto cualitativo. En efecto, o bien esta forma democrática en cuestión está realmente en contradicción con el concepto general, y entonces se trata verdaderamente de otra cosa (¿por qué, entonces, democracia?) o bien es compatible con este concepto y no puede estar en contradicción más que de forma cuantitativa (abarcar un número mayor de hombres, por ejemplo), y, por tanto, no sale de los límites aun si tiende a rebasarlos.

Esta tesis aparece frecuentemente bajo esta forma: la democracia proletaria no es la democracia burguesa, y se habla de democracia directa para demostrar que, si la segunda requiere una escisión, una dualidad (delegación de poder), la primera la niega. Se define, pues, la sociedad futura como la realización de la democracia directa.

Esto no es más que una negación negativa de la sociedad burguesa, no una negación positiva. Todavía se pretende definir al comunismo mediante un modo de organización que sería más adecuado a las diferentes manifestaciones humanas. Pero el comunismo es la afirmación de un ser, de la verdadera *Gemeinwesen* del hombre. La democracia directa aparece como un medio para realizar el comunismo. Ahora bien, éste no necesita de tal mediación. No es una cuestión de tener, ni de hacer, sino una cuestión de ser.

^{ix} Afirmación de Amadeo Bordiga (*Nota de enero de 2005*).

5.2.5.- Schéma STALINIEN.



- Correspond à une phase inférieure du développement du capital; reconnaît l'existence de la classe.
- Pillage de la théorie prolétarienne.

ADVERTENCIA AL LECTOR

La continuación de estas tesis —que forman un todo— aparecerá en los n^{os} 7 y 8. Habida cuenta de ciertas dificultades prácticas y de la amplitud del tema tratado, el n^o 7 será publicado con un retraso bastante importante.

Para seguir la continuidad de los aportes de nuestro trabajo, los lectores no deben fijarse en los títulos de los periódicos, debidos a episodios de una esfera inferior. Nuestras contribuciones son fácilmente reconocibles por su indivisible organicidad. De la misma manera que es propio del mundo burgués que toda mercancía lleve su etiqueta de fábrica, que toda idea sea seguida por la firma del autor, que todo partido se defina por el nombre de su jefe, es claro que nosotros estamos en nuestro campo proletario cuando el modo de exposición se interesa a las relaciones objetivas de la realidad sin limitarse nunca a las opiniones personales de los estúpidos contrincantes, a las alabanzas y las vituperaciones, o a las peleas desproporcionadas entre «pesos pesados» y «pesos livianos». En estos casos los juicios no se refieren al contenido, sino a la buena o mala fama de quien lo expone. Un trabajo como el nuestro no puede cumplir sus objetivos que siendo duro y engorroso y no por la facilidad basada en la técnica publicitaria burguesa, por la ruin tendencia de admirar y adular a los hombres.

SUL FILO DEL TEMPO (mayo 1953)